CARLOS ROJAS

EL SUEÑO DE SARAJEVO



En un sanatorio mental de los Pirineos, El Sueño de la Razón, conviven y se acogen voluntariamente los vivos y los muertos. Los espectros de Fernando VII, de Descartes y de Proust comparten la clínica con seres de nuestra época como fray Antonio Azorín, quien habiendo sido confesor de Felipe II, se cree ahora enloquecido por la memoria y la inmortalidad. Poco a poco, la más compleja e imaginativa de las novelas de Carlos Rojas, donde creación y creador, espacio, y tiempo, forma y estilo se funden en una irónica e inseparable unidad, lleva al lector a la mismísima conjura de Sarajevo y a la confesión de Gavrilo Princip, el asesino que abre a pistoletazos el dramático alborear de nuestros tiempos.

Carlos Rojas

El sueño de Sarajevo

ePub r1.0
Titivillus 17.02.2023

Título original: *El sueño de Sarajevo*
Carlos Rojas, 1982
Colección: Áncora & Delfín, n.º 566

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Juan Calvo y para Heleno Saña
intelectuales expatriados amigos míos.

History, Stephen said, is a nightmare from which I am trying to awake.

JAMES JOYCE, *Ulysses*

El libro de la noche

Don Jorge Cirarda

Fray Antonio Azorín se preguntó por qué no daría horas el reloj de péndola y caja, casi oculto en las sombras de la sala. No alcanzaba a distinguirlo en su rincón, aunque oyese el tic-tac tan rimado con el repiqueteo de la lluvia en la ventana. Su propio reloj había parado al mediodía y mirándolo pensó en aquellos versos de don Federico García Lorca, los que dicen a San Miguel arcángel domesticado en el gesto de las doce. Don Jorge Cirarda, poeta que inclusive prestaría imágenes famosas a don Vicente Aleixandre, Premio Nobel de Literatura por sus antiguos versos sobre la selva, el mar y los toisones de oro en los ojos de los tigres, le había ayudado a interpretarlos.

—Trázate una imagen ideal del arcángel, blandiendo la espada en alto con ambas manos sobre el dragón de los infiernos o sobre quien mejor te plazca —le dijo don Jorge Cirarda por los tiempos en que empezaron a tutearse, casi sin advertirlo—. ¿No ves unirse sus brazos, bajo la hoja, como las agujas al mediodía?

Fray Antonio Azorín veía ahora a don Jorge Cirarda, de cuerpo presente sobre un catafalco, que iluminaban cuatro pares de cirios en sus candelabros pulidos a la moda florentina. Se había quedado brevemente solo con el muerto, en la espaciosa sala de estar de El Sueño de la Razón, y pensaba en los días cuando él, don Jorge Cirarda, *monsieur* Descartes, el doctor Reixach y Marcel Proust compartían el sanatorio con los médicos y las enfermeras, antes de la llegada de los otros pacientes voluntarios, como los Saint Cyprien, Ulysse Personne, el espectro de don Fernando VII y Marià Fortuny de Santa Clotilde, quien pronto les abandonaría para casar con la Primavera de Botticelli. Fue en la época cuando don Jorge Cirarda, ya calvo, aquilino y afeitado, con sus mechones rojizos y rizosos en las sienes como ahora, aunque entonces vivo y ataviado en su traje ultramarino, de chaleco de ocho botones y chaqueta cruzada, se confesó con él, con fray Antonio Azorín, vestido de pana, con camisa a rayas y corbata de punto y de ancho nudo. Todo muy propio de quien era por aquellas fechas don Jorge Cirarda: un lego exclaustrado, de los del priorato de San Judas, apóstol incomprendido y

olvidado en un país de eternos apóstatas. Más que confesión fue la suya la semblanza de toda una vida, decíase ahora fray Antonio Azorín. Más que semblanza de una vida, lo fue de varias, pues la existencia de don Jorge Cirarda parecía desdoblarse y repetirse, como se multiplicó en el pasado la del propio fray Antonio Azorín. Don Jorge había nacido en 1898 y, por azar manifiesto y significativo, lo hizo el día en que hundían ocho barcos de guerra españoles en la bahía de Santiago y a la hora en que simétricamente el Guerra mataba ocho toros en Madrid. A los dieciséis años, cuando según imaginaba fray Antonio Azorín don Jorge Cirarda ya perfilaría su nariz aguileña y sus pómulos salidos, aunque entonces le llamearía toda la cabeza, rizosa y roja como el ópalo de fuego, falleció por vez primera. Así lo probaba sin lugar a dudas una vieja esquela de *ABC*, de Madrid, que don Jorge Cirarda llevó siempre consigo a través de sus avatares. El hecho era que apenas terminada la cena y después de despedirse cortésmente de sus padres, besándoles la mano a él y la mejilla a ella, don Jorge Cirarda murió una noche de verano, un sí es no es aireada por la brisa de la Sierra. Despavoridos por un grito suyo, que más que de hombre parecía de bestia anterior a la especie humana, malherida por el primer relámpago caído al mundo, los autores de sus días se precipitaron en su alcoba. Para su pánico y pasmo, encontraron a su hijo flotando en la estancia, rígido como un tablón, como a seis palmos de la cama y a siete por debajo del techo. Fueron precisas todas las fuerzas desesperadas de los suyos para descenderlo y acostarlo, porque cuando lo bajaban hasta el lecho les rebotaba y se les iba de las manos, como salta y resalta el saltimbanqui en la red al caerse del trapecio. Por último, los brincos quedaron en respingos y los respingos en una inmovilidad sobrecogedora por lo súbita. Solo entonces, palpándole, besándole, buscándole en vano el pulso y el aliento, advirtieron que Jorgito Cirarda no solo yacía allí muerto sino que estaba blanco y frío, como si ya a la muerte se hubiese avezado y resignado por simple fatiga del alma. La noche siguiente yacía en el primero de sus ataúdes, con la misma cama por túmulo y velado por sus condiscípulos calasancios en vacaciones, junto con sus padres, cuando exacta y precisamente a las doce, varios años antes de que don Federico García Lorca comparase la medianoche o el mediodía con un arcángel domesticado, se incorporó en el féretro, frotándose los ojos como quien despierta de un sueño muy profundo, si bien turbado por inquietas pesadillas, y exclamó:

—¡Acaban de matar al Archiduque Francisco Fernando y a su esposa, la Duquesa, en Sarajevo!

Como una apretada especie de manada salvaje, compuesta de potrancos aterrados y enloquecidos, huyeron los condiscípulos calasancios chillando y atropellándose, escaleras abajo. En su evasión del resucitado, derribaron y pisotearon a la señora Cirarda de tal modo que al año moría ella, ahora de una vez y para siempre, consumida por un cáncer de la madre, que dijeron provocado por aquel pateo y corrido luego por todas las entrañas. De cuanto el buen Jorge Cirarda había vivido o soñado muerto, pues sueño o vida dijo desde entonces ser la muerte, solo recordaba aquel magnicidio que anunció al despertar o al resurgir. A don Jorge Cirarda, *son père*, catedrático por oposición de Historia de España en el Instituto Calderón de la Barca y tutor privado en Humanidades del Príncipe de Asturias, don Alfonsito, tanto o acaso más que la propia resurrección de su unigénito le asombraba el mensaje que había traído del más allá. Como nadie ignoraba, Francisco Fernando, heredero del Imperio Austro-húngaro, y su morganática esposa la Duquesa de Hogenberg, *née* Sofía Chotek, vivían felizmente en espera de que el ancianísimo Emperador pasase un día lejano a mejor vida y el Archiduque ascendiese al trono de los Habsburgos, el que lleva por divisa *Recta Tueri* o Defender el Honor. En todo caso, aquella misma madrugada, mientras la señora Cirarda trataba de amortiguar los dolores de la matriz pisoteada con aspirinas Bayer y botellas de Vichy Catalán, llenas ahora de agua hirviente, los Cirarda, padre e hijo, buscaron en el Atlas Salvatella, el que luce a la vuelta de la guarda una rosa de los vientos bajo dos querubes sopladores, aquella ciudad de Sarajevo que antes nunca oyeron nombrar. Con ayuda de un lente de aumento, dieron con ella en la Bosnia-Herzegovina y una geografía adjunta les precisó diversas variantes del nombre del lugar. Bosnia-Serai, Seraio, Saraievo, Serajevo y Sarajevo. Todas venidas por cierto del *Serrallo*, donde Mohamed II atesoraba sus concubinas en mitad de un barrio muy piadoso y poblado con ochenta mezquitas, blancas como las palomas que allá, en la Bosnia, los cristianos llamaban monjiles. En su desconcierto, entreverado con un orgullo un poco vergonzante, don Jorge Cirarda no pudo por menos de contarle a Su Majestad el Rey el trance y la visión de su hijo. Don Alfonso XIII interesose vivamente por el singularísimo portento y también por su protagonista. Pidió a don Jorge que le llevase el mozo a palacio y en una tarde muy tranquila y soleada, la del 28 de junio de 1914, como luego la recordaría puntualmente la Historia, recibió a los Cirarda a solas en una sala privada, donde el Monarca se hacía mostrar a veces películas como *Zador contra Zador*, *Todos contra Troya* y *Charlot y la sonámbula*, en una pantalla de quita y pon sobre un trípode zancudo, que no

mediría más de cuatro varas castellanas, prolongables aunque chirriantes, porque las juntas de metal nunca estaban debidamente aceitadas. El Soberano ofreció a los Cirarda una merienda de jamón serrano, curado en las nieves, aceitunas negras y dedales de jerez, tratando al muchacho con una deferencia que muchos años y dos vidas después todavía recordaba agradecido. Solo al término de aquel tentempié, cuando el Rey le preguntó por su insólito trance, de muerte fingida o de verdadera resurrección, en un tono que parecía mediado de curiosidad y de azoramiento, se topó con un silencio adusto y un gesto de piedra por parte del chico. Inmediatamente, sin mediar palabra y mientras don Alfonso miraba atónito a don Jorge Cirarda, aquel prodigioso adolescente refugiose detrás de la pantalla y en menos de nada, al trasluz de la tela, le vieron elevarse y suspenderse tendido en el aire, como si fuese la mar en calma, con las palmas pegadas a las caderas y el espinazo más rígido que el asta de una alabarda.

—¡Santo Dios! ¡Subió y se detuvo entre el cielo y la tierra, como la tumba del Profeta! —exclamó Su Majestad el Rey.

Don Jorge Cirarda, casi tan atónito como el Señor, no supo ni pudo replicarle porque luces plateadas y amarillentas, entre sombras movedizas, empezaban a estremecerse en la pantalla, como si allí arrancase una película, todavía sin foco y sin que ningún proyector la hiciese visible.

—¡Es *Charlot en la calle de la Paz*! —exclamó el Monarca.

Pero no lo era, como pudo comprobarse cuando las imágenes empezaron a perfilar y a acompasar sus movimientos. Aquel a quien el Rey había tomado por Charlie Chaplin resultó ser un muchacho como de diecisiete o de dieciocho años, nerviosamente apostado en la esquina de dos calles de una ciudad desconocida, al borde de una acera donde se apretujaba una multitud de curiosos. De improviso y por el más ancho de aquellos arroyos, semejante al de una avenida por lo espacioso, apareciose un automóvil abierto, en el que un hombre y una mujer correspondían con inquietos ademanes a los vítores silenciosos del gentío, como en un sueño muy lento. El aclamado y enaltecido era de media edad, con grandes mostachos rizados por las puntas con tenacillas y en muy amplias ondas. Llevaba un uniforme militar, de condecorada casaca y tocábase con un casco rematado por un penacho de plumas largas y derramadas en el aire, al modo de los surtidores o de los sauces. Su pareja no le aventajaría en años, aunque tampoco pareciese más joven. Ajamonada y cuellicorta, vestía de blanco, como las viudas chinas, un lazo con broche al cinto y un collarín de menudas perlas en mitad del pecho.

También cubríase con un altísimo sombrero, en forma de pastel de boda o de pirámide escalonada, con una especie de arbolito cimbreante a un lado del ala.

—¡Son el Archiduque Francisco Fernando de Austria, y su mujer la Sofía! —gritó Su Majestad el Rey, exaltado por el asombro—. Parientes míos por parte de madre.

No dijo más porque en aquel instante, siempre en la pantalla, el chico de la esquina adelantó un botín hacia el arroyo, sacó una Browning y antes de que nadie pudiese impedirlo, disparó dos veces sobre el heredero del Imperio. El Archiduque se incorporó y quiso llevarse las manos al rostro; pero volvió a caer de espaldas en su asiento, como un traje vacío, vomitando sangre en las medallas de la casaca. La Duquesa se precipitó a abrazarlo y por un momento sobrecogedor e interminable, mirose de hito en hito con aquel muchacho. El terrorista vaciló entonces, desconcertado, como luego lo declararía en el juicio; pero recobrose en un decir Jesús, e hizo fuego esta vez sobre la Duquesa. Sofía Chotek se derrumbó de rodillas a los pies de su esposo, como si la hubiesen guadañado por los tobillos. Consumado el magnicidio, desvaneciéronse las imágenes y a través de la pantalla, ahora limpia y traslúcida, reapareció Jorgito Cirarda suspenso en el aire. No sin grandes esfuerzos, don Jorge posó a su hijo en los suelos y el Rey le hizo el honor de prestarle una mano, aunque Su Majestad temblase azarado por las apariciones, mientras sacudía la cabeza en silencio. A cachetitos y con un par de buchadas de jerez, cortaron el trance del adolescente para contarle, súbitamente exaltados el Monarca y don Jorge, cuanto vieran en la pantalla del trípode. A todos y cada uno de los detalles, asentía Jorgito Cirarda con lentos gestos. Al cabo dijo que aquel era el mismo crimen presenciado antes, en algún otro telón o tablado de su interior, cuando murió o lo tomaron por muerto. A ninguno de los tres, ni a los Cirarda ni a su augusto anfitrión, les asombró la súbita venida del secretario y gentilhombre de boca del Soberano, para anunciar una llamada desde la Presidencia del Consejo con las trágicas nuevas del asesinato del Archiduque Francisco Fernando y de su morganática esposa, aquel mismo día en Sarajevo, Serajevo o Saraievo. Muchísimo más sorprendió a don Alfonso y a don Jorge que el adolescente, acaso no vuelto aún por completo de aquel síncope, exclamase al oír las noticias:

—Largas cadenas que surgen de los lutos, de lo que nunca existe, atan los aires como una vena, como un grito, como un reloj que se para cuando se estrangula algún cuello descuidado.

Como le diría en su confesión a fray Antonio Azorín, don Jorge Cirarda inventó en aquel momento el surrealismo, anticipándose al menos diez años a

los franceses. Otros muchos después, en tiempos de la República, conoció en casa del cónsul chileno, el señor Morla Lynch, a don Vicente Aleixandre. El poeta, aún no Premio Nobel por sus versos a los toisones de oro en las pupilas de los tigres, le miró con sus ojos claros, de agüillas vírgenes y fontales nacidas en la noche mágica del primer sábado del mundo, e inclinó reverenciosamente su calva de un color entre el pórfido y el feldespato. Simpatizaron en seguida y don Vicente se maravilló de aquellos versos que don Jorge recitara al Rey, en el día de Sarajevo. Don Jorge, que siempre fue desprendido y escéptico, se los cedió de buena gana con el compromiso explícito de que el vate los hiciese suyos, sin atribuírselos nunca. Así pasaron a *La destrucción o el amor* y hoy son historia literaria. Tanto tiempo después, fray Antonio Azorín evocaba punto por punto, como quien deshila un tapiz con un alfiler, aquella larga confesión de don Jorge Cirarda. Hoy al verlo de cuerpo presente, mientras el reloj de péndola y caja recatábase enmudecido, se preguntó un poco escépticamente si don Jorge estaría muerto de veras o sería presa de aquella catalepsia, que concluía siempre en la resurrección. El tercer fallecimiento, supitaño y fingido, de Jorge Cirarda, tuvo lugar en 1917, cuando ya era huérfano, estudiaba Medicina en San Carlos y vivía casi resignado a su condición de marica, como tanto sabio y tan sonado artista que en el mundo ha sido. Paseábase a solas un domingo por la Herrería de El Escorial, entre las piadas de los pájaros y los rumores de las fuentes, entregado a serenas memorias de su madre pisoteada por los educandos calasancios y de su padre, quien poco la sobreviviera en su dolor, cuando sin haber advertido el transporte ni recordar cómo se produjo, despertó en la copa de un pino centenario, tendido en la espesa yacija de sus últimas ramas, que la brisa mecía dulcemente. Como vino a comprobarlo luego, se le había parado el relojillo en la muñeca y llevaba dos días en lo alto del árbol. Tiempo más que sobrado para que el relente y las rociadas le dejasen una ciática y un entumecimiento, arrastrados durante meses enteros, y para que una oropéndola empezase a tejer un nido en mitad de su pecho. De todo aquello, desde el pájaro al síncope, no quiso acordarse hasta el día siguiente. Un mensaje urgentísimo le condujo antes al Palacio de Oriente, donde Su Majestad había dispuesto que en cualquier circunstancia le llevasen a su presencia, cuando pidiese venia para una visita. Encontró al Señor en la sala del cine, mordisqueando unos pastelillos de *foie-gras* y en espera de que le proyectasen unas películas.

—¡Mi buen Jorgito Cirarda, cuánto me alegro de verte! —dijo don Alfonso, que era muy afectuoso—. Llegas a tiempo para que veamos juntos

Charlot y Mabel en las carreras y *Charlot empapelador*.

—¡Señor! —exclamó don Jorge Cirarda, olvidándose de saludar al Rey en su atolondrada impaciencia—. ¡Señor! ¡Ayer o anteayer mataron al Zar de todas las Rusias, a la Zarina y a los Príncipes! ¡Doy fe de todo ello y os juro que es cierto!

Lo era. Estremecido como un azogado, contó haber visto la película de aquel crimen, mientras yacía sin saberlo en lo alto del árbol de la oropéndola. El Zar, la Zarina, sus hijas las Princesas Olga, Tatiana, María y Anastasia, así como el Zarevich Alejo, descendían de un carro de heno al pie de una barraca, en un campo cubierto de amapolas. Don Jorge, quien siempre sería admirador de las Monarquías por gratitud hacia la amistad de don Alfonso y también por su alto sentido plástico e iconográfico de la Historia, los reconoció en seguida. Parecían custodiarlos unos campesinos barbados y vestidos con largos blusones, al hombro sus fusiles con larguísimas bayonetas caladas. Un hombre enlutado y sarmentoso, aunque todavía joven y con ojos de espiritado, les ordenaba entrar en la choza con pésimos modales. Al abrir la puerta, volvíase el Zar con gesto de asombro y protesta, pues en aquel tugurio no había una luz ni un mueble. Aún se alzaba el brazo del Emperador de todas las Rusias, con una brizna de heno en la bocamanga, barriendo los aires para señalar los suelos desnudos y de tierra pisada, cuando el enlutado sacó una pistola del bolsillo y le partió la frente de un disparo a boca de jarro. Los campesinos de las barbazas y las camisas con faldillas hacían fuego entonces sobre la Zarina y sus hijos, como si en vez de personas imperiales aunque en desgracia, fuesen muñecos de tiro al blanco o pim-pam-pum en una feria de pueblo. Corrían las Princesas alzándose las sayas sobre las botitas de cuero y las medias recamadas por la pantorrilla. En su desesperación, la Zarina abrazábase al Zarevich, que por sifilítico como ella y varias veces salvado de una muerte inminente por un monje milagroso, era su preferido. En menos de nada los fusilaban a todos, para rematarlos a bayonetazos en la barriga y en las partes pudendas, después de astillarles la cabeza con las culatas. La visión en película concluía allí, en el recuerdo de don Jorge Cirarda, como si hecha de cristales se hubiese quebrado en pedazos, en mitad de la noche o al borde mismo del fin del mundo. Don Alfonso le escuchó atentamente y luego, acaso por razones políticas o porque temiera que un viento terrible fuese a escobar todas las Coronas del mundo, le pidió que guardase lo presenciado en su arrobo en el más riguroso secreto. Obedeció el visionario de las muertes transitorias, siendo muy discreto por naturaleza, como a las vueltas del tiempo se lo confesaría a fray Antonio Azorín. No obstante, los dados estaban

echados y la Historia no podía evadirse de su sino. Después de un torbellino de rumores, casi siempre contradictorios, se confirmó el asesinato del Zar y de los suyos en un paraje de Siberia, que fray Antonio Azorín y don Jorge Cirarda no recordaban a ciencia cierta si lo llamaban Ecaterineburgo, Catalinaburgo o Caterineburgo. La Historia, no la de don Jorge sino la otra, la de los dados irremediables e irrepetibles, nunca sería la misma. Ambas historias, «la mía y la que escribirían con mayúscula, si alguien contase en ella, siempre con minúsculas, mi propia semblanza», como lo precisaba don Jorge Cirarda, tan detallista aun en sus confesiones, como todo homosexual amante de las octavas reales en las horas libres, vinieron a coincidir en otra fecha muy señalada en el Ruedo Ibérico: la del día 20 de julio de 1936, en Madrid. Don Jorge, médico de prestigio en aquel entonces y amigo de eminentes poetas como don Vicente Aleixandre y don Federico García Lorca, vivía solo, solitario y hasta cierto punto modestamente en una digna y costosa pensión de la calle Montalbán, con espaciosa escalera de mármol y amplias ventanas de vidrios de colores, en las mesetas del descansillo, que la luz siempre tímida y mitigada de un patio interior barnizaba de un tono muy vago a ámbar antiquísimo. La víspera de aquel día, escuchaba por radio con los otros pensionistas la capitulación del general Goded en Barcelona, diciendo al país que había jugado y perdido al sublevarse contra la República y la Generalitat, liberando a las tropas de su mando de todo juramento, para evitar mayores derramamientos de sangre, cuando don Jorge Cirarda, siempre apolítico y escandalizado por el mal que sus paisanos pudiesen infligirse en una contienda civil, habida cuenta de aquello tan shakesperiano de que las heridas que los hombres se hacen a sí mismos son las difíciles de cerrar, se desmadejó muerto en un sillón azul, ante la mirada atónita y asustada de los otros huéspedes. Aquella vez revivió en un depósito de cadáveres de la Almudena, con una barba rubicunda y rastrojera de dos días y un cartón, con su nombre y apellidos, prendido en el pecho de la camisa. Según le contaron luego, sin excesivo asombro por ser aquellos unos tiempos de muchos prodigios, desde los propios de la abnegación hasta los venidos de las mayores salvajadas, otro médico, también alojado en la pensión de Montalbán, por disputas con la esposa que le salió infiel y pervertidora de monagos, le dio por muerto de un derrame cerebral, supitaño e impensado. El veinte y el veintiuno de julio de aquel año de gracia, Madrid holgó primero por haber entrado en guerra frente a la sublevación y después para empezar debidamente la busca, captura y matanza de los rebeldes y posibles simpatizantes. Aun los sepultureros cesaron en su trabajo y costó lo suyo dar

con quien llevase a don Jorge Cirarda, soltero y sin deudos, al depósito de la Almudena en espera de que le diesen tierra. Por pudor y también por espanto, don Jorge calló lo que viera entonces en su interior y en otro ámbito, distinto de este mundo y fuera de sus lindes, a su paso por aquella muerte suya que siempre resultaba revocable, para su bien o para su mal. Entre todas sus premoniciones, ninguna le sobrecogió tanto como aquella. En fin de cuentas, los magnicidios de Sarajevo o Serajevo y de Caterineburgo o Ecaterineburgo, presagiados y presenciados antes de que asesinaran al Archiduque y al Zar de las Santas Rusias, acaecieron luego en tierras exóticas, solo conocidas a través de los periódicos y de las zarzuelas. Lo atestiguado aquella vez, en la película de su conciencia, era el cerco de un gentío sudoroso y alucinado, en su mayor parte sin armas, de un edificio donde el sol destellaba en las ventanas y en el cual reconoció en seguida el Cuartel de la Montaña, en Madrid.

—Un avión, diminuto como un abejorro, brotó en los cielos sin nubes. Parecía haberlo conjurado aquella marea humana, con su gritería que yo no alcanzaba a oír —decíale don Jorge Cirarda a fray Antonio Azorín, en la larga confesión de sus diversas vidas—. Descendió de pronto, casi siguiendo el hilo invisible de una larguísima plomada, y arrojó unas bombas que hicieron añicos los vidrios de las ventanas. Por el vano de una de ellas, salió una espingarda antigua con una toalla blanca atada al cañón. La muchedumbre corrió entonces hacia el edificio, entre brincos y aspavientos, como si fuese la mismísima tierra prometida. Llegaban al portón, cuando abrieron fuego desde alguna de las ventanas desnudas. La multitud se dispersó dejando sus muertos de bruces en la calle; pero volvió a juntarse, igual que el país de un abanico se extiende y se cierra en un decir amén. Irrumpieron entonces en el Cuartel de la Montaña y ya la escena, o como tú quieras llamarla, pasó al patio central. Allí defenestraban armas y oficiales, bajo los mismos cielos impávidos. Las armas, las recogieron para llevárselas a todo correr. Los oficiales quedaron estampados en las losas, como hormigas aplastadas de un solo pisotón, mientras la película se fundía en las tinieblas y yo volvía en mí en el cementerio de la Almudena.

La Historia con mayúscula, poco imaginativa, se había limitado a plagiar las catalépticas visiones de don Jorge Cirarda, cuando el pueblo de Madrid asaltó el Cuartel de la Montaña, pidiendo armas, armas, armas, para aplastar la rebelión. Era un lunes, 20 de julio, y nunca se atestiguaron manchas tan grandes en el sol, salvo en el sediento verano de Sarajevo, según dijeron luego los astrónomos. Empezaba una guerra, que don Jorge Cirarda vivió entera en el Madrid del sitio, de la épica defensa, de las matanzas asesinas de presos en

la Cárcel Modelo primero, en Paracuellos y en Aravaca después; de los no menos asesinos bombardeos sobre la población civil, afirmándola en la resistencia cuando pretendían aterrarla; de las hambres y de las denuncias; de las colas y de los bulos; de los anarquistas catalanes y de las Brigadas Internacionales; del dolor callado y de un satírico sentido de la tragedia, que se expresaba en chanzas y chistes, un poco para escándalo de don Jorge Cirarda, quien era pudibundo como todos los pederastas partidarios del verso blanco. Un Madrid desconocido, inédito y acaso irrepetible, donde don Jorge Cirarda sobrevivió como un sonámbulo y ayudó a sobrevivir como médico, hasta que en la guerra civil vino otra guerra civil, esta vez entre leninistas y anarquistas, con la entrada de los vencedores al final, *alpasoalegredelapaz*, conquistando en metro aquella ciudad *capitaldelagloria* o *rompeolasdetodaslasEspañas* y pagando religiosamente sus billetes a las taquilleras ojerosas y famélicas. En aquel Madrid y durante aquella guerra, don Jorge Cirarda conoció a un médico catalán, el doctor Raimon Reixach, a quien contó sus tres dramáticas y extáticas premoniciones, en mitad de sus muertes súbitas y pasajeras, porque erróneamente creía que ninguno de los dos sobreviviría los bombardeos, las checas o las sacas. El doctor Reixach, don Raimon, solterón como don Jorge Cirarda aunque no invertido, le confesó a su vez haber amado antes de la contienda a una condesa viuda catalana, Aurelia, la de Miralpeix, cuya suerte o paradero desconocía en aquel entonces. También le mencionó, aunque de forma intencionalmente oscura, un libro suyo aún inédito, al cual aludía a veces con mucho misterio y cuyo original no llegó a mostrarle, si bien al parecer venía a preverse allí en renglones torcidos o de forma poco más explícita que ninguno de los dos moriría en el Madrid del sitio. Prudente por discreto, acaso escéptico, don Jorge Cirarda no quiso preguntar más. En otro particular, más lúcido en apariencia aunque en realidad no menos enigmático, el doctor determinó la vida de don Jorge Cirarda de forma manifiesta. Le habló de un priorato, San Judas apóstol, allá por la parte de los Pirineos donde planteles de helechos, anteriores al hombre y a sus crímenes, lindan con doradas laderas de angélicas carlinas. Según descripción del doctor Reixach, el priorato tenía un campanario con dos huecos redondos para las campanas en la espadaña. Al pie de aquel alto rectángulo, coronado por un par de círculos y un triángulo con tejas, se abrían, en anillos concéntricos, el aljibe de la fuente, el jardín redondo como un plato y los claustros con las celdas. A mayor abundamiento y a título de portento adicional, decía el doctor Reixach que cualquier piedra tirada a la alberca caía siempre en su centro exacto y abría ondas también

concéntricas con los claustros, el jardín y la cisterna. La paz abrumó y asqueó a don Jorge Cirarda tanto como la guerra. Se había sentido tentado a creer, aunque nunca llegase a creerla de veras, aquella promesa de los vencedores a los vencidos que aseguraba la amnistía para todo pecado político salvo los delitos de sangre. El infierno de los fusilamientos y de las cárceles abarrotadas, de las hambres y de los especuladores, de la mendicidad y de los desfiles, en elañodelavictoria y al cabo de los tres años triunfales, casi le hizo desear la muerte eterna, aunque fuese para ver interminablemente el asalto al Cuartel de la Montaña, el asesinato de los Zares y los pistoletazos de Sarajevo o Serajevo. Incapaz de huir de sí mismo, quiso al menos evadirse de Madrid. Volvió a recordar, aunque de hecho no lo olvidara nunca, aquel priorato de San Judas donde cualquier piedrecita tirada a la cisterna de la fuente abría ondas concéntricas con los claustros. Se dijo que un lugar de tan humildes prodigios debía de hallarse muy cerca del centro del mundo o del centro del hombre. Sin despedirse del doctor Reixach ni de don Vicente Aleixandre, sin saber tampoco qué perseguía en su huida, tomó el expreso de Barcelona y se fue en busca del monasterio de la doble espadaña.

—Los frailes eran doce y andaban siempre en tríos —le dijo don Jorge Cirarda a fray Antonio Azorín, en su interminable confesión—. Me recibieron con deferencia y me asignaron una celda sobre los claustros. No por sujetos al voto de silencio, que no lo estaban, sino por serles innecesarias casi todas las palabras, hablaban muy poco y siempre en elipsis. Cuando le pregunté al prior cómo sobrevivieron la guerra en la Cataluña revolucionaria, repuso encogiéndose de hombros que algún prodigio les haría invisibles a ellos y al monasterio, borrando a la vez su recuerdo en la memoria de los hombres, porque en los tres años de la contienda nadie pareció advertir su presencia. Al referirme yo a las infamias que trajo la paz, aquel santo varón, de barbas escarchadas, sacudió la cabeza, como si buscase una expresión conveniente pero olvidada mucho tiempo antes. «Sí», dijo al cabo sonriendo dulcemente, «este ha sido siempre un país de hijos de puta».

En el priorato y por la prensa, que él recibía todos los días aunque los frailes no la leyesen, supo don Jorge Cirarda el principio de la guerra mundial. Aquella noche, vestido con su traje azul ultramarino y su chaleco de ocho botones, bajo la chaqueta cruzada, don Jorge Cirarda se arrodilló a solas en la capilla de la abadía, abrumado por tantas catástrofes, y le pidió a Dios una prueba tangible de su existencia. Inmediatamente, en una suerte de milagro al revés, comprendió que había perdido la fe y que un calorcillo, como a ascuas escalibadas, le templaba los lomos. Con aquella súbita caída en el

descreimiento, don Jorge Cirarda comenzó a desear a las mujeres y quedó limpio y olvidado de toda inclinación carnal hacia los hombres de la especie. Abandonó entonces el priorato, sin despedirse de los frailes como tampoco lo hiciera de don Vicente Aleixandre ni del doctor Reixach en Madrid. Se estableció en Barcelona y allí tuvo un consultorio que no tardaría en prestigiar, aunque también cobrase fama de rijoso con las pacientes que accedían a sus avances. Antes de los amenes de la guerra mundial, de que en España suprimiesen el saludo brazo en alto y Franco declarase que su Régimen no era de derechas, de izquierdas ni por supuesto del centro, la condesa Aurelia, viuda de Miralpeix, compareció por primera vez en aquel establecimiento, recomendado por dos dilectas amigas suyas. Mientras ella se desnudaba, preguntábase don Jorge Cirarda dónde la habría visto antes o quién le mencionó aquel nombre impronunciable e inconfundible. Aurelia, viuda de Miralpeix, frisaría los cuarenta, por carta de menos. Llevaba muy bien los años, pues era alta y aún espigada como una adolescente crecida y granada después de la escarlatina. Tenía el rostro menudo pero anguloso y acaso hubiese podido pasar por hermana de don Jorge Cirarda, de no ser por el pelo oscuro y rizado así como por los ojos de un gris desconcertante y parecido al de las ardillas del Baikal. Don Jorge Cirarda decidió que sus tetitas, aún de buen ver y tirando a menudas, eran tirintias como las de Nausica y sus esclavas, en la copia de una crátera del Peloponeso, propiedad del doctor Raimon Reixach, en Madrid. Como otro día iba a comentárselo a *monsieur* Proust en El Sueño de la Razón, la memoria involuntaria pero peripatética le llevó entonces súbitamente de los pechitos como pechinas de Aurelia, viuda de Miralpeix, a la *Odisea*; de la *Odisea* a la cerámica de Tirinto; de las cráteras, pasando por las veneras vivas, al recuerdo de las confidencias madrileñas del doctor Reixach acerca de sus amores con la aristócrata de la mirada siberiana. No obstante, cuando mencionó el nombre de aquel médico, quien a su vez le había llevado a la condesa por vía del priorato de San Judas, ella le aseguró no conocerlo en tal tono y con tal gesto, que don Jorge Cirarda, desconcertadísimo, se vio obligado a concluir que decía la verdad. Mayor asombro aguardaba a don Jorge Cirarda cuando la condesa de Miralpeix le mostró la espalda desnuda, desde la cintura a la nuca, donde los caracolillos se convertían en pelusa rizada del tono de la melaza recién escurrida. Allí y en grandes letras rojas y resplandecientes aparecían aquellos cuatro versos, que don Jorge les recitó al Rey y a su padre en el Palacio de Oriente y que luego, legítimamente cedidos, incorporó don Vicente Aleixandre a *La destrucción o el amor: Largas cadenas que surgen de los*

lutos, / de lo que nunca existe, / atan el aire como una vena, como un grito, como un reloj que / se para cuando se estrangula algún cuello descuidado.

—Desde hace un año, salen así, en rojo y en bastardilla debajo de la piel, a cada una de mis reglas. Luego desaparecen —le dijo Aurelia, condesa viuda de Miralpeix.

Don Jorge Cirarda no le confesó nunca que los versos eran suyos, ni quiso hablarle de los transportes donde viera anticipadamente los magnicidios y el asalto al Cuartel de la Montaña. Por su parte, tampoco ella le dio a entender haberse encontrado y acostado con el doctor Raimon Reixach, en su viudez. Diríase que el lance, de ser cierto, le había ocurrido a otra mujer o a la propia Aurelia de Miralpeix, en otra existencia. Un año después, la condesa casaba con don Jorge Cirarda y con el tiempo él mismo llegó a olvidarse del doctor Reixach, como había desimaginado y borrado todo recuerdo de su homosexualidad, antes de la pérdida de la fe. El 7 de diciembre de 1941, mientras los japoneses hundían la escuadra americana del Pacífico, en su ataque por sorpresa a Pearl Harbor, nació su hija Eulalia, luego llamada Eulalie Cirarda, también condesa de Miralpeix, por cesión explícita y voluntaria del título por parte de su madre. Aun en su goce de padre novel, aunque ya maduro, don Jorge Cirarda no pudo por menos de asustarse, al comprobar la sabia simetría del destino y su oculto propósito. Si él había venido al mundo a la hora en que los americanos hundían los barcos españoles en Cuba, su hija nacía casi dos generaciones después y a la hora en que los japoneses bombardeaban triunfalmente la armada americana en el Puerto de las Perlas. Eulalie Cirarda, condesa de Miralpeix, no se casó nunca; si bien en el año 1960 o en 1961 tuvo una hija natural del poeta y dramaturgo Giovanni Cantieri Mora. Giovanni Cantieri reconoció a la niña y le dio su nombre; pero no pudo convencer a Eulalie, siempre celosa de su independencia, de la necesidad de legitimar aquellos amores. La hija creció con sus abuelos maternos y la madre vivió largos años en Italia, después de romper con Giovanni Cantieri, firmando allí guiones de muy conocidas películas. En agosto de 1980, cuando veraneaba en Ischia con uno de sus amantes, le diagnosticaron una leucemia. A la mañana siguiente y al filo de la amanecida, un borracho al que acababa de despertar el relente en la playa, vio a una mujer descalza dándose un pediluvio al borde de las olas. De improviso, la desconocida se desvistió y enteramente desnuda, a pasos pausados y sin volver la cabeza una sola vez, se adelantó en el Tirreno. Acababan de cubrirla las aguas, cuando el vagabundo presenció la salida del mar de un pájaro rojo, una suerte de gaviota incandescente, que brotada de las aguas se perdía

aleteando cielos arriba. No volvió a tenerse nuevas de Eulalie Cirarda, condesa de Miralpeix, como si se hubiese desvanecido en el aire de Italia. Su hija, Giovanna Cantieri Cirarda se hizo actriz acaso por querencia o herencia de la vocación de sus padres por el cine y las tablas, e interpretó con buen éxito el papel de Clarina de Saint-Vaast, en la película nacida de *Las crónicas del Sochante* de Cunqueiro. Tenía la mirada verde, como aquella mujer en el libro: un verde venido de los ojos de otra heroína de novela galante, que su madre le leyó a Clarina en el embarazo, al decir de *Las crónicas*, por capricho de preciosa ridícula y literata. Murió al año siguiente de la desaparición de Eulalie Cirarda, en un accidente de automóvil junto a Le Pertus, cuando iba a Perpignan para entrevistarse con Sandro Vasari acerca del doble papel de la Argentinita y de Marina, su propia mujer, en la versión cinematográfica de su obra *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos*.

Sus abuelos volvieron a quedarse solos, acaso como siempre quisieron haber vivido, no por egoísmo ni tampoco por desapego sino porque inadvertidamente presentían su incapacidad de saber a ciencia cierta quiénes eran ellos mismos. Desaparecida la hija y muerta la nieta, perdieron amistades y conocidos mientras envejecían. En realidad los enterraron con el transcurso de los años, porque ni don Jorge Cirarda ni la antigua condesa de Miralpeix parecían aviejarse. El tiempo resbalaba por ellos, como la luz traspasa el cristal sin deslucirlo. Los zarcillos de las sienes de Aurelia eran igual de oscuros que aquella tarde de 1939 o de 1940, cuando se conocieron en la consulta. A él se le rizaba y encendía la cabeza, como el día en que perdió la fe y la inclinación por los hombres, mientras pedía a Dios una prueba de su existencia. Mirándose a veces en los espejos, que se iban oscureciendo y amoratando, o contemplando fotografías suyas ya enmarillecidas, don Jorge Cirarda llegó a preguntarse si aquel desafío al tiempo, aquella especie de momificación en vida y en algún instante de más de medio siglo atrás, no sería un castigo peor que la muerte y que la locura: la condena a la supervivencia en la tierra, sin haber comprendido las razones de la propia existencia. Por fin en junio de 1998, el año del cometa, de la aurora boreal sobre el Valle de los Reyes, de la vuelta de la momia de Stalin al mausoleo de la Plaza Roja y del suicidio del Papa en Roma, cuando don Jorge Cirarda iba a cumplir cien años, amaneció un día de Corpus convencido de su muerte inminente y esta vez definitiva e irrevocable. Aurelia, condesa viuda de Miralpeix y ahora casi viuda también de Cirarda, dormía a su lado, sin rumor y tal vez sin sueños. Don Jorge no quiso despertarla, pues supuso que la

agonía de un hombre casi centenario no ofrecía mayor interés para nadie, incluida su propia esposa. Cerró los ojos y se dejó resbalar eternidad adentro, como si descendiese de espaldas por una suave rampa interminable. De súbito, en un llano redondo, sin árboles ni muebles, se topó con el Archiduque Francisco Fernando, su morganática consorte la Duquesa Sofía, el Zar, la Zarina, el Zarevich Alejo, las Princesas Anastasia, María, Tatiana y Olga, rodeados y escoltados por todos los espectros, vencedores y defenestrados, del asalto al Cuartel de la Montaña.

—¿Quiénes somos? —le preguntaban unas veces a coro y otras relevándose—. ¿Vivimos de veras en aquella película de sombras, que llaman la Historia, y fuimos solo el delirio de un hombre como tú, que no eres nadie?

Aun sin saber qué decirles, don Jorge Cirarda iba a responderles, cuando de súbito y de improviso, al abrir los ojos inadvertidamente, desaparecieron todos los espectros y él, vestido con su traje azul ultramarino, de chaqueta cruzada sobre el chaleco de ocho botones, volvió a encontrarse en la capilla del priorato, pidiéndole a Dios una prueba fehaciente y tangible de su existencia, entre tanta desdicha como asolaba el mundo. Afuera, los doce frailes seguían andando en tríos por los claustros, mientras el prior recibía sus confesiones en el confesionario («Sí, este ha sido siempre un país de hijos de puta»), y la fuente borbolleaba y rumoreaba junto al aljibe. En su otra vida, la que compartió con Aurelia de Miralpeix, habían pasado cincuenta y nueve años según cálculos de don Jorge Cirarda. En el priorato, los transcurridos se reducían a seis y la guerra mundial, estallada en 1939, había concluido en 1945. Para el otro don Jorge Cirarda, el que volvió a encontrarse en la capilla implorando un portento, no había mediado sino un instante entre 1939 y 1945, o entre 1939 y 1998. Para afilar el misterio, en el bies de tales enigmas cruzados, nadie parecía haber advertido ni su ausencia ni su éxtasis. En cualquier caso, tanto si fueron su hija y su nieta, Eulalie Cirarda y Giovanna Cantieri, como si vivió seis años *dans le temps dun soupir*, había pasado por la vida como si fuese un sueño. No obstante, la existencia era vigilia a la luz del entendimiento, según firme convicción de don Jorge Cirarda, aun en aquellas desconcertantes circunstancias. En consecuencia y con fría serenidad, se vio obligado a concluir que debía de haberse vuelto loco. Por otra parte, de forma previsora y un tanto increíble, como si la vida no fuese sueño ni realidad, sino relato imaginario en una de aquellas novelas bizantinas donde todo sucede y todo ocurre a la vez, frente al priorato y al otro lado del prado con cardenchas se alzaba un edificio pintado de blanco, con anchos ventanales y portón de laca. A las discretas preguntas de don Jorge Cirarda,

repusieron elípticamente los frailes que la casa era un sanatorio para pacientes mentales que allí se recluían voluntariamente, con entera libertad para abandonarla cuando se creyeran sanados o les plugiera irse. Cierto psiquiatra, a quien decían Manuel Valentí Miralles y duque de la Trinitat, levantó la clínica que ahora dirigía y llamaba El Sueño de la Razón. Si las cuestiones de don Jorge Cirarda sorprendieron por obvias a los monjes, nunca delataron su asombro, como si en aquel hipotético libro bizantino hubiese sido escrito que él iba a plantearlas y ellos a responderlas sin maravillarse ni confundirse. Sin ser impetuoso, sino por lo común tan pausado en los gestos y ademanes como en los acuerdos, don Jorge Cirarda resolvió abandonar San Judas un día y acogerse a El Sueño de la Razón, hasta esclarecer si podía regresar a su sano juicio con la misma presteza que antes dejó o creía haber dejado el priorato. No obstante, solo halló fuerza para cruzar el cardenchal en 1954, como si el imaginario autor de su historia demorase hasta entonces su llegada al sanatorio, mientras apercibíale allí un inesperado encuentro. Su partida del convento pareció una fuga atolondrada por lo brusca, cuando al cabo decidió realizarla después de saberla inevitable durante tanto tiempo. Siempre ataviado de azul y con chaleco de ocho ojales, atravesó el prado florido y empujó con la palma la puerta de laca, que le aguardaba entreabierta. Pasado el umbral, se encontró en aquella vasta sala de estar donde otra tarde yacería de cuerpo presente. Un hombre con gafas de concha, perilla y bigotes peinados, entrecano y un tanto cargado de espaldas, avanzaba sonriendo hacia don Jorge Cirarda. Era el doctor Raimon Reixach.

—Sabía que tarde o temprano vendrías con nosotros —le dijo tendiéndole la mano—. Además, no sé por qué, presentí últimamente que lo harías muy pronto. Bienvenido a El Sueño de la Razón.

Fray Antonio Azorín

Por la misma puerta que daba al patio de El Sueño de la Razón, la que tantos años antes cruzó el doctor Raimon Reixach para dar la bienvenida a don Jorge Cirarda, entraba ahora el propio doctor Reixach en la capilla ardiente, con un telegrama en la mano. Lo abrió para leerlo y leído se lo entregó a fray Antonio Azorín.

—Es de Vicente Aleixandre —le dijo—. Supongo que nos trae sus condolencias.

«Rotas cadenas de lutos. Libre al fin al aire, como una arteria, como el silencio, como el metro que mide solo los ríos cuando se cuelga una guirnalda a un tobillo prevenido». Sentose el doctor Reixach a la derecha de fray Antonio Azorín y ambos se miraron indecisos. Fray Antonio Azorín se puso en pie y aproximó el telegrama a uno de los cirios, que alumbraban al muerto en los candelabros pulidos a la usanza florentina. Empezó a arder por uno de los cabos; pero cuando la llama, azulada y diminuta como una uña, alcanzaba los dedos se convirtió en una rosa escarlata, entreabierta y salpicada de rocío, que fray Antonio prendió en uno de los ojales de la chaqueta cruzada de don Jorge Cirarda. Trató de recordar entonces el texto de tan lírico telegrama; pero comprendió que lo había olvidado para siempre. De la inmortalidad, en cambio, no podía olvidarse contemplando al doctor Reixach, tan avejentado, casi blancos como la espuma la perilla y el bigote, que solo encanecían cuando don Jorge Cirarda llegó a El Sueño de la Razón. Pensó entonces en aquella parte de las confesiones de su amigo, cuando don Jorge, muertas la hija y la nieta, había llegado a temer la vida eterna en la tierra. Conocía y compartía semejante pánico, pues el horror de la inmortalidad en el mundo le había llevado a aquel sanatorio, por su propio pie y libre albedrío, en cuanto comprendió que solo un demente viviría aterrado por la idea de no morirse nunca. En otros tiempos, que casi parecía obsceno recordar por lo alejado, fray Antonio Azorín fue confesor de Su Majestad, que Dios guarde, el Rey Don Felipe II en El Escorial. En el monasterio le llamó un día el Monarca, desde su trono preferido: una desvencijada silla de cocina, siempre emplazada

ante aquel tríptico del Bosco, *El jardín de las delicias terrenales*. Arrodillose el fraile y el Soberano le dio a besar la mano, pálida como la de una tísica y cruzada por venas violetas, antes de ofrecerle un escabel.

—En alguna parte de este retablo, que parece pura demencia, se halla oculta la verdadera faz de la Razón —le dijo el Rey señalando la pintura—. Tú eres célebre por tu memoria, que según cuentan las hablillas nunca olvidó un pecado en el confesionario. Mira atentamente los tres paneles y luego vete por el anchuroso mundo en busca del rostro del raciocinio, que aquí copió Hyeronymus Bosch.

Fray Antonio Azorín pensó entonces que el Monarca era un ido, para luego decirse que acaso fuese el más cuerdo de todos los hombres. Cabía en lo posible que el Bosco hubiera descubierto el rostro de la Razón, aquel que según la leyenda cegaba y petrificaba como la mirada de la Gorgona o el panorama petrificado de Sodoma, incendiada por el cielo. Después acaso llenase el retablo con toda suerte de disparatadas extravagancias, para evitarles a los hombres, seres débiles de moral y de sesera por nacidos de mujer, la presencia y el encaro deslumbrante de la vera efigie de la Razón. No quiso preguntarse, aunque tampoco pudo evitar por completo aquella cuestión, cómo llegaría el Rey al convencimiento de que en una de las tablas se escondía la legítima imagen del Entendimiento. Le aturdía pensar en semejante misterio y además debía obedecer a su Soberano y Señor, quien le mandaba aprenderse cada detalle de los paneles de inmediato y sin olvido de ninguna pincelada. Los miró con los ojos entornados y luego apretó los párpados, de modo que el entero retablo se deslizase hasta el fondo más inadvertido de la conciencia, con la esperanza de que Dios o lo que siglos después *monsieur* Proust llamaría en su presencia «la auténtica memoria, la involuntaria», le devolviese el rostro de la Razón y él pudiera identificarlo sin lugar a dudas, de tropezárselo en el mundo. Ahora bien, como lo cortés no desdecía lo valeroso, a la memoria no percatada quiso sumar la consciente. Con los ojos chiquirriticos, de tan amusgados, miró y repasó a los dos amantes, que asomaban por las rajas de una frambuesa partida, seguidos por una cigüeña; a Eva desnuda y de rodillas brindándole el pulso a Cristo; al rebaño de unicornios y tapires de las Indias, abrevando en el arroyo del Edén; a la pareja en cueros, que se acariciaba dentro de una burbuja; al perro jorobeta, de dos patas, vuelto pez piloto de una jirafa blanca; a la fuente de crustáceos rosados, en mitad del Paraíso terrenal, con una escotilla al pie, tan redonda como el aljibe de los frailes de San Judas, donde una lechuza contemplaba la creación del hombre; al mozo traspasado por las cuerdas de

un arpa y al prendido por una serpiente orejuda a las de una bandurria; a Satán en su trono y en mitad del infierno, vuelto canario flauta y coronado con un caldero; a Judas devorado por Satanás, como en la *Commedia*, mientras soltaba bandadas de vencejos por el culo a cada pedo; a la procesión de bacantes y de libertinos, coritos todos y caballeros en osos, unicornios, jabalíes y toros berrendos, huyendo de Oriente a Occidente del Jardín de las Delicias. Más no alcanzó a ver, porque ya su Señor Felipe II, el Rey Prudente, le daba a besar las uñas de la diestra y lo despedía con un ademán, mientras volteaba un reloj de arena que tenía en el regazo.

—Vístete de peregrino, llévate un cayado y una calabaza para el agua. Vete y no vuelvas sin la faz de la Razón.

Obedeció fray Antonio Azorín; pero no anduvo demasiado lejos en su búsqueda. Los ojos endrinos de una mujer, sobre el embozo de una mantilla de Malinas y desde la ventana de un coche parado ante el monasterio, le detuvieron como si un rayo le hubiese vuelto de ceniza prieta, al cruzarle el alma. El rostro de otra dama, esta mayor y acaso cincuentona, asomábase a la vez muy sonriente. Aunque virgen y algo cándido, fray Antonio Azorín dedujo en seguida que serían una buscona de muy alto precio y su tía fingida. También concluyó que nada de aquello le incitaba al reproche, porque se había prendado perdidamente de la mirada de azabache pulido.

—Subid, reverendo padre, que mi alma necesita vuestros servicios —le dijo la joven, llamándole con la mano.

Fray Antonio Azorín pensó que su mano le recordaba la augusta diestra del Rey, por ser blanca como el teclado de un clavicémbalo, con unas venas del color de los pensamientos florecidos. Se decía Lucinda Camila y fray Antonio no supo nunca cuáles fueron los servicios espirituales requeridos, porque además de puta era pagana de corazón, aunque en otros respectos resultase honrada, pues siempre y en toda circunstancia contaba la verdad.

—Sabrás que te llamé por capricho de pervertir a un peregrino —le confesó aquella noche, después de desvirgarlo, mientras la dueña entonaba aleluyas para ellos detrás de un tapiz—. Me encendieron tu sayal y tu calabacilla; pero no me arrepiento de haberte seducido ni de gozar contigo.

Fray Antonio Azorín debió de cegar entonces o deslumbrarse con una luz distinta de la de Cristo, pues llegó a decirse que Lucinda Camila era doncella en el fondo del alma, por no haberla manchado con ninguna mentira. De tal modo enloqueció por aquella mujer, que en menos de nada olvidaba sus votos, su Rey y su búsqueda para casarse con ella y vivir de los ahorros de su antiguo comercio. Era de verlos los domingos por la mañana, a la salida de

misa cantada, paseando de bracete por los jardines del Buen Retiro y picoteando en una bolsa de confites, entre melindres de adolescentes enternecidos, mientras la dueña, acompañada del laúd, les cantaba aquello de Fonte Frida, Fonte Frida, Fonte Frida y con amor. Al año cumplido, casi desaparecieron los caudales del puterío, idos en ropas de raso; en un coche nuevo, tapizado de carmesí y en un relojillo de cuco, importado de contrabando de la Suiza tenebrosa y protestante. Lucinda Camila le dijo a fray Antonio Azorín que debía volver a la trata, si pretendían vivir como señores, antes de que el tiempo le arruinase los encantos. Holgaba añadirle que el suyo sería un trabajo como otro cualquiera, aunque muy rentable, puesto que su amor indivisible era para el monje, su esposo. El fraile rebotado pasó tres noches en vela, consumido por el dilema. De plegarse a las exigencias presentes, condenaba el alma por consentido a los siete Reyes infernales del Emperador Belzebuth. A saber, Bael, el de las tres cabezas; Pursan, conocedor del pasado, del presente y del porvenir; Byleth, el amante de la música militar y los caballos blancos; Pymon, el de la cara de niña; Belial, el mariconazo venerado en Sodoma; Asmoday, el monstruo geómetra y Zapán, el toro alado que cambia el agua en vino, el plomo en plata y la sangre en aceite. De abandonar a Lucinda Camila desataba un matrimonio, atado en los cielos, del cual los cónyuges eran los ministros.

—El Rey anda ahora juntando una armada, a la que ya llaman la Invencible, que invadirá Inglaterra —le dijo un comediógrafo fracasado, Cervantes Cortinas, que recaudaba impuestos para aquella escuadra—. Únase vuestra merced a la expedición, si sufre mal de amores, pues no hay mejor remedio que un viajecito por mar para olvidarlos.

Con el alma hecha trizas, fray Antonio Azorín siguió su consejo y huyó de Lucinda Camila, a quien veneraba, para no volverse loco. Dispuesto a vengar la ejecución de María Estuardo, decapitada por la Reina Isabel de Inglaterra, en nombre de las Sagradas Escrituras, como decían los luteranos, Su Majestad reunió ciento sesenta buques, dos mil seiscientos cañones, ocho mil marinos y veintidós mil hombres de desembarco, entre los cuales contábase fray Antonio Azorín, que zarparon de Lisboa primero y de La Coruña después. Los ánimos, que eran buenos en las bocas del Tajo, se volvieron feroces en su entusiasmo al dejar Galicia, bajo un cielo de plomo. La marinería gritaba en cubierta que ahorcaría a la Reina descreída y calva, la del peluquín con rodetes, de las jarcias del navío y con sus propias entrañas, después de despachurrarla. Fray Antonio Azorín, quien nunca odiara a nadie, se sorprendió bramando y despereciéndose por rajar a la impía en mitad de aquel

coro de bravucones. Por desdicha no cuadró al Altísimo que la verdadera fe obtuviese tan alta victoria y el cumplimiento de tan nobles propósitos. El Mar del Norte, con sus tormentas, sus nieblas y los buques de la herejía, salidos de las boiras y escurridizos como anguilas, se convirtió en la tumba de lo más florido de la armada. Luego supo fray Antonio Azorín que de los ciento sesenta veleros volvieron a puerto menos de cincuenta. El suyo lo incendiaron y hundieron las bombardas y él se encontró en las aguas, frías y cortantes como cuchillos, abrazado a una tabla y pidiendo a la Virgen del Carmen que le enseñase a nadar en aquella aflicción. Los cielos repusieron de forma oblicua a sus ruegos, pues a la vuelta de casi cuatro siglos fray Antonio Azorín aún no había aprendido a sostenerse en las olas o en los ríos, como atinó a recordarlo mientras el doctor Raimon Reixach le ofrecía fuego y cigarro en el velatorio de don Jorge Cirarda. La Virgen atendió a sus preces de forma mitológica, pues cuando desfallecía aterido y arrastrado por una corriente, que hundíalo en la noche, se sintió alzado de las aguas por un unicornio blanco, que a la luz de un solo rayo de luna, venido entre las nubes entenebrecidas, le pareció idéntico al de *El jardín de las delicias terrenales*. Aún tuvo tiempo de preguntarse si aquel monstruo providencial sería la verdadera faz de la Razón, tan deseada por su Señor y Monarca, y de oír a lo lejos el bramar de una ballena. Luego se aletargó abrazado al singularísimo cuerno de su montura, para volver en sí de bruces en una playa cerca de La Coruña, desnudo y desmadejado como Ulises en el país de los feacios. En La Coruña vivió un año, trabajando para pagarse el viaje a Madrid. Una noche y en una partida de naipes, cuando ya desesperaba de reunir aquel dinero, tuvo suerte y les ganó una buena suma a unos mercaderes de seda murcianos. A la mañana siguiente, embebecido en recuerdos de Lucinda Camila, de aquellos ojos suyos sobre el embozo de la mantilla de Malinas y de los ricitos dorados de su crica crica, tomó la posta de vuelta a la capital y cabeza de las Españas. Llevaba muchas y muy ensayadas disculpas, para justificar su huida; una gaita gallega para la dueña, siempre tan dada al canto y a la música y seis pares de medias para su esposa, compradas a los mercaderes de Murcia antes de la partida. Nunca se sintiera tan feliz y en el mundo despuntaba el verano. Tan pronto cruzó la puerta de la casa, que estaba abierta como si le aguardasen, le sorprendió la llantera de un niño. La tía fingida salió al encuentro de sus voces, que a gritos llamaban a Lucinda Camila, y se le abrazó al cuello hecha un mar de lágrimas y de mocos verdes.

—¡Ay, Antonio, Antoñito, que Lucinda Camila ya no está con nosotros! ¡Ay, que se la llevó Dios al Edén de las arrepentidas, con Santa María

Magdalena! ¡Que se nos fue de un parto prematuro y te dejó esta criatura, que lleva tu nombre y ahora echa los dientes!

El niño se llamaba Antoñito de Padua y de la Florida, por haber nacido el día de la muerte de su madre y de la verbena del santo, que es la primera que el cielo envía. Fray Antonio Azorín nunca dudó de que fuese suyo, aunque el inocente, visto de frente o de perfil, no se pareciera ni a él ni a Lucinda Camila. Después de mucho remirarlo, llegó a la súbita certeza de que era idéntico al muchacho que en *El jardín de las delicias terrenales* cabalgaba un jabalí, tan blanco como el unicornio que a él le trajo de las aguas. Pensando, estremecido, si no sería su propio hijo la verdadera faz de la Razón, decidió no llevarlo nunca a El Escorial para que el Rey no se lo arrebatase. En el mismo instante y en una paradoja de opuestas pasiones, sintió el nacimiento de un posesivo amor de padre, junto a la sorda caída en el olvido de la sombra de su mujer muerta. Al año, arrinconada la difunta en la desmemoria, fray Antonio Azorín casó con Amarilis, otra pupila que la dueña apacentaba después de librar el alma Lucinda Camila. Amarilis había querido ser actriz y en los corrales la suponían bastarda de Cervantes Cortinas, quien en tiempos recomendó un viaje por mar al monje y lo mandó a la Invencible. Con ser muy bellas las dos, en todo salieron distintas las mujeres de fray Antonio. Amarilis era rubia y ojizarca, como Lucinda Camila era morena y renegrida de mirada, esta apasionada y aquella sumisa y lánguida dentro y fuera de la cama. La primera mujer muy pajiza y limonada, por parte del pelo de las partes pudendas; la segunda con una horcajadura más negra que el paladar de un mastín de raza. El afecto, un poco adormecido pero aparente, que Amarilis dispensaba a Antoñito de Padua y de la Florida, decidió al padre a hacerla su esposa. Aquella vez no quiso caer en los reconcomios y pesares que desbarataron su primer matrimonio. Buscó un trabajo honrado, para no saberse mantenido por Amarilis y dio en asociarse con un italiano, apodado Curzio Malaparte, en un negocio de trata de esclavos. Pasaban un año en África, cazando familias con ayuda de unas tribus bautizadas y devotas, embarcándolas y vendiéndolas al contado, para vivir otro año en Madrid de las rentas, ofrecer el diezmo a la Iglesia y dedicar los ahorros a la compra de ganado en Segovia y de telares en Ávila. Al quinto año y al regreso de las tierras de los bantúes y de los bubis, volvió a toparse con la dueña desolada y prendida a su cuello, como él se abrazaba al unicornio que le llevó a las playas de La Coruña. Amarilis había muerto de parto, dejándole una hijita a quien bautizaron con el nombre de María Isabel, para luego llamarla Belisa. Fray Antonio Azorín frunció el entrecejo, turbado por tanta simetría, en la que

imaginaba advertir un turbio castigo de la providencia, en pago de pecados desconocidos. Mayores suplicios le aguardaban, a la vuelta de unos años, aunque su fortuna medrase a cada viaje y sus hijos, Belisa y Antoñito de Padua y de la Florida, creciesen hermosos como dos soles. Había jurado no volverse a casar y su socio, Malaparte, también se mantenía soltero, sin dar con la mujer que supiese retenerlo, aunque era apuesto e inclinado al rijo y al enamoramiento. En las treguas de la trata, bajo las palmeras salvajes de Bubilandia o en alguna hostería madrileña, Malaparte le contaba unos sueños suyos, tan ricos en sinrazón como en fantasía. Soñaba entonces, según decía, que los dos vivían en Italia y amaban a la misma mujer, en otra existencia anticipada en aquellas pesadillas pero aún lejana en el tiempo irrevocable. Al principio, fray Antonio Azorín escuchaba absorto semejantes dislates. Con el tiempo y a fuerza de repetirse, terminaron por hastiarle y aburrirle. Tendría Belisa unos catorce años y Antoñito de Padua y de la Forida dieciocho o diecinueve primaveras, recién cumplidas, cuando, apenas regresado fray Antonio Azorín de África, al cabo de otro año en playas de oro y bosques vírgenes, le recibió el llanto de una niña, apenas traspasado el portón de su casa. En una cuna gimoteaba una muñeca de meses, mientras la tía fingida, ahora cegatona y corcovada por la edad, mecíala y cantábale Fonte Frida, Fonte Frida, Fonte Frida y con amor, como aquella noche, casi en otra vida, cuando Lucinda Camila descaperuzó a su fraile, a los compases del laúd de la dueña. Interrogada por un fray Antonio Azorín cada vez más descompuesto, como si aquella inocente le hiciera temerse el mayor de los horrores, la anciana terminó por confesarle que los hermanastros, sus hijos bienamados, habían incubado un amor culpable apenas partido él para la trata, amor que los llevó al incesto y a la concepción de aquella criatura, a la cual la dueña llamaba Martirio de las Angustias, aunque la Iglesia se negaba a bautizarla por nacida del más nefando de los pecados. Oyéndola, cayó de rodillas fray Antonio Azorín, como si la viga maestra de los cielos se hubiese derrumbado en mitad de su espinazo. Cubrió el rostro con las palmas, preguntándose por qué, santo Dios, por qué una vida como la suya era penada con dramas tan grandes. Para acrecentar su escándalo, se percató entonces de que habría podido matar a sus hijos con las manos: deshacer a puñadas y a mordiscos a Belisa y a Antoñito de Padua y de la Florida, quien acaso fuese la verdadera faz de la Razón, aunque era a la vez padre y tío de su propia hija, hermanastro y amante de su hermanastra. Como si adivinara tan arrebatados instintos del infelice y ella quisiera espolearlos, la tía fingida le dijo que a poco de nacida Martirio de las Angustias, los culpables huyeron de Madrid, sin dejar rastro

de sus pasos ni noticia de su destino. Fray Antonio Azorín supo llegada entonces la hora cuando, crucificada el ánima, el dolor y el escándalo se colman y devienen indiferencia. Fríamente, como quien no solo resuelve volverse de espaldas al mundo sino también a sí mismo, se arrancó los ojos con los dedos y después de ofrecérselos a la dueña, que aullaba horrorizada, se los comió de una buchada y rodó inconsciente por los suelos, hecho una tea de sangre. Al cabo de los siglos, en la misma sala de El Sueño de la Razón, donde hoy yacía don Jorge Cirarda, con aquella rosa que fuera poema de don Vicente Aleixandre prendida al ojal, y donde el reloj depéndola y caja había parado definitivamente, debatían y comentaban el sentido de la vida fray Antonio Azorín, René Descartes y *monsieur* Proust, pocos días antes y a la hora del té con bizcochos borrachos. Contando sus desventuras de tiempos tan distantes, dijo fray Antonio Azorín que la existencia era solo dolor y más allá del dolor, insensatez, como la suya al cegarse. *Monsieur* de Descartesargüyó que no había más vida que la reflexión racional de lo vivido. Sin esta a modo de pauta, el universo se reducía a un dislate, parecido al sueño de un loco. *Monsieur* Proust, tan francés como *monsieur* de Descartes y por lo tanto incapaz de medir la realidad por el rasero de la cordura más obvia, terció afirmando que la vida no era ni al vivirla ni al recordarla, sino cuando se la evocaba de forma inesperada, a través de la magia de una sensación extraña pero irracionalmente análoga a lo que en pura hipótesis se había vivido. Cuatro siglos antes, cuando Martirio de las Angustias cumplió diez años, su abuelo le dijo que ninguno de los dos había expiado las culpas desconocidas, que a ella la hicieron nacer y a él concebir a sus padres. Para purgarlas, lo abandonarían todo, dueña incluida, y se irían a mendigar por el mundo sin confines, en nombre del sufrido padre Job, rigor de las desdichas. La niña, quien hablaba muy poco pero parecía escucharlo todo, hermosa como cualquier hija del pecado, asintió sin que el ciego llegase a saber si le había comprendido. Luego sonrió con mucho misterio, como si acabase de descubrir en el fondo de un espejo que el mundo no es sino el reflejo del infierno. Apenas salidos de Madrid y entrados en el pordioseo, Martirio de las Angustias, quien debía ser el lazarillo de fray Antonio Azorín, se convirtió en su despótica ama. Sin dignarse a contestarle, cuando le preguntaba por dónde iban, le condujo hacia el camino de El Escorial, el que de invierno a invierno huele siempre a *pimpinella anisum*, a *pelargonium odoratissimum* y a *lavandula oficinalis*, el mismo que nuestro señor el Rey Don Felipe II, ahora postrado por la gota, recorría en andas desde Madrid, con la pierna extendida y el pie en un silletín de cuero repujado con sus armas. Según le contaron

luego a fray Antonio Azorín, llegados que fueron al monasterio, guardas, monjes y soldados de la escolta real se apresuraron a abrirles las puertas, como si la hermosura de la niña y la desolada estampa de aquel hombre sin ojos, vestido con el mismo hábito que llevaba al dejar El Escorial, les enajenasen a todos de idéntico modo que la mirada de la culebra suspende al pardal implume. De estancia en estancia, entraron en las privadas del Monarca y allí, ante *El jardín de las delicias terrenales*, con el reloj de arena en el halda, sin gota y rejuvenecido, volvió a encontrárselo fray Antonio Azorín, súbitamente recobradas por su parte las pupilas y la mirada.

—¿Me traes la verdadera faz de la Razón? —le preguntó el Soberano, traspasándole con sus ojos azules y fríos, desnudos de pestañas—. ¿Diste con ella en tus viajes?

—Señor, todavía no alcancé a encontrarla —repuso fray Antonio Azorín en voz muy baja, pensando en Antoñito de Padua y de la Florida, con un imprevisto arrebato de soterrado amor, ahora más fuerte que su desesperación por las culpas de sus hijos.

—Vuelve a buscarla y no regreses sin traérmela —replicó el Rey, después de darle la vuelta al reloj de arena—. Ni tú ni yo tenemos demasiado tiempo para perderlo en vano.

Volvió a besar la mano del Monarca y advirtió entonces que Martirio de las Angustias había desaparecido, como si nunca fuera ni se hubiese cometido el pecado que la trajo al mundo. A la salida de aquella fábrica, llamada a veces la octava maravilla, que parecía trazada con escuadras y plomadas por la propia Razón para albergar la irracionalidad de *El jardín de las delicias terrenales*, donde al decir del Rey seguíase ocultando la Razón pintada, fray Antonio Azorín se topó con varios jerónimos conocidos suyos. Ellos le hablaron con la deferencia de viejos amigos, a quienes no se ha visto en mucho tiempo; pero no podía evitar la inquietante sospecha de que los monjes no fuesen del todo reales. También le asaltó aquel recelo al besar los dedos del Soberano, como si más que mano fuese la suya un guante vacío y tejido en los aires por un aprendiz de mago. Cruzado el Patio de los Reyes, se encontró en otra época, pues al salir del monasterio había entrado en el año de gracia y del Señor de 1654, como luego dio en informarse. Aquel brusco transcurso de más de medio siglo vino a convertirse en una impensada intromisión suya en un baile de disfraces. Diríase llegado por error a una especie de verbena, con el mundo por jardín o escenario, donde las boinas, los ferreruelos, las medias, las zapatillas hebilladas, las gorgueras de encaje escarolado, los puños de blonda, las faldas acampanadas y los tahalíes

hubiesen cedido el puesto a las botas de cuero, a los guardainfantes, a las zamarras de piel adobada y curtida, a los escotes y puños desnudos de las damas, a las largas bandas asalmonadas, a las pecheras con botones de nácar y azabache, a los cuellos como fuentes almidonadas. Marciales mosqueteros, con banderas a media asta y entre un fúnebre redoble de tambores, llevaban a hombros una hilera de ataúdes de caoba para depositarlos, muy ceremoniosos, sobre unos túmulos floridos y dispuestos en el centro del patio. Fray Antonio Azorín preguntó a un enano, erguido de puntillas a su lado, de quién sería tanto y tan reverenciado féretro.

—Traen a El Escorial los cadáveres de los Soberanos de España —repuso aquel liliputiense—. Así lo dispuso para su gloria Su Majestad Felipe IV, felizmente reinante. La caja que ahora honran y dejan sobre el armazón es la de su abuelo, don Felipe II, que santa paz goce.

—¡Pero si yo fui director espiritual de aquel Señor, a quien llamaban el Prudente!

—Callaros, os lo ruego, fray Antonio Azorín, si no queréis que os tomen por loco o endemoniado —dijo el enano para asombro del peregrino, quien no se explicaba cómo sabría su nombre—. Mañana, a la hora de la siesta de los albañiles del monasterio, os espero en este mismo lugar. Una dama de muy alto nombre necesita vuestro concurso.

En aquel instante un torbellino huracanado, torcido y vuelto a torcer sobre sí mismo como un tirabuzón, procedente de los infiernos puesto que de los cielos sin nubes no venía, empezó a soplar sobre el patio tan de improviso como un terremoto abre la tierra debajo de un baile, o en mitad de la misa cantada. Prodigiosamente, el vendaval no estremecía las llamas de las antorchas, en los ángulos de los túmulos, ni alteraba el raso negro que los cubría. No obstante, llevábase en volandas a los más ligeros de los presentes, con guardainfantes y cuellos almidonados puestos, entre una chillería de almas en pena o de ratas abrasadas. Muchos volaron hasta los árboles de la Herrería y aparecieron prendidos en sus copas, las faldas revueltas, las calzas partidas, las vergüenzas al aire. El viento habría arrebatado a fray Antonio Azorín, que era como una espina, si el enano, tan fuerte o más que todos los seres de su diminuta República, no le hubiese sujetado por las corvas y clavado al suelo. Aunque luego muchos lo negarían, diríanlo otros alucinación conjunta, como la de los espejismos, y solo unos pocos dieron fe de tan grande portento, vieron alzarse lentamente la tapa del féretro de Felipe II y aparecerse el Rey, tan blanco y casi transparente como todos los espectros, sentado en la caja, con un brazo en alto y saludando a la romana.

Fray Antonio lo reconoció en seguida y un escarabajeo de pánico le descendió por la espalda, desde el cogote a la rabadilla, por donde le abrazaban y sostenían aquellas manos del enano, que de hierro colado, no de carne perecedera, parecían hechas.

—Bendito San Lorenzo —exclamó el espectro real, en una voz que se impuso en seguida a los aullidos del huracán—, tú que sentiste por las debidas proporciones un amor aun más apasionado que el mío, pues en las parrillas del martirio pedías que te tostasen por igual en ambos lados, protege a tu siervo, geómetra y Rey, aunque ahora esté muerto. Libra a mis despojos y a mi pueblo, de quien soy el siervo de los siervos, vivo o muerto, de este torbellino de los infiernos. ¡No temáis! —gritó entonces a los presentes—. ¡Las puertas del averno no prevalecerán sobre mi voluntad, aunque en la tierra solo sea cenizas! Levanté este monasterio a la memoria del Señor San Lorenzo y Satanás no podrá derribarlo ni destruiros.

Se cruzó de brazos en el ataúd, alzando muy gallo aquella cabecita, que inclusive ahora, vuelta la de una sombra, era menuda y falta de pestañas como el puño de un bastón. Se aquietó en seguida el vendaval y fueron descendiendo aquellos a quienes arrebatara por los aires, hasta posarse suavemente en las piedras del patio, como si fuesen plumas traídas por el más suave de los céfiros. Su difunta Grandeza el Rey Filipo II encogiose entonces de hombros, estoico y despectivo ante su propia victoria sobre las sombras, se tendió en el féretro y cerró la caja encima del túmulo. Sumido en memorias de la maravilla, acudía fray Antonio Azorín al encuentro del enano, al día siguiente y a la hora de la siesta, cuando un hombre menudo y quebradizo, con un espadín al cinto y un chambergo adornado con cerezas de burlería, que no eran sino cuentas pintadas de escarlata y prendidas a la banda del sombrero, se aproximó a él titubeando y hablándole en un francés con acento de la Turena, que es el más armonioso y bellamente gargarizado, aunque el desconcierto le hiciese tartajear y casi trabucarse.

—*Monsieur, monsieur, où sont les neiges d’antan? Où sont les dames du temps jadis? Où sommes nous et où est la Royne Blanche comme lis qui chantoit à voix de seraine?*

—*Monsieur* Descartes, don René, no disparatéis recitando versos de Villon, que era un perdis y un fullero —le reconvino en francés el enano, recién llegado—. Vos parecéis un caballero de buen porte y con dejo de haber estudiado en los jesuitas. Marcharos sin incordiarnos, que llevamos prisa para asuntos muy urgentes.

Dejó al francés boquiabierto y se fue su menudencia, llevándose a fray Antonio Azorín de la mano, como le conducía Martirio de las Angustias cuando le faltaban los ojos. Subieron a un coche que les aguardaba a la entrada del patio y solo entonces, cuando ya habían arrancado los caballos sin que el liliputiense dijese oxte ni moxte al carruajero, le preguntó fray Antonio si conocía al señor Descartes desde antiguo. Replicó el otro no haberle visto nunca hasta aquella tarde; pero tener la facultad de leer a veces el nombre de los extraños, escrito en tinta verde París, para él indeleble y para los demás invisible, en mitad de la frente de los desconocidos. Así había distinguido también al propio fray Antonio Azorín la víspera de aquel día y ante el monasterio, cuando su ama, la duquesa de la Trinitat, le mandó a El Escorial después de un sueño revelador, para que buscase a un fraile peregrino de aquel apellido y pidiese su auxilio y su gracia, a beneficio de su esposo, el duque, quien se hallaba en trance de muerte. Tan pronto como fray Antonio preguntó cuál era la dolencia de tan ilustre personaje, recogiose el diminuto parlanchín en un súbito silencio, que desvió luego presentándose reverenciosamente como Blaise Pepin Tracas, hijo de un funambulero normando y de una trapecista de Ciudad Rodrigo, rescatado de la vida de circo por su padrino, que le hizo educar por los reverendos padres jesuitas como si fuese un mocito de más alta cuna. De ahí que hablase el francés como el castellano y anduviera muy impuesto en geometría, una de las notorias especialidades de los hijos de Loyola en sus colegios.

—Sabios como aquellos, no volví a verlos —suspiró Blaise Pepin Tracas.

Adelaida, duquesa de la Trinitat, era una mujer cuya edad caería ente los treinta y los cuarenta, en el veranillo de San Martín de la vida. Delgada y distinguida, tenía los ojos verdes y salpicados de oro, los dientes menudos y más brillantes que las nieves perpetuas a la amanecida de los días claros de invierno. Quiso besar la mano y las veneras de fray Antonio Azorín, conmovidísima al verlo, aunque Blaise Pepin Tracas le hubiese anunciado la visita. Aun siendo moderada en voces y ademanes, por gran señora, no pudo por menos de esconder el rostro en las palmas y llorar un poco, entre pucheritos y garcilasianas lágrimas, mientras contaba sus desdichas. Fray Antonio, quien era todavía un sentimental, a pesar de sus muchos años y duelos, como lo fuera en aquellos tiempos de la Invencible de los cuales sería el único superviviente, sintiose inmediatamente encandilado y rendido ante el dulce dolor de la duquesa. Su esposo, el duque, era un vampiro catalán oriundo y señor de Roses, la bella. Le convirtió a tan nefasta condición una nodriza de Llers, *terra de bruixes*, como lamentábalo el infeliz en desesperado

vernáculo, que resultó desflorada por un íncubo y no por su legítimo esposo. Debió de pasarle la naturaleza vampírica en la leche, en forma más moderada que la transmitida por mordisco, allá por la época cuando se descubrió que la perversa volaba a Massanet, las noches de todos los sábados, para asistir al aquelarre con el Gran Cabrón y otras hechiceras de la comarca. Aunque la bruja fue quemada con leña verde, después de inútiles intentos de exorcizarla, le quedó al duquesito una fatal tendencia a beberse la sangre de los lechones, de las gallinas y de algún que otro gitanillo extraviado, a dentelladas y por la parte de la gola. Los domingos, mientras los otros niños jugaban al trompo o a los toros, los pasaba encerrado en su alcoba con todas las cortinas corridas, porque la luz del día del Señor, cuando sus campanas llaman a misa, a rosario o al ángelus, destruye los vampiros con la misma presteza que la sal gruesa deshace las babosas. Humillada la mirada verde, Adelaida de la Trinitat le confesó a fray Antonio que a los cinco años de desposada era aún doncella. El duque, esposo muy amante y considerado, no se atrevía a enhebrarla por temor de que en los transportes no fuese a morderla debajo de una oreja, vaciándole la sangre en un santiamén, como quien pincha por descuido un odre de Valdemorillo, el vino preferido de los Reyes desde el Prudente, que santa gloria goce. Tres días antes, en la noche del último sábado, abrazábala aquel casto cónyuge, profesándole amor eterno y sembrándole el cuello con besitos de pardal, cuando, en un descuido de los dolorosos deliquios nunca consumados, el primer rayo del alba se deslizó por una ranura de los cortinajes, a través del ventanal de colores con escenas de la gloriosa vida de San Isidro, labrador y madrileño, incidiendo en la espalda del señor de la Trinitat. La duquesa alzó las colchas de la cama nupcial, donde su marido reposaba de bruces, y fray Antonio Azorín apenas contuvo un grito de espanto. Medio cuerpo del duque, desde el calcañar izquierdo a la coronilla de la calva incipiente, incluida la pierna, la nalga, un lado de la espalda a partir del espinazo y la mitad del cogote, estaba completamente carbonizado y era del color del añublo.

—Así lo dejó aquel destello de luz de domingo, aunque viniese mitigado por la hora temprana y las vidrieras —dijo Adelaida de la Trinitat—. Desde entonces no habla ni creo que comprenda lo que le ocurra. Sollocé un día entero y luego me adormecí exhausta. Entonces soñé una voz dulcísima, quizá la de un ángel, diciéndome que un fraile peregrino podría redimirlo de este martirio. Se llamaba Antonio Azorín y lo hallaría en El Escorial, la tarde del traslado de los despojos regios al monasterio.

Fray Antonio preguntó sorprendido cómo podría auxiliar al duque en su desgracia y la señora de la Trinitat repuso que la única usanza conocida para liberar a un vampiro era hundirle una estaca en el alma a través del corazón. A una señal suya, vínose el indispensable Blaise Pepin Tracas con un palo aguzadísimo y un martillo de plata, sobre un cojín de terciopelo con borlas doradas. Fray Antonio se resistió un poco a administrar tan drástica sanción al hechizado; pero terminó por ceder porque él mismo sabíase preso de aquellos ojos verdes, como en otro siglo lo fuera del encaro endrino de Lucinda Camila. Al primer martillazo, el madero entró en el cuerpo como si las carnes del vampiro fuesen tiernas mantecadas. Profirió un chillido horrendo, que rajó techos y muros mientras quebraba los cristales del balcón y los prismas de las lámparas. Poseído por una suerte de alucinado valor, como el de los lanceros en las cargas cuesta arriba o el de los mártires en el circo de las fieras, fray Antonio Azorín siguió batiendo la estaca hasta rajar las sábanas bordadas y hundirla en los colchones. Entonces él y Adelaida de la Trinitat presenciaron la más notable de las maravillas. El duque acalló poco a poco los bramidos de la agonía y se fue rejuveneciendo y encogiendo, hasta convertirse en un niño de cuna y de teta, que aun muertecito era más bello que Cupido dormido y desprendía la fragancia a jazmines de los espíritus recién ascendidos al edén de los santos inocentes.

—¡Volvió a ser el que era antes del embrujo de la nodriza! —batió palmas Adelaida de la Trinitat, llorando de gozo—. ¡Está salvado y todos los clarines de los ángeles sonarán en su honor a estas horas en los cielos! ¡Vos lo lograsteis, fray Antonio Azorín! ¡Bendita sea vuestra alma y la tierra que pisan vuestras sandalias!

Fray Antonio Azorín y la duquesa viuda de la Trinitat casaron poco después. Por especial licencia eclesiástica, mediada una cumplida confesión, Adelaida volvió al altar toda de blanco hasta los pies vestida, con Blaise Pepin Tracas llevándole la punta de la cola en aquel cojincillo del martillete de plata y de la estaca aguzada. Un siglo después y en la Corte de Carlos III, el Rey viudo y casto con cabeza de cordero, vivían aún y fray Antonio Azorín, ahora duque de la Trinitat, era secretario político del presidente del Consejo de Castilla, aquel masonazo del conde de Aranda. Contábase entonces haber sido fray Antonio quien sugirió al conde uniformar al verdugo con capa larga y sombrero de ala ancha, cuando el Soberano quería imponer la capa corta y el ala estrecha para desembozar a los cortabolsas y los cuchilleros, que aterraban la Villa y Corte entre la Plaza Mayor y la Plaza de la Cebada. Poco antes, la orden de recortar los chambergos y las aguaderas

trajo un motín, que casi costó la corona al Monarca. La astucia de fray Antonio Azorín obtuvo aquel propósito sin protestas y en un día señalado con piedra blanca por su sagacidad política. Tantas noches perdidas en sueños sin memoria maravillaban a fray Antonio. Le sorprendía amanecer vivo todas las mañanas y encontrar a la duquesa despierta a su lado, desayunándose con huevos y torreznos, que en la lejanísima juventud de su marido se llamaban duelos y quebrantos. A veces recordaba con absoluta indiferencia la encomienda de buscar el auténtico rostro de la Razón, que le hiciera en El Escorial Su Majestad Don Felipe el Segundo. Vivía ahora en otra era, dicha de las luces, en la cual varones como el conde de Aranda y el mismísimo Rey Don Carlos el Tercero creían a pies juntillas que la Razón, derrostrada o no, traería el entendimiento y la dicha a los hombres. Fray Antonio Azorín era más escéptico, porque en fin de cuentas la vejez es la sabiduría del demonio y él les llevaba siglos a sus contemporáneos. Casi doscientos años después, en El Sueño de la Razón, le expondría a *monsieur* Proust los motivos de su incredulidad ante todas las creencias. La Razón, le dijo, nada tenía que ver con el universo, donde la piedra que cae y el sol prendido en los cielos obedecen a las mismas leyes, aparentemente irracionales; ni tampoco con el Tiempo (fray Antonio Azorín lo pronunciaba con T mayúscula, en sus conversaciones con *monsieur* Proust) que devora a los cristianos de alma inmortal, mientras resbala o rebota impotente por los lomos de los montes o por los guijarros de los ríos. *Monsieur* Proust sacudió aquella cabeza suya, de espectro absorto y distraído, donde a veces brotaba una barba prieta, oscura e inesperada, para argüir que evocar un paisaje o un canto rodado es traer a la memoria un instante perecedero y que los lugares y los caminos son tan huidizos como nosotros mismos. Fray Antonio clausuró el debate, en aparente contradicción consigo mismo, cuando adujo que en último término la única forma de inmortalidad en la tierra, donde todo pasa y nada queda, era la tristeza irremediable del hombre ante el tiempo fugitivo. La guerra de la independencia, que los señores de la Trinitat sobrevivieron en un Madrid donde gentes de toda clase y alcurnia se amontonaban muertas de inanición en las calles y donde se vendieron palacios del Paseo del Prado por el precio de un conejillo y aun de alguna rata, remató el escepticismo de fray Antonio Azorín. Aquella catástrofe indecible, con los hombres ensartados y empalados en los árboles por los hombres, era el insensato final de los sueños del conde de Aranda y del difunto Rey Don Carlos: el sarcástico triunfo del crimen, del hambre y del odio, casi a la misma hora en que la Razón redentora debía prodigar la cordura sobre la tierra. En los años de la francesada, Adelaida de

la Trinitat frisaría casi los dos siglos, si en 1654, cuando el traslado de los despojos de los Reyes y el encuentro con fray Antonio Azorín, tenía como debía tenerlas unas treinta primaveras. Ahora no aparentaba sino otros diez otoños, que más parecían debidos a las privaciones y a la aflicción, motivadas por tantos horrores y tanta penuria, que al paso del tiempo irrevocable. En aquel entonces, ya fuese por causa de la guerra y de sus desastres o por resabios de vampirismo, contagiados en otra época por su primer marido, incidió en el súbito vicio de morder a fray Antonio y mantuvo tal obsesión hasta la vuelta de la paz y el regreso de Fernando VII, el Deseado. Despertaba al esposo a medianoche, a la hora en que las brujas se reunían en Massanet para celebrar el imperio del infierno, dentelleándole furiosamente junto a la nuez de Adán o debajo del encaje de la quijada. Clavaba los incisivos, encendidos los ojos verdes como los de una gata persa, para ladear la cabeza y hundir los colmillos en la carne palpitante y reblandecida. Deshecho por las hambres, fray Antonio Azorín no alcanzaba a resistirse a tales acometidas. A poco sorprendiose a sí mismo, gozando de los mordiscos de su mujer como no había disfrutado desde los días en que Lucinda Camila le sedujo y enamoró, a los sones del laúd de la tía fingida. En una especie de paz adormecida y cada vez más honda, decíase que el mayor acto de amor era el canibalismo y su prenda más cierta la sangre ofrecida a Adelaida a cada bocado. Habría terminado exangüe, si las victorias de Arapiles y de San Marcial no hubiesen puesto fin a la guerra y a los colmillazos de la duquesa de la Trinitat. Con la paz, Adelaida olvidó aquellas debilidades, como si nunca las hubiese padecido y fray Antonio Azorín las echó en saco roto, cuando cicatrizaron los últimos muerdos. Sobrevivir se reducía en buena parte a la desmemoria de lo vivido, aunque su increíble supervivencia fuese inolvidable y cada año le sobrecogiese en mayor modo. Su Majestad el Deseado quiso que fray Antonio Azorín le visitase y lo recibió con estudiada cordialidad, por haber sido consejero de su abuelo. Fue entonces cuando le dijo aquello: «Mira, tú, este puñetero país es una botella de cerveza y yo soy el tapón. El día que falte se derramará la saña contenida y se irá todo al carajo». A fray Antonio Azorín no le sorprendieron ni los modales ni el lenguaje del Rey, a quien despreciaba y aborrecía hasta el punto en que un hombre como él podía menospreciar o abominar a otro ser humano, siempre en fin de cuentas nacido de mujer y criatura mortal como Jesucristo. Había decidido marcharse de aquella España, donde no había otras opciones que el despotismo y el desorden, con una ya apercibida perspectiva de guerras civiles, después de la muerte del Deseado.

—Si estamos condenados a vivir eternamente, en pago de alguna culpa que desconocemos, vivamos al menos en un país cuyo castigo no sea repetirse, hasta la consumación de los siglos —le dijo aquella noche fray Antonio Azorín a su mujer. Adelaida asintió de inmediato.

Vendieron cuanto tenían, incluido el palacio de Madrid, y se fueron a Italia, donde compraron una casa en Roma y otra en Torre dei Marmi, para darse pediluvios de mar en verano. En Italia residían todavía un siglo más tarde, sobrevivida la guerra con Austria y la Gran Guerra, cuando Mussolini llegó al poder, al final de la Marcha sobre Roma. Para callado espanto de fray Antonio Azorín, Adelaida, quien entonces solo mostraba interés por la lectura de *Du côté de chez Swann* (aunque su esposo no conocería a Proust hasta mucho después, cuando este llevaba largos años muerto), y entornaba la mirada verde para mejor imaginarse aquel Combray donde la luna de Pascua de Resurrección iba sembrando unos tramos de escalinata de mármol, un surtidor o una verja entreabierta, en los jardines del recuerdo, se convirtió en una ardiente y vibrante fascista. A mayor abundamiento de todos los horrores, reincidió de forma agravada en los raptos de vampirismo, que no había padecido desde los días de la francesada. Vuelta vampiro en los plenilunios, que en Italia tenían el tono a papel de estaño, un sí es no es anaranjado, tan propio de las pinturas metafísicas de De Chirico, escapaba por cualquier ventana entreabierta, por el tiro de la chimenea o inclusive por el ojo de la cerradura y a la mañana siguiente fray Antonio Azorín leía estremecido en los periódicos la muerte de algún mocito o de alguna muchacha socialista o comunista, que amanecían desangrados en las calles de Roma, con dos picotazos en el cuello, un gesto de placer helado en el rostro y un color de mármol viejísimo, parecido a la de la estatua yacente de *La donna dei Ginelli*, en Lucca, cantada de forma tan sentida por D’Annunzio en *Las ciudades del silencio*. Por entonces, en el verano de 1933 o de 1934, conocieron en la playa de Torre dei Marmi a Virginia Agnelli, la nuera viuda del viejo senador Agnelli, quien diseñara el primer Fiat con capotita en el alba de este revuelto siglo. También en Torre dei Marmi y en la casa que había sido de Aldous Huxley, vivía confinado el escritor y antiguo poeta fascista Curzio Malaparte. A este Malaparte, cuya coincidencia en nombre y en rasgos con aquel socio de la trata, que en sueños y en el siglo XVI presentía otra vida donde volverían a cruzarse, no dejaba de maravillar a fray Antonio, lo había tratado un poco en Roma, allá por los albores del fascismo, cuando siendo *camicia nera* y mussoliniano compuso aquella cantata, tan silbada y repetida por toda Italia, que empezaba *Spunta il sole e canta il gallo, / Mussolini monta a cavallo*.

Pese a ser idéntico a su homónimo en el pasado, Malaparte no reconoció a fray Antonio Azorín en Roma ni en Forte dei Marmi e inclusive se empeñaba en confundirlo con el prosista José Martínez Ruiz, *Azorín,* quien de vez en cuando daba la misma conferencia en el Colegio de España sobre *El caballero de la mano en el pecho*. Aquella que empezaba: «El caballero tiene la mano en el pecho. Las ropas del caballero son de un velludo o de un vellorí muy oscuro. La mirada del caballero tiene una infinita y nobilísima tristeza. El pintor Antoni Clavé no sabe que dentro de treinta años pintará una serie de versiones febriles, alucinantes, del caballero que tiene la mano en el pecho y cuyas ropas son de un velludo o de un vellorí muy negro y casi azabachado, sobre el cual resalta la blancura rosada de la mano en el pecho. El caballero, como decíamos, tiene la mano en el pecho». Con este Malaparte, el de Roma y Forte dei Marmi, a fray Antonio Azorín le ocurría lo mismo que con su prosa: unas veces la admiraba en la medida que le suspendía la magia de su italiano y otras veces los dos, el hombre y el estilo, que en último término es también el hombre, se le antojaban la misma bufonada y le producían idéntica hilaridad. En otros respectos, no le sorprendió que el escritor rompiese con el sistema establecido. Era demasiado irónico e imaginativo para plegarse perennemente al Estado nacido de la Marcha sobre Roma, en la cual tomó parte como abanderado lírico, porque en fin de cuentas el fascismo no era sino el doble triunfo de un tardío romanticismo y de la peor prosa de Italia. La madre de Virginia Agnelli, que era americana de Nueva Inglaterra y prendía un poco en el habla, aunque al irritarse con las criadas chillara en italiano como una *pescivendola di grido,* fue el cándido instrumento escogido por el destino para precipitar sonados dramas familiares, con Malaparte como villano y galán, del mismo modo que la caída de un bisturí en el Polo quiebra cordilleras de hielos eternos y precipita icebergs gigantescos, que parten el Titanic por la quilla a la hora del baile, como si fuese un membrillo. Escoltada por su hija Virginia, sus nietecitos Agnelli y los duques de la Trinitat, todos bajo un parasol escarlata, la anciana dama contemplaba el paseo de Malaparte por el borde de las olas, seguido de un perro mueso, que luego dijo haberse traído de un previo destierro en la isla de Lípari. Malaparte le pareció altísimo, hermoso y bronceado, con un pelo como ala de cuervo, tan lacio y sujeto al cráneo que se dijera un casco de guerra. Se llevaba prendidas las miradas de todas las mujeres y también las de los hombres, quienes le loaban como a un señuelo turístico local, el antifascista de Torre dei Marmi, autor de *Technique du coup d'État*, uno de los libros más prohibidos y más leídos en la Italia de aquel entonces.

—Joven —le preguntó la madre de Virginia Agnelli—, ¿por qué se afeita usted las axilas?

—Señora —repuso Malaparte con voz de dios olímpico, salido de los mares para predicar las nuevas proclamadas por Píndaro en su primera oda: «excelente es el agua»—, lo afeito todo menos la cabeza, que es intocable, para cumplir cuanto antes mi destino de convertirme en estatua griega.

Virginia Agnelli le confesó a Adelaida de la Trinitat haberse prendado de Malaparte en aquel mismo instante, acostándose con él a la anochecida, cuando un sol casi puesto abría largas estrías en el mar en calma, incapaz de resistirse con la carne ni con el ánima a una escultura, habida cuenta de que nunca gozara antes con otro hombre, salvo su difunto, en el lecho del honor. Cuando el viejo Agnelli, el del Fiat con capotita, supo los amores de la nuera, montó en cólera y le quitó los hijos con la aquiescencia de unos señores jueces, siempre dispuestos a servir a semejante magnate mientras Mussolini no ordenase lo contrario. Mussolini se rio mucho con aquella escandalera, según se supo en otoño, porque Italia era toda un mentidero, sembrado de sepulcros etruscos y de ruinas romanas, con cipreses en medio. Mandó luego que Agnelli devolviese los nietos a Virginia y que esta, llorando los kiries, firmase un documento ante un regocijado notario comprometiéndose a no ver de nuevo a Malaparte, ni mucho menos a regodearse a oscuras con él. En aquel punto de tan sonado trance, después de la rotura del hombre que iba para estatua con su amante viuda, como casi hubiese podido predecirlo fray Antonio Azorín, Adelaida de la Trinitat huyó de Forte dei Marmi con Malaparte, asumida la complacencia de los esbirros encargados de vigilarle. Para entonces, repetidos allí los crímenes nunca esclarecidos en Roma, con virgencitas comunistas y antiguos miembros del Frente de Juventudes Socialistas muertos a la amanecida con el picotazo de un gallo invisible en el cuello y sin rastro de sangre en el cuerpo, para fray Antonio fue casi un alivio el abandono de su mujer, cuando muy a pesar de tantos siglos de amor y de convivencia a la vera del fuego aromado, estaba casi dispuesto a cruzarle el alma con un rodrigón de castaño de la Emilia. Luego, siempre en Italia y cada vez más sobrecogido por la inmortalidad, sobrevivió a la guerra civil española y al conflicto mundial. De la guerra de España hablaría años después, en los jardines de El Sueño de la Razón, con el Rey Fernando VII, cuando recaló por allí, muy orgulloso de aquellas cadenas con las cuales aterraba a los vigilantes nocturnos de El Escorial golpeándolas contra el suelo de mármol de la cripta, con un muy vago ritmo de mazurca porque Su Majestad nunca tuvo oído para la música, si bien era experto en pintura y en bordado al canutillo con hilos de

oro. Don Fernando VII había cambiado muy poco con la muerte, como si la eternidad se limitase a salpresar todos sus rasgos. Era igual de quijarudo y patituerto, con aquellos brazos larguísimos y los dientes amarillentos, al fondo de una cauta sonrisa y debajo de unos ojos desconcertantes porque brillaban de inteligencia. Su memoria resultaba excelente y le recordó a fray Antonio cuanto hablaron en su única audiencia.

(«… El día que yo falte se derramará la saña contenida y se irá todo al carajo»). Cuando todo parecía definitivamente ido al carajo, según palabras del Rey en El Sueño de la Razón, es decir, al estallido de la guerra civil, el espectro del Monarca acostumbraba a pasar las noches en el Museo del Prado desierto («museo que fundé yo mismo, aunque la Historia me suponga un cabrito»), contemplando a la luz del fanal robado a un sereno de Vicálvaro el retrato que le pintó Goya, al término de otra contienda, también muy airada y salvaje, que fue la de la independencia. El Soberano muerto se refería siempre respetuosamente a Goya, con nombres y títulos, aunque mentase las madres de casi todos sus vasallos y diese por supuesta la deshonra de sus padres. Gozaba, decía el Rey, mirándose en aquella tela y hablándole en voz alta, como si además de su espejo fuese su muro de las lamentaciones. Decíale por ejemplo: «Vamos a ver, Fernando querido, ¿qué otro amo o lacayo de amo, en este país de mierda, se dejaría retratar con la veracidad que aquí te pintó don Francisco de Goya y Lucientes, cuando a mayor abundamiento él era sospechoso de traición y por culpas menores que las suyas mandabas dar garrote a otros súbditos? Sí, ya sé que a tus padres los estampó con la misma o muy parecida saña en otros cuadros, también en nombre de la verdad, y ellos no cabían de gozo ante sus denuncias. Pero tus padres eran idiotas y tú no, como a los dos nos consta sin lugar a dudas. En último término y allá por adviento del año del juicio final, ¿no caerán las escamas de los ojos de tu pueblo, de *ton pays supposé*, y terminará por reconocerte como el más noble, altruista y generoso de sus Monarcas?». Mucho antes, al término de la segunda guerra mundial, fray Antonio Azorín recibió una inesperada llamada de Curzio Malaparte, en Forte dei Marmi, diciéndole que Adelaida de la Trinitat acababa de fallecer en su casa de Capri. Fray Antonio removió cielo y tierra y obtuvo el señalado favor de que un *jeep* del ejército de ocupación americano, con destino a Nápoles, le llevase al Sur a través de las ruinas de Italia. Encontró a Malaparte velando a Adelaida, en compañía de Palmiro Togliatti, quien acaecía visitarle, a su vuelta de Rusia y mientras organizaba los cuadros del partido comunista napolitano, cuando tuvo lugar la súbita muerte de la duquesa. Los dos hombres, marido y amante, se abrazaron en

presencia de Togliatti, mientras este sacudía la cabeza y se limpiaba los lentes con una hojilla de papel de fumar. De cuerpo presente, cerrados para siempre aquellos ojos verdes espolvoreados de oro, Adelaida de la Trinitat casi parecía la madura y bellísima doncella, que enamoró a fray Antonio en el año 1654. Sin duda alguna había muerto redimida de su vampirismo y de la escandalosa lascivia, que la hizo huir con el escritor que iba para escultura. A la vista de su plácido gesto eternizado y de aquella sonrisa, que transparentaba como un cristal la de su espíritu camino de los cielos, fray Antonio Azorín rompió a plañir, deshecho en lágrimas, y en un rapto tan imprevisto como irrefrenable contó su vida entera, que se había jurado guardar secreta para no parecer desatinado y enloquecido. Abreviando un poco la semblanza por el principio, empezó el relato por la época en que era confesor de don Felipe el Segundo y el Rey le mandó en busca de la vera faz de la Razón, cuya imagen se ocultaba en una de las extrañas alegorías de *El jardín de las delicias terrenales*. Pasó luego a su encuentro con Lucinda Camila y la tía fingida, a los años de dicha en Madrid y luego a su enganche en la Invencible, para lavar la honra según la estricta moral de la época y por consejo de Cervantes Cortinas. Siguió con el naufragio y aquel unicornio blanco, tan parecido al del Bosco, que le salvó de las aguas del Mar del Norte y de sus dueños, los ingleses. Llegó a la muerte de Lucinda Camila y al nacimiento de Antoñito de Padua y de la Florida, el niño luego incestuoso y siempre idéntico al muchacho que cabalgaba un jabalí por un panel de *Las delicias*. Vino después a lo de la boda con Amarilis y humillando los ojos, porque la coincidencia le parecía demasiado grande para darla como cierta, les habló de la razón comercial para la trata de negros, establecida con el toscano Malaparte. El otro Curzio Malaparte, el que le escuchaba junto al impasible Togliatti, dio un brinco de asombro y contó a su vez cómo en el preciso instante de la muerte de Adelaida de la Trinitat, vio su espíritu, todo dorado, abandonando el cuerpo yerto por un oído para acomodarse en un trono, también de oro, que ascendía en los aires sobre una alfombra voladora. De súbito y a la altura de un bote de pelota, el alma de Adelaida entró en un ámbito de espesísimas nieblas. Impasible, tomó la boira con la punta de los dedos y la desgarró en grandes girones, como si fuese papel de seda. En el vacío del brumazón partido, Malaparte se vio en una viejísima taberna, con ajos y pemiles pendientes de unos garabatos clavados al techo, sentado a una mesa sin desbastar y conversando con fray Antonio Azorín. En aquella visión, que el ánima de la duquesa de la Trinitat señalaba con el dedo, Malaparte y fray Antonio vestían calzas acuchilladas, largas medias de seda oscura, holgadísimas camisas con

puños de encaje de Lloret y adornábanse con manillas de oro toledano y hebillones de plata en los pies, como si estuviesen en un tablado de teatro. El Malaparte de la época barroca le decía a fray Antonio Azorín que en sus sueños se le anticipaba otra vida, donde ambos estarían en Italia y amarían a la misma mujer. En aquel punto de tan curiosa visión, se desvaneció todo en un soplo: la niebla, la alfombra, el trono, el espíritu, la hostería y los hombres. Volvió a quedarse Malaparte solo, desolado y ahora desconcertadísimo, aunque fuese hombre quien creía haberlo visto y vivido todo, con Adelaida de la Trinitat de cuerpo presente. Los tres comentaron por menudo tan azarante concurrencia, que parecía negar el tiempo para convertirlo en un palimsesto de calcomanías. De nuevo se abrazaron fray Antonio Azorín y Curzio Malaparte, sin que ninguno de ellos supiese a ciencia cierta si estrechaba en sus brazos a su contemporáneo en 1945 o al contemporáneo de Cervantes Cortinas y de Guillermo Shakespeare. Apostilló Togliatti que si bien él moriría marxista, leninista y materialista, las palabras más sabias eran las del Príncipe Hamlet a su amigo Horacio, cuando le aseguraba la doble existencia en cielos y tierra de unas realidades que no soñaría nunca su Filosofía. Esto, dijo Malaparte, era absolutamente cierto y de ello se desprendía que todas las ideologías políticas no eran sino limitadísimos maniqueísmos, entre el servilismo del funcionario y el fanatismo del activista. Sonreía Togliatti con sus pálidos labios e iba a replicar o a corregir, cuando fray Antonio prosiguió con la parte más dolorosa de su vida, que era la de la muerte de Amarilis, el nacimiento de Belisa y aquel incesto suyo con su hermanastro Antoñito de Padua y de la Florida, apenas entrada ella en edad núbil o de merecer, con Martirio de las Angustias por fruto inocente de culpa tan grande. Redujo a escuetas referencias sus peregrinajes sin ojos y de la mano de la nieta, hasta llegar a la tarde en que la perdiera de forma tan rara, vuelto a El Escorial, recobrada la vista y transportado fray Antonio a un mundo de medio siglo después, no sin haber hablado antes con Su Majestad el Prudente, que Dios guarde. No quiso omitir nada acerca de los vivos o de los muertos, porque la verdad no teme ni ofende aunque a veces parezca mentira. Detalló su encuentro con los duques de la Trinitat, de la mano de Blaise Pepin Tracas; la doncellez de Adelaida, a los cinco años de su primer matrimonio y por cortesía del duque vampiro, temeroso de desangrarla de un solo mordisco; su redención de aquel monstruo, tan respetuoso y deferente, a martilladas y a punta de estaca, así como sus bodas inmediatas con la viuda. Aludió a su breve carrera política, en la Corte de Carlos III, como secretario del conde de Aranda, e hizo obligada referencia a aquella fe, tan rendida y devota, que el

buen conde y su Rey pusieron entonces en la Razón como llave áurea para abrir la puerta de todas las supersticiones y liberar al otro lado de las tinieblas un mundo futuro, que irónicamente parecía coincidir en su dicha y regalo con el del disparatado tablón central de los jardines del Bosco. Togliatti y Malaparte sacudían la cabeza apesadumbrados, como si además de velar a Adelaida de la Trinitat rindiesen fúnebre homenaje a aquel siglo de las luces y a sus geométricas esperanzas. Aun después de sobrevivida la barbarie de la guerra mundial, los dos parecían aterrados por el relato que les hizo fray Antonio de las hambres y las atrocidades de España, en la contienda por la independencia. Por el curso de la Historia y de las vidas de los duques, sin orillar la primera recaída de Adelaida en el vampirismo, llegaron a la partida para Italia de los Trinitat, después de la audiencia de Fernando VII. («Si estamos condenados a vivir eternamente, en pago de alguna culpa que desconocemos, vivamos al menos en un país cuyo castigo no sea repetirse, hasta la consumación de los siglos»). De forma prevista por un hipotético lector de tan larga crónica, fray Antonio Azorín la concluyó en Torre dei Marmi y en el día del encuentro de Malaparte con los duques y los Agnelli, bajo el parasol escarlata. El epílogo corrió a cargo del propio Malaparte, para quien fue muy dolorosa sorpresa el vampirismo de Adelaida en la era fascista, antes de arrebatársela él a su legítimo esposo. Unida al amante, no manifestó tendencia alguna a la dentellada asesina ni a la metamorfosis en murciélago. Por el contrario, tenía un alto sentido didáctico de la moral en la Historia, que influyó decisivamente en su querido. Antifascista y defensora de todas las libertades, a la caída de Mussolini, con la misma devota entrega que había defendido al *Duce*, fue ella quien convenció a Malaparte de que todos debían ser dignos de la vergüenza de Italia, frase que años más tarde citaría el escritor en *La pelle*, haciéndola suya. Togliatti la alabó al oírla aquella tarde, por primera vez.

—Los pueblos indignos de su vergüenza no merecen hijos, que mueran en vano para libertarlos.

Caía la tarde cuando fray Antonio concluyó su crónica. Los tres hombres se asomaron a la terraza, para ver la puesta en el mar de un sol de cinabrio. En Ucrania, dijo Malaparte, el sol asomaba sobre los trigales como un huevo monstruoso. En Capri era del color de la sangre milagrosa, la sangre licuada de San Genaro. También fue Malaparte quien le habló a fray Antonio Azorín de un sanatorio en España, llamado El Sueño de la Razón, para pacientes mentales voluntarios. Se lo había descubierto el escritor Agustín de Foxá, precisando que los únicos cuerdos del país coincidían en aquella clínica. Si

fray Antonio temía haberse dementado, puesto que solo un loco viviría sobrecogido por la inmortalidad, acaso tal establecimiento fuera su obligado destino. El mismo Malaparte pensaba visitarlo muy pronto, aunque se juró no pisar España hasta la caída de la dictadura, puesto que Franco sobrevivía de prestado y cualquier día le ahorcarían muerto como a Mussolini. En aquel punto, fray Antonio Azorín casi no le escuchaba. Replegado sobre el centro de su conciencia, pensaba en *monsieur* de Descartes citando a Villon sin advertirlo, *où sont les neiges d'antan? Où sont les dames du temps jadis? Où sommes nous et où est la Royne Blanche comme lis qui chantoit à voix de seraine?* Se dijo llegada la hora de regresar a su tierra, en el supuesto de que aún existiese, y buscar allí el refugio de los locos voluntarios. Aquel Sueño de la Razón, donde tal vez se ocultaba redundantemente la auténtica faz de la Razón perdida, cuyo hallazgo le exigió Su Majestad Don Felipe el Segundo tantos siglos antes, dando la vuelta muy despacio a su reloj de arena, con lentísimo campaneo de domingo de agosto, a las doce exactas del mediodía.

El doctor Raimon Reixach

Si bien los tres se dijesen del mismo modo, Raimon Reixach, el abuelo, fue el último de una dinastía de pastores y payeses en Horta, aquella tierra perdida en la Terra Alta, luego llamada Horta d’Ebre u Horta de Ebro, aunque el río no discurriese por sus términos, y a veces Horta de San Juan o bien Horta de Sant Joan, por explícita voluntad de un alcalde emprendedor de la Monarquía. Aquel doctor Raimon Reixach cuya historia nos concierne ahora, puesto que doctor en Medicina también lo fuera su padre, y a quien ya conocimos al tratar de otros asuntos en el Madrid de la guerra civil y en El Sueño de la Razón, si bien, puestos a expresarnos y a precisar con la debida propiedad, tanto El Sueño de la Razón como el Madrid de la guerra pertenecen en este punto al futuro, aquel doctor Raimon Reixach, repetimos, atesoraba entre sus primeros recuerdos de niño la memoria del abuelo, ya casi paralizado por un insulto de apoplejía, dormitando en la solana de la casa de Horta, Horta d’Ebre, Horta de Ebro, Horta de Sant Joan u Horta de San Juan, con la boina calada y la faja puesta. A veces, sin despertar y siempre al resol de la atardecida, que iba a ponerse por la parte de Aragón, el viejo payés, pastor y poco más que analfabeto, empezaba a hablar en una lengua extrañísima e incomprensible, gutural aunque no desprovista de armonía, que el padre dedujo no podía ser sino babilónico o en el mejor de los casos neosumerio, del siglo XVII o XVI antes de Jesucristo. Lo dedujo, reiteramos, porque entreveraba el idioma desconocido con afirmaciones en catalán de la Terra Alta, donde se decía gran sacerdote del palacio de Zimri-Lim, que por cierto no fue descubierto y excavado por los suecos hasta muchos años después, amante de una diosa de nombre ininteligible y fiel discípulo de Gudea, sabio dueño de toda la tierra entre el Tigris y el Éufrates. Mucho antes del paralís y de aquellas reminiscencias de otra vida, en la tierna aurora de la civilización, Raimon Reixach, padre, sacó fuerzas de flaqueza y valor de la desesperación para decirles a los abuelos que nunca destriparía terrones, en aquellas vegas majestuosas e ingratas porque su destino era la Medicina. Para pasmo suyo, el abuelo asintió de inmediato y con pragmatismo de payés catalán, pasado por

Zimri-Lim, añadió que estudiaría en París de la Francia, nación mucho más civilizada que la España del Rey Alfonso. Para que su hijo tuviese tan cumplida carrera, al decir del padre de aquel Raimon Reixach cuya historia es la nuestra ahora, el abuelo enajenó de buena gana casi todas sus propiedades, con excepción de un huertecito y de unas viñas minúsculas al pie de la masía. Raimon Reixach, padre, partió en tartana primero y en tren después hacia la Ciudad Luz, dejando a sus siempre erguidas espaldas aquella España, antesala de África al sur de los Pirineos, como la llamaban los masones de la época. En París estudió con provecho, una vez vencidas las tentaciones de la ciudad e iniciado en la hombría por una *cocotte* con un tití prendido del manguito por una cadena. En la Facultad de Medicina fue discípulo del doctor Proust, como su padre lo sería de Gudea, y compañero de aulas y laboratorios de su hijo Robert, quien nunca le habló entonces de su hermano Marcel, para intrigado asombro de Raimon Reixach, padre, en años posteriores. Pasado el tiempo, que todo lo crea y devora, como el propio Marcel Proust le diría a Raimon Reixach, hijo, en otra época, Raimon Reixach, padre, se doctoró en Medicina, abrió consulta en el barrio de la Ribera, muy aromado por los magnolios del Parque de la Ciudadela barcelonesa, y casó con Elvira Mateu Solanes, quien inmediatamente desaparece de nuestra historia, como desapareció de la vida de Raimon Reixach, padre, en circunstancias escuetas y misteriosas, después de darle un hijo único: el Raimon Reixach de nuestra crónica. Las vacaciones las pasaba Raimon Reixach, padre, en Horta y en la casa con solana de los abuelos. Allí, poco antes de su matrimonio y en el verano del año del Desastre, que fue el de la guerra hispano-americana, conoció a Pablo Ruiz Picasso, como más tarde lo testificaría, reiterada y cumplidamente ante su hijo. Pablo Ruiz Picasso, entonces mozalbete de dieciséis o diecisiete años, convalecía de una escarlatina en la casa de labranza de los Pallarès, de cuyo hijo Manuel, también artista pintor, se hizo muy amigo en Barcelona. En Horta, Raimon Reixach, padre, intimó un poco aquel señaladísimo verano con Ruiz Picasso, que a Pallarès ya lo conocía de antiguo. Cuando un rayo mató a una anciana y a su nieta, el médico del pueblo invitó a Raimon Reixach, a Pallarès y a Ruiz Picasso a su autopsia. Quería probarse destripando cadáveres, ante aquel señoritingo doctorado en París, y ofrecer a los genios en agraz la ocasión de esbozar la muerte a lo vivo. El sereno del pueblo, vuelto enfermero, serró en cuatro el cráneo de la niña, sin escupir el cabo de un toscano apagado y prendido a un extremo de la sonrisa. Ruiz Picasso y Pallarès no tuvieron arrestos para trasladar la escena en esbozos y huyeron a todo correr, cuando iban a decapitar a la vieja. Raimon Reixach, hijo, era aún

muy niño cuando su padre le contó aquel incidente por primera vez. El muchacho le prestó oídos con la misma serena atención y recogida impasibilidad que largo tiempo después escucharía la historia de las resurrecciones de don Jorge Cirarda. Se dijo para sus adentros, un alma en forma de llano estacado donde plantaba perpetuos propósitos de larguísimas raíces, que él no habría huido como los artistas pintores. Al mismo tiempo resolvió hacerse médico, no para heredar la carrera y el consultorio de su padre ni mucho menos para complacerle, sino para aprovechar aquel valor instintivo y tan suyo ante los cráneos serrados. Algunos años después, cuando ya seguía Medicina en París, con más becas y notorio provecho que Raimon Reixach, padre, aunque sin el fervor entusiasta de quien le concibió en el barrio de la Ribera, dispuso claramente en el llano del ánima todas las razones para sus estudios y futura profesión. De la Medicina le atraía el drama, porque estaba ya convencido de que el mundo era teatro, donde todos somos actores ante los demás y espectadores suyos, sin dejar de serlo ante nosotros mismos. La obra en cuestión, aquella que los hombres representaban incesantemente sobre la tierra, carecía de título y acaso de sentido. Podría llamarse la Historia y podría ser la vida más insignificante, como todo el universo se contiene en un punto y cualquier punto es el paradigma del entero universo. A veces convertido uno en su propio público, como estos actores del teatro profesional (el teatro dentro del teatro), que nunca se dejan de observar en escena, no podía por menos de sublevarse ante lo anodino y reiterado del propio papel, como Fernando de Saint Cyprien, a quien Raimon Reixach, hijo, conocería andando el tiempo en El Sueño de la Razón, rebelábase ante el deber de declamar incesantemente *Ricardo III*, año tras año y a lo largo de verdaderas eternidades. Bastaba entonces, concluía Raimon Reixach, hijo, contemplar la comedia grande, aquella Historia Universal donde todos somos mortales y quisiéramos ser eternos, para reconciliarse ante el propio anonimato frente a la vastedad de tan amplio mural. Por el contrario, cuando la Historia Universal o para el caso la Medicina parecían disparatadas y vanas, puesto que ni una hacía inmortales a los hombres ni la otra los curaba de la muerte, la conciencia de la propia inanidad en el tablado templaba el ánimo más escéptico y la voluntad más decaída. El doctor Robert Proust, ahora catedrático en la Facultad de París como antes lo fuera su padre, recibió gentilmente a Raimon Reixach, hijo, en sus aulas y no tardó en creerlo el más aventajado de sus discípulos. También en París leyó entonces Raimon Reixach dos de las obras del otro Proust, *monsieur* Marcel, *Du côté de chez Swann* y *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*. Marcel Proust era aclamado

como el más conspicuo y difícil de los escritores, aunque no le faltasen porfiados enemigos a cuyas diatribas debería buena parte de su renombre. Adversarios y devotos coincidían en su extravagancia. Hombre muy dado a los salones en otros tiempos, vivía ahora encerrado y encamado en el *boulevard* Haussmann, durmiendo de día y escribiendo sin pausa ni tregua de noche, de espaldas a una pila de almohadones y a la cabecera de una cama, pringada de tinta violeta y cubierta de cuartillas garrapateadas con letra minuta e incomprensible. Como desde niño padecía ataques de asma, muy comentados en París a la hora del té en el Polo del *Bois* de Boulogne, cerró las ventanas y los postigos de la alcoba con aldabas y a cal y canto, corriendo encima unas espesas cortinas de raso, y aún no satisfecho con semejantes empalizadas contra el sol y el polen de los castaños de Indias, que tanto amara, tapizó la estancia de corcho cubierto de seda negra muy lustrosa para impedirles el paso a los rumores de la calle, como se lo había vedado al cielo y a las farolas de *bec de gaz*. En aquel apartamiento, digno de un vampiro benévolo como el primer duque de la Trinitat, apareciose una anochecida Raimon Reixach, hijo, con una esquela de presentación del profesor Robert Proust para su hermano. *Monsieur* Marcel le recibió con mucha gentileza, diciéndole cuánto idolatraba *l'Espagne, l'Espagne* y *El entierro del conde de Orgaz*, aunque desdichadamente nunca podría visitar aquella tierra prometida. Invitó al muchacho a un filtro de café oscurísimo y muy aromoso, preparado por él mismo, y se ofreció a dedicarle los ejemplares de *Du côté de chez Swann* y *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*, que Raimon Reixach le llevaba para rubricar en la guarda. Cuando Proust le pidió el parecer sobre aquellos libros, sonriendo en el fondo de las barbas azabachadas, repuso el estudiante con medidas palabras:

—*Monsieur*, «Combray», la primera parte de *Du côté de chez Swann*, es lo mejor que he leído en mi vida y creo que en toda la Literatura no volveré a encontrar páginas comparables. Además, cuando usted cuenta cómo de niño imaginaba el teatro parecido a un esteroscopio, donde a cada espectador se le ofrecería una representación privada e inalienable, aunque idéntica a las contempladas por los otros, coincide con mi propia visión del mundo como un drama universal, donde todos somos actores y público. El resto de su obra me parece interesante, aunque reiterado y prolijo, porque usted, como todos los grandes solitarios, resulta más fascinante cuando habla de sí mismo que cuando habla de los demás.

Monsieur Proust le escuchaba en silencio, suspendida en el aire la pluma de acero, mirándole con aquellos ojos suyos más rabínicos y endrinos que las

barbas. Cuando le preguntó qué pensaba del hombre, cuyos libros acababa de describirle con tan escueto y despiadado acierto, porque toda obra de arte en el mundo, sea o no sea este teatro, responde a la naturaleza de su creador por simple ley de causalidad, replicó Raimon Reixach con mayor lentitud:

—*Monsieur*, yo no soy médico sino simple estudiante de Medicina y muy honrado amigo de su señor hermano, como mi padre fue en tiempos discípulo del suyo. No obstante, juraría que no padece ni ha sufrido nunca asma. Empezó a fingirla de niño para apercibir a largo plazo su soledad en esta alcoba, cerrada y tapizada, que en cierto modo es el centro de usted mismo y el final de un obstinado descenso a su interior, dispuesto a crear aquí su obra más veraz con el más falso de los pretextos: una simulada enfermedad que le permita aislarse del mundo. Como novelista quizá parezca desigual junto a otros autores, como *monsieur* André Gide, quienes se exhiben siempre muy transparentes en el estilo aunque fuera blasfemia comparar su talento al genio de usted. Como actor nunca hubo otro tan consumado y sobre todo tan persistente. Por último, permítame añadir con todo respeto que jamás le culparía por haber engañado al mundo, como burlará a la posteridad, con su magnífica farsa. Si la Historia es teatro, como los dos lo suponemos, su papel de asmático impedido e hilando memorias en este encierro resulta perfectamente lógico.

Monsieur Proust se abstuvo de negar o de admitir tan insólitas conclusiones. No obstante, bastaba verle la mirada, de negrura cada vez más prieta, para advertir su rendido asombro ante aquel impensado razonamiento de Raimon Reixach. Sacudió la cabeza, donde trabajos y penalidades aún no habían sembrado la primera cana; en el rostro, un gesto que cruzaban en zigzag la maravilla y el desconcierto. Tomó una mano de Raimon Reixach entre las suyas y de súbito, antes de que el protagonista de nuestra semblanza alcanzase a esquivarle, le besó en los labios.

—*Monsieur* —repitió Raimon Reixach en cuanto su pasmo dio vez a las palabras—, si el señor pretendió probarme, tampoco ahora pudo mentirme —en un paréntesis de la conciencia, se percató de que trataba a Proust como a un Rey y resolvió volver al usted, para que no le creyese desconsiderado ni mucho menos presuntuoso—. Aunque las hablillas de París le digan un invertido, no lo ha sido nunca. Este beso y sus amores con otros hombres, ahora tan comentados por los críticos ociosos, no son sino parte de un gran engaño al igual que el asma de mentirijillas. Como de costumbre, pretende ser quien no es, para dar cumplida presencia a todos los homosexuales que pronto poblarán su obra, si yo no disparato al presumirlo.

(Muchísimos años después, cuando don Raimon Reixach volvió a encontrarse o, por mejor decirlo, se encontró con el espectro de Marcel Proust, le expresó sus sospechas, o tal vez sus esperanzas, de que no hubiese muerto y tornara a engañarle, por razones de ética creadora, como antes lo hizo con su asma hipotética y su fingida inversión. Todo lo negó Proust, la frente avasallada por la eternidad, y dijo que por desdicha era un muerto, aunque su espíritu se apareciese compuesto a la moda de los últimos tiempos, puesto que no podría volver a escribir. La obra artística o intelectual, añadió para conocimiento de Raimon Reixach, limítase a los vivos acaso por su efímera naturaleza o por ser paradójicamente una oblicua expresión del afán de inmortalidad). No obstante, en París y en la posguerra de la Gran Guerra, *monsieur* Marcel no admitió el descubrimiento de sus celosos secretos a cuenta de Raimon Reixach. Tampoco le desdijo nunca, valga el precisarlo aquí, y concedió venia a su nuevo amigo para visitarle a cualquier hora de la noche, reclamando a veces su presencia en el *boulevard* Haussmann, por carta o por teléfono, cuando llevaba demasiado tiempo sin conversar con él, impedido Raimon Reixach por los exámenes de la Facultad u otros quehaceres, que no son del caso. En la alcoba de *monsieur* Proust conoció a Laura Hayman, una antigua *cocotte* de origen inglés, como la *milady* de *Los tres mosqueteros*, que había servido de modelo de Odette de Crécy en *Du côté de chez Swann* y en *À l’ombre des jeunes filles en fleurs*. Era fama en París que Laura Hayman sedujo a *monsieur* Marcel en la adolescencia; pero luego se enojó muchísimo, al ver parte de su vida y todos sus rasgos trasladados a aquellos libros. Dio en reconciliarse con él, cuando advirtió que le había otorgado una especie de perennidad literaria en la tierra y desde aquel día hasta el de su muerte, mucho tiempo después, dejó de envejecer. Laura Hayman batió palmas con las manos cubiertas de guantes de cabritilla, que alcanzaban hasta el codo, para celebrar la presentación del estudiante. Le dijo haber sido muy buena amiga de su padre y bautizado con su nombre a un tití, que llevaba entonces encadenado al manguito. Aquella misma madrugada condujo a Raimon Reixach a su piso de la calle de La Pérousse, detrás del Arco de Triunfo. En el centro del apartamiento había un invernadero de crisantemos y del techo pendían rosarios turcos y faroles japoneses. Laura Hayman le acomodó en uno de los sillones tapizados de un saloncito lleno de palmeras en macetas chinas, biombos, pebeteros, retratos y abanicos. Un ayuda de cámara dispuso diversas lámparas de porcelana oriental en distintos muebles, aisladas o por parejas, como si fuesen ofrendas votivas en una sucesión de altares, consagrados todos a un dios desconocido. Al punto de

retirarse el lentísimo y reverencioso criado, Laura Hayman u Odette de Crécy le recitó a Raimon Reixach un *mélange* o *pastiche* de versos de Villon, que por sapientísima casualidad coincidían con los que *monsieur* de Descartes declamó a fray Antonio Azorín, en El Escorial y en 1654. «*Où sont les neiges d'antan? Où sont les dames du temps jadis? Où sommes nous et où est la Royne Blanche comme lis qui chantoit à voix de seraine?*». Luego se quitó muy despacio aquellos largos guantes de cabritilla virgen, desabrochó a Raimon Reixach, quien ya andaba muy crecido por la parte del empeine, le felicitó por su galantería y empezó a libarle con la delicadeza que una abeja reina sorbe un lirio del valle, recién despuntado, o una niña del quinto *arrondissement* bebe un helado de fresa en un cuadro de Renoir. En aquella misma casa de la *rue* de La Pérousse, Raimon Reixach conoció a otra *cocotte*, amiga de la dueña y catalana de Barcelona llamada Aurelia, condesa viuda de Miralpeix. Se enamoraron perdidamente, hablándose en vernáculo, como de forma imperdonable omiten otras crónicas anteriores a esta. Se amaban a toda hora y en todo lugar. En el piso de Odette de Crécy o Laura Hayman, detrás del Arco de Triunfo. Debajo del propio Arco de Triunfo y junto a la llama eterna del soldado desconocido, a la hora del alba, después de haberse amado toda la noche en un coche de punto; debajo del Pont Neuf, a la vista de unos *clochards* escandalizados de que los señores descendiesen a su infierno, para regodearse en presencia de su miseria y en un viejo taxi del Marne, mientras el taxista les contaba haber sido uno de los ordenanzas de *monsieur le maréchal* Joffre y cómo *monsieur le maréchal* jugaba a las damas con él durante la batalla y pedía una tacita de té, diciendo *on les aura* o «no pasarán», frase que luego le plagiaría desvergonzadamente *monsieur le maréchal* Pétain en Verdun, cada vez que le iban con nuevas de que *les boches* acababan de arrollar otra línea de defensa, hasta que se quebraron los dientes en la última línea y *monsieur le maréchal* se desperezó y se fue a dormir, con el gorro puesto, después de desearles muy buenas noches a todos los presentes y de dar cuerda a su despertador de Banyuls sur Mer, cuya esfera ilustraban dos conejitos comiendo zanahorias confitadas o azanahoriates. Se amaban, repetimos, al mediodía en el Jardin des Plantes y a medianoche en un parterre de la Place Dauphine. En el Louvre, en la Bibliothèque Nationale y en el Panteón de los Hombres Ilustres. En el metro, en Les Halles y al pie de la estatua de Victor Hugo desnudo. En la mismísima alcoba de *monsieur* Proust, aprovechando una dormidita del maestro, quien para entonces se disponía a empezar *Le temps retrouvé* y soñaba con su regreso a aquel Combray, donde el cielo de púrpura encuadra el Calvario,

antes de bañarse en el Vivonne, sembrado de nenúfares y de renacuajos. Por último, aunque no por única vez, se amaron en la sala de conferencias del Colegio de España, mientras don José Martínez Ruiz, *Azorín*, a quien años después Curzio Malaparte pretendería confundir con fray Antonio Azorín, disertaba sobre *El caballero de la mano en el pecho* y leía aquello de «El caballero tiene la mano en el pecho. Las ropas del caballero son de un velludo o de un vellorí muy oscuro. La mirada del…». Una noche, amándose excepcionalmente en la cama de Aurelia de Miralpeix, en las más cerradas tinieblas, ella le confesó a Raimon Reixach vivir otra existencia, en una serie sin fin de sueños encadenados, donde al tiempo de sus reglas se le aparecían unos versos muy ambiguos en mitad de la espalda, escritos con letras de encendida rojez, que empezaban hablando de largas cadenas surgidas de los lutos y terminaban refiriéndose a un reloj asesino y estrangulador de cualquier garganta descuidada. También en los mismos sueños amaba a un médico pelirrojo, de perfil aguileño y puntiagudos pómulos, a quien decían don Jorge Cirarda y al cual despierta no viera en su vida. Aquella noche, mientras Aurelia de Miralpeix proseguía el relato de todo lo soñado, con sus bodas con Cirarda y el nacimiento de su hija Eulalia, o Eulalie, Raimon Reixach vio aparecerse en los ojos de su amante, de forma clarísima aunque miniada, el monasterio de El Escorial. Ante aquella fábrica y de un landó de seis caballos, casi tan diminuto como una cabeza de alfiler, descendía un caballero calzado con escarpines y vestido con chaleco y prietas calzas blancas, bajo un levitón escarlata. Los monjes acudían a abrazarle, con la inconsciencia de un clero, en el crepúsculo de la Edad de la Razón, que todo lo perdonaba si bien no comprendía casi nada. En otras palabras, con la jovialidad de una Iglesia ilustrada y dispuesta a confundir la armonía universal con la divina providencia. El desconocido, ataviado a la moda del primer Imperio francés, les besuqueaba las manos, demasiado servil para que su atolondrado fervor fuese convincente. Más no pudo ver Raimon Reixach porque Aurelia de Miralpeix se durmió en aquel instante y regresó a los sueños y al mundo de don Jorge Cirarda y de su hija Eulalia, o Eulalie. Doctorado en París, Raimon Reixach obtuvo un puesto en una clínica de Barcelona, gracias al padrinazgo de su padre. Entonces propuso el matrimonio a Aurelia de Miralpeix; pero sin mayor asombro por su parte, ella se negó a casarse, como recordará el lector que su hija en la otra vida de Jorge Cirarda (la más prodigiosa de sus vidas), se negaría a desposarse con Giovanni Cantieri Mora, aun después de parida Giovanna Cantieri Cirarda. Afirmó Aurelia de Miralpeix que si bien amaría siempre a Raimon Reixach despierta y a Jorge Cirarda dormida, quien nació

para *cocotte* u *horizontal*, como en España llamaban a tales damas en la época, nunca serviría para casada con un hombre al que tuviese la desdicha de querer con toda el alma. Raimon Reixach comprendió la imposibilidad de quebrantar las leyes inapelables, que regían la farsa del mundo y las contradicciones internas de nuestros papeles, como acaso lo dijera algún marxista calderoniano. El año de la República pasó a establecerse en Madrid y a poco tenía noticia por las notas de sociedad de *ABC* de que Aurelia, la condesa viuda de Miralpeix, regresaba de París y abría de nuevo su casa de la Ciudad de los Condes, bajo las acacias de la primera revuelta de la Avenida del Tibidabo, a la sombra de aquellos sicomoros donde don Francesc Cambó se paraba a recitarle *La Cuereta*, de mosén Jacint Verdaguer, a su chófer de Borges Blanques, cuando salían al alba para pasear los perros daneses del conocido financiero. Raimon Reixach se desplazó a Barcelona inmediatamente, dispuesto a reiterar sus súplicas ante aquella mujer, con quien en tantos y tan distintos lugares se había amado y cuyo recuerdo le despertaba todas las mañanas, unas veces como un rayo de luz y otras como una dentellada. Para su aflicción y estupor, solo encontró ante la casa a un sirviente de chaleco listado y mandil de cuero, que barría la acera despaciosamente. Este le dijo que la condesa viuda de Miralpeix había desaparecido, apenas vuelta de Francia, y él se iría también por debérsele allí la paga de tres semanas cumplidas. Apoyado en la escoba, como un anciano Apolo en su zócalo quebrado, recordó haber servido al difunto conde, loada fuese su alma; pero no hallarse dispuesto a sufrir abusos de nadie, en una República de trabajadores, aunque él era católico y carlista por tradición familiar. En Barcelona, Raimon Reixach, hijo, visitó a Raimon Reixach, padre, quien aún vivía y ejercía en el barrio de la Ribera y en un momento de flaqueza le contó su aflicción por unos amores desdichados, cuya naturaleza no quiso precisarle. El viejo se apiadó de sus penas y aconsejó un peregrinaje a un priorato de los Pirineos, llamado de San Judas, donde cumbres de antiquísimos helechos convivían con laderas de angélicas carlinas. Él mismo, Raimon Reixach, padre, recogía y reparaba allí el alma cuando la soledad le ponía cerco demasiado prieto. Los días que los dos Reixach, padre e hijo, pasaron en la abadía no fueron sino tres, de viernes a martes, pero temperaron el dolor de nuestro protagonista, sin cauterizarlo. En aquellas soledades, únicamente pobladas por doce viejos frailes, se entretenía tirando piedrecitas a la alberca del priorato, para comprobar que siempre caían en su centro exacto abriendo ondas concéntricas con los claustros, el jardín y la cisterna. Tan precisa geometría, en cierto modo armonizada por las siluetas y los

perfiles de los montes, quebrábase al final de un prado con cardenchales, que, nacido al pie del campanario, exigía al otro extremo un edificio aún inexistente, en opinión de Raimon Reixach, hijo. Vuelto a Madrid, cambió entonces sus gafas de puente y patillas de alambre dorado por otras de montura de concha y dejose perilla y bigotes, traspeinados con peineta. También compró la copia de una crátera del Peloponeso, decorada con los juegos de Nausica y sus esclavas en la playa, poco antes de reparar en la presencia de Ulises, porque las tirintias tetitas de la princesa feacia le recordaban las de Aurelia de Miralpeix. Quizá por aquellos años o tal vez algo más tarde, en el Bienio Negro de Gil-Robles o en la Primavera Trágica del Frente Popular, Raimon Reixach empezó a escribir una historia anticipada y novelada de las Españas cuyo original incompleto se ha perdido. En tinta violeta, acaso en homenaje a *monsieur* Proust, llenó páginas y páginas de unos cuadernillos forrados en hule con la más extraña de las consejas. En parte para olvidarse de sus amores muertos y en parte para exorcizar el drama en el drama de una guerra civil, que cada vez parecía más inevitable, arrancó aquella utopía al revés en Barcelona y el 19 de julio de 1936. Allí se sublevaba entonces la guarnición, siguiendo las consignas de una conjura militar contra el Gobierno de la República. El general Goded, a quien Raimon Reixach conocía personalmente, volaba a la Puerta de la Paz desde Palma de Mallorca, tomada al amanecer. El alzamiento era vencido en las calles por la Guardia de Asalto, la Guardia Civil y los obreros anarquistas; pero las turbas asaltaban la Maestranza, se hacían con sus armas y se adueñaban de Barcelona. La Generalitat y la República, perdido todo el poder en la escueta realidad, contemplaban cariacontecidas su victoria y su derrota en un mismo domingo. Entre tanto, siempre en aquella misma crónica fantástica, el general Sanjurjo moría abrasado en un accidente de avioneta, cuando disponíase a volar a España, desde su destierro en Portugal, para asumir el mandato de los rebeldes; el general Franco pasaba de Canarias a Casablanca y allí bañábase en agua tibia y afeitaba el bigote, antes de ir a Marruecos, una vez impuesta la sublevación en todo el Protectorado; el general Mola, director de los conspiradores, como en clave lo llamaban sus códigos, veía el triunfo de sus fuerzas en Navarra, en Castilla la Vieja y en León, para deducir erróneamente la pronta toma de Madrid por el Norte; don Manuel Azaña, presidente de la titubeante República, iba del Pardo al Palacio de Oriente, donde veintidós años antes levitó Jorgito Cirarda, en presencia de Su Majestad Don Alfonso XIII y evocó el crimen de Sarajevo, a la hora exacta en que lo cometían; el alzamiento frustrábase en Madrid, puesto que allí los conjurados

no llegaban a salir de los cuarteles y los obreros asaltaban el de la Montaña, como la víspera había fracasado en Barcelona; dimitía el Gobierno de don Santiago Casares Quiroga y después de un breve Gabinete fantasma, dispuesto en vano a pactar con el enemigo, constituíase otro bajo la presidencia de don José Giral, quien cedía el poder a la calle, armando las sindicales una vez licenciado el Ejército. Toda aquella historia, aún estrictamente imaginaria, terminaba incompleta a finales del año 1936, puesto que para entonces la realidad se había superpuesto a los primeros acontecimientos, como un calco al carbón, y en el mundo de lo vivo mediaba el verano de aquel año de gracia. El relato de Raimon Reixach pasaba por dos vendavales de crímenes cobardes, equitativamente distribuidos entre las dos Españas; por el sitio y defensa del Alcázar de Toledo; por la ofensiva rebelde a través de Andalucía y de Extremadura, con la matanza en la plaza de toros de Badajoz, a cuenta y riesgo de los legionarios de Yagüe; por la huida a Barcelona de don Manuel Azaña; por la derrota de los milicianos en Talavera; por el inverosímil y fulgurante ascenso de Francisco Franco a la Jefatura del Estado, la Presidencia del Gobierno y el Mando Supremo de todos los Ejércitos, con el título de generalísimo, copiado de Chian-kai-Check; por la también inevitable ascensión de Francisco Largo Caballero, el Lenin español, a la cabecera del Gabinete republicano; por el rescate a cuenta de Franco del Alcázar sitiado, cuando Madrid iba a caer en sus manos; por la presurosa retirada del Consejo de la República y del sobredicho Lenin a Valencia, dando por perdida la capital; por el nombramiento de una Junta de Defensa de Madrid, encabezada por el general Miaja, con el catolicísimo coronel Rojo como jefe de su Estado Mayor; por las sacas de las cárceles y las matanzas de los presos políticos en Paracuellos, siendo delegado de Gobernación de la Junta don Santiago Carrillo y firmada la orden de traslado por don Segundo Serrano Poncela, novelista lírico y crítico metafísico; por los salvajes bombardeos de Madrid, que se resistía muy tenaz y embravecido en la mismísima Moncloa, después de tantas retiradas; por los anarquistas catalanes y los brigadistas internacionales, sumados a la defensa de una plaza al parecer inexpugnable, al menos en el primer año de aquella guerra. En tal punto, que no era el final sino una moratoria para pagar las deudas del destino en la novela, ya alcanzada la ficción por la Historia, Raimon Reixach pegó una nota a la última página del manuscrito, con aquel papel de goma que dos generaciones después llamarían impropiamente celo, donde decíase en letra muy chica que en un hospital de sangre de Madrid, en cuyas salas y quirófanos ambos prestaban servicios médicos, el autor trababa conocimiento

con aquel don Jorge Cirarda, desposado con Aurelia de Miralpeix en sus enigmáticos sueños, para que juntos pereciesen en mitad de una operación y bajo el mismo bombardeo. Luego, don Raimon Reixach pareció arrepentirse de semejante augurio, redactado en paradójico pretérito, y al pie de la añadidura apuntó su muy cierta improbabilidad entre paréntesis. Hacia agosto de aquel año, dejaba de aturdirle el preciso cumplimiento de sus fantasías. Tampoco tuvo excesivo tiempo de anafizarlo, abrumado por sus obligaciones en un puesto de la Sierra primero y en Madrid después. Si el mundo y la existencia individual devenían una matanza sin fin y sin tregua, Raimon Reixach, cuyos principios políticos se reducían a los derechos del hombre, sentidos y defendidos en su interior de modo inamovible, creyó su exclusivo deber salvar la vida o mitigar el dolor de todos los pacientes con apariencia humana, así fuesen anarquistas, socialistas, comunistas, republicanos, criptofascistas, clérigos disfrazados, monárquicos, tradicionalistas y aun gorilas, orangutanes o chimpancés con la mirada perdida entre el miedo y la esperanza de cualquier hijo de madre. Cuando en el hospital cruzose por primera vez con don Jorge Cirarda, los celos le espinaron el alma al recordar los sueños de su amante, donde ella casaba con aquel hombre y concebía una hija suya. Con el tiempo, mientras iban intimando, le habló de Aurelia de Miralpeix y de sus amores en París, aunque Raimon Reixach fuese celoso de su vida íntima y discreto por naturaleza. Llegó a mostrarle la copia de la crátera del Peloponeso, señalando la semejanza entre Aurelia y Nausica, sin que don Jorge Cirarda confesase o aparentara haber conocido a aquella mujer inolvidable. Por lo demás y para mayor ironía, don Jorge era evidentemente homosexual y no recataba su condición con demasiado afán. En las pausas de los bombardeos, cuando se juntaban ante dos botes de malta, después de operar días enteros, Raimon Reixach referíase a veces a San Judas y aquella fuente del priorato, donde cualquier piedra caía en el centro exacto de la alberca y de los claustros. Entonces Jorge Cirarda meneaba tristemente la cabeza y decíase en voz alta que aquel sería un lugar ideal para huir del mundo y de todos sus monstruos. Terminada la guerra, ambos fueron depurados, expedientados y finalmente absueltos o echados en olvido. Para entonces mantenían una estrecha amistad, nacida de su convivencia y de sus respectivas soledades. Todos los domingos y otras tardes feriadas, iban a El Escorial a merendar en la Herrería. Jorge Cirarda, quien había aprendido mucho en las veladas literarias del señor cónsul chileno, refería leyendas y referencias acerca del monasterio, que Raimon Reixach atesoraba celosamente. De este modo, en una tarde revuelta y huracanada, supo que, al

decir de Ortega, aquellos vientos inspiraban los paisajes de El Greco, como el propio Raimon Reixach había concluido en París que las tierras desolladas de Horta determinaron el cubismo. Supo también que otro vendaval más fuerte, mencionado por fray José de Sigüenza en su historia de El Escorial, arrebató hasta la copa de los robles al séquito de Felipe II, cuando el Prudente y sus alarifes decidían el emplazamiento de la basílica. Tan súbito remolino venía de los infiernos, aunque pareciese llovido del cielo, y solo lo detuvo el Monarca invocando el fervor de San Lorenzo. También embridó el Rey otra tormenta con sus preces al santo en 1654, aunque para entonces estuviese muerto, cuando una ventolera abofeteaba la fábrica como si fuese a arrancarla de sus cimientos, mientras llevaban al templo los despojos reales. Era fama atestiguada que la momia del Soberano alzó la tapa de su caja y detuvo a gritos el torbellino, con el concurso del patrón celestial, como nadie ignoraba que en tiempos más próximos el espectro de Fernando VII arrastraba cadenas en la cripta de mármol. Con idéntica presteza que Jorge Cirarda iba de un relato a otro, en su miscelánea escurialense, desapareció él de Madrid, entre sábado y domingo, sin despedirse de nadie ni dar razón de su destino. A Raimon Reixach le dolió su ausencia; pero no quiso desvivirse lamentándola, por hallarse oscura aunque firmemente convencido de que volverían a encontrarse en la tierra. No obstante, por una suerte de inercia del alma, tampoco regresó a El Escorial las tardes feriadas. A partir de entonces, cuando trataba de evocar sus meriendas en la Herrería con Jorge Cirarda, aparecíasele la visión del monasterio, en el centelleo de los ojos de Aurelia de Miralpeix. Entonces, incapaz de deslindar los recuerdos de la amante y del amigo, conjuraba las confidencias de Jorge Cirarda acerca de sus muertes fingidas y de sus veraces premoniciones, con los pistoletazos de Sarajevo, el asesinato de los Zares y la toma del Cuartel de la Montaña en un revuelto calidoscopio. Otro día tropezose por azar con el cuaderno olvidado, donde previó un año entero de la guerra civil y su encuentro con Jorge Cirarda. Saboreando el sarcasmo, se dijo haber contado a otro hombre sus amores con Aurelia de Miralpeix, aunque no se decidiese a mostrarle aquellos escritos. Un auténtico caballero, concluyó, hubiese procedido exactamente al revés. Con súbito fervor, tal vez no sentido desde los tiempos de París, se propuso proseguir la novela de anticipación, a partir de aquel mismo día. Si el mundo era una farsa universal, contemplada por cada uno de nosotros a través de un estereoscopio, como con tanta agudeza lo había expresado *monsieur* Proust, a él le correspondió enfrentarse con una parte del drama aún no sucedida, por razones desconocidas. Se trataría de una variante en el sistema de visión,

testificada por escrito, que acaso fuese común en tiempos muy próximos. Bastaba imaginarle a España un porvenir lo bastante absurdo, cruel y descabellado, en una eterna vía muerta entre el circo y el matadero, para que se cumpliese puntual y fielmente a su debido tiempo. No obstante, fuese porque los años empezaban a fatigarle o fuese porque la guerra prevista y vivida le desolaba todavía en el recuerdo, Raimon Reixach no escribió nada aquella vez. El reiterado destino del país, preso entre el crimen y la payasada, redujo su propósito a horas perdidas ante el cuaderno abierto, donde dibujaba un zarzal de curvas sin fin, de espirales, de caracolas, de cerezas enredadas, de órbitas, de maculaturas, de anguilas, de palmas rayadas y de difuminados, que tal vez compusieran el verdadero *chef-d'œuvre inconu* soñado por Balzac. En ocasiones temía haber mirado demasiado de cerca el destino de su tierra, aquella Gorgona homicida y ridícula, condenándose a perder el juicio para concluir balbuceando neosumerio en la solana, como su abuelo en Horta. Impensada pero providencialmente, recibió entonces una carta de Manuel Valentí Miralles, duque de la Trinitat, un psiquiatra de su leva académica a quien conociera de estudiantes en París y al que presentó a Proust una noche de Todos los Santos. El doctor Valentí Miralles le recordaba a *monsieur* Marcel, comiendo castañas tostadas en la cama mientras les hablaba de Ruskin y del *Ecce Homo* de Nietzsche, poco antes de su muerte. Luego decía haber levantado un frenocomio para pacientes voluntarios, El Sueño de la Razón, ante el priorato de San Judas. Entre líneas se enorgullecía de su obra y explícitamente le invitaba a visitarla. Raimon Reixach puso la carta por punto, entre una hoja en blanco y el laberinto de líneas a pluma. Luego sonrió con los brazos cruzados, paseando la vista por los muros de su consultorio como si los viese por primera o por última vez. Acababa de tomar una decisión tan irrevocable que no necesitaba confesársela para recordarla. A los pocos días, malvendidos todos sus bienes, desapareció de Madrid sin dejar rastro ni paradero. Alguien dijo que se había ido como se marchó Jorge Cirarda o pasan los vientos por los cielos. Lisa y llanamente, de modo tan escueto como si nunca hubiese sido.

El libro del tiempo

Monsieur Descartes

Ante todo supo que estaba muerto; pero existía porque pensaba. Se miró las palmas casi traslúcidas a la luz de la luna llena y comprendió que se había convertido en una aparición. Era sin duda un alma en pena, porque él mismo escribió que los sueños los envía Dios y los espectros los manda el infierno, así sean de fantasmas ajenos o de la propia imagen, haciendo nuestras veces después de la muerte. Se hallaba al margen de un campo nevado, como cualquier tierra labrantía, en aquel país de ventisqueros, ríos helados y bosques de pinos gigantes, todo envuelto en un vasto silencio sin pájaros, donde casualmente fue a rendir el alma. Recordaba haber ido a morir allí, arrastrado por el más irónico de los azares. Su Majestad la Reina le invitó a enseñarle Filosofía e impuso las clases diarias a las cinco de la mañana, como prólogo a la jornada legislativa, para espanto de un hombre como él, que ni siquiera en la Guerra de los Treinta Años, cuando escribió su *Discours de la méthode* dentro de una estufa de Baviera, se levantaba antes del mediodía. Semejantes madrugones y los fríos de una ciudad, que parecía Venecia presa en un témpano, le acabaron prontamente como a un gorrioncillo. Pocos días antes del tránsito, cuando explicaba a la Soberana cómo determinar la posición de un punto en un plano, por su distancia entre dos líneas fijas, la Reina se abrió el corpiño y le dijo: «*Carpe diem, monsieur* Descartes. Aquí, en Suecia, somos de costumbres muy libres. Damos el alma a Dios y la carne a la carne, que, por lo que va a vivir, bien puede disfrutar un poco sin remordimientos de conciencia, la pobrecita. Decidme qué os parecen mis pechos y desnudad el resto, que ya me ardo y me cubro de rocío por las partes que los bárbaros españoles llaman del pecado». Él, tan circunspecto y tan caballero del *faubourg* Saint Germain, siempre con chambergo emplumado y espadín al cinto, no había sufrido tan doloroso espanto desde la muerte de su dulcísima Blanche Berte, aquella hijita ilegítima y adorada de sus primeras juventudes. Tartajeando y balbuciendo, entre disculpas que ni siquiera muerto quería recordar, se retiró de la estancia sin volver la espalda a Su Majestad ni hurtarles la mirada a aquellos pezoncitos que azuleaba el alba. Días después,

en la agonía velada por el embajador francés, no cesaba de preguntarse si le mataban los madrugones, los fríos despiadados o la visión de la regia pechuga. Fue entonces, mientras evocaba su martirio antes de consumirse en aquella cama, que no calentaban tres braserillos con las armas de la Casa de Vasa, cuando vio detenido a su lado a un enano proporcionadísimo como un niño; pero con la barba cerrada y las ropas de un pisaverde muy presumido.

—*Vade retro, Satana!* —le chilló presintiendo despavorido de quién se trataba. En su espanto, quería disipar todas las alucinaciones impuestas por el infierno: el bosque, el barbecho helado, el elfo desconocido y su propio espectro. Desvanecerlas como quien barre a gritos una pesadilla, en mitad del sueño.

—*Monsieur* Descartes, *monsieur* Descartes, os envanecíais con razón de haber ideado el sistema filosófico del porvenir europeo. No obréis ahora como un cura analfabeto del *arrondissement* de Céret, que es el más atrasado de Francia.

—*Vade retro, vade retro!*

—*Monsieur* Descartes, *monsieur* Descartes, maticemos y precisemos. Vos mismo escribisteis que acaso un duende o un demonio juguetón nos engaña al percibir cuanto dábamos por cierto, el tiempo, el mundo y el espacio, antes de llegar a aquello del *cogito, ergo sum*, que era la viga maestra de vuestro sistema de certezas. Si se me permite el inciso, añadiré que creíais aludir a la vida consciente con lo del pienso, luego existo, cuando tal vez os referíais, sin saberlo, a la eternidad de la muerte, donde el ámbito del pensamiento carece de límites.

—El duende o el demonio mío era solo hipotético y especulativo —quiso defenderse.

—¡Pero yo no lo soy! —argüía el enano—. Soy un diablo menor, aunque muy cierto. Jean-Louis Pepin Tracas, el demonio de la Razón. Un hermano mío, Blaise Pepin Tracas, es el de los vampiros y ahora sirve a unos españoles, con quienes intimó mucho, los señores duques de la Trinitat. Se finge hijo de un funambulero normando y de una trapecista de Ciudad Rodrigo, educado con beca por los jesuitas, para justificar su conocimiento del francés, que habla tan bien como yo mismo.

—Si esto es la muerte y tú eres el demonio, déjame en paz para que recapacite y pueda saber quién soy yo, a mi vez.

—Esto es el Reino de Suecia y vos erais René Descartes, hijo de un canciller del Parlamento de Bretaña. Ahora sois su espectro; pero como la muerte iguala a todo el mundo, digamos que podéis ser o haber sido cualquier

hombre. Por ejemplo, el bachiller en Artes François de Montcorbier, hijo de François de Montcorbier des Loges y más conocido como François Villon.

Aun en su aterrado desconcierto, sonrió meneando la cabeza. La muerte debía de ser el mayor de los absurdos, quizá la única y auténtica demencia universal, con la barca de la Estigia como nave de los locos, si era preciso morir de frío y de madrugones en Suecia para que le comparasen con Villon. ¿Qué tendría que ver él, un filósofo que había devuelto la Razón al mundo y enseñado a los hombres a usarla por su cuenta, con aquel salvaje poeta de la Edad de las Tinieblas, tantas veces condenado a la horca por sus crímenes y siempre injustamente absuelto, que al pie del patíbulo aseguraba saber muy pronto y por la parte del cuello el peso exacto del culo?

—Adivino lo que os pasa por las mientes, *monsieur* Descartes —le atajó Jean-Louis Pepin Tracas—. Suelo advertir cuanto piensan los hombres o sus fantasmas, como mi hermano lee sus nombres en mitad de la frente. Él no falla casi nunca; pero yo me equivoco con frecuencia, a medida que envejezco en los infiernos, aunque la suya sea destreza más sencilla, como debéis admitirlo.

—Los prodigios menores no me apasionan, porque la Física o la Medicina terminan por explicarlos con tautologías —muerto o no, seguía sonriéndose para sus adentros. Nunca había rechazado un debate filosófico o científico, ni con sus amados maestros los jesuitas primero ni con Geulincx y sus otros discípulos de Leyden después, mientras fuese llevado con las debidas maneras, que por cierto no parecían faltarle a aquel demonio—. No me sorprendería que pronto leyésemos el pensamiento ajeno, como las mozas del partido leen las novelas de caballerías, porque yo mismo he demostrado que el alma reside en la glándula pineal y desde allí puede gobernar toda materia, puesta en contacto permanente con los espíritus vitales…

—Pensabais que nunca se darían seres más opuestos que vos y Villon —volvió a cortarle Jean-Louis Pepin Tracas, poco interesado en disquisiciones de orden fisiológico—. Vos, mentor de los nuevos filósofos, probasteis que el conocimiento del mundo exterior es únicamente racional —asentía *monsieur* Descartes, asombrado por la comprensión que tenía el demonio de las minucias de su pensamiento—. Para tal propósito inventasteis la parábola de la cera blanca, que a mí me fascina por lo poética. Arrancada en un puñado del panal, huele a lavanda, a hinojo y a romero. Tiene el color del cande en invierno o del barniz húmedo. Es dura y fría al tacto, como si fuese de miel petrificada. Si la golpeamos contra el canto de la mesa, desprende un sonido sordo y ahogado. No obstante, basta acercarla al fuego

para que se funda y desaparezcan todas aquellas cualidades sensibles, aunque persista la entidad de la cera virgen.

—La historia de la cera blanca no era sino un ejemplo, a mayor gloria de las simplificaciones, porque la claridad es la cortesía del filósofo —replicó encogiéndose de hombros. Habituábase a la muerte y aquella eternidad de los espectros le solazaba el alma, que ahora todo él sería. El frío, su implacable verdugo en Holanda y sobre todo en Suecia, no le atormentaba a la propia vera del campo nevado y Jean-Louis Pepin Tracas, demonio o no, era un agradable interlocutor, muy bien parecido por añadidura, en su reducidísima aunque armoniosa estampa—. Hablábamos de hombres y no de panales.

—A los hombres iba, *monsieur* Descartes, a vos y a Villon por vía de vuestra cera. ¿No os parasteis a pensar hasta qué punto sois indispensables el uno al otro y os complementáis en alguien superior a ambos? Vos redujisteis la vida al pensamiento, con lo del *cogito*, y anunciasteis con racionalismo de geómetra la verdad inseparable de cuanto percibimos, clara y distintamente. Él vivió y escribió en una embriaguez de los sentidos, al margen de toda razón, donde el mundo parecía desvestirse para traducir su luz y su desnudez en frases y versos nunca soñados antes, cuando elogiaba la juventud de una tapicera o de una sirvienta, porque para él todo era parte de una unánime maravilla, o decía morir de sed junto a una fuente, ardiendo como el fuego y castañeteando de dientes, en mitad de su país y en la tierra más alejada del alma. Mirad y ved.

Miró y vio nieves distintas de las de Suecia. Nieves muy tiernas y un punto sonrosadas, como las de París, antes de sus exilios voluntarios y sin una queja a Leyden y luego a la Corte de aquella Reina que quiso seducirle, mientras le enseñaba Geometría. Solo entonces advirtió que el campo nevado no era tampoco el barbecho donde fue a encontrarse con Jean-Louis Pepin Tracas y con su propio espectro. Ahora se hallaba ante un cementerio, velado por unos robles inmóviles, con nombres franceses en las cruces de piedra. Un hombre, tirando a bajo como él mismo, aunque macizo y vigoroso como un herrero de grueso, abierto el blusón sobre un pecho tan velloso y oscuro como el de un carnero de cinco cuartos, pasaba riendo entre las tumbas con una moza prendida por el talle, arrebujada en un chal de punto normando. «Observa, mi dulcísima Belet o Betris, como quiera que te llames, este epitafio encomendando a la piedad de Nuestro Señor Jesucristo el alma de François de Montcorbier, también conocido como François des Loges, quien no era otro sino mi padre. Me echó de casa a la tierna edad de once años, por fullero, borracho y ladrón sacrilego. Lo de Villon me viene de *maistre*

Guillaume Villon, capellán de Saint-Benoit-le-Bétourné, quien me acogió para darme estudios, sorprendido por mi talento natural aunque escandalizado por mi vida airada». Estremecíase la mujer de frío y de pánico. «¡Tú estás loco o endemoniado!», exclamó. «¡Déjame huir de aquí! ¡Déjame, por la Santísima Virgen, que me asustas!». «¡No sin que antes haga reflexionar esta cabecita tuya, tierna como el queso de cabra de La Grenouiller y negada a las Letras humanas y divinas! Aunque todavía lozaneas como una puta de buen ver, piensa en el pasado, desde este presente que solo existe como memoria suya, y pregúntate dónde están aquellos muertos sobre cuyos huesos andamos. Pregúntate a la vez, pues la cuestión es aún más terrible, en qué infierno de las nieves se fundieron, condenadas, las del invierno anterior». La mujer temblaba ahora aterrada, sin comprender una palabra de cuanto le decía; pero sobrecogida por su tono y por sus carcajadas, en mitad del cementerio. Curiosamente, *monsieur* Descartes, que en su vida de filósofo holgazán no tuvo otro trato carnal que el habido con una camarera, la madre de su dulcísima Blanche Berte, y aun entonces a consecuencia de subírsele a la cabeza un vasito de malvasía, con que aclaraba unas gárgaras de huevo batido y combatía un catarro de pecho y garganta, se sorprendió deseando a aquella ramera despavorida. La quería con todo el ardor de una ijada que sentía ajena, como si en vez de suya fuese de François de Montcorbier o de François des Loges, también dicho Villon, y en la ardentía de una concupiscencia reverberante, descubierta en mitad del alma, que irónicamente le parecía más propia e inalienable que su misma propensión al estudio, de la cual casi debería avergonzarse un caballero como él. «Amor mío, todo pasa y todo queda, aunque lo nuestro sea pasar, como lo dirá algún poeta dentro de quinientos años plagiando aquellas sabias preguntas mías sobre las nieves de anteayer», proseguía Villon. «Antes de que el tiempo nos vuelva silencio y avente el recuerdo, levántate las sayas y permíteme tomarte por el trasero para dar constancia al cielo de que los dos vivimos en este osario». La tumbó en la tierra nevada y la hizo suya, al pie de la cruz de François de Montcorbier, acallando sus chillidos con risas y reniegos. La violaba igual que un sodomita a un ángel que fuese una niña, como también lo apuntaría otro poeta, medio millar de años después, recordando las ciudades de los llanos bíblicos, cuando Jean-Louis Pepin Tracas apareciose al pie de un roble y llamó a *monsieur* Descartes con una seña.

—Y bien, señor mío, ¿seguís aún convencido de ser tan distinto de Villon? ¿No compartís sus pasiones e inclusive sus ideas sobre el tiempo y la

fragilidad de las cosas, única certeza en un mundo de dudas, muy parecido al vuestro antes de la amanecida del *cogito*?

También antes de que pudiese responder o atinar en lo que replicaría, el enano levantó la niebla del horizonte con la punta de los dedos, como si fuese un bastidor de papel cebolla. Los cielos se inundaron de sol y por un instante, deslumbrada la memoria, creyose vuelto a Leyden, en cualquiera de los días del brevísimo verano holandés, entre las boiras de las landas y los vientos mareros. (En otra época aún distante y en El Sueño de la Razón, el doctor Jorge Cirarda le contaría que en el siglo XX su casa de Leyden era un manicomio, poblado de locos furiosos e incurables). Fue también entonces y en el paisaje recién aparecido, que no era otro sino el de El Escorial con los robledos de la Herrería, cuando se tropezó por primera vez con fray Antonio Azorín y muy ofuscado, como quien despierta de un sueño donde creía ser otro hombre, le habló con palabras de François Villon, antes de que Blaise Pepin Tracas le pidiese mantener la compostura propia de un caballero y de un filósofo racionalista. Partidos fray Antonio Azorín y su diminuto acompañante, *monsieur* Descartes descubrió a Jean-Louis Pepin Tracas, sentado en la cadena de la entrada de coches y ondulándose las melenas revueltas a un lado de la gorrilla.

—¿No seréis vos y Villon mucho más parecidos de cuanto ninguno de los dos llegó a imaginar?… Perdón, ¿cómo decíais, *mon cher monsieur le philosophe*?

—¿Qué quieres de mí?

—Yo no quiero nada; pero vos debéis saber quién sois y obrar en consecuencia. Sois René Descartes, el cristiano muerto y errante, en busca de la Razón perdida. Vuestro espectro vagará por la tierra hasta que deis con ella, sabe Dios dónde. Como podéis comprobarlo, a los de mi especie no nos duele tomar el nombre del Enemigo, si no lo hacemos en vano. Lo cierto es que ignoro el final de vuestra búsqueda, pues acaso la Razón haya muerto y la perseguimos inútilmente, para gran sarcasmo suyo: del Enemigo creador del mundo y de las quimeras.

—¿Y qué papel te corresponde a ti en mi personaje?

—El de vuestro Virgilio al revés, pues todo resulta invertido en el Reino de las Sombras. Os guiaré sin saber adónde os llevo, como también ignoro si la Razón todavía existe. Contempladla ahora, en el día de su mayor triunfo.

Jean-Louis Pepin Tracas mató una liendre con la uña del pulgar sobre la peineta y el huevecillo cascó con un chasquido muy tierno y semejante a un suspiro. Luego, el enano guardose el peine en un bolsillo lleno de confites,

sopló y barrió el sol de los cielos. En un abrir y cerrar de ojos, vino a agrisarse la mañana y *monsieur* Descartes reconoció de inmediato los tejados de París, reverdecidos por el musgo de todas las Pascuas Floridas. Las puertas de Notre-Dame estaban abiertas de par en par y dentro apiñábase un gentío con perrera despeinada, cuya indumentaria le ofendió por plebeya al topársela en una catedral. Jayanes de camisas abiertas por el pecho y calzones desatados debajo de la rodilla, muchos descalzos o con zuecos, requebraban a mozas descotadas, de anchas y larguísimas sayas, con escarapelas de tres colores prendidas al moñete. Todos tenían un aire festivo, aunque no irreverente, como debía de serlo el de las romerías en la Edad Media. Talante y continente de seres sencillos, joviales y devotos, hechos a regar con agua de un venero milagroso el lechón asado, en los banquetes de Pascua, o a celebrar las bodas aldeanas con bailes hasta el alba, bajo las acacias de una plaza y ante la presencia sonriente y silenciosa de los santos esculpidos en el pórtico de la iglesia. En fila preferente, al pie del presbiterio y delante del ara, permanecían las autoridades del lugar y del momento. Todos estaban erguidos y en posición de descanso militar, cruzadas las manos sobre la cintura, ante unos reclinatorios de madera labrada olvidados por otra generación debajo de las vidrieras de colores. El poder y el prestigio se les traducía en el porte a los notables, si bien ni sus ropas ni sus aires aventajasen los del pueblo. Entre aquellos ediles, *monsieur* Descartes vio a uno feísimo y diminuto, con anteojos teñidos de un verde lavándula y peluquín blanquísimo y rizoso. Aunque feo como un mono y envuelto en un raído levitón de largas colas, resultaba un tanto amaricado al empinarse en sus zapatitos de altísimos tacones, para estirar la muy desmedrada talla. A su lado, contrastaba un gigante de horrenda carátula, ancha, aplastada y comida por las viruelas, con las narices y las orejas recortadas a tijeretazos y los morros de cafre rousseauniano. No obstante, su mirada confundía y desconcertaba por la nobleza y la inteligencia, que le encendían los ojos cuando se volvía a contemplar la multitud con las cejas irónicamente fruncidas. Dos jóvenes casi adolescentes, que a *monsieur* de Descartes se le antojaron versiones distintas y maestras del propio Ganimedes, escoltaban al titán y al alfeñique de los espejuelos pintados. Uno, coronado de ondas y zarcillos, de un caoba veneciano, como una de esas fuentes colmadas en mitad de un bodegón de Arcimboldo, que, sin dejar de ser fuentes, pueden convertirse en el jardín de las delicias terrenales, parecía fuerte pero vulnerable. El otro era rubio y fragilísimo, con la hermosura de los lirios que anticiparían su lozanía en el cardenchal de El Sueño de la Razón, en pleno invierno y para tristeza de

monsieur Descartes tantos siglos después, cuando recordaba a aquel arcángel. No obstante, entonces y en Notre-Dame, solo pudo echar un vistazo muy fugaz a las cuatro autoridades, porque la imagen de una mujer desnuda, como las estatuas de la paganía que los pescadores recogen por azar en el Adriático, usurpábale su puesto a la mismísima Virgen en el altar mayor. En aquel preciso instante, Jean-Louis Pepin Tracas volvió a aparecerse a la vera del filósofo, le tiró de la manga y quiso ofrecerle su honrado consejo en un trance tan singular. Según le dijo, debía prescindir de su rubor mojigato porque aquella estatua en cueros, con los brazos abiertos al cielo, no era sino la misma Razón, que él había descubierto y a la cual Francia rendía ahora culto de latría. Ningún pensador vivo ni muerto gozara de semejante triunfo en la tierra y ninguno volvería a disfrutarlo. En nombre de la Razón decapitaron a un Rey y llevaban al patíbulo a cuantos se negaban a comulgar con sus bendiciones. Aunque el verdugo no cesase de cercenar cabezas, con ayuda de un nuevo y feliz ingenio, dicho la guillotina, la Razón traería la libertad, la igualdad y la fraternidad a todos los hombres. La única injusticia, prosiguió zalamero y adulador, era no haber elevado otra escultura a *monsieur* de Descartes, vestido o desnudo que en esto no entraba el demonio, junto a la de su gloriosa hija. Luego, antes de que él se sosegase y comprendiera lo sucedido, Jean-Louis Pepin Tracas pasó a contarle quiénes eran los cuatro adalides, en la catedral. El escuchimizadito y miope procedía de Arrás, practicaba la Jurisprudencia antes de la Revolución y le llamaban Robespierre. También le conocían como el Incorruptible, pues desdeñó siempre los bienes materiales. No obstante, aquel desprendido espíritu, para quienes los fines justificaban todos los medios, como por cierto se lo habían enseñado los jesuitas a *monsieur* de Descartes, entonces puesta por finalidad la victoria de la Iglesia sobre el mundo, sin acabar de convencerle, incurría en el pecado de una indecible presunción, que podía comprobarse fácilmente si se reparaba en los tacones de sus zapatos. A mayor abundamiento, tenía la casa llena de bustos y retratos suyos, como si su hogar, el del hombre más poderoso de Francia, fuese un múltiple espejo de su efigie. El mancebo del pelo a lo *trompe-l'œil* de Arcimboldo y perfil de argonauta, saludando al Vellocino de Oro con un grito de gozo, era el más exaltado en su culto a la Razón Revolucionaria. Hizo célebre su nombre, el de Camille Desmoulins, cuando al frente de una turba parecida a la que ahora llenaba Notre-Dame y con un ramito de laurel en el puño asaltó la Bastilla. Aunque solo redimieron a unos cortabolsas, quienes despertados por el tumulto se negaban a escoger la libertad, la caída de la fortaleza vino a significar el triunfo definitivo de la

Razón sobre la insensatez del Antiguo Régimen. El efebo rubio, con mirada de turquesa azul y pelo recogido a la espalda con un lazo de satén, se decía Saint-Just. Su aspecto de cristal de Bohemia o de modelo de pintores renacentistas era tan engañoso como los puros cielos de verano, antes de quebrarse en una tormenta. Invadida Francia por los ejércitos de toda Europa, juntó una cruzada de andrajosos y derrotó cumplidamente a las fuerzas profesionales de la irracionalidad, salvando así a la República cuando todos los Reyes se apercibían a celebrarle las exequias. Jean-Louis Pepin Tracas dejó para el final la ficha histórica del monstruo con gesto de irónico humanista. Se llamaba Danton y procedía de padres tan pobres que los cerdos le comieron buena parte de las orejas y de la nariz en la niñez. No obstante, puesto que la Razón cartesiana o la Razón Revolucionaria, como la apellidaban ahora, no entendía de castas absurdas, era el talento político más preclaro del país y también el único con cierta proclividad al escepticismo. Verbigracia, en aquellos días cuando la guillotina justiciera no cesaba de decapitar en la *Place* de la Concorde, juraba riéndose que para quitarle el sombrero que no llevaba nunca tendrían que cortarle la cabeza. Al letrado de Arrás, el ciudadano Robespierre, tales paradojas le irritaban sobremanera y le parecían salidas de tono, gratuitas y reprobables en tiempos tan serios. A *monsieur* Descartes se le iban los ojos contemplando a aquellos dirigentes revolucionarios, que en cierto modo podía creer hijos suyos, aunque le avergonzase un poco su acaso excesivo apego por la belleza de Saint-Just y de Desmoulins, mientras le turbaba el relato de tantas ejecuciones, puesto que desde la Guerra de los Treinta Años aborrecía la violencia, cuando el demonio chasqueó los dedos como si fuesen látigos y Notre-Dame desvaneciose en aquella especie de espejismo para dar paso a la *Place* de la Concorde, al igual que el sueño baraja escenas de idéntica nitidez con impensada presteza. La misma multitud, que antes se recogía en la catedral, llenaba ahora la plaza alrededor de un patíbulo con escalerilla y profería voces de muerte contra Danton y Desmoulins. Encima del cadalso, *monsieur* de Descartes vio un armazón de maderos con una cuchilla al sesgo, brillando al sol como si fuese de acero sueco o de plata de ley. Al pie de aquel artificio, parecido al invento de un loco en su delirio, habían dejado una cesta de mimbres del Loire, muy anchurosa y con tres asas, como las tejen las pastoras de Amboise para los trucheros y las lavanderas. Junto al tablado, un piquete de infantes tamborileros unía su redoble a los bramidos de la plebe, mientras Desmoulins y Danton ascendían a la fatídica tribuna. El verdugo, un hombre macizo con aspecto de boticario de provincias, les saludó con una breve reverencia a la

que Danton replicaba con palabras ahogadas por la barahúnda. Por ensalmo, acaso movidos por inadvertido respeto hacia aquel gigante de la Revolución, caído en desgracia, o bien en virtud de una maña didáctica y dramática de Jean-Louis Pepin Tracas, callaron el pueblo y los tambores para que *monsieur* de Descartes oyese a Danton pedirle al cortesísimo boche que les desatase a él y a Desmoulins y permitiera abrazarse antes de morir. El sayón sacudió la cabeza y dijo lamentarlo en el alma; pero no poder complacerle por no hallarse prevista la circunstancia en las ordenanzas del protocolo. Danton le miró con el desprecio de un Rey hacia un porquerizo falto de urbanidad, le llamó imbécil y aseveró que nadie impediría a las cabezas besarse en la cesta. Fue aquella su última frase de gran señor revolucionario y *monsieur* de Descartes, sobrecogido y acaso un tanto celoso, comprendió que pasaría a los manuales del porvenir casi con el mismo derecho que su *cogito*. En aquel momento, Camille. Desmoulins perdió el temple, a la vista de la cuchilla al bies, y rompió a llorar a grandes voces. Increpaba al pueblo y le decía traicionado, suplicándole que le salvase y recordara cómo él lo llevó a la Bastilla, en aquel julio esplendoroso de su liberación. La multitud le replicaba escarneciéndole con befas y carcajadas, mientras Danton mirábase las alpargatas para evitar en lo posible tan trágico y obsceno espectáculo. Le puso fin el verdugo, llevándose a Desmoulins a rastras y prendido por el pelo hacia el artilugio de la hoja de acero, mientras sacudía la cabeza como diciéndose que la gente iba perdiendo el arte del buen morir, en estos tiempos desvergonzados. *Monsieur* de Descartes cubriose los oídos con las palmas y cerró los ojos, aterrado; pero sin alcanzar a ensordecerse ante el silbido de serpiente de la guillotina en su caída. Cuando se atrevió a abrir los párpados, titubeando y estremecido, fue para hallarse a solas con Jean-Louis Pepin Tracas, en una suerte de espacio metafísico como el de los cuadros de Mantegna. *Monsieur* le preguntó al demonio qué había sucedido en aquella Francia del porvenir. ¿Acaso las armas de los Reyes derrotaron a los zarrapastrosos de Saint-Just y devolvieron el poder a la irracionalidad del viejo Régimen? ¿Pagaron Danton y Desmoulins con la cabeza su fidelidad a la Razón cartesiana o a la Razón Revolucionaria, como la llamaba la Historia? Para escándalo suyo, Jean-Louis Pepin Tracas vino a negarlo todo, muy complacido con su sorpresa. Al parecer, sin que *monsieur* Descartes pudiera preverlo, en el reino de la Razón cabían tantas moradas como en el de los cielos, aunque todas viviesen en enconada guerra. No eran los Monarcas de Europa ni tampoco los franceses del depuesto Régimen quienes llevaban al patíbulo a Desmoulins y a Danton, sino Saint-Just y Robespierre. Convertido

en señor de horca y cuchillo de toda Francia, precisamente en nombre de la libertad, el letrado de Arrás había sustituido el culto a la Razón por la fe en el Ser Supremo, que no era sino su propia imagen inadvertida a escala universal: Robespierre vuelto Dios bajo otro nombre y convertido a la vez en el último de aquellos bustos y retratos suyos, que poblaban el despacho del Incorruptible. De todos modos, añadió Jean-Louis Pepin Tracas, a manera de estrambote, cierto sentido justiciero parecía regir tan esperpénticos destinos. Las mismas carretas conducían al cadalso a los nobles y a los revolucionarios, en días muy próximos y para solaz de idénticas muchedumbres. A mayor abundamiento, el propio Robespierre sería decapitado, en medio de una alegría popular solo comparable a la algazara levantada por la muerte de Danton. En su desconcierto, *monsieur* Descartes preguntó qué fuera de la estatua de la Razón desnuda, entronizada en Notre-Dame con los brazos abiertos al cielo; pero al punto arrepintiose de la demanda, que en tan descabelladas circunstancias se le antojaba ingenua y ociosa. El demonio se encogió de hombros, un poco sorprendido, pero repuso con muy buenas maneras:

—*Monsieur*, ignoro qué hicieron con aquella escultura en porreta pura. Acabaría en algún muladar, cuando la Revolución se volvió casta y mojigata, como según dijo el Incorruptible mandaba serlo el Ser Supremo. De todos modos y para ilustraros en más tardíos avatares de la Razón que descubristeis, os ruego contemplar otra ceremonia muy memorable, de nuevo en Notre-Dame.

Jean-Louis Pepin Tracas batió palmas dos veces, como si llamase al tabernero en una venta, y *monsieur* de Descartes se encontró con el enano en la catedral. De nuevo contemplaban tiempos aún no ocurridos, pues ambos eran invisibles a los ojos de la gente aunque esta fuese diáfana a los suyos. Una nobleza de veinticinco alfileres, vestida con paños añiles, rojos y blancos, a la luz de cien mil lámparas, relevaba ahora a aquellos romeros de la Razón. Espadas con empuñaduras de oro labrado y tocados espolvoreados de perlas y agujas de nácar fulgían entre las prietas hileras de tan selecta parroquia. A *monsieur* de Descartes le ofendieron un poco los descotes de las damas, más generosos que los de las fregatrices revolucionarias, si bien collares y diademas de riquísima pedrería les encendiesen los pechos, así como los calzones de los caballeros que condenó por excesivamente ceñidos a las vergüenzas. Perfumes a algalia, a mirra líquida, a pachulí y a trementina de Quío, entre otras muchas esencias desconocidas, aromaban la nave bajo el humo de los sahumerios y las fragancias de los pebeteros. En el trono, a la

izquierda del altar mayor, acomodábase un anciano jorobeta y sonriente, con los sagrados distintivos del Vicario de Cristo y Sucesor de San Pedro. Nadie parecía reparar demasiado en el Papa, al que daban por tan conocido y olvidado como a las imágenes en las hornacinas. El Obispo de Roma, perdido en una ceremonia a la cual diríasele llegado a deshora y de forma imprevista, repetía su sonrisa cortés y atribulada, como si posase para un pintor sabiéndose comido por un cáncer. Todos los ojos permanecían fijos en un hombre, cubierto de armiños y disfrazado de imperante romano, que sacrilegamente se coronaba a sí mismo, en el presbiterio y de espaldas al ara, mientras los niños del coro entonaban hosanas al contrapunto con aleluyas y el órgano testimoniaba a los infiernos la grandeza de tanta blasfemia. Coronado el primer actor de aquel juego de escarnio, que a *monsieur* de Descartes repelía en sus cristianos sentimientos, aparentaba una vulgaridad de organillero italiano bajo todas sus galas. Era casi tan bajito como Robespierre, aunque carrilludo y barrigón, en tanto que el Incorruptible fue siempre un puro esqueje. No obstante, el propio *monsieur* de Descartes se vio obligado a admitir que su mirada, al igual que la de Danton, discrepaba de su apariencia por lo acerada y penetrante. No había luz en Notre-Dame que brillase con la ardentía de su iris, alrededor de las pupilas de ébano, cuando descendió por las gradas para ceñir otra corona a las sienes de una mujer, que le aguardaba de rodillas, como la estatua orante de un sepulcro esperaría la resurrección de la carne. *Monsieur* Descartes solo le distinguía el perfil de la cabeza rendida; pero reparó en un pómulo crecido y en su color atezado y semejante al de una argelina o de una mulatita. La cola que prendía de sus hombros, toda guarnecida de pieles escarlatas y guardada por varias parejas de sirvientes, se derramaba por los suelos alfombrados de almofalla verde, desde el altar hasta el portón de la basílica. Con un ademán, Jean-Louis Pepin Tracas detuvo tanta solemnidad, en la arista del instante en que el Emperador mostraba la corona a los fieles, al punto de llevarla a la frente de la Emperatriz, como antes la Razón abría sus brazos al cielo. Al correr del tiempo irrevocable, en un breve viaje a París desde el sanatorio del duque de la Trinitat, *monsieur* Descartes vio en el Louvre el cuadro que pintó David de tan señalada ceremonia. Según contaba luego a Fernando de Saint-Cyprien y a fray Antonio Azorín, quienes acaecían ser sus contertulios en los jardines de El Sueño de la Razón y a la puesta de aquel día de verano, sorprendiose al comprobar que el pintor y el demonio habían suspendido el ritual, en el mismo preciso instante. Llevado de su afán inquisitivo, que en vida procedía de forma inductiva y en la muerte por un método más analógico, dio en preguntarse si David tendría tratos con

Jean-Louis Pepin Tracas, compartiendo como compartía su punto de vista, o si sería aquel mismo diablo, encarnado en el más frío y minucioso de todos los artistas. Fernando de Saint-Cyprien dijo que él era actor y no filósofo, hombre poco dispuesto por sus estudios y por su naturaleza a desenredar tales marañas. No obstante, a la luz de su experiencia profesional, en la que tantas veces representara a Ricardo III a lo largo de los años, les aseguraba que tarde o temprano todo histrión llega a saberse poseído por uno de sus personajes y a preguntarse si este, digamos Hamlet príncipe de Dinamarca, no será en realidad Satanás. Si un cómico devenía otro hombre en el tablado, acaso también un pintor pudiese identificarse con el demonio en la soledad de su taller. *Monsieur* Descartes recordó entonces su desconsuelo, no frente al lienzo de David sino ante el fausto de la coronación, conjurado por Jean-Louis Pepin Tracas. Sin dar tregua a su desesperanza, el diablo le contó que los franceses derribaron una Monarquía; proclamaron una República; ajusticiaron a un Rey por serlo; decapitaron a Robespierre por déspota; vivieron un Directorio, cuya crónica se resumía en corruptelas y, al cabo de tantas tribulaciones, aclamaron al Emperador que allí se coronaba, con poderes omnímodos y muy superiores a los del Soberano o los del Incorruptible. Todo aquello porque *monsieur* Descartes había intuido su *cogito* y concedido a los hombres la facultad de dirigir la Historia de acuerdo con la Razón Pensante. A *monsieur* Descartes temblábanle las carnes y se le abría el alma, sintiéndose padre de tantas monstruosidades, y sobaba aquellas manos suyas, tan marfileñas y chiquirriticas, que solo sirvieron para escribir y juguetear con el espadín ante el espejo: las mismas manos estremecidas, que pudorosas negaron sus caricias a los pechos de Cristina de Suecia. Acallando un sollozo en el garguero, preguntó qué fue de Francia y del mundo, después del sacrilegio de Notre-Dame. Jean-Louis Pepin Tracas encogiose de hombros, mirándose las uñas con gesto displicente. Dijo que una generación de guerras asoló a Europa desde Cádiz a Moscú y torrentes de sangre diezmaron las naciones, con una ferocidad muy superior a la de las pestes medievales, mientras las hambres despoblaban ciudades enteras y reducían los pueblos a sus estremecidas osamentas. Con aquella malicia, que el demonio mostraba a veces entre sus mejores modales, añadió ignorar personalmente cuál habría sido la suerte de los hombres, si *monsieur* Descartes no hubiese liberado la Razón Pensante, aunque con toda certeza no pudo empeorarse en modo alguno. Mientras *monsieur* se cubría el rostro, incapaz de contener una llantera que a Jean-Louis Pepin Tracas le pareció un poquito afeminada, añadió que el propio Emperador, en el destierro y casi en

su lecho de muerte, pidió la paz, el trabajo y el orden para el mundo supuestamente civilizado. Un porvenir donde la Razón pudiese traducirse en términos de Justicia y de Libertad. Una tierra atareada y esperanzada, para que los cristianos conviviesen como corderos y no se devoraran como hienas. Jean-Louis Pepin Tracas, que en el fondo debía de ser algo bonapartiano, bajó el tono de la voz como si entrase en una iglesia y dijo que aquel genio insólito, antaño tan poderoso, testó pocos días antes de consumirse en el exilio, legando unos huertecitos de su pueblo a su hijo lejano, arrebatado por los enemigos, al que nunca volvería a ver. *Monsieur* Descartes se acordó entonces de su pobrecita Blanche Berte y enjugose una lágrima, que se le irisaba en las pestañas de espectro. Pensó en no tener derecho a entristecerse por las desdichas personales, cuando había desencadenado tantas y tan inadvertidas catástrofes, aunque a fuer de sincero consigo mismo no se resignaba a perder toda la fe en la Razón. Sin atreverse a mirarle a los ojos, pidió a Jean-Louis Pepin Tracas que borrase aquella pompa pagana, tan falta de gusto y tan de nuevos ricos, y pasase a mostrarle lo ocurrido en el mundo cien años después. El demonio tardó en contestarle, al parecer sospesando las palabras en unas muy finas balanzas del espíritu. Se había cruzado de brazos para mejor recogerse y cuando *monsieur* Descartes quiso encararse con él, halló sus pupilas desvaídas y distraídas como las de un sabio adormilado con los párpados abiertos. Entre tanto, empezó a lloviznar sobre la solemnidad de la catedral, aunque la mollizna no alcanzase ni a *monsieur* ni a Jean-Louis Pepin Tracas, separados de tan tenue cernidillo por una suerte de cristal intangible. En pocos instantes la rociada devino lluvia y la lluvia impetuoso oraje. El agua desvanecía el verde de las alfombras y la rojez carmesí de los mantos imperiales, mientras el viento barría mitras, capas magnas, albas, estolas, báculos, coronas, encajes, recamados, diademas, collares y sortijas. El retablo se enturbió y redujo a su propio borrón. Luego convirtiose en un juego de matices, ya sin forma ni sentido preciso, que deshilábase a su vez mientras iba escampando sobre la nada. Así, se dijo en un inciso inevitable *monsieur* Descartes, desmiga el tiempo la entera Historia. Como lo precisaría el truhán de Villon, traduciendo en verso magistral unas ideas triviales de la Edad Media: *Où sont les neiges d’antan?* Cerrado tan fugaz paréntesis en sus reflexiones, casi dispuesto a creer que la Razón era la única realidad, cuando los hechos más notorios y divulgados pasaban con los hombres, volvió a preguntarle a Jean-Louis Pepin Tracas cuál fue la suerte del siglo siguiente a aquella era de tantos absurdos.

—*Monsieur* Descartes —replicó compungido el demonio—, esperaba que no me hicieseis semejante pregunta, para ahorraros la despiadada respuesta. Si le aguardáis un final feliz a nuestra conseja, con la Razón esclareciendo el mundo, después de tantas desdichas, en la plenitud de la Justicia y de la Sabiduría soñadas por los más fervorosos de vuestros discípulos, los humanistas de aquel siglo XVIII también dicho de las Luces, mejor será desengañaros lo antes posible. Los desastres que voy a contaros son de dimensiones nunca imaginadas por los trágicos griegos y todos tienen su primera raíz, su maldita mandrágula, en vuestro *cogito*. Resumo porque la lengua y la memoria se queman al recordarlo, y que el Enemigo tenga piedad de vuestra alma.

Le refirió una guerra, sin precedentes en la crueldad ni en las mortandades, donde perecieron millones y millones de hombres desde el Marne a la Santa Rusia. Toda Francia se cubrió de un laberinto de trincheras, y allí los soldados luchaban a ciegas o perecían consumidos por la humedad, las ratas, los piojos y la disentería. Ríos hubo donde corría más sangre que agua y batallas sin fin, devoradoras de centenares de miles de cristianos, para dejar el panorama táctico y estratégico exactamente igual que antes, con los pájaros cantando de nuevo sobre los muertos insepultos y los bosques destripados. Revelando imprevistos conocimientos de pintura y de poesía, añadió Jean-Louis Pepin Tracas que aquellos no eran combates para que Ucello les pintase las cargas o el Ariosto les cantara los duelos singulares. En el siglo XX, el de la Historia tan aguardada por *monsieur* Descartes, la Razón florecía al servicio de la Ciencia y la Ciencia demostraba una inventiva muy superior a la del Renacimiento, para apresurar la destrucción y el exterminio. Pájaros mecánicos se batían en los aires o lanzaban fuego graneado sobre los infantes de tierra. Carros de acero blindado, arrastrándose con cadenas, aplastaban el mundo a su paso. Un cetáceo compuesto de globos, gigantesco aunque lentísimo, se elevaba en los aires de Berlín y rociaba de bombas la City de Londres. Al cabo, llegada la paz, otro jinete del Apocalipsis recorría el mundo a paso de carga. Era el trancazo epidémico, peor aún que el cólera cagón de la Edad de las Tinieblas, talando a su paso la poca vida que absolviera la contienda. De hoz y coz la tierra había entrado en la era de los asesinos, como la bautizó un escritor muy leído por Jean-Louis Pepin Tracas cuyo nombre no le diría nada a *monsieur*, por haber vivido muchos años después de su tiempo, llamado Henry Miller. La Gran Guerra, como adjetivarían aquel genocidio, iba a terminar con todas las guerras, a juicio de los optimistas del racionalismo, que todavía sobrevivían encaramados a sus

torres de marfil, reiterando las vaciedades de siempre. Lo cierto es que no pasara una generación cumplida ni demasiada agua por los ojos abiertos de los puentes, cuando el mundo se vio abocado a otra carnicería. En nombre de principios y finalidades, que los contendientes creían incontrovertibles y sagrados por racionales, se inmolaron más soldados que en el previo desastre, en una degollina extendida por los cinco continentes conocidos y acaso por algún otro descubierto entonces y luego olvidado, sin eximir los Polos, ya fuese por tierra, mar o aire, después de unos ensayos generales de todos los crímenes en naciones aún no civilizadas, como España o la China. Dos países convertidos en cotizadísimos campos de prueba y bancos de trabajo para los nuevos armamentos y para poner a examen los supuestos tácticos de la ciencia militar. Otros pájaros mecánicos, a veces casi tan raudos como la voz, redujeron a piezas de museo el cetáceo y los restantes ingenios voladores de la Gran Guerra. En consecuencia, las poblaciones civiles devinieron objetivos bélicos y hubo ciudades, esparcidas por todo el mapa de Europa, que aquellos inventos transformaron en embudos abiertos entre una desolación de cascajeras. A vueltas de tanta sevicia y tantas atrocidades, se idearon una suerte de corrales y pastos cercados por púas de hierro, donde no se arredilaba ganado sino hombres, mujeres y niños. Cuando había excedente de una casta sobre otra, se la llevaba a millones a unos hornos, por cierto no muy distintos a mayor escala de aquella *poêle* de Baviera en la que *monsieur* escribió su *Discours de la méthode* y se la exterminaba en masa con unos humos ponzoñosos. Junto a tan novísimas invenciones para apresurar los genocidios, habida cuenta de que aquellos humos, tanto si *monsieur* Descartes podía creerlo como si no, salían de unas almendritas del tamaño de los anises, se eternizaban curiosamente las peores costumbres medievales como el uso y el abuso del fuego para quemar vivos pueblos enteros, en venganza por una sola muerte. De forma acaso inevitable, al final de aquella tragedia, descubrieron el más poderoso de los explosivos. Un hallazgo que era la mayor conquista intelectual del hombre y cuya primera premisa no fue sino aquel *cogito* de *monsieur*. Lo pusieron a prueba sobre dos ciudades indefensas, con tan feliz resultado que la gente moría abrasada en pie como los árboles o sobrevivía, consumida por los cancros y los zaratanes, muchos años después. En menos de nada, porque la ciencia de la Razón especulativa avanzaba a pasos gigantescos en un siglo tan notable, almacenaron suficientes ingenios de aquel género para aniquilar toda vida en la tierra y dejarla monda y lironda como la luna. Cuando *monsieur* Descartes, acorvado sobre las rodillas y la frente apoyada en las manos cruzadas, preguntó cuál fuera la causa próxima de

aquellos horrores si la remota era su *cogito*, el demonio rompió a reír y luego pidió disculpas por su hilaridad. Si *monsieur* Descartes se obstinaba en saberlo, trataría de complacerle aunque el drama político que desató tantos genocidios le parecería tan increíble como a él, Jean-Louis Pepin Tracas, se le antojaba grotesco. A una seña del enano, volvió a poblarse el vacío donde había aparecido la coronación. Una especie de birlocho mecánico, muy luciente y con portezuelas, descendía sin montura por una calle pina, con un cochero sentado a una rueda que debía de servirle de timón. Detrás, en asientos tapizados, distinguió a una pareja entrada en años y en carnes cuya presencia y atavío de nuevo provocaron las risas de Jean-Louis Pepin Tracas. En su desconsuelo, el propio *monsieur* Descartes no alcanzó a contener una sonrisa. El caballero exhibía un uniforme azul cielo, estrellado de condecoraciones desde el cinto al gaznate. Una barriga prócer, bajo unos hombros de gañán, abovedaba aquel firmamento de medallas y botones dorados. El cuello de la casaca sería muy prieto, pues el rostro enrojecíase alrededor de unos gigantescos mostachos, rizados con tenacillas y sujetos con goma de Arabia. Su casco semejaba la parodia de un castillo de fuegos artificiales, donde la plumería remedaba el vuelo curvo de las últimas bengalas. Su consorte parecía una gallina por lo pechugona y corta de pescuezo. Iba toda de blanco, con un lazo y un broche de diamantes a la cintura. Un collarín de perlas remataba su generoso busto, que debía de sostener una empalizada de ballenas en forma de corsé. Su tocado era tan risible como el casco de su esposo: un sombrero que a *monsieur* Descartes se le antojó la parodia de una montaña labrantía y escalonada en terrazas, para aprovecharle la cuesta y prevenir desprendimientos, con arbolitos parecidos a los pinos navideños de Suecia acariciándole el ala con su sombra cimbreante. Al paso del carruaje descubierto, hileras de gentes vitoreaban a la pareja, en lengua desconocida aunque no muy alborozada, la verdad sea dicha. Más diríanse los suyos los gritos de un coro de teatro, que aclama la entrada de un dios en una tragedia de Sófocles, para ganarse el pan con companaje de todos los días, que el verdadero júbilo de un pueblo. Cuando *monsieur* Descartes preguntó de qué farsa o burlería trataba aquel circo, sin cesar de reírse, Jean-Louis Pepin Tracas le regañó por no mostrarse más respetuoso, pues el espejismo no era farándula sino Historia y aquellos a quienes tomaba por payasos eran el mismísimo Archiduque de Austria y su morganática esposa. *Monsieur* Descartes, que tanta y tan augusta realeza conociera en vida, no salía de su asombro cuando súbitamente desvaneciose el entero espectáculo, en el aire de los cielos. El demonio se dio a renegar entonces, muy

encrespado, diciendo que los conjuros al margen del tiempo resultaban cada vez más arduos y que él había envejecido excesivamente para su oficio. Desesperaba entre ademanes y visajes, para rescatar las imágenes perdidas, cuando apareciose una suerte de saloncillo, con tres sencillos sillones, un bodegón de jerez, pemil y aceitunas en un velador y una suerte de sábana tendida en un marco de acero, sobre un zancudo trípode. Dos hombres, uno de ellos enjutísimo y con delgado bigote sobre las crecidas mandíbulas, hablaban muy excitados, aunque no se alcanzaba a oírles las voces, contemplando a un muchacho pelirrojo que flotaba tendido en el vacío a siete palmos del suelo. Protestaba Jean-Louis Pepin Tracas su inocencia en aquella imbricación de cuadros vivientes, así como lo mitigado del sonido, cuando inesperadamente volvieron a la calle, el gentío, el birlocho y la pareja de Archiduques, esta vez en el lienzo del trípode y en una visión descolorida, de sombras color ala de mosca y luces mates. En un cruce de dos avenidas, un mancebo, jovencísimo y delgado como un naipe, se adelantó hasta el arroyo e hizo fuego tres veces sobre el empingorotado matrimonio, con un diminuto pistolín. Caían abrazados y ensangrentados, cuando desapareció todo lo visto a una seña de Jean-Louis Pepin Tracas, a quien diríase ahora tan exhausto como si acabara de parir una obra maestra. En voz muy atemperada y serena, restándole dramatismo a la paradoja para infundirle veracidad, dijo a *monsieur* Descartes que la muerte de aquellos a quienes tomaba por dos payasos feriantes trajo las inmensas tragedias del siglo XX, incluidas unas revoluciones también en nombre de la Razón y de los derechos de los oprimidos, las cuales terminaron en despotismos personales, como en sus tiempos la francesa, y que Jean-Louis Pepin Tracas no le detallaba, puestos a abreviar absurdos. Le llegó entonces al demonio el turno de asombrarse, porque *monsieur* Descartes reaccionó con tal impensado vigor en sus convicciones que más parecía cruzado vivo que espectro de filósofo. En voz muy recia y llena de autoridad, manifestó que el espíritu humano no era buen caldo de cultivo para la Razón, como el feto de un hipotético genio podía perderse en un útero mal formado o enfermo. Él mismo, añadió suplicando a Jean-Louis Pepin Tracas que le disculpase la inmodestia, había escrito un tratado, *De la formation du foetus*, y sabía lo que estaba diciendo por ser muy experto en tocología y ginecología. No obstante, y aunque los mortales fuesen aún indignos de ella, era muy posible que la Razón existiese en forma prístina y autónoma fuera del hombre, independiente y todavía inalcanzable. Si él, *monsieur* Descartes, había errado el camino de su búsqueda, cuando quiso hallarla en mitad del alma alojada en la médula pineal, causando así innumerables males al mundo, de los que tenía

ahora pruebas terribles, iba a reparar su deuda después de muerto, persiguiendo a la Razón por la tierra hasta dar con ella y restituirla a la Humanidad en toda su pureza, mientras *le bon Dieu* no le llamase a capítulo y a juicio. Jean-Louis Pepin Tracas le escuchaba admirado del temple de aquel espectro, al que sometiera a tan duras experiencias y cuyo aire parecía tan frágil como a un sayón muy avezado puede maravillarle la entereza de su víctima más castigada, al cabo de los martirios.

—*Monsieur* Descartes —le dijo mirándole a los ojos resplandecientes—, acaso yo pueda ayudaros en vuestra noble empresa, aunque no creo que encontréis a la Razón en el mundo, pues soy escéptico por naturaleza. De todos modos, debo hablaros de mi hermano Blaise Pepin Tracas —el demonio lo llamaba con todos sus nombres, como si fuese un amigo blasonado en vez de un pariente—, quien decidió hacerse humano en estos últimos tiempos, como, según cuentan, ballenas y delfines optaron por el mar siendo animales de secano, hace millones de años. Se ha establecido en Inglaterra, casado con una viuda, adquirido una casita en las márgenes del Támesis, como aquellas de las que habla Edgar Wallace en uno de sus relatos, para alabarles la recoleta soledad en otoño y en invierno, y vuelto miembro del Partido Laborista. Según me escribe y aunque profese un santo odio fabiano a Francisco Franco, va casi todos los agostos a España a comprar antigüedades, que luego saca de contrabando en connivencia con los vistas de aduanas y la Guardia Civil. En uno de sus viajes, supo que un descendiente colateral de sus amos más estimados, los señores de la Trinitat, ahora duque de aquel título y psiquiatra doctorado en París, fundó un sanatorio para pacientes exclusivamente voluntarios, dicho El Sueño de la Razón. A mayor abundancia y un poco para pasmo de mi hermano ante tan astutas coincidencias, allí se recluía otro antiguo duque de la Trinitat, aunque este fuese consorte. Me refiero a aquel fray Antonio Azorín, a quien conocisteis en 1654 a las puertas de El Escorial, peregrino en busca del verdadero rostro de la Razón, por encargo de don Filipo II, el Prudente —*monsieur* Descartes desconocía casi todos aquellos nombres; pero no dejaba de prestar muy cumplida atención al relato de Jean-Louis Pepin Tracas, porque sabía que la curiosidad es *la raison d'être, toujours la Raison!* del intelectual—. Ojalá pudieseis hallar la Razón, en el frenocomio que lleva el nombre de sus sueños y junto a aquel peregrino, que persigue su identidad desde hace siglos —hizo una pausa, preñada de inextricables significados y concluyó zalamero y servil—: *Monsieur*, fue un placer indecible el trabar conocimiento con la

mente más clara de Occidente desde Aristóteles, el magnífico. Humildemente beso vuestras plantas.

El demonio tendió la mano al filósofo y *monsieur* Descartes sintió el calorcillo de aquella palma minuta en la suya, agradeciéndolo como si tentase la belleza de garzones tan apolíneos y tan rebeldes como Saint-Just y Desmoulins. Aún se complacía en su suerte socrática de espectro privilegiado en tan selectas compañías, fuera cual fuese el sino de sus ideales filosóficos, cuando desapareció Jean-Louis Pepin Tracas como Virgilio había abandonado al Dante a las puertas del cielo. *Monsieur* Descartes se vio entonces en mitad de un cardenchal, a espaldas de un priorato con aljibe y campanario de doble espadaña. Al otro lado de aquel prado, florido y espinoso, erigieron un edificio de líneas tan discretas que hubiese pasado por una fábrica de cualquier otro tiempo, en cuyos jardines y en dos sillones de mimbre barnizado, que luego alabaría por su regalada comodidad otro selecto espectro, el de *monsieur* Proust, *monsieur* Descartes distinguió a dos caballeros conversando plácidamente, como si resumiesen la exégesis de aquellos severos versos de un poeta del Siglo de las Luces que cantaban a los pajarillos posándose en los tomillos. De inmediato *monsieur* Descartes, o *monsieur* de Descartes como en el sanatorio empezarían a llamarle ennobleciéndole inadvertidamente por respeto a su prestigio, reconoció a uno de ellos, aunque los años le hicieron hombre y avejentaron. De muchacho, le había admirado flotando en el aire detrás de aquella sábana donde relampagueaba el magnicidio de los Archiduques. Al otro, a fray Antonio Azorín, no alcanzó a identificarlo de inmediato, puesto que solo lo viera un momento tres siglos antes, al pie de El Escorial. A su vez, fray Antonio le contemplaba con los ojos amusgados, esforzándose por dar un nombre, un lugar de encuentro o de partida, una referencia cualquiera a un rostro con el que estaba cierto de haberse cruzado en algún punto de su larguísima vida. De pronto sonrió y un entramado de surcos y pliegues fue abriéndole la delgada faz, como la caída de una aguja de pino al filo del deshielo, transformaba en palimsestos o en laberintos los lagos escarchados de Suecia. Sin dejar de sonreírle, fray Antonio Azorín se levantó a saludarle y le dijo:

—*Monsieur, monsieur, où sont les neiges d’antan? Où sont les dames du temps jadis? Où sommes nous et où est la Royne Blanche comme lis qui chantoit à voix de seraine?*

Fernando de Saint-Cyprien

Entraron en el velatorio los Saint-Cyprien, cogidos de la mano. Muy alto, erguido y ceremonioso, Fernando de Saint-Cyprien se inclinó levemente ante don Jorge Cirarda, saludó a los presentes vivos con otra muda reverencia de muy medida cortesía, entre la dignidad y el respeto, y fue a sentarse con su mujer junto a fray Antonio Azorín. Mirándoles, fray Antonio volvió a decirse para su gobierno que más que esposos parecían padre e hija. Él, el barón de Saint-Cyprien, un caballero de Holbein, pintado por la época en que el maestro inmortalizó al desconocido del clavel: rubio, encanecido, de ojos azules y rasgos que un caricaturista hubiese convertido en perfil caballuno. Si más semejaba padre un tanto perverso de María Amalia que legítimo marido, antes lo hubiesen tomado por un filósofo báltico, extraviado en una partida de caza de la baja Baviera, que por un actor trágico español descendiente de lejana nobleza francesa, como en verdad lo era. Ella, María Amalia, con su aire de iluminada o de aparecida a través de un espejo antiguo, aunque de hecho la hubiesen llevado padres conocidos a El Sueño de la Razón, tan clara de rostro como renegrida en las pupilas y en el pelo cortado con perrera, dijérase atesoraba todavía, como si fuese una vieja muñeca acunada en el fondo del alma, la niña visionaria que fue en la mujer que era. A su lado, Fernando de Saint-Cyprien arqueó las delgadísimas cejas, como dos interrogantes, contemplando la rosa encendida y extrañamente salpicada de rocío que florecía en el ojal de don Jorge Cirarda. El doctor Raimon Reixach se creyó entonces obligado a contarle en voz baja la notable historia de aquella elegía de don Vicente Aleixandre convertida en flor fragante y mañanera, en virtud de un inesperado portento. Los Saint-Cyprien le escuchaban con las cabezas juntas, asintiendo a veces con atentos parpadeos, sin dar muestras de asombro, de escándalo o de incredulidad. Al cabo, Fernando de Saint-Cyprien dijo:

—Fue don Vicente Aleixandre quien primero me habló de El Sueño de la Razón, porque se lo había descrito y alabado en una carta el pobre Cirarda. Una tarde, en su casa, después de contarle mi drama en el drama y de haberle

hecho recitar aquellos versos suyos «Día, noche, ponientes, madrugadas, espacios, / ondas nuevas, antiguas, fugitivas, perpetuas, / mar o tierra, navío, lecho, pluma, cristal, / metal, música, labio, silencio, vegetal, / mundo, quietud, su forma. Se querían, sabedlo», que siempre me calmaban el ánimo turbado, me aconsejó venir aquí y recluirme voluntariamente —hizo una pausa para saludar con un gesto lleno de circunspección al espectro de *monsieur* de Descartes, que acababa de entrar en la capilla ardiente, y prosiguió con aquella voz suya, tan bien templada y de actor ilustre—: Apenas llegado, ya creí hallarme en mi verdadero hogar y entre mi auténtica familia.

María Amalia le acarició la mano, como aseverando en un aleteo de pájaro enamorado que allí la encontrara también a ella. *Monsieur* de Descartes, quien creía en el decoro ceremonioso de otros tiempos y meditaba en pie, el mentón en la palma, como correspondía a un caballero francés en presencia de la muerte, no pudo por menos de pensar, un poco avergonzado de su frivolidad, que si la Reina Cristina de Suecia le hubiese tratado con tan sutil delicadeza, en vez de matarle a madrugones y de mostrarle las tetas fuera de tiempo y de sazón, no habría tardado en seducirle. En aquel punto calló Fernando de Saint-Cyprien y fue ensimismándose en memorias cada vez más hondas. Antes de prendarse de su mujer y antes de que intempestivamente él le recitase aquello de: «¡La causa y el efecto fue vuestra hermosura! ¡Vuestra hermosura, que me inspiró en un sueño la destrucción de todo el género humano, con tal de vivir una hora en vuestro pecho hechicero!»; antes de que ella repusiera de imprevisto con otras palabras del Cisne del Avon: «¡Si creyese en eso, asesino, te juro que estas uñas desgarrarían la belleza de mis mejillas!»; antes de que otro espectro, el del Rey Fernando VII, le hiciese burla del poder («Es la farsa más baja, en esta ilusión que llamamos vida. ¡Te lo juro y no te miento, pardiez!»), un poco para escándalo de Ulysse Personne, a quien ruborizaban los modos del Monarca; antes de todo aquello, digo, don Jorge Cirarda, quien sentía particular predilección por él puesto que ambos compartían la amistad de don Vicente Aleixandre, le llevó a los bosques vecinos al cardenchal y le dijo que en tiempos todo aquello fuera residencia de *chouannes* huidos de la revolución que decapitó a Danton y a Robespierre, después de rebanarle la cabeza a Luis XVI, para coronar al cabo a un corso barrigudo, ante el filosófico asombro de *monsieur* de Descartes.

—Aquí levantó aquella *chouannerie* sus parques y palacetes, sin ninguna iglesia pues, aunque hombres de blasones y posibles, solo creían en la Razón al igual que los propios revolucionarios y despreciaban a los curas franceses,

de manteo y teja larga. Imagínate tú su desdén por el clero de España —comentaba don Jorge Cirarda—. A veces, cuando cruzo por estos bosques, tengo la sensación de atravesar el principio de una de mis visiones a la hora de la catalepsia y presiento que en cualquier instante cobrará vida y perfiles propios.

Fernando de Saint-Cyprien no creía pisar un espejismo, mientras paseaba por el encinar tapizado de cagarrias y senderadas, sino una realidad tan suya como hubiese podido sentirla el bíblico hijo pródigo, venteando el aroma de los pinares y el hedor de los establos de su patrimonio, al regreso de sus vanas correrías, mientras los gallos celebraban su vuelta con un aleluya de cacareos, aunque él, el barón de Saint-Cyprien, no fuese monárquico sino republicano y platónico socialista de derechas. Esparcidos por tierra, entre espinos blancos cuya hermosura embelesaría luego a *monsieur* Proust, zarzales y roquedas, yacían fragmentos de mosaicos, de capiteles y de espejos antiquísimos, todo abandonado por aquellos monárquicos racionalistas al volver a Francia después de la caída de Napoleón. Fernando de Saint-Cyprien pensaba entonces en todo su pasado, a un tiempo tan simple en la parvedad de los hechos, como laberíntico en sus consecuencias. Descendiente de otros emigrados realistas, aunque también de padres rousseaunianamente comprensivos con las vocaciones y aun con los antojos de sus hijos, había dejado la carrera de Leyes, por lo demás apenas empezada, para irse de galán joven en la compañía de María Guerrero y de Fernando Díaz de Mendoza, caballero linajudo que evangélicamente lo abandonó todo al oír la llamada del amor y la farándula y a quien Saint-Cyprien, padre, había conocido en los salones de los marqueses de Salamanca, antes de su conversión a las tablas. Casi adolescente, Fernando de Saint-Cyprien, hijo, casó con Alejandrita Foncillas, damita joven de aquella tropa a quien decían desvirgada por Ignacio Hidalgo de Cisneros, descendiente del último virrey de las Indias y luego general comunista en la guerra civil. Al año, aquella unión, antes toda mieles y sensatez muy insólitas en cónyuges casi con la leche en los labios de puro mocitos, se volvió de acíbar y de rejalgar. Alejandrita tuvo que salir de la compañía, presa de raptos cada vez más intensos. Entre griteríos y alborotos, que sobrecogían al vecindario, negábase al débito conyugal y aun a las caricias del esposo, chillando que no quería ser Reina ni perpetuar la sangre de un jorobado nacido con dientes. Fernando de Saint-Cyprien vivía insomne, en la más desconcertada de las angustias, puesto que sus títulos de nobleza, de los cuales no quería acordarse, distaban de la soberanía y él era alto y lomienhiesto, entonces como ahora, y, por si algo faltase para el duro,

vino al mundo con las encías desnudas, como cualquier otro mortal. Los médicos, todos campanudos en el diagnóstico de la locura para ocultar su ignorancia del caso, le aconsejaban recluir a Alejandrita. Negábase él, sombrío e inquebrantable, porque los manicomios de la época eran auténticas loqueras enrejadas, muy distintas de El Sueño de la Razón, sin presentir que el tiempo, cuyo paso todo lo trivializa e ironiza, le llevaría un día a encerrarse voluntariamente en uno de aquellos sanatorios, para hallar allí una tardía y muy merecida paz de espíritu. Una Pascua Florida, por los años del Bienio Negro, cuando Alejandrita parecía mejor dispuesta y algo olvidada de sus desvarios, Fernando de Saint-Cyprien, quien siempre le fue fiel, como cumplido esposo que era por alcurnia y por vocación, aunque ardía en deseos de gozarse a la loca después de tan larga abstinencia, cubrió de rosas el lecho conyugal y abrió de par en par las ventanas de la alcoba a la tarde de tímida primavera madrileña. Luego desnudó a Alejandrita, quien permanecía en pie entre melindres y mohínes muy graciosos, que la hermoseaban como si nunca hubiese sometido al marido a su violenta histeria y aquella fuese la primera vez que se encamaba con un hombre, muy de grado por cierto. Luego, cuando Fernando de Saint-Cyprien la tuvo en vivas carnes y mientras iba besando amorosísimamente cada milímetro cuadrado de aquella piel almibarada, deteniéndose de rodillas y con ávida codicia en la entrepierna, como si fuese de caña melar partida y cabello de ángel, ella le apartó con una suavidad irresistible y subiose a la cama, donde permaneció durante eternidades, siempre *in puribus* y con los brazos abiertos, ante el pasmo balbuciente del marido. De pronto, y por una de las ventanas abiertas, vínose un arco iris, que fue a dejar el cabo de su curva en mitad del lecho sembrado de flores. Alejandrita de Saint-Cyprien tomó una brazada de rosas y, siempre descalza y desnuda, frente a la mirada atónita del esposo, se fue a pie por el arco de los cielos, sin volver la vista atrás y como si aquella luz coloreada fuese un suave pero firmísimo atajo de la gloria. Toda la calle se pobló de tranvías detenidos y de embelesados curiosos, boquiabiertos y suspensos hasta mucho después de perdida Alejandrita firmamento adentro y desaparecido el arco a su paso, mientras Femando de Saint-Cyprien sollozaba de bruces en un alféizar. Su desolación ante el portento que le arrebató a la primera mujer dio vez a otras maravillas, en otoño de 1935, cuando el barón de Saint-Cyprien formó compañía y puso en escena *Ricardo III*, de Shakespeare, en el Teatro de la Tragedia Nacional. Más por inexplicable capricho que por razonado propósito, el descendiente de *chouanes* quiso asumir el papel del Rey con su propia envarada apostura y su gallardía viril, apenas maquillados los trazos

para esquivar la palidez impuesta por las candilejas. Casi sacrilegamente desdecía así del tirano descrito por todas las crónicas y por el propio Shakespeare, una suerte de monstruo deforme, bajito, con un hombro más picudo que el otro y la mirada de víbora. Corriendo aún mayores riesgos en la noche del estreno, desdecía también del primer parlamento del propio Ricardo III, cuando apenas levantado el telón y siendo aún en la obra duque de Gloster, de Glocester o de Gloucester, después de aquello tan citado de *now is the winter of our discontent*, se confiesa no solo privado de toda bella proporción sino afligido por tal fealdad que los perros le ladran cuando se para en su presencia. Inexplicablemente, llegado a aquel punto del autorretrato y en la susodicha noche del estreno, todo el público puesto en pie le tributó un prolongado aplauso, como si a través de su engañosa esbeltez adivinara al contrahecho, negado por la naturaleza a los frívolos placeres de su tiempo y convertido en un genio del crimen y de la intriga, después de renegar del bien en todas sus formas según propia confesión. Desde aquel instante la obra se convirtió en un éxito irrepetible y sin precedentes. Día tras día, en funciones de tarde y de noche, se agotaban las localidades e hileras interminables de burgueses, aristócratas, oficinistas, obreros, curas disfrazados de maestros, monjas vestidas de amas de curas, nodrizas, amas secas, criadas, soldados, catedráticos, horteras, militares, trotskistas, falangistas, comunistas, caballeros de Gil-Robles, anarquistas, poetas de la generación de 1898 y de la generación de 1927, cubistas, surrealistas, horizontales, putas del estado llano, paletos, maricas, sietemesinos, revolucionarios, conspiradores, espías extranjeros al servicio de una causa de bien, espías extranjeros al servicio de una causa de mal, todos aguardaban en silencio o departían amistosamente, en la espera esperanzada de que alguien renunciase a su localidad y pudiesen adquirirla en la reventa. Por la época del triunfo del Frente Popular, el suceso de *La tragedia de Ricardo III* era tan notorio que notables eminencias de los países más ilustrados iban a Madrid para aplaudirla. Fernando de Saint-Cyprien instaló altavoces a las puertas del teatro, para que el pueblo de todas clases, la República de trabajadores, como había dicho graciosamente don Francisco Largo Caballero, disfrutase de los versos del bardo, traducidos a la prosa castellana, si no podían gozar de la puesta en escena. Era de ver entonces la unción del gentío, cuando el barón de Saint-Cyprien abría la obra con lo de *now is the winter of our discontent* y casi la cerraba con lo de: «¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!», o cuando Richmond arengaba a los lores rebeldes, antes de la batalla definitiva contra el usurpador, diciendo de las tropas de Ricardo:

«Pero ¿quién las conduce? Sinceramente, señores, un tirano salvaje y un asesino, que, elevado por la sangre, en la cresta de la sangre debe sostenerse; pues no reparó en medios para lograr sus fines y fue verdugo de los mismos que le llevaron al poder». Casi en vísperas del alzamiento militar, don Jorge Cirarda y el doctor Raimon Reixach, quienes aún no se conocían, consiguieron dos butacas y presenciaron una función de tarde. Les plugo el trabajo de la compañía; pero les cohibió el fervor del público, que atronaba el teatro e interrumpía a los actores en cada escena con sus vítores y aplausos. Ni siquiera el primer día de la guerra en Madrid, el del asalto al Cuartel de la Montaña, que don Jorge Cirarda confesaría muchos años después haber presenciado en su muerte fingida, dejaron de subir al tablado las huestes de Saint-Cyprien. Un público de milicianos y de milicianas hervía en los pasillos, en la platea, en el gallinero y en la calle.

Ovacionaron el final de la obra con auténtico frenesí, pues veían en la batalla de Bosworth su propia victoria de aquella mañana, como antes de la tempestad los republicanos identificaban a Ricardo III con don Alfonso de Borbón, por las ejecuciones de Fermín Galán y de Ángel García Hernández, y las derechas decían que Ricardo de York y de Gloster era la copia exacta anticipada de Azaña, después de Casas Viejas. La tragedia en el Teatro de la Tragedia prosiguió con la puntualidad de todos los mediodías, bajo los bombardeos y a través del asedio de Madrid. Al cabo de las funciones, Fernando de Saint-Cyprien y el entero reparto tenían que adelantarse al proscenio, para corresponder puño en alto al delirio del respetable, enfervorizado por aquello de: «¡La jornada es nuestra! ¡El sanguinario perro ha muerto!», mientras una y otra vez volvía a alzarse y a caer el telón. Cuando en marzo de 1937 el poeta Rafael Alberti, en tiempos tan dilecto amigo de don Vicente Aleixandre, y su esposa fueron recibidos por Stalin en un Kremlin todo pintado de verde por dentro, Josif Dzugasvili les preguntó si Fernando de Saint-Cyprien todavía representaba *Ricardo III* en Madrid. Luego añadió que entre todos los dramas de Shakespeare aquel era su preferido, porque reducía la política a un baile de verdugos, con la muerte por única certidumbre. Cuando mucho tiempo después, en El Sueño de la Razón, Fernando de Saint-Cyprien citó tan cínica exégesis de la tragedia, el espectro de don Fernando VII la alabó mucho y hasta quiso anotarla en un cuadernillo, donde tomaba apuntes para su propia edificación después de muerto. En otoño de 1936 el general Mola anunció tener cuatro Columnas fuera de Madrid y una quinta dentro, como es bien sabido. Menos conocidas son sus afirmaciones de que pronto saborearía un café muy azucarado en la Puerta del

Sol y admiraría a Fernando de Saint-Cyprien en el papel de Ricardo III. Mola no llegó a presenciar la obra, pues moría al año siguiente; pero el barón de Saint-Cyprien siguió representándola después de la guerra, con público, colas y altavoces aún mayores que antes, dos veces en presencia del propio Caudillo y Generalísimo de la España Imperial, entre críticas ditirámbicas de aquella inteligente adaptación, que era, al ver de don Pedro Laín Entralgo, una sutil denuncia de la tiranía marxista y de la podre parlamentaria, en la más cumplida de las parábolas llevadas a las tablas. Aunque el texto fuese siempre el mismo, en versión personal de Femando de Saint-Cyprien, y la puesta en escena no hubiese variado un ápice desde la noche del estreno, los actores salían ahora con las armaduras puestas, una vez resuelta la batalla de Bosworth, saludaban brazo en alto y dábanse a cantar el *Cara al Sol*, coreados por el auditorio. Un cuarto de siglo después, el barón de Saint-Cyprien era el único miembro del reparto original todavía en el tablado. Habida cuenta de que la nómina de la tragedia era muy larga, diferían los destinos de sus compañeros. Algunos habían muerto; otros huyeron al extranjero al final de la guerra y no pocos dejaron el teatro. A una actriz de carácter, que fue *lady* Margaret Plantagenet, se la decía madre abadesa y querida del obispo de Madrid Alcalá. Para entonces y puesto que el triunfo de la obra parecía eternizarse, Fernando de Saint-Cyprien cobró la certeza de que nunca podría renunciar al papel de Ricardo III, puesto que abandonarle fuera resignarse a no ser nadie. En sueños, le asaltaban memorias de Alejandrita gritándole que no quería ser Reina ni perpetuar su estirpe sangrienta. Aunque el rostro de la muerta rehuyese la memoria, cuando trataba de evocarla despierto, en aquellas pesadillas perseguíale transformada por la histeria en una harpía, muy distinta y muy lejana de la mujer serenísima y desnuda, que ascendiera a los cielos por el arco iris derramando rosas firmamento abajo. Para desolación suya y al cabo de dolorosas reflexiones, concluyó entonces que él era Ricardo III, aunque en el mundo vano se hiciese pasar por Fernando de Saint-Cyprien, actor y descendiente de *chouannes*. Anticipándose en cuatro siglos a Pirandello, Shakespeare, el mayor de los médiums, no pretendió vestir a un personaje a semejanza del último Rey de la casa de York, sino conjurar al propio duque de York para reencarnarlo circunstancialmente en cada uno de los cómicos que asumían el papel del Monarca asesino y de forma absoluta, por capricho inexplicable, en el barón de Saint-Cyprien. Su designio de asumir la personalidad de Ricardo III, con su propia apostura de fantasma, en vez de darle la deformidad física atestiguada por la Historia, aun antes de Shakespeare, no fue sino el último intento inconsciente de librarse de aquella

posesión. Cuando confesó tan penosa certeza en El Sueño de la Razón y en uno de los grupos de terapia colectiva, convocados por el doctor Valentí Miralles, último duque de la Trinitat, el espectro de Fernando VII replicó que el caso no le sorprendía en un Soberano como Ricardo III, falto de toda voluntad salvo la sed de poder, que no era sino ambición de la nada. Él, añadió el espectro entornando aquellos ojos sagacísimos en la cara de imbécil, nunca necesitó materializarse en nadie ni muchísimo menos en ninguno de sus descendientes, porque siempre le bastó con ser quien era, vivo o muerto, aunque en el mundo le tocase penar disfrazado de Monarca. Fernando de Saint-Cyprien le escuchaba distraído, devuelto por la memoria a los tiempos no muy lejanos, cuando él, un hombre que nunca aborreciera a nadie ni guardase recuerdo de rencor alguno, empezó a odiar a Shakespeare con un furor homicida cuya irracionalidad no dejaba de sorprenderle. Hacía responsable de todos sus males al Cisne del Avon y muy específicamente de la demencia venida con su entrega al Rey asesino. Con la lógica de los locos, la más despiadada y la más consecuente, decíase y repetíase que si Shakespeare no hubiese vivido, él sería en verdad quien ahora era solo en apariencia:

Fernando de Saint-Cyprien, barón de Saint-Cyprien, farandulero trágico. Llegó a preguntarse si el demonio no habría creado a Shakespeare con el único propósito de que a su vez conjurara a Ricardo III y lo hiciese revivir, cuatrocientos años después, en un comediante inocente. A poco alcanzaba otra conclusión, todavía más estremecedora pero no menos lógica. William Shakespeare era el demonio. ¿Quién sino Satán hubiese resucitado a una fiera como Ricardo III, en el centro de su amplia obra, para rodearlo de una Corte literaria de asesinos, de incestuosos, de orates, de bufones, de idiotas, de hechiceros, de cornudos, de brujas, de adefesios, de fratricidas, de elfos, de hadas y de verdugos? ¿Cómo podría aceptar el mundo semejante retablo de crímenes y llamarlo la cúspide de la literatura universal, para mayor sarcasmo, si todo aquello no fuese la obra del demonio y no de un hombre? No obstante, aquellas racionalizaciones, las razones del absurdo, distaban de serenarle ni de fortalecerle. Recordó que alguien, había olvidado quién, dijera atinadamente que por la vía del entendimiento nadie convencía a nadie. Apostilló el apotegma con la convicción de que tampoco se convencía a sí mismo, por aquel camino. Poco a poco, de un modo inconfesable pero no por ello menos evidente, empezaba a someterse a su condición de poseído. Muchas madrugadas, vacío el teatro donde antes le habían aclamado, subía al escenario, alumbraba las candilejas y ponía un espejo de pie en mitad del

proscenio. Vestíase entonces la armadura de la última batalla y se miraba largamente en aquella luna pulida Cristañola. Mientras amanecía sobre los tejados de Madrid y corrían perros perdidos, detrás de los lecheros, Fernando de Saint-Cyprien mataba largas horas a solas ante el cristal azogado, hasta que muy a pesar de sí mismo («de sí mismo o de quienquiera que fuese»), empezaba a recitar el largo parlamento inicial de la obra, mirándose a los ojos: «… El áspero rostro del guerrero ha pulido las arrugas de la frente y ahora, en vez de cabalgar corceles guarnecidos con caparazón de guerra, para someter el ánimo de los feroces enemigos, cabriolea en las alcobas de las damas y sostiene allí lascivos combates. Pero yo, que no fui formado para tan traviesos juegos, ni para cortejar a un amoroso espejo…». Lentamente veía transformarse su imagen en la luna iluminada, hasta devenir la de un chepa, deslomado y torcido, calada la corona que a su muerte hallarían al pie de un espino. Aquel Rey de insólita baraja, de tarot de misa negra, le miraba con ojos de culebra y le sonreía con los dientes de leche, que tenía al nacer y no cambió nunca en su vida de lobo. Hastiado y despavorido, Fernando de Saint-Cyprien se quitaba la armadura, partía el espejo de una coz y huía en busca de un taxi dejando las candilejas encendidas. Dormía cuatro o cinco horas, pobladas de pesadillas, mientras difundíase la leyenda de que el Teatro de la Tragedia Nacional estaba hechizado, porque allí se prendían solas las luces, rajábanse los espejos y aparecían las armaduras vacías en mitad del escenario. Por los mismos tiempos, que fueron los del envejecimiento de Franco y de su Régimen, las fuerzas monárquicas del país empezaron a suplicar primero y casi a exigir después la restauración del Trono o, en su defecto, la designación del Príncipe como heredero de la Jefatura del Estado, mientras otros realistas rumiaban fórmulas vanas para que la dinastía fuese coronada en la persona de don Juan de Borbón. Por su parte, y en tan grave materia, Fernando de Saint-Cyprien llegó a insólitas y privadísimas conclusiones, que solo supo confiar a don Vicente Aleixandre. Si él, Fernando de Saint-Cyprien era un Rey del siglo XV, aunque lo fuese de una casa nunca relacionada con las Españas y por añadidura de usurpadores, era también el decano de los Monarcas del mundo por manifiesta antigüedad. Poco importaba que su realeza permaneciera escondida bajo las trazas de un actor, que para señera ironía representaba el papel de quien verdaderamente era: Ricardo de York, duque de Gloster o de Glocester, Soberano de Inglaterra. Franco, de cuya perspicacia y astucia no dudaba Fernando de Saint-Cyprien aunque no creyera en su Régimen, no podría por menos de reparar en semejante Señor, casi tan sabio en el arte militar como el propio Caudillo, aun cuando se ocultase a ojos vistas en el

Teatro de la Tragedia Nacional. Recordaba entonces aquel par de funciones de gran gala, ya muy distanciadas por los años, en las cuales el Generalísimo fue a aplaudir el más cruel de los dramas shakesperianos, si bien era más inclinado a los toros y al fútbol que al teatro. Mucha sería su curiosidad por ver aquella obra, mantenida y reclamada en las tablas a través de una guerra civil, cuando venció su indiferencia hacia la farándula para conocerla. Después del telón final y de los habituales aplausos, Franco pasó al camerino del barón de Saint-Cyprien para felicitarlo. Le estrechó la mano y bisbiseó cualquier cosa, con su acento cantarín y desentonado, que Fernando no llegó a comprender. Luego, volvió a saludarle, ahora con distraída desgana y se fue en seguida. No hubo más ni el actor tornaría a hablarle, porque nunca le invitaron a El Pardo cuando allí recibían a las cantaoras y a los caricatos. En aquellos tiempos, Fernando de Saint-Cyprien agradecía que le ignorasen porque no era afecto a la dictadura, como ya sabemos. Ahora, convencido de que la Realeza sería restaurada en su persona, veía en la brevedad de la visita del Caudillo y en el propio alejamiento de su palacio un diáfano designio. El Generalísimo, como empezaba a llamar en su interior al hombre a quien tanto había despreciado, sin duda decidiera confiarle el Trono la noche que acudió al teatro, sin anticipar la sucesión a sus conveniencias políticas. Fernando de Saint-Cyprien creía recordar una mirada de Franco a sus ojos, de desconcierto primero y de secreta inteligencia después, cuando debió de advertir su realidad soberana de duque de Gloster y de Rey de Inglaterra, mucho antes de que él mismo pudiese percatarla. Si luego había evitado su presencia en El Pardo, cuando halagaba bufones y folklóricas, lo haría para distraer la atención del país y del propio Fernando de Saint-Cyprien, de modo que después fuese menos discutida, por imprevista su súbita ascensión al Trono. En el convencimiento, de que pronto sería proclamado Rey de España, o al menos sucesor de Franco al frente del Estado, llegó a decirse que incluso ceñiría a gusto *the red-hot steel crown*, la corona de acero candente que en la vieja Inglaterra ponían a los regicidas o a quienes pretendieron en vano usurpar la Monarquía, porque si todo actor necesitaba un público, todo Soberano requería un pueblo que le contemplase, aunque fuera en el patíbulo. Fue entonces cuando llegó al absoluto convencimiento de haberse vuelto loco. La certidumbre de la demencia le asaltó un mediodía, con el primer sol de la Pascua Florida. Si no era Ricardo III era un maníaco, cada vez más enfermo y complacido con su regia impostura a fuerza de representarla. Si era Ricardo III, como él no podía dejar de asumirlo, su vesania le convertía en uno de los mayores homicidas de la Historia. Nunca supo ni quiso averiguar

por qué fue a contarle su secreto a don Vicente Aleixandre, con quien le unía una muy leve amistad. El poeta le miró con sus ojos transparentes, donde a veces se veían bancales de violetas y le recitó aquello de: «Se querían, sabedlo». Luego dijo que acaso Shakespeare fue injusto con Ricardo III o, en otras palabras, con Fernando de Saint-Cyprien, porque sus crímenes no eran sino torpes desmanes junto a los grandes genocidios del siglo XX. Después le habló de El Sueño de la Razón y de la carta que don Jorge Cirarda le había enviado desde el sanatorio. Como el doctor Raimon Reixach y como fray Antonio Azorín, Fernando de Saint-Cyprien decidió recluirse inmediatamente, aunque no se lo confesase a don Vicente Aleixandre. Antes, como quien dispone un viaje al fin del mundo, donde algunos de sus antepasados, los Saint-Cyprien no los York, habían creído que el Mar Tenebroso se derramaba hasta el fondo del firmamento, testó en favor de su compañía y cedió la dirección del teatro, así como el papel del duque de Gloster a uno de los actores jóvenes, en quien había puesto sus mejores esperanzas dramáticas. En El Sueño de la Razón y junto a los médicos y enfermeras, conoció a don Jorge Cirarda, al doctor Raimon Reixach, a fray Antonio Azorín, a los espectros de Su Majestad don Fernando VII, de René Descartes y de Marcel Proust, así como a María Amalia Valentí Miralles, su futura esposa, a quien habían prohijado legalmente el director del sanatorio y su mujer. En los primeros tiempos, no pudo librarse de su pasado o, por mejor decirlo, de su presente, pues, precedido por su prestigio y por el de la obra tantos años en cartel, pacientes y enfermeras le cercaban y acosaban a preguntas acerca de su vida de actor, hasta el punto de que el propio doctor Valentí Miralles llegó a temer por la eficacia y el porvenir médico de la terapia de grupo en El Sueño de la Razón. A causa del desasosiego producido por tanta curiosidad acerca de su paso por las tablas, cuando él solo quería olvidarlo para poner el alma a buen recaudo y averiguar definitivamente quién era, tardó semanas enteras en reparar en María Amalia, antes de enamorarse impensadamente de ella. Una noche de domingo de Cuasimodo, cuando pacientes y doctores cenaban en el anchuroso comedor del sanatorio, María Amalia se volvió hacia Fernando de Saint-Cyprien y en voz que no parecía suya, por lo transida de ira y de aflicción, le dijo:

—¿Qué negro hechicero ha evocado a este demonio para impedir las obras piadosas de la caridad?

Todos la contemplaban suspensos o se miraban unos a otros, preguntándose qué sucedía, hasta que *monsieur* Proust dijo en un susurro, pronto repetido de cabo a cabo de la mesa, que aquel era casi el arranque de la

segunda escena del primer acto de *Ricardo III*, cuando el duque de Gloster detiene el entierro del joven príncipe de Gales, a quien él mismo ha dado muerte y se encara con su viuda, Anne Neville, desafiando al entero cortejo de caballeros. Añadió *monsieur* Proust, con aquella prolijidad tan suya y aunque la nota fuese innecesaria, que María Amalia asumía a sabiendas o inadvertidamente el papel de la Princesa en el drama. Antes de que alcanzase a proseguir, en su elaborado estilo donde se desperezaban las oraciones subordinadas como náyades al sol, resonó la voz de Fernando de Saint-Cyprien, autoritaria y durísima, mientras el actor puesto en pie extendía un brazo parecido a una lanza de justa.

—¡Perro incivil, detente cuando yo te lo ordeno! ¡Quita tu alabarda de mi pecho o, por San Pablo, te arrojo a mis pies y te pisoteo, vil mendigo!

Replicó en seguida María Amalia, dirigiéndose primero a una escolta suya invisible y después a Fernando de Saint-Cyprien, en quien sin duda veía a Ricardo, duque de Gloster, el hombre que luego la haría Reina de Inglaterra, cuando él mismo, ascendido al Trono sobre una procesión de fantasmas asesinados, concibiese en ella a un hijo, muerto muy niño, para acabar envenenándola hastiado de su presencia y de sus reconcomios:

—¡Cómo! ¡Tembláis! ¿Todos tenéis miedo? ¡Ay! ¡No puedo culparos porque solo sois pobres mortales y los ojos de los seres humanos no resisten la mirada del demonio! ¡Atrás, atrás, repugnante ministro de los infiernos! ¡Tú solo tenías poder sobre el cuerpo perecedero de mi marido, no sobre su alma! ¡Atrás, atrás, he dicho!

Y el barón de Saint-Cyprien, mudando ahora el tono y descendiendo de su ira encalabrinada y augusta contra el invisible alabardero a una súplica casi de zorro encepado y enternecido de amor:

—Por caridad, mi dulce santa, no os mostréis tan ceñuda conmigo.

María Amalia, o Anne Neville, replicaba a chillidos llamándole monstruo y montón de deformidades. Suplicaba a los cielos que destruyesen al asesino y, si sus rayos y centellas no le abrasaban, que la tierra le devorase vivo. Fernando de Saint-Cyprien, abyecto y cínico, como si no pudiese creer en sus propias palabras y representase una parodia de sí mismo, del hombre que estaba obligado a ser, por cristiano e hijo de madre, aunque evidentemente no lo fue nunca, reprochábale con dulzura a Anne Neville su ignorancia de las leyes de la caridad, que exigen devolver bien por mal y bendecir a quienes nos maldicen. Conmovidos y absortos, médicos y pacientes asistían al increíble debate. En pie y en mitad del comedor, ante los supuestos alabarderos y el féretro imaginario, Anne Neville y Ricardo III representaban

la más paradójica de cuantas escenas escribió Shakespeare, impensable precisamente por lo humanísima, con un fervor y una entrega tan grandes que la entera noche parecía recogerse para escucharles. Don Jorge Cirarda y el doctor Raimon Reixach, quienes no habían reconocido el texto, cuando María Amalia rompió a recitar sus réplicas y parlamentos, pero lo identificaron tan pronto como *monsieur* Proust les dijo su fuente, comparaban aquella actuación de Fernando de Saint-Cyprien con la que vieron en el Teatro de la Tragedia Nacional, para resolver cada cual según su íntima convicción disfrutarla más ahora que en Madrid, donde a cada punto la interrumpía el público con sus desaforadas ovaciones. Humillado y vergonzante, aunque siempre un sí es no es sardónico en su servilismo, Ricardo III pedía la ocasión de justificarse de tantos y tan supuestos crímenes; pero como otra furia infernal, Anne Neville reiteraba sus cargos y su desprecio.

—¡Fui provocado por una lengua calumniadora, que echaba los delitos de mi hermano sobre mis hombros inocentes!

—¡Lo fuiste por tu alma sanguinaria, que nunca ha soñado más que en sangre y en carnicería! Conque ¿no mataste al Rey?

—Os lo concedo.

—¿Me lo concedes, puerco espín? ¡Entonces que Dios te conceda también la condena eterna por esa acción maldita! ¡Oh! Era gentil, dulce y virtuoso.

—¡Que el elegido para Rey de los cielos lo salve en su gloria!

—¡Está en el cielo, adonde tú no irás nunca!

Ricardo III admitía entonces haber apuñalado al príncipe de Gales, cegado y reducido por la belleza de la propia Anne Neville. Como ya vimos, ella decíase presta a destrozar su hermosura, si por un solo instante creyese semejantes palabras. Él le suplicaba que no blasfemase contra sí misma y la llamaba su luz y su vida. En un alarido interminable, la viuda juraba que su único deseo era vengar la muerte del esposo. Casi en voz baja, conteniendo una *sonrisa*, él le aseguraba estar presto a concederle otro mejor, que no sería sino el propio duque de Gloster o de Gloucester. En prueba de su devoción, caía de hinojos a los pies de la amada y le daba el espadón, para que le traspasase el pecho si no podía creerle. Llegaba a implorarle su propio sacrificio, reiterando ahora con estremecedora llaneza haber degollado a su marido y a su suegro, a impulsos de aquellos encantos suyos que le tenían embrujado y enloquecido.

—¡Fue tu faz celestial la que me llevó al crimen! ¡Empuña otra vez la espada o levántame del suelo!

Lady Anne flaqueaba entonces, diciéndole desear su muerte sin convertirse en su verdugo. Era el principio del final y era también evidente quién vencería en tan insólito combate singular. Perdida y prendada, como una Ariadna que se entregase al minotauro en el laberinto, después de denunciarle a voces su deformidad y todos sus crímenes, terminaría por devolverle las armas a Ricardo III y por rogarle que se alzase de los suelos. Obedecería el asesino, dando paso franco al cortejo y al féretro, aunque para entonces todo el mundo parecía haberse olvidado del Príncipe de Gales, acuchillado y muerto. El duque de Gloster llegaría al extremo de ofrecerle su anillo a Anne Neville y ella, casi juguetona y melindrosa ahora, lo ceñiría a un dedo, entre arrumacos de palomilla y falsas protestas.

—Pero ¿puedo vivir en la esperanza?

—Los hombres solo viven de esperanza.

—Dignaros a aceptar este anillo mío.

—Recibir no es conceder.

—Mira cómo se ciñe mi anillo a tu dedo. ¡Así apresa tu seno mi pobre corazón! ¡Hágase en ambos tu voluntad, pues los dos son tuyos! Y si tu devoto sirviente puede solicitar otra gracia de tu misericordiosa mano, confirmarás su dicha para siempre.

—¿Qué es ello?

—Que dejéis estos tristes cuidados a quien tiene aun más razones que vos para asistir al entierro e inmediatamente os retiréis a mi casa de Crosby Place, donde después de sepultar a este noble príncipe en el monasterio de Chertsy y de regar su tumba con el llanto de mi arrepentimiento, iré en seguida a veros. Por varias razones que ignoráis, os suplico atender mi demanda.

—De todo corazón, pues me alegro mucho de veros tan contrito. ¡Tressel y vos, Berkley, escoltadme!

—Dadme vuestro adiós.

—Es más de lo que merecéis. Pero me enseñasteis a adularos de tal modo, que podéis imaginarlo como dado.

María Amalia retirábase entonces a un rincón de la estancia y Fernando de Saint-Cyprien, en un aparte ensimismado y risueño, no sin razón se preguntaba quién habría conseguido de aquel modo el amor de una mujer. Luego, orondo de dicha, decíase presto a atender el entierro de su víctima.

—¡Por mi vida que me encuentra maravillosamente hermoso, aunque ni yo mismo pueda verme la apostura! ¡Voy a encargarme un espejo y dar trabajo a una o dos docenas de sastres, para estudiar las modas que adornen mi cuerpo! ¡Puesto que la fortuna me dispensa sus favores, la mantendremos

con algún gasto de poca monta! Pero primero demos tierra a este buen amigo y luego vayamos a llorarle ante mi amor. ¡Brilla, hermoso sol, hasta que compre espejo para verme la sombra en tu reflejo!

Fue en aquel instante, concluido el soliloquio de Fernando de Saint-Cyprien, cuando María Amalia, traspasada por una luz que parecía brotarle del vértice del alma para bañarle la mirada y el rostro, cruzó el salón encaminándose a los jardines, que emblanquecía la luna llena del octavo domingo de Pascua de Resurrección. Todos la seguían, como alucinados, incluido el barón de Saint-Cyprien, hasta que ella se detuvo junto a la piscina. A través de los sauces, más allá del cardenchal y desde los bosques que antes poblaba la *chouannerie* racionalista, venía un estruendo de batalla. Relincho de corceles, barahúnda de alaridos y de armaduras, choques de espadas que debían centellear en la penumbra, cargas y galopes estremecían la tierra y los árboles. Fernando de Saint-Cyprien no pudo por menos de comparar en su interior aquel fragor tan vivo con la pobreza de sus recursos, cuando escenificaba la tarde de Bosworth en el Teatro de la Tragedia Nacional. Allí todo sonaba a aluminio abollado y hasta las voces de los caballos, recogidas en disco primero, en cinta magnetofónica después, parecían las de los parientes lejanos y capados de las monturas, que ahora se mataban con los hombres. Sonó un clarín y repuso la trompetería. Una granizada de flechas picoteaba en un muro de escudos. Los ballesteros no parecían correr mejor suerte que los jinetes y un ejército, combatiendo a la desesperada en inútiles acometidas, se estrellaba una y otra vez contra las filas cerradas del otro. Instantes de silencio pespunteaban el estrépito, perdidos y ahogados en seguida, como otros momentos de recogida quietud aparecen y desaparecen en mitad de las tempestades. Fernando de Saint-Cyprien, que era sordo a la música, creyó escuchar un infrecuente concierto, donde armas, hombres y cabalgaduras componían la más bárbara de las sinfonías y los pájaros, ocultos en la noche o en los cielos de Alejandrita, aguardaban el final de la matanza para regresar a la enramada. Sorprendentemente, aquella épica composición, idéntica a la de un cuadro de Uccello que hubiese cobrado vida en las tinieblas, como según le contaban, María Amalia materializara a veces las figuras de otros lienzos, no evocaba en su espíritu los pasos de la Historia y casi no podía reconocer en su escándalo la batalla de Bosworth, como debieron librarla en la agonía del reinado de Ricardo III, a pesar de los gritos ingleses de los guerreros. El estrépito de otra carga fallida de la caballería, rebotaba como las saetas de los ballesteros en la muralla inamovible de los escudos enemigos, le estremeció al devolverle intactos los aplausos de su

público en el teatro, que al cabo de los años y cuanto más fugaz por los cielos indiferentes, conjuró su propio dolor atónito cuando Alejandrita se perdió firmamento arriba, por el puente del arco iris, antes de que él cayese llorando de bruces en el alféizar de la ventana. Otro clarinazo, roto en seguida como si lo hubiese sonado un agonizante, le devolvía la imagen altísima y envarada de su padre, siempre de negro como si fuese enlutado por todos sus antepasados, los *chouannes*, muy peinadas las barbas y pulidas las uñas, en invierno envuelto en su gabán aun dentro de la casa, asomados los dedos de los guantes de cabritilla en uno de los bolsillos, como luego los vería aparecerse en el centro de un Partenón pintado por De Chirico. Así y en pie en mitad de su despacho, le había recibido cuando Fernando de Saint-Cyprien le confesó que iba a abandonar sus estudios, para dedicarse al teatro porque María Guerrero, la grande, como la llamaban en aquellos días casi de su infancia, le ofrecía un puesto en su compañía. Su padre, en una reacción que casi había previsto, asintió levemente con la cabeza y dijo que nunca se opondría a las decisiones de sus hijos, porque sus vidas, en último término cuanto podía legarles y ya les había legado, eran suyas y no de él. Fernando de Saint-Cyprien sintió entonces el impulso de abrazarle, mientras el alma parecía partírsele en el pecho; pero su padre se limitó a estrechar su mano, para desearle suerte en silencio, como si estuviesen en la iglesia y no en su despacho. Del padre, mientras caballos perdidos, sus jinetes muertos, huían torpemente bosques adentro impedidos por el peso de los caparazones de guerra, volvió al recuerdo de María Guerrero. La actriz le había recibido en el teatro vacío, a última hora de una mañana cualquiera, sentada en un trono que parecía olvidado por descuido en mitad del escenario desnudo. Como siempre, la acompañaba don Fernando Díaz de Mendoza, quien se mostró muy atento y le dijo que no temiese porque todo aquello no era absolutamente nada, aunque él quería que recitase o leyese cualquier cosa para su mujer. La mejilla en la palma, el codo en un brazo del trono dorado, María Guerrero les contemplaba sin despegar los labios. Cuando don Fernando Díaz de Mendoza le pidió que declamase las *Coplas por la muerte de su padre* y apenas andaría por el último pie quebrado de la quinta estrofa, ella le detuvo con un ademán y sin mirarle a los ojos le dijo: «Naturalmente tienes un puesto en mi compañía porque serás un magnífico actor. Ni yo ni nadie podemos enseñarte gran cosa; pero recuerda siempre que el mundo no es sino oropel y lentejuelas, pues solo el teatro existe. Ven y dame un beso porque a partir de este instante vas a tutearme». La batalla seguía en los bosques; pero ahora combatirían los infantes a espadazos detrás de los sauces, casi acabado uno de

los ejércitos. Fernando de Saint-Cyprien se preguntó cuál de los dos se apercibía a hacerse con la victoria y casi al mismo tiempo se dijo haberlo olvidado. Tampoco le importaba mayormente, concluyó para sus adentros, porque si el mundo era solo oropel y lentejuelas, la Historia no sería sino la crónica de la nada. El estrellón de tantas cuchilladas le devolvió la memoria de Alejandrita, en los últimos años de su matrimonio, cuando ella le rehuía o soliviantábase enajenada, si Fernando de Saint-Cyprien intentaba acercársele. También ahora todo lo sucedido entre los dos, en aquellos tristes tiempos de prueba y de suplicio, le parecía ocurrido a otro en un mundo de cristales quebrados, que contemplaba atento pero desapegado, como un mero observador. Del mismo modo, concluía entonces, volviendo al tema sugerido por los embates de los jinetes contra la empalizada de escudos de forja, llegó a detestar los aplausos en el teatro, porque le convertían en un impostor, al no sentirlos ni saberlos dedicados a él sino a un extraño. Si en verdad era Ricardo III, aquellas ovaciones sin fin serían para Fernando de Saint-Cyprien, su envoltura humana y perecedera en este siglo. Si era el barón de Saint-Cyprien, el público o el mundo vitoreaba y celebraba a Ricardo, duque de Gloster, Glocester o Gloucester, último Rey de la Casa de York y sobresaliente asesino en un Trono afamado por los verdugos que llegaron a ocuparlo. La idea de que los muchos miles de espectadores, desfilados por el Teatro de la Tragedia Nacional, no hubiesen aplaudido sino a Ricardo III, acaso sin percatarlo pero prescindiendo siempre en su entusiasmo del actor que lo representaba, le pareció tan nítida y tan irrebatible que por un largo instante sintiose aislado de su entorno y absolutamente a solas, en mitad del firmamento, con aquella verdad manifiesta. De este modo, si en el fondo del ánima cada español quería fundirse e identificarse con el Rey homicida, se explicarían todos los delitos de la guerra civil, cuyo salvajismo en ambas zonas contendientes había escandalizado a Fernando de Saint-Cyprien tanto como al doctor Reixach o a don Jorge Cirarda. Las cobardes matanzas de Cuelgamuros, de la plaza de toros de Badajoz, de la Rabassada, de Guernica, de los glacis de Montjuïc, del cementerio de Granada y de Málaga, antes y después de su caída en manos franquistas, no serían sino manifestaciones distintas de una misma vocación asesina por parte de un pueblo condenado. Le distrajo en seguida, como sobresaltó a los demás, el chillido de una voz idéntica a la suya, resonando en la espesura. «¡Un caballo! ¡Un caballo! ¡Mi reino por un caballo!». Luego se hizo otro silencio, que parecía espinar la noche y detener los astros en el cielo. Lo rompió un rugido, esta vez de victoria: «¡Loor a Dios y a nuestras armas, compañeros! ¡La jornada es

nuestra! ¡El sanguinario perro ha muerto!». María Amalia, quien había permanecido inmóvil hasta entonces, como una estatua de sí misma en espera del alma devuelta por el juicio final, siguió su camino a través del jardín, precediendo hombres, mujeres y espectros. Murmuró algo *monsieur* de Descartes, que nadie quiso comprender.

Muy abiertos los ojos azabachados de intelectual judío, *monsieur* Proust atesoraba el misterio de aquel instante, perfumado a hierbasanta, para hacerlo revivir en el momento más impensado de su eternidad de muerto. Sosegábase la noche, después del estrépito del combate y los árboles se recortaban a la luz de la luna, mientras sonaba un arroyo en el fondo de las tinieblas. Ensimismada y desatendida de todos, María Amalia los conducía hacia las primeras y más erizadas cardenchas. Allí, en mitad del prado y al pie de los espinos, destellaba una corona de oro chapado, guarnecida de perlas en los florones, con un rubí semejante al ojo de un cíclope entre dos almenas labradas. Se inclinó María Amalia para recogerla y ofrecérsela calladamente a Fernando de Saint-Cyprien. Él la aceptó inclinando la frente, como si en vez de una diadema real, asumiese la certeza de un destino ineludible. Luego, doblada la reverencia, tomó en la suya una mano de María Amalia, que el parpadeo de las estrellas volvía de marfil malabar, y se la llevó a los labios cerrando los ojos.

María Amalia de Saint-Cyprien

Entre todos los pacientes de El Sueño de la Razón, ella era la única que no se había recluido allí voluntariamente, aunque lo cierto es que tampoco se opuso a que sus padres la internaran en la clínica. Tenía entonces doce años y al hacerse mujer perdió la cuenta del tiempo pasado en el sanatorio. De hecho y en su vida consciente, no conoció otro hogar ni de soltera ni de casada. Desde muy niña, cuando apenas se tenía en pie, hallaba sin proponérselo cualquier objeto perdido y a veces puertas y ventanas se abrían y cerraban a su paso o las luces se prendían y apagaban solas, cuando era presa del llanto. En el parvulario, una maestra proclive a la parapsicología y aun al espiritismo reparó en las dotes de la chiquilla, que ya entonces se singularizaba por la contrastada belleza de sus bucles y de sus ojos negrísimos realzando la clara palidez, casi alabastrina, de sus facciones. La maestra la habituó a un juego, que no tardaría en aburrirla a fuerza de repetirse. Aquella solterona, tan inclinada al método Montessori y a las ciencias ocultas, la hacía salir de la biblioteca del colegio. Ocultaba un naipe entre las hojas de cualquier libro y la llamaba luego. María Amalia adivinaba la carta, apenas entrada en la estancia y sin vacilar ni confundirse daba en seguida con ella, entre las dos páginas que la guardaban. Con los años y a medida que espigaba la criatura, aquellas dotes suyas, que al principio fueron desconcertantes para sus padres, volviéronse embarazosas y aun sobrecogedoras. Bastaba llevarla a misa mayor, cualquier domingo de pascua o de adviento, cuando sus poderes eran más evidentes y manifiestos, para que el órgano tocara solo, tempestuosamente, alzando un empinado tifón de viento y de agua desde el fondo de sus flautas, para elevarlo hasta la bóveda y romper allí, deshecho en salpicaduras y escurriajas, contra los amplios ventanales donde Santa Cecilia acariciaba el piano y Santa Lucía brindaba los ojos en una bandeja. O bien, en ocasiones más señaladas por la confusión y aun el pánico de los feligreses, un coro invisible de voces angélicas rompía a cantar aleluyas y hosanas muy bien entonadas, de tan cristalina claridad que todo el mundo se detenía admirado en el barrio de la iglesia y se embelesaba escuchándolas. Tendría unos diez

años cuando la llevaron a una playa donde el verano anterior se ahogara un niño. Tan pronto María Amelia entró en el mar, de la mano del padre, obstinado en enseñarla a nadar, aunque no mostrase disposición para tal ejercicio, cuando los bañistas y los mirones apiñados en la arena irrumpieron en gritos de asombro o de horror. En las aguas y muy cerca de la orilla, emergía el espectro desnudo del ahogado, transparente al sol, como si fuese de bacarrá o de tierna burbuja. Toda la playa le vio avanzar a pie por una mar tan plana como la Estigia de Patinir, sin hundirse ni resbalar en las olas allanadas, para acercarse a María Amalia, que le aguardaba inmóvil y prendida de la mano de su padre, o él de la suya, pues el hombre estremecíase como el pez de las correderas, los ojos muy abiertos al sol y el gesto de un reconcentrado arrobo, parecido a la expresión, tan distante por asustada y embebecida, con que acogía las tempestades sonoras de los coros y de los organistas invisibles. Llegado que hubo a la niña, aquella aparición o espíritu puro, que debía de serlo por su transparencia, rompió a reír muy satisfecho, salpicándola con la palma de la mano, sin malicia y con el afecto de un antiguo compañero de juegos, siempre en pie en las aguas dormidas. Luego, antes de que nadie pudiese ni siquiera parpadear en presencia de tanta maravilla, se desvaneció en el aire como si fuese de humo. Otro domingo, que también lo era como aquel de tantos años después, en que María Amalia conjuró la batalla de Bosworth, salía de misa mayor muy recogida con sus padres, cuando, habiendo parado estos en la plazuela de las acacias para conversar con otro matrimonio, la niña detuvo a un desconocido, que acababa de asomarse a la plaza por la puerta del templo, lo cogió por la muñeca y le dijo: «Serás siempre un sacrilego, mientras no confieses que mataste a tu mujer, para casar con la sirvienta, tu querida». El hombre se quedó tan blanco como si el rostro se le hubiese vuelto un vaciado de yeso, que poco a poco se encenizaba y amarillecía. Profirió una blasfemia, zafose de María Amalia y se fue casi corriendo, seguido por las miradas de los curiosos. Su padre, que nunca le pusiera la mano encima, la abofeteó entonces en presencia de todo el mundo. La madre, en pie y cubriéndose el rostro con las manos, se abandonó a una histérica llantera. María Amalia sostuvo el revés sin un gemido, inmóvil y muy erguida, aunque su padre parecía dispuesto a volarle la cabeza. Se le encendían las mejillas, siempre tan blancas, pero no derramó una sola lágrima, cuando, con una constancia digna de Galileo, reiteraba: «Mató a su mujer para casarse con la sirvienta, que era su querida». El padre iba a abofetearla de nuevo; pero quedose con la mano suspensa en el aire, consciente ahora de que todas las miradas fijas en la niña, lo estaban también

en él y en su esposa, quien seguía sollozando sin tregua ni consuelo. Cayó la mano y cayeron sus ojos, ahora igualmente humillados. Sin apiadarse de él, pero tampoco sin ánimo de venganza, puntualizó María Amalia: «La envenenaron y la enterraron en el jardín de la casa. Creo que debajo de un laurel alejandrino». Dos días después, el desconocido a quien acusara la niña, se personó en la jefatura de policía y debajo de un viejo retrato, donde se agrisaba un Franco joven, aún general pero ya con la mirada de Generalísimo recién elegido por sus pares y dispuesto a creerse tan inmortal al menos como el conde de Saint-Germain, en el supuesto de que hubiese conocido su guadianesa leyenda a través de los siglos, hizo una inesperada y cumplida confesión del crimen, así como de las certeras acusaciones de María Amalia. Creyendo aquello una burla a las fuerzas de Seguridad, la Policía lo sometió a un *passage à tabac*, aporreándolo sañudamente para que se declarara inocente. «Aquí nadie se burla de nosotros. Dinos la verdad en seguida, cabrón, porque si tardas demasiado en proclamar tu inocencia, te mataremos a palos antes de que puedas admitirla». Por último abrieron una investigación y dieron con los huesos, en parte abrasados con cal viva, de una mujer de cuarenta años, al pie de un laurel alejandrino, como lo había precisado María Amalia. La segunda esposa del homicida, su antigua sirvienta, fue apresada en Irún, cuando intentaba huir a Francia. «El caso del crimen de amor y de la pequeña vidente», como lo llamaba una revista del corazón, llena de galicismos, sí salvó fronteras y fue muy discutido en todo el mundo civilizado. Los padres de María Amalia tuvieron que atrancar puertas y ventanas, para protegerla de la embestida de fotógrafos y periodistas; salir a la calle disfrazados y ocultarla un año entero en su alcoba, con pérdida inevitable del curso escolar. María Amalia permanecía ausente o inhibida de tan escandalosa celebridad, sin hacer preguntas ni aventurar comentarios. Leía tebeos, jugaba a muñecas y dormía a veces días enteros, siempre de perfil y sonriente, como si en aquel tiempo de prematuro renombre solo quisiera invernar, casi como una osezna, en algún mullido rincón del alma. Llaves, fallebas y barras no impidieron que una noche, a la hora de la cena y con la familia sentada a la mesa, se apareciese una mujer de media edad, tan cristalina y quebradiza como el niño ahogado que andaba por las aguas, aunque en un dedo de la mano izquierda lucía el aro de una alianza de oro, pulida a la manera veneciana entre dos ribetes del grosor de un hilo de estambre. Mientras la madre dábase de nuevo a una llantera de mucho quejido y griterío y el padre estrujaba una servilleta con nudo de orejas de conejo, derramando con el codo y sin advertirlo un vaso de vino sobre los manteles, la

intrusa se aproximó a la niña, quien la aguardaba impasible, inclinose para abrazarla y besarle la frente y le deslizó la sortija en un dedo. Después volvió a sonreírle, con la dulzura de ciertas diosas labradas en las estelas más antiguas y se desvaneció en el aire o salió de la casa a través de los muros, tan limpia y calladamente como el sol atraviesa el aire. Sollozaba la madre que aquello era brujería y su hija estaba endemoniada, cuando la acalló el padre con gritos mayores que los suyos. Luego, fuese a la niña y le arrancó el anillo sin ningún esfuerzo, porque le venía ancho. Temblando se paró a contemplarlo en la palma de la mano y vio entonces cómo brotaba una gota de sangre de aquella alianza, que vuelta finísima hila le cruzaba la palma, para caer sobre los manteles donde se curvaba y torcía hasta trazar cinco palabras: El Sueño de la Razón. Exasperado, salió el hombre al jardín, derribando sillas y macetas a su paso. De bruces junto al seto, escarbó la tierra con las uñas hasta abrir un hoyo donde sepultó la sortija. La cubrió con barro de las últimas lluvias y coronó la obra con pedruscos, como si temiese que los animales nocturnos fuesen a ozar allí, en busca del aro de oro. A la amanecida siguiente, cuando se vistió después de una noche en vela, disputando con su esposa o esforzándose por mitigar su enloquecido pavor, comprobó que la niña dormía plácidamente en su alcoba. El servicio aún no se había levantado y por un instante, exhausto y vencido, sintió el deseo de ser el único superviviente en el universo, al precio de las vidas de sus semejantes o mejor todavía al precio de no haber nacido, sin que la evidente contradicción entre ambos supuestos se le hiciese manifiesta. Fumando un cigarro, que le temblaba en los labios, se asomó al jardín donde rompía el alba con su luz de feldespato y sus ámbares a lo Piero della Francesca. Por la noche o acaso en el mismísimo despunte del día y ante sus ojos, brotó y creció un saúco, más alto que dos hombres, en el lugar donde ocultara el anillo, y entre el verdor de sus ramas brillaban las flores blancas, agrupadas en una suerte de paneles nevados o de ramilletes de encaje. Aún no había podido proferir una voz ni tartajear una palabra, mientras el cigarro consumido casi le quemaba los labios y antes de que atinase a barrerlo de un manotazo, cuando volvió a surgir la aparecida de la víspera, esta vez entre el verdor y la blancura del árbol florido, mirándole y sonriéndole. El espectro, quizá más etéreo a la hora indecisa del amanecer, se llevó el índice a los labios imponiéndole silencio, aunque el padre de María Amalia no tuviese corazón ni serenidad suficientes para despegar los suyos, si bien supo advertir, en un relampagueo de la atónita conciencia, que la dama era zurda y llevaba de nuevo la alianza en el dedo anular de la mano izquierda. En su aterrada turbación empezaba a preguntarse

qué poderes tendría la muerta para traspasar muros y hacerse con sortijas muy bien sepultadas, cuando en voz distinta y muy clara, que detuvo a los primeros vencejos en su vuelo, le dijo la mujer: «Bendita sea la paz de esta casa, porque de ella salió María Amalia para hacer justicia, y bendita sea tu hija aunque tu mujer no la concibiese contigo sino con tu hermano». Inmediatamente, mientras él se desojaba mirándola y le crujían de pavor airado todas las choquezuelas, se desvaneció la visión aunque quedase el saúco mágico, muy firme y esponjado junto al seto de cipreses podados. Solo entonces le sorprendió su propio alarido, más de furia que de pánico impotente, dispersando a los pájaros asustados que antes se pararon a escuchar a la muerta. En la casa despertó la esposa, estremecida por el grito y arrancada de un sueño, donde contemplaba a vista de Dios la clínica de Valentí Miralles, el prado de las cardenchas, los encinares que después serían escenario de la rediviva batalla de Bosworth («¡Loor a Dios y a nuestras armas, compañeros! ¡La jornada es nuestra! ¡El sanguinario perro ha muerto!») y el monasterio de San Judas, con su doble espadaña, aunque no hubiese visto nunca tales parajes y tardara varios meses en conocerlos despierta. Mientras María Amalia seguía durmiendo de perfil en la almohada recamada, su madre bajó al jardín a todo correr y sin más tiempo que el de echarse una bata sobre la camisola, que era de un gris ahumado y bastante traslúcido, como para *cocotte* de novela de Colette, según hubiese dicho *monsieur* Proust en El Sueño de la Razón, pues era muy hábil para las aliteraciones de matiz irónico y contexto literario. La abrazó el esposo, como si fuese su ángel de la guarda, hallado en el aire y en mitad de una acelerada caída sobre las agujas de una iglesia. Trabucándose, reseca la gola y como mordida de miedo la lengua, le señaló el saúco florido y le contó la nueva aparición de aquel espectro, mientras se estrechaban uno en brazos del otro, como la primera pareja a espaldas del paraíso perdido y al este del edén. De súbito, recordó él las últimas palabras de la aparecida, «… aunque tu mujer no la concibiese contigo sino con tu hermano», y rechazó a la esposa, con un empellón tan brusco y tan inesperado que vino a desconcertarla todavía más que el relato de lo sucedido y la súbita crecida de aquel árbol. Vinieron entonces tiempos agrios, de atormentados debates, escandaleras y disputas entre los padres de María Amalia, que la niña, cada vez más muchacha pero siempre desatendida del mundo, parecía ignorar en su perpetuo embeleso. El padre fue recordando cómo conoció a su mujer, que entonces era la novia de su hermano, en una de las fiestas del alto mercado negro de Barcelona, donde todo estaba en venta y todo se compraba a buen precio, con el beneplácito del

nuevo Régimen. Le había enardecido su belleza provocadora y un tanto desgarrada, que los años no tardarían en marchitar. Le puso asedio casi con el beneplácito del hermano, que mucho debía de confiar en la virtud de su prometida para consentirlo. No tardó en hacerla suya en una casa de citas, llena de espejos, y en enamorarse perdidamente de ella. Cuando se lo confesó al hermano, anunciándole que iban a casarse, le abrazó muy resignado y conmovido, como si en aquellos tiempos, que ahora venían a revelársele a la luz de otra verdad, no hubiese aguardado otra circunstancia para poner de manifiesto su natural magnánimo y comprensivo. Hoy, al cabo de los años y a la vuelta de tantas y tan alucinantes maravillas, el pasado devuelto por las palabras del espectro le torturaba como si volviese a vivirlo, con una conciencia y un rencor antes desconocidos. Empezó a acuciar a su mujer, preguntándole si se había acostado con su hermano por tiempos en que se encamaba con él entre los espejos. Si le había sido leal desde que se conocieron, como él lo fuera hasta en sueños y por último, cuando sus riñas llegaron al arrebato, si María Amalia era hija suya o sobrina carnal. La madre empezó negándolo todo, entre un alboroto de lágrimas y de chillería amenazando con separarse, si su honor de esposa y antes de novia quedaba en entredicho. Luego, alegó no recordar lo ocurrido entonces, al cabo de tanto tiempo. Por último y casi inesperadamente, dijo que gozara con el hermano y no sabía a ciencia cierta si la niña era suya o de su legítimo esposo, aunque podía jurarle ante todos los santos del cielo haberle guardado la más inquebrantable fidelidad conyugal desde el día de las bodas. En su concepto, María Amalia estaba hechizada o endemoniada y ensañábase con ellos para enloquecerlos. Desde antes de tener uso de razón, solo había buscado la ruina de aquel hogar, que sin ella y sin sus tenebrosos poderes fuera un modelo de convivencia. No sería hija del esposo ni tampoco del cuñado, sino del mismísimo murciélago Satán, que en uno de los dos vino a encarnarla en sus entrañas. Si querían salvar el juicio, el alma y muy probablemente la vida, no cabía sino encerrarla lo más lejos posible para librarse de su magia negra. Hubo una suerte de reconciliación entre los cónyuges, aunque el marido se negaba terminantemente a recluir a su hija, o la hija de su hermano, lo cual para el caso poco importaba entonces, pues toda era la misma sangre en fin de cuentas. Después fue cediendo poco a poco, como en el fondo siempre supo que acabaría por sucumbir a la voluntad de su mujer. Cuando alguien le habló de El Sueño de la Razón y de la obra que allí realizaba el doctor Valentí Miralles, último duque de la Trinitat, acordaron hospitalizarla en aquel sanatorio. El padre no tardó en arrepentirse parcialmente de su decisión, en la

cual le obligaron a cantar el kirieleisón y la palinodia, amén de hacerle cornudo de su hermano o del vampiro Satanás quizá a través de sus propias cradillas, cuando tuvo que dar cuenta a María Amalia de su propósito, después de una visita de los esposos a El Sueño de la Razón, de la cual volvieron poniendo por las estrellas y señalando con piedra blanca la casa, los jardines y los contornos, que la madre creía reconocer aunque nunca los había visitado antes, por no decir nada de los doctores Valentí Miralles y Torre de la Estigia. En la hora más cruel de su vida, estrujándose las manos y parpadeando bajo el sudor que le resbalaba por las cejas, el padre le dijo a María Amalia que de acuerdo con el médico de cabecera, quien en realidad nunca había sido consultado, la llevarían una temporada a un sanatorio sito en la parte más bella del Pirineo, para librarla de una vez para siempre de todas sus alucinaciones. La niña se limitó a mirarle a los ojos y a decirle: «Ya lo sabía, aunque no sepa cómo lo supe. Me encerráis en un sanatorio, que se llama El Sueño de la Razón. Creo que ahora tú te echarás a llorar». Sollozaba el padre, como su hija acababa de predecirlo, el rostro en las palmas y todo él estremecido por las convulsiones. Puesto que el llanto le parecía asunto muy privado, sobre todo tratándose de las lágrimas de un hombre, María Amalia se limitó a rozarle la cabeza, como quien acaricia a un perro apaleado y a salir de puntillas de la estancia. Como la niña no aguardaba nada bueno ni tampoco malo, a su llegada a El Sueño de la Razón, convencida de que la realidad se revelaría por sí misma a su debido tiempo, sin que ni sus deseos ni sus esperanzas pudiesen alterarla, no pudo por menos de congratularse del recibimiento que le dispensaron y de su recogida paz de espíritu, apenas aposentada en aquella casa. El propio doctor Valentí Miralles la presentó a todo el mundo, empezando por su esposa Esperanza, duquesa de la Trinitat, el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia y a su mujer inglesa Laura Silverman, el enfermero y las dos enfermeras, el doctor Raimon Reixach, don Jorge Cirarda, fray Antonio Azorín y los espectros de Su Majestad don Fernando VII, de René Descartes y de Marcel Proust. Los aparecidos no le inspiraron ningún temor, por estar ya hecha a los fantasmas y porque aquellos parecían seres finos, si bien ataviados con ropas de antaño y resultaban un tanto difuminados en el contorno. De los tres, Marcel Proust, cuyo nombre oía María Amalia entonces por primera vez, le pareció el más distinguido y afectuoso. Retuvo la mano de la niña entre las suyas, tan frías pero tan sensibles y delicadas, para decirle no sin cierta presunción, que no pudo advertir al sentirse halagada, que su hermosura era superior a la de las jóvenes en flor creadas por él en uno de sus libros, juntando e imbricando ramilletes

de muchachos y muchachas, a quienes había amado por su gentileza en las mocedades. *Monsieur* de Descartes, cuyo nombre sí conocía vagamente como el de un afamado filósofo, se limitó a inclinarse en su presencia, juntando militarmente los tacones de sus zapatos con lazo de frufrú, pues aquel era un hábito suyo adquirido en Holanda a través de la influencia germánica. Fue el espectro de Fernando VII el que más la confundió, aunque de entrada le pareciese muy cortés y muy libre de toda ostentación y artificio, al insistir en besarle la mano, aun siendo él la sombra de un Rey y María Amalia una mocita del estado llano. La turbó, como desarmaba a todo el mundo, la discrepancia entre su quijada de idiota y el negro centelleo de su agudísimo encaro. Pocos días después, en una cena que transcurría plácidamente, María Amalia sintió de pronto aquel delgado escalofrío, a lo largo de todo el espinazo, que le anunciaba la aparición de la Mujer sin Nombre, la dama del saúco milagroso. Por oscuro instinto, puesto que nunca pudo razonar el impulso, le rogó en su interior que no llegase a materializarse, al menos aquella noche. Tampoco pudo dilucidar si negábase a obedecerla por orgullo de su doble condición de muerta y de mujer que en el mundo hubiese podido ser su madre o si en aquel punto se quebraban sus líneas de correspondencia con la aparecida. Lo cierto fue que aquella señora brotó de improviso a su lado y en pie volvió a abrazarla, mirándola luego con impaciente curiosidad, como si esperase que le presentara a los comensales. En aquel preciso instante, Su Majestad don Fernando VII, quien cenaba al otro lado de la mesa, sin probar la sal, que está vedada a los espectros, pues un solo grano los deshace como si fuesen babosas y no sombras, como ya sabíamos, dejó caer su cubierto de pescado con escandaloso tintineo y exclamó:

—¡Santo Dios bendito, si es mi primera esposa! ¡Mi adorada María Antonia de Nápoles!

Todos se volvieron a mirarle, unos con asombro y otros para reconvenirle en silencio aquel comportamiento tan impropio de los Soberanos; pero fue la Mujer sin Nombre quien se lo reprochó en voz alta y bien timbrada:

—Caballero, quienquiera que usted sea, haga el favor de reportarse, que ni yo fui su esposa, ni me llamé nunca María Antonia, ni vengo de Nápoles sino del limbo.

—¡No, no, tú eres mi María Antonia! ¡La única a quien quise! ¡La adorada, la bien amada que murió en mis brazos! ¡La que se casó conmigo cuando yo era todavía virgen y me enseñó a joder y a bailar *il saltarello napolitano*!

—¡Caballero, así sea usted vivo, muerto o loco de atar, como debe de estarlo juzgándole por su indumentaria, modere este lenguaje tabernario que aquí hay una niña inocente! Yo no le enseñé absolutamente nada, ¡Dios me libre! Ni morí en sus brazos sino en mi cama y envenenada por un marido muy distinto de usted, cuyo único defecto fue enamorarse de una perdida, una sirvienta nuestra de la Alcarria.

Monsieur Descartes y *monsieur* Proust trataron de sujetar al Rey; pero Su Majestad don Fernando VII se libró de ellos, dio la vuelta a la mesa a todo correr y se arrojó a los suelos, para abrazarse a las piernas de la aparecida, como en tiempos de *monsieur* de Descartes mandaba el protocolo que lo hiciesen los embajadores extranjeros con el Cristianísimo, al presentarle las credenciales. La Mujer sin Nombre lo rechazaba a puntapiés y luego, incapaz de zafarse del desdichado de ningún otro modo, optó por desvanecerse con la misma presteza que lo hizo en el saúco prodigioso y ante los ojos del padre de María Amalia. Don Fernando permanecía de bruces en el suelo, vertiendo lágrimas como monedas romanas, que casi tintinaban al caer sobre la taracea. Haciendo pucheros, reclamaba a la desaparecida y decía que era para él como la Blanca Paloma y fue sin duda su único amor, aunque se hubiese casado cuatro veces y tenido una gitana, malagueña y salerosa, por querida. La evocaba a gritos, llamándola siempre María Antonia, y recordándole su noche de bodas, cuando ella, asustada de su fealdad, amenazaba con defenestrarse desnuda por aquella ventana de su alcoba en El Escorial, si le exigía acostarse a su lado. Aún alcanzaba a verla, gimoteaba el infelice, ¡oh, tierna, tierna carne idolatrada!, toda en cueros y a caballo en el alféizar a punto de arrojarse al Patio de los Reyes, diciéndole: «*Affascinante mammifero senza cervello*» y «gorila del cardenal De Polignac», aunque no hubiese llegado a averiguar nunca, vivo ni muerto, quiénes eran De Polignac y su gorila. Ahora, en un planto a moco tendido, revivía todas las noches que durmió en un sillón, envuelto en una manta de viaje, porque aquella inolvidable ingrata, su María Antonia, se pasó meses sin consentirle que la tocase. Luego, cuando él amenazó con contarles a sus padres todo lo sucedido, «a papá y a mamá, nuestros Reyes», como lo reiteraba el desgraciado citándose a sí mismo, si no asumía sus deberes de esposa y de perfecta casada, ignorando aun, ¡oh, triste, triste de él en su inocencia!, que espías no solo de aquella Corte sino también de todas las Cortes europeas conocían sus conyugales desdichas, atisbándolas por el ojo de la cerradura, donde inclusive llegaban a turnarse, en virtud de tratados secretos y de pactos de familia, o introducían pajitas y cañas de bambú tierno en el mismo cerrojo, para mejor escuchar los desdenes de María

Antonia a sus súplicas. Ya fuese para impedir un escándalo que llegase a oídos de su madre, la Reina Carolina de Nápoles, no sabiendo que la Soberana tenía cumplida noticia de sus aflicciones, María Antonia terminó por ceder, exigiéndole, esto sí, un baño de agua caliente aromada con sales y unas gotas de algalia, en aquella bañera en forma de zueco, que ella se trajo de Italia de mi ventura, antes de que osara tocarla y mucho menos hacerle el amor. Doblaba don Fernando sus lloros, en aquel punto de su infortunio, llamando siempre a voces a la Mujer sin Nombre como si fuese el espectro de su perdida esposa, sin que ella se dignase a contestarle ni a regresar, mientras él desovillaba recuerdos aún más vergonzosos. Para rubor de María Amalia y sigilosas sonrisas de Laura Silverman, Su Majestad don Fernando VII revivía otras noches de dolor, cuando al fin acostado con María Antonia, comprobó que no podía cumplir como hombre, a pesar de las monstruosas proporciones, por lo grandes se entiende, del empeine y de los compañeros, mientras su joven esposa se desperecía de risa en la cama. Cuando consiguió enhebrarla, al cabo de muchas tentativas fallidas, descubrió que María Antonia no era virgen, aunque así se la había certificado el embajador de Nápoles, cuando lo casaron por poderes. Ella se adelantó a sus reproches, por vez primera amorosísima y considerada, rogándole que no tuviese en cuenta semejante futesa porque había perdido la virtud por consejo médico de su propia madre, quien la mandó entregarse a un palafrenero de palacio, algo entrado en carnes y poco agraciado, para que no le saliesen patas de gallo y le palidecieran los labios, en un abril muy tempestuoso, pues es cosa sabida en Nápoles que las jovencitas envejecen prematuramente en las primaveras de mucho siroco, para ponerse como pasas antes de los treinta, si no las desvirgan sin pérdida de tiempo. Él confesaba ahora no haber entendido muy bien aquello de la marchitez y los vientos; pero haber sido entonces demasiado feliz, para reprochárselo a María Antonia. ¿Por qué, Señor, por qué aquellos años de dicha, cuando vivieron como amantes insaciables, acabaron con la muerte de ella, antes de cumplirse cuatro cabales desde las bodas, y por qué, santo cielo, tuvo que acabarse María Antonia agotada por las toses y desangrada por la tisis, sonriéndole dulcemente en los brazos? Consumido el espectro de don Fernando VII por tantas memorias, perdió la voz y siempre de rodillas en el suelo balanceábase como un dominguillo, mirando el rastro de sus lágrimas. A una señal del doctor Torre de la Estigia se lo llevó el enfermero, cogido del brazo, ahora más sumiso y obediente que un borrego lechal. No habrían pasado muchos meses desde aquella escena memorable, cuando María Amalia fue emplazada en el despacho del doctor Valentí Miralles, donde un

poco para asombro suyo la esperaba también su esposa Esperanza. Los duques de la Trinitat estuvieron muy afables con ella, aunque quizá se excedieran un poco al reiterarle lo mucho que la amaban y cuánto hubiesen deseado una hija de su belleza y de su talento, con dotes de médium y otras facultades parapsicológicas incluidas. Luego, con la nerviosa paciencia de quien deshila un tejido, a punta de aguja, hasta dar con la parte de la trama donde escribieron su destino oculto, le confesaron que sus padres habían muerto en un accidente de automóvil, al despeñarse por las Costas de Garraf, y casi antes de expresarle sus condolencias, se ofrecieron a prohijarla. Los desasosegó María Amalia con un largo silencio, que los duques interpretaron torcidamente, creyendo muy inquietos y sin ánimo de confesarse sus respectivas zozobras ni aun con la mirada que la muchacha, abrumada por la orfandad, se disponía a rechazarlos. De hecho, María Amalia trataba de componer los pormenores de un sueño de la víspera, que olvidó al despertar y ahora volvía a ella despacioso y a retazos, como los nombres largo tiempo sumidos en la desmemoria emergen de pronto de los hontanares de la conciencia, al conjuro inesperado de otras palabras. Poco a poco, como ella gustaba de proceder o de reflexionar, aunque sus visiones y premoniciones fuesen casi siempre impensadas, recordó aquella pesadilla que no era sino un calco anticipado de la escena presente, con el doctor Valentí Miralles y su esposa contándole la muerte de sus padres y brindándose a acogerla como hija suya, previo su muy deseado consentimiento. A la vez y como si una ilustración de aquel sueño, o del recuerdo de lo soñado, lo cortara al sesgo y al modo que una pesadilla irrumpe en otra para glosarla, unas veces consecuentemente y otras sin consecuencia alguna, revivió la imagen repetida de un coche caído por los aires de un abismo, cruzando la suya una y mil veces, hasta convertirse en una lluvia de verano, que María Amalia contemplaba sin palabras y sin parpadeos, cuando despertó. También ahora, en el verdadero despacho del doctor Valentí Miralles, creyó despertar cuando para su desconcierto se sintió abrazada por la duquesa de la Trinitat, que la oprimía contra su pecho con tembloroso fervor, mientras el doctor sonreíase con benigna dicha, entre aquellas barbas canas, cortas y peinadas en punta, al modo de las del soldado Cervantes Cortinas, quien aconsejó a fray Antonio Azorín unirse a la Invencible, antes de que él mismo escribiera el *Quijote*. Solo entonces comprendió que había accedido a que los de la Trinitat la ahijasen y que El Sueño de la Razón ya no era un sanatorio para ella sino un hogar. A la vez tuvo la cálida certeza de que nunca le dolería semejante acuerdo, aunque lo hubiese adoptado inadvertidamente. A las pocas semanas

de la llegada de Fernando de Saint-Cyprien, de su alucinante recital con María Amalia y de la aparición de la corona de oro chapado, con el rubí que recordaba el ojo de un cíclope, fray Antonio Azorín casó a María Amalia y a Fernando de Saint-Cyprien, siendo padrinos del novio *monsieur* de Descartes y la duquesa de la Trinitat y de la novia los Torre de la Estigia, ella *née* Laura Silverman. En brazos de un marido otoñal, pero muy probado, como Femando de Saint-Cyprien, se inició María Amalia en los placeres de la carne, como en los de un padre amantísimo aunque algo pervertido. A la vez, él se sentía reverdecido al verse lozanear con aquella chiquilla de sus ardores y de sus devociones, si bien le asaltaban remordimientos y pesares, cuando se decía a solas que si ella era la Reina Anne Neville y él Ricardo III, poseídos o reencarnados en el siglo, acaso su suerte volvería a cumplirse como en el pasado y Fernando de Saint-Cyprien, presa de una voluntad ajena, terminaría por destruir a la que tanto amaba. Una noche de leyenda y de luna, desnudos y tendidos en el duermevela del deliquio cumplido, María Amalia le confesó a su esposo vivir desatendida de la verdadera identidad de aquel matrimonio. Lo importante, añadió, era amarlo, aunque él fuese el propio Ricardo III y la envenenase, como según testimonio de las crónicas acabó con Anne Neville. Ella, María Amàlia, moriría no solo resignada sino aun feliz por haber sido tan dichosa a su lado. Solo las súplicas e instancias de Fernando VII, para que evocase a la Mujer sin Nombre, turbaban su goce y su plenitud de espíritu en aquellos días. Su Majestad el Rey, aquel a quien en vida llamaron el Deseado, precisamente por haber sido un indeseable, la perseguía y acosaba a toda hora, diciéndole desvivirse muerto por no haber vuelto a ver a aquella dama. Sostenida por Fernando de Saint-Cyprien, quien le prestaba su apoyo moral como hombre de mundo, María Amalia trataba de explicarle sin cohibirse, aunque él fuese todo el espectro de un Soberano, que aquella no era la sombra de su primera mujer, María Antonia de Nápoles, sino la de una señora de clase media muy acomodada, con casita y huerto de lilas en la Floresta, donde su esposo la mató y sepultó para casarse con una sirvienta, como ella misma se lo había contado al aparecerse en El Sueño de la Razón. Detallábale María Amalia de qué modo, llevada por impulsos que desconocía y no cesaban de sorprenderla, había denunciado al conyugicida bajo las acacias y cómo su confesión, cuando finalmente fue aceptada por la Policía, condujo al descubrimiento de los restos de la víctima y trajo la consiguiente escandalera, seguida por el involuntario conjuro de la Mujer sin Nombre y su entrega a la muchacha de una sortija ensangrentada. Por discreción, calló la bofetada de su padre a las puertas de la iglesia y los raptos histéricos de la madre; pero

añadió con buen juicio que aquella sombra no podía ser la de María Antonia de Nápoles, puesto que si esta falleció a los veintidós años, como el propio don Fernando se lo había recordado alguna vez, la aparecida en el comedor de su casa, en el saúco y luego en El Sueño de la Razón era una mujer que habría cumplido los cuarenta mucho antes de que el marido la asesinase. Su Majestad el Rey sacudía entonces la cabeza y con los ojos más encendidos de astucia que nunca, bajo las cejas larguísimas y muy pobladas, replicaba:

—Niña, te engañas porque vives, eres muy joven y no sabes nada de la muerte. Nosotros, los espectros, somos como los actores. Compartimos identidades distintas, del mismo modo que ellos son quienes son pero también quienes representan. ¿Acaso no estás casada tú misma con un genio de la escena que, siendo tu marido, fue Ricardo III, de las Casas de York y de Plantagenet, durante muchos años y sabe Dios cuánta gente más antes de ser aquel Monarca? ¿Por ventura no fue Anne Neville quien te hizo recitar aquellos parlamentos suyos, que Shakespeare pone en sus labios cuando Ricardo la seduce en el entierro de su esposo y tú no habías leído nunca? Tampoco debería sorprenderte, mi pobre inocente, la diferencia de edades entre mi mujer y aquella a quien llamáis la Dama sin Nombre, a la hora de sus respectivos fallecimientos. En la inmortalidad de la muerte, todos los espíritus envejecemos aunque seamos eternos y María Antonia lleva ya siglo y medio en nuestro vasto Reino de las sombras. Yo mismo no soy el que era, cuando me acabó un síncope, mientras le decía a mi cuarta y última mujer que este país se iba al carajo. Desde entonces envejecí mucho por dentro, aunque reconozco llevar la apariencia bastante bien, con solo alguna que otra cana en los aladares…

Su Majestad el Deseado apoyaba la palma de aquella diestra suya, que al decir de Fernando de Saint-Cyprien había firmado más penas de muerte por fusilamiento y garrote vil que crímenes llevaba en la conciencia Ricardo III, en una de las rodillas de María Amalia. La niña no podía por menos de estremecerse, aunque por discreción y buena crianza tampoco supiera apartarse. A poco empezaba a compadecerse de aquel déspota, cuando volvía a contarle la historia de sus desdichados amores con María Antonia de Nápoles. Si bien ruborizábase a menudo, porque don Fernando pasaba indistintamente del sentimentalismo más compungido y almibarado, secándose alguna que otra lágrima furtiva con la esquina de su pañizuelo, a un lenguaje de jayán, con especialísima proclividad hacia las partes genitales de hombres, de mujeres, de toros y de micos. Así era el espectro de Su Majestad, aunque decía haber sido muy distinto cuando lo casaron por poderes con su

inolvidable María Antonia. En aquella época, proseguía, no contaba sino dieciocho años mal cumplidos: la misma edad de la Princesa que iba a ser su esposa. Don Fernando, muerto, siempre suspiraba al rememorar las mocedades y procedía a rascarse las prominentes vergüenzas, para sofoco de María Amalia. Antes solo había conocido un amor distante, callado y de niño por la duquesa de Alba, a la que Goya retrató desnuda e hizo su amante. De María Antonia tenía un retrato miniado en un medallón, que ella le mandó desde Nápoles, del cual se prendó en seguida, pues era muy rubia, con los ojos azules y, según le escribía su futura suegra, alta y subida de pechos. No quiso separarse nunca del medallón y lo llevaba puesto cuando le enterraron. Por desdicha fue a perderlo en la cripta de El Escorial, donde se aparecía por la noche arrastrando cadenas para asustar a los frailes, pues nunca fue amigo de la gente de sayal o sotana. El espectro de don Fernando sacudía la cabeza con sufrida tristura, al recordar su primer encuentro con María Antonia en Barcelona, donde fue a recibirla a su llegada de Italia. Empalidecida, como si se hubiese vuelto de súbita cera, la Princesa no pudo contener un estremecimiento y casi se desmayó al verle. Luego vino aquel año de prueba del alma, en que ella se le negaba o él era incapaz de empitonarla, como se lo recordaba en El Sueño de la Razón cuando se apareció la Princesa al conjuro de María Amalia. Agotada por la risa que le provocaban sus fallidos empeños, María Antonia terminaba por dormirse de espaldas a don Fernando, ovillado en un sillón y cohibido por la vergüenza de su poca hombría. Al alba y al cabo de muchas noches en blanco, tan pronto como los primeros rayos de sol acariciaban aquel divino trasero de su mujer, un transportín que semejaba una fuente de fresones a la luz de la amanecida, el infeliz deseaba que las lágrimas le arrasasen los ojos, como fray Antonio Azorín le contaría en otro siglo haberse arrancado los suyos, para no presenciar el incesto de sus hijos. Su madre, la Reina doña María Luisa, odiaba a la nuera porque enviaba nuevas a Nápoles de sus amores de adúltera con casi un villano como don Manuel Godoy, sirviéndose de la valija diplomática. La llamaba a gritos y en italiano rana medio muerta, serpiente diabólica y bestia sin sangre. Sus propios confidentes, que don Fernando también los tuvo, le contaban cómo la Reina escribía aquellos denuestos y otros peores contra su esposa al intrigante de Godoy, en larguísimas cartas que redactaba todas las noches. Su Majestad el Rey don Carlos, su marido, alumbrábala con un candelabro para que hiciese buena letra. Cuando el Monarca empezaba a adormecerse, despedíase la Reina apresuradamente de Godoy y apagaba las velas, temerosa de que prendiesen fuego a las sábanas. Al año de maridado, cuando don Fernando ya

había perdido toda esperanza de poder cumplir y mientras leía en *La Araucana* aquellos versos tan hermosos, «*salimos a un gran campo a do natura / con mano liberal y artificiosa / mostraba su caudal y hermosura / en la varia labor maravillosa, / mostrando entre las hojas y verdura / el blanco lirio y encamada rosa, / junquillos, azahares y mosquetas, / azucenas, jazmines y violetas*», que siempre le calmaban el ánimo turbado y le hacían soñar con una América, llena de selvas verdes y de ríos de cristal, se miró casi sin reconocerse porque de pronto galleaba por las vergüenzas como un titán. Comprendió entonces que el objeto de sus amores era su mujer y no el tupido continente americano. La ansiaba de una forma distante y muy nueva: con la cabeza clara y estableciendo una sutil distinción entre sí mismo y sus ardores. A la vez e incidiendo en una querencia por la crueldad, que había aprendido a reconocer desde la tarde de la niñez cuando ahorcó de ocultis al caniche preferido de su madre, arrojó *La Araucana* a la cara de María Antonia. Antes de que ella se repusiese del asombro y del golpe, que las octavas reales de Ercilla iban encuadernadas en piel de cabrito, la abofeteó y le quitó el respiro a puñadas, para gozarla luego muy despacio y con gran deleite de los dos. Poco duraría su dicha, pues un destino aciago vendría a recortarla a la medida de su propia vesania oscura e inexplicable, para que al cabo la parca traicionera segase la vida preciosa de la Princesa, con la fría indiferencia que unas tijeras de ojos ciegos partirían un hilo de oro. En dos años seguidos, María Antonia le parió dos hijillos varones que nacieron prematuros y muertos, para gran alegría de la Reina. Tan diminutos eran que el Rey tuvo que ponerse los anteojos, para verles los cuerpecitos amoratados y yertos. En aquel punto, apelando a su múltiple dolor de espectro, de padre y de viudo, la sombra de don Fernando se arrodillaba ante María Amalia, suplicándole encarecidamente que evocase a la Dama sin Nombre, pues estaba cierto, ciertísimo, de que no era sino la transmigración de su queridísima esposa. Cedió al cabo María Amalia, no a instancias de Fernando VII sino por consejo de Fernando de Saint-Cyprien, quien creía que de aquel modo acaso el espectro dejase en paz a su mujer. Volvieron a reunirse todos en el vasto comedor de El Sueño de la Razón y María Amalia, muy nerviosa y descompuesta aquella noche, les suplicó silencio y recogimiento del alma. En vano esforzábase ahora en conjurar el espíritu de la Mujer sin Nombre, sin que llegase a sentir aquel escalofrío en la espalda que anunciaba su venida. Alterada hasta tal punto que Fernando de Saint-Cyprien no alcanzaba a reconocerla, estaba ya dispuesta a renunciar cuando súbitamente parte de la estancia se transformó en una alcoba, a la luz de unos candelabros, donde dos

figuras todavía borrosas y esfuminadas, que poco a poco se iban aclarando, revelaron a una mujer tendida en la cama y a un hombre, que de espaldas a ellos se sentaba a su vera velándola.

—¡Es nuestro dormitorio en El Escorial! —exclamó muy apagada la voz de espectro de Fernando VII. En aquel instante, vieron volverse al hombre en aquella pieza recién aparecida y todos reconocieron al Rey, muy rejuvenecido y como de veinte o de veintidós años.

—¡Santo Dios! —murmuró una de las enfermeras, mujer de media edad que se creía avezada a todo—. ¿Es esto posible?

—¡Cállese ya, por lo que más quiera! —la conminaba desasosegado el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia, los ojos llameantes detrás de sus gafas de lentes redondos—. ¡Puede desequilibrar nuestra relación con los espíritus!

—¡Es mi María Antonia! ¡Es mi María Antonia! —gemía la sombra de Fernando VII, en un tono cada vez más quebrado y vencido—. ¡Es mi María Antonia y va a morir en mis brazos!

La mujer tendida en el lecho vivía únicamente para padecer. A *monsieur* Proust le hizo pensar en aquella *signora* María, «la de la voz terriblemente dulce de los tísicos», que agonizaba en las *Noches florentinas* de Heine, un autor a quien *monsieur* estimó en gran manera precisamente porque en sus libros no había aprendido nada, mientras el caballero Maximiliano le contaba la historia de sus amores. María Antonia debía de haber sido alta y hermosa, quizá con cierta bastedad a veces propia de las napolitanas jóvenes y corpulentas, aunque ahora solo fuese un cuerpecito quebradizo e iluminado por unos grandes ojos azul celeste. Tosía convulsivamente, encendiéndose por los pómulos y por las sienes, como si fuera a ahogarse o a astillarse y, a cada uno de tan repentinos y violentísimos acometimientos, la imagen remozada del espectro de Fernando VII la incorporaba y sostenía, mientras ella echaba sangre por la boca en una bacía barbera. Luego, volvía a tenderla y María Antonia sonreíale en silencio, con tanta y tan triste dulzura que la sola presencia de aquel amante esposo parecía mantenerla viva, frente a la desesperación y contra todo pronóstico médico. Hundida la cabeza en la almohada, entre la melena suelta y derramada en anchas ondas boticellianas, le llamaba en seguida con un parpadeo de mariposa despavorida. Se inclinó don Fernando, besándola en la frente y la agonizante murmuró algo en su oído. «¿Quieres que te cante?», le preguntaba esforzándose por sonreírle en su dolor. Ella volvía a asentir, con otra sonrisa de los labios delgadísimos y blanquecinos. «Pero si yo nunca supe cantar. Si no tengo voz ni disposición

para la música», defendíase desconcertado. De perfil, tan joven y ya presa del desconsuelo, parecían humanizársele las facciones a don Fernando. Se le encogía el quijal de asno bíblico y dulcificaba el gesto de estúpido arrobo alrededor de la boca. Al mismo tiempo, su mirada, por lo común tan sabia y ladina, cobraba un aire y una luz más compasivos y menos taimados. «Está bien, está bien», asentía. «Te cantaré *Fonte frida, fonte frida*». Suavemente, desentonando siempre y acompañado de una vihuela invisible, rompía a cantar conteniendo la voz: «*Fonte frida, fonte frida, / fonte frida y con amor, / do todas las avecicas / van tomar consolación, / si no es la tortolica / questá viuda y con dolor; por allí fuera a pasar / el traidor del ruiseñor; / las palabras que le dice / llenas son de traición: / —Si tú quisieses, señora, / yo sería tu servidor. / —Vete d'ahí, enemigo, / malo, falso, engañador, / que ni poso en ramo verde, / ni en prado que tenga flor; / que si el agua hallo clara / turbia la bebía yo; / que no quiero haber marido / porque hijos no haya, no; / no quiero placer con ellos, / ni menos consolación. / ¡Déjame, triste enemigo, / malo, falso, mal traidor, / que no quiero ser tu amiga / ni casar contigo, no!*». María Antonia de Nápoles volvía a sonreírle, como si agradeciera a los cielos haberla hecho vivir hasta que su esposo concluyera la canción. «Fernando», decíale de pronto en un suspiro, «yo no quiero morirme. ¿Me comprendes?». «Sí, sí, prenda mía, te comprendo muy bien y no vas a morir. ¿Por qué hablar de la muerte? Los médicos me dijeron haberte encontrado muy mejorada esta mañana. Creen que pronto podrás levantarte y entonces unos meses de reposo en una solana, aquí, en El Escorial, te dejarán como nueva y del color de las hogazas recién salidas del horno o de las campesinas en las eras». «Fernando, no quiero que te quedes como la tortolica de Fonte Frida, viudo y sin amor». «Pero ¿cómo iba a ser yo una tórtola, que es un pájaro tan lindo, niña mía, si salí más feo que un pecado mortal?», se esforzaba por reírse, ensortijando en los dedos la melena de la enferma. «Acuérdate cuando me llamabas con toda razón gorila del cardenal De Polignac». «Fernando, si los dos nos esforzamos con toda el alma por salvarme, sanaré, porque yo, yo no estoy tísica». «No, no, mi bien, claro que no lo estás. Tienes solo una flaqueza de la sangre. Una anemia, como dicen ahora». «No, Fernando, en realidad no tengo nada. Si tu madre, no yo, muriese esta tarde de un insulto, me levantaría bailando e iría a sus funerales de tu brazo, porque me ha hechizado». «Lo que tú digas, mi amor, lo que tú digas». «Te lo digo y no te miento. Me ha perdido, porque abrió y leyó las cartas que mandaba a la Corte de Nápoles, denunciándola a ella y a todos sus amantes, con Godoy a la cabeza. Tu madre viene de Parma y aquella es tierra

de brujas, no lo olvides. Con los filtros de las violetas imperiales y unos ensalmos que allí se saben, pueden infligir la apariencia de todos los males en cualquier persona, hasta consumirla». Por un instante tan fugaz como un aleteo, pareció que aquella sombra rejuvenecida de don Fernando considerase la posibilidad de un maleficio o de un encantorio. Le delató el fruncido de las cejas y el endurecimiento de la mirada. En seguida vino a rechazarlo, si bien fingía asentir con la agonizante. «Lo que tú digas, mi amor, lo que tú digas». «Los dos podemos romper el embrujo si ponemos todo nuestro empeño en salvarme. Juntos somos más fuertes que ella. Juntos, Fernando, juntos…». Un golpe de tos volvió a cortarla. El esposo se apresuró a incorporar aquel cuerpecillo, descarnado sobre un esqueleto de astillas, y a llevarle la bacía a los labios para que escupiese la última sangre. Pasado el rapto, volvió a tenderla de espaldas en la cama y ocultó la jofaina debajo del lecho. Ahora María Antonia tiraba de las sábanas con sus manos transparentes y su jovencísimo esposo contemplábala ceñudo, trémulos los labios, como si temiera que en cualquier instante fuese a rendir el alma.

—¡Basta! ¡Basta! ¡Ni aun muerto quiero volver a vivir aquellas horas! ¡No quiero padecer otra vez cuanto sufrí entonces! ¡Basta, he dicho!

Volviéronse todos al oír la gritería del espectro de Fernando VII y como si su voz fuese la del infiel, que con sus profanidades ahuyenta el milagro y escandaliza el candor de los creyentes, desapareció aquella alcoba de un Escorial de otro siglo, junto con la agonía de María Antonia, y tornaron a hallarse pacientes, médicos y enfermeras en el comedor de El Sueño de la Razón, sin otros protagonistas de su tiempo y circunstancias que ellos mismos.

—Una experiencia parapsicológica verdaderamente inolvidable —comentó el doctor Torre de la Estigia. Su vientre prócer, que cerraba un chaleco abotonado con un viejo Waterbury, de leontina y dijes de oro, estremecíase de satisfacción. Prendió un habano y entornó los ojos, muy regalado, detrás de las gafas—. Si examinamos los elementos componentes de cuanto acabamos de presenciar, deberemos dividir el tiempo en dos estadios distintos: aquel en que tuvo lugar lo sucedido y el nuestro, ambos separados por una distancia de doscientos cincuenta o doscientos setenta años.

—Discúlpeme, doctor —vino a interrumpirle muy cortésmente *monsieur* de Descartes—. Antes de aventurarnos en categóricas consideraciones sobre el tiempo o para el caso el espacio, deberíamos tener la certeza absoluta de testimoniar un hecho real.

—¿Cómo podéis ponerlo en duda, *monsieur* de Descartes? —defendíase no sin asombro y entre preguntas académicas el doctor Torre de la Estigia—. ¿Acaso no vimos todos, incluida la sombra de don Fernando, la misma escena y la misma agonía de su esposa, la Princesa? ¿No llevaréis vuestra duda metódica hasta un extremo que la convierta en la parodia de vuestro propio método discursivo?

—¿Cómo yo mismo soy el espectro del hombre que fui? —sonreía *monsieur* de Descartes—. Es posible que el defecto de todos nosotros, los racionalistas, sea no habernos parado a pensar nunca en los límites de la Razón —hizo una pausa, recordando a Goethe, un autor que le descubriera en El Sueño de la Razón la sombra de *monsieur* Proust. Este, quien tampoco tuvo nunca sentido ni medida de las proporciones, en su dionisíaco regodeo en el tiempo perdido, le había citado y alabado paradójicamente una al parecer conocidísima carta de Goethe a Carlota von Stein, donde decíase que la primera virtud del hombre consiste en saber limitarse, «*sich selbst bescharanken*»—. Pudo tratarse de una fata morgana, como las que a veces yo presencié o, por mejor decirlo, creí haber presenciado en Suecia. Se las contaba a Jean-Louis Pepin Tracas, que era el mismo diablo, y se hacía cruces de las irrealidades que en algunas ocasiones creemos ver los hombres.

—*Monsieur* de Descartes, *monsieur* de Descartes, esto no es Suecia sino El Sueño de la Razón. La fata morgana es siempre el resultado de circunstancias climatológicas muy especiales. En 1912 o en 1913, en cualquier caso poco antes de aquella a la que llamaron la Gran Guerra, precisamente porque iba a terminar con todas las guerras, una expedición americana se dirigió a la Tierra de Crocker, una cordillera de altos picos y profundos valles, observada seis o siete años antes por Robert Peary en el mismo viaje que le llevaría a descubrir el Polo. Una mañana divisaron aquella sierra gigantesca, al norte de Groenlandia. Fotografiaron sus cumbres y hondonadas y en el Smithsonian se conservan todavía las placas, que yo he visto. No obstante, al atardecer, la Tierra de Crocker había desaparecido y en su lugar extendíase el mar helado e interminable. Aquellas fotografías de un espejismo son imágenes reales de un paisaje ártico, que no existió nunca. Pues, bien, yo me digo…

—¡Santo cielo! ¿Quién puso esto en mi falda? —le cortó la voz de su mujer, Laura Silverman, en una exclamación al borde del chillido. Al levantarse, tal vez para recogerse un poco a solas con el recuerdo de lo presenciado, o para huir de las eruditas disquisiciones de su marido sobre lo

oculto y lo extraordinario, un collar de larga y delgada cadena, prendida a un guardapelo, cayó sonando a sus pies en el suelo.

—¡El medallón! ¡El medallón que me regaló María Antonia cuando nos prometimos y que yo llevaba puesto el día de su muerte! —vino a interrumpirla muy exaltado el espectro de Fernando VII—. ¡El que perdí haciendo el asno en la cripta de El Escorial, pues lo llevaba al cuello cuando me enterraron, por deseo expuesto en un codicilo de mi testamento!

De rodillas en el entablado y a los pies de la mesa, don Fernando abrió la cajita, con manos temblorosas pero sin ninguna vacilación, como si a pesar del tiempo transcurrido desde los días en que sacudía y arrastraba cadenas por los mármoles catalanes de El Escorial, los que tiran a la variedad de leche y sangre sin acabar de serlo, recordase perfectamente la función de aquel cierre. El guardapelo contenía el retrato miniado de una muchacha, el pelo recogido con peinetas y adornado con sartas de menudas perlas sobre una frente espaciosa y unos grandes ojos azules, cuya cándida transparencia contrastaba con la sensualidad de los gruesos labios y de los pómulos salidos. Entornando los párpados, el espectro besó la miniatura antes de llevársela al pecho devotamente. Luego, la sostuvo abierta en la palma y entre todas las cabezas apiñadas a su alrededor, buscó la mirada de María Amalia.

—Verdaderamente —dijo—, no se parece en nada a la Dama sin Nombre. No sé cómo pude confundirlas y te ruego que aceptes mis disculpas, hija mía. Nunca hubo otra como mi María Antonia y a su muerte, cuando se rompió el molde, yo debía haberme hecho fraile. Me habría ahorrado muchos disgustos y tal vez ahora, muerto, no vagaría perdido en busca de una tierra que en verdad no existe.

El libro de la memoria

Su Majestad Real don Fernando VII

El espectro de don Fernando VII llegó a El Sueño de la Razón a pie y con una maleta en la mano, donde llevaba un cetro, una corona y un manto, todo de burlería, porque los auténticos los robó el invasor cuando la francesada, una época de la cual casi nunca quería acordarse. La indumentaria de teatro la había hurtado él a su vez de la Armería Real, una noche de carnestolendas, en que le dio por disfrazarse de sí mismo y hacer el ganso por las calles de Madrid, requebrando y pellizcando a las mozas. A la chiticallando y a toda prisa, en la Armería tuvieron que sustituir los falsos atavíos reales por otros, también de mentirijillas, que compraron en secreto a la compañía de doña María Guerrero, la grande, y que por encargo de la eximia artista llevó allí Fernando de Saint-Cyprien, cuando todavía era actor joven en aquella tropa. Lucía ahora un levitón color vino tinto revejido, camisa y medias blancas, calzas gris perla, abotonadas a la rodilla, que le ceñían en exceso, pues tanto en vida como en muerte Su Majestad blasonaba con razón de tener unos testigos tan grandes como los de un novillo berrendo y muy afamados en la Villa y Corte, antes de su poco lamentado tránsito a un mundo mejor. En los jardines de El Sueño de la Razón, empujando la verja que siempre permanecía abierta, se encontró con *monsieur* de Descartes y con *monsieur* Proust conversando en francés acerca de Goethe, cuya obra y existencia, muy posteriores al paso por la tierra de *monsieur* de Descartes, trataba de explicarle y descubrirle *monsieur* Proust. Valga el precisarlo aquí, aunque debiera ir en una nota a pie de página, aquel fue el día en que *monsieur* Proust le habló a *monsieur* de Descartes de las consideraciones goethianas acerca de la mesura y de la carta a Carlota von Stein. En fin y en resumen, prosiguiendo con el discurso mayor, diremos que los tres espectros se reconocieron en seguida como tales, pues es bien sabido que los muertos son como los maricas: seres con un sexto y muy complicado sentido para identificarse unos a otros. Dejando aparte signos externos evidentes, como el ya mencionado de no tomar sal, para no deshacerse como si fuesen limacos y no huéspedes del reino de las sombras, en espera del juicio final, o la expresa prohibición de la

carne y del baile agarrado en viernes, que para los espectros es siempre día de abstinencia, otras señales, difícilmente perceptibles para los vivos pero muy claras para ellos, son cierto perenne aire de desgana, como si las aflicciones y los disfrutes del mundo les resbalasen por igual, y una desconcertante tendencia a observar a la gente con tan escrutadora mirada, que se diría quisiera traspasarlos y perderse en un punto virtual e invisible, pero tan distante y consecuente con todas las latitudes, como si lo hubiese ideado el mismísimo Luca Pacioli, geómetra ilustre y especialista en perspectivas. Tácitamente establecida su naturaleza de espectros, con tristes sonrisas de resignación a la carne muerta, don Fernando se presentó a sí mismo como antiguo Rey de España. *Monsieur* Proust se limitó a inclinar la cabeza en su presencia, pues a juzgar por lo que había leído, distaba de convencerle el personaje. En cambio, *monsieur* de Descartes se precipitó a besarle la diestra que le tendía Fernando VII. Aunque Jean-Luis Pepin Tracas le hubiese mostrado las degollinas de la revolución francesa y la forma elaborada y expeditiva de coronarse a sí mismos, que tenían ciertos Emperadores como Napoleón, guardaba la tendencia tan propia de sus tiempos de creer a todos los Reyes entronizados por derecho divino, aun cuando luego se mostrasen tan humanos como Cristina de Suecia, aquella madrugada en que quiso seducirlo, llevada por la tentación de probar carne espiritualizada de filósofo racionalista. El espectro de Fernando VII le obligó a levantarse y limitose a estrecharle la mano, riendo y diciéndole que él era un hombre como otro cualquiera, acaso peor que muchos entre sus semejantes, pues su única virtud reducíase a aquella prenda socrática de conocerse a sí propio. Quizá para que tan ilustres extranjeros, paradigmas del acervo cultural de Occidente, le conociesen a su vez, añadió de forma un tanto extemporánea haber tenido a una gitanilla analfabeta por querida y por mejor amigo a un aguador camorrista y también iletrado, con derecho a tutearle y a llamarle «amo» o «Fernandito», según le plugiese. Atribulado, *monsieur* de Descartes solo acertó a preguntarle entonces dónde aprendiera aquel francés tan suelto y donairoso. La sombra de don Fernando repuso sin repulgos de empanada haberle cogido el aire al idioma en el castillo de Valençay, su encierro de rehén privilegiado durante la guerra, cuando Napoleón invadió su supuesto país («*mon pays supposé*»), bordando, bailando y paseando a caballo por los prados del alcázar; pero negándose siempre a leer cualquier libro. Con el mismo amargo fatalismo que en vida parecía recrearse en su propia bajeza, quiso escandalizar a aquellas lumbreras, añadiendo que felicitaba calurosamente a Napoleón por cada una de sus victorias en España y había

llegado a solicitarle la mano de su sobrinita Lolotte, nieta de un fondista o de un abacero, que al cabo de tanto tiempo ya no lo recordaba muy bien, sin que el Emperador se dignase a responderle, como él ya lo temía.

—¿Y qué designio trae a Vuestra Majestad a este sanatorio? —quiso inquirir el espectro de *monsieur* Proust, que era muy dado a los chismes de la alta sociedad, tanto en muerte como en vida.

—*Nom d'un chien!* —la sombra de Fernando VII quiso decir «¡Qué cojones!»; pero la traducción le salió solo aproximativa—. Me informaron de que aquí se recluyen solo locos voluntarios y según rumores también difuntos dementados, con perdón y sin voluntad de ofender a nadie.

—Esto es bastante cierto —asentía *monsieur* de Descartes— y a vos, *sieur*, os informaron de forma correcta aunque sucinta. Yo mismo estoy aquí por haber perdido la fe en la existencia de la Razón, aunque no cese de buscarla, mientras aguardo el juicio de Dios.

—Muy interesante —alababa el espectro del Rey, por simple urbanidad, aunque distase de comprender tan laberínticas sutilezas—. Mi problema es más elemental, aunque en cierto modo también se refiera a la pérdida de la fe. Yo dejé de creer en la existencia de mi país («*mon pays supposé*»), esta España de la cual venía hablando.

—¿Cómo puede descreerse en un país? —preguntó *monsieur* de Descartes, sin recordar que un tiempo, antes de lo del *cogito, ergo*, él mismo había predicado la duda metódica universal, mientras *monsieur* Proust se sonreía para sus adentros.

—Hubo una época en que yo mismo tampoco hubiese alcanzado a concebirlo —asentía muy serio ahora el espectro de don Fernando VII—. Dejar de creer en España me habría parecido tan inimaginable como dudar de mi propia existencia, aunque no tenía demasiados motivos para sentirme orgulloso de ser quien era ni como era. Como solía decirle a mi última esposa, la única buena para darme una hija, que la primera solo me parió dos hijillos muertos y las de en medio ni siquiera eso, como solía decirle, repito, en frase que después de fallecido oí muy citada y denostada, mi tierra era una botella de cerveza y yo su tapón. El día que me fuese al infierno, saltaría todo el odio concentrado, en un mar de espumarajos, y España se iría al mismísimo carajo. Ahora bien, para que algo se vaya al carajo tiene que haber existido previamente. Al menos, así me lo parece a mí aunque no sea ningún filósofo.

—¿Cuándo dejó de creer Su Majestad en su país, en vida o ya muerto? —preguntó *monsieur* Proust, acariciándose el mentón en forma de bergamota,

que le azulaba aquella barba tan cerrada, de judío, como si tomase en serio los disparates de aquel espectro.

—¡Excelente pregunta! —loaba en tono desmedido *monsieur* de Descartes—. Si nosotros no somos exactamente los que fuimos en vida, tampoco nuestras creencias o descreencias serán las de entonces. Y disculpen ustedes el carácter elemental de mi razonamiento.

—Veréis, se trata de una larga historia y será mejor que la empiece por el principio —dijo don Fernando muy satisfecho de haber interrumpido a aquel presuntuosísimo sabio, de cuyas pedestres consideraciones no comprendía casi nada, sintiéndose mucho más cerca de *monsieur* Proust, aunque a juzgar por sus ropas hubiese vivido después de su tiempo—. Tendré que referirme a don Francisco de Goya, que fue pintor de la Corte de mis padres —aunque el espectro de don Fernando tutease a todo el mundo, llamaba siempre a Goya «don Francisco». Hizo una pausa a propósito, para ver si *monsieur* Proust sabía de quién le hablaba y al ver que asentía con un levísimo descenso de aquellas largas pestañas suyas, que por lo oscurísimas y onduladas parecían de doncella enamorada pero virtuosa, prosiguió escupiendo en el césped para aclararse el garguero—. Don Francisco de Goya se había desterrado voluntariamente a Burdeos, *à Bordeaux*, *comme vous dites*, por discrepancias con mi Régimen. No se lo tuve en cuenta, porque yo nunca fui ningún fanático y en estas cosas pensaba que *chacun à son goût* y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga. Se me acusó de ser un tirano; pero jamás lo fui. Si llegué a excederme en el mando y di garrote y prensa a algunos miserables, encarcelando a otros entre los cuales habría bastantes inocentes, no fue por miedo de perder la Corona sino la vida. De no haberla sabido amenazada o de haber presentido que la muerte sería este discreto peregrinaje, me habría mostrado más tierno que el pan bendito y más dulce que el cabello de ángel.

—Ruego encarecida y humildemente a Vuestra Majestad que abrevie en lo posible las digresiones, pues el tema original de su tirada no podía ser más apasionante. Hablabais, señor, de vuestras relaciones con Goya —dio en interrumpirle *monsieur* Proust, inconsciente de la sarcástica circunstancia de que él, cuya obra no era sino una genial y monstruosa desviación sobre el tiempo perdido y devuelto por el azar, le afease a la sombra de don Fernando el olvido del hilo de su discurso.

—Venía diciendo que se exilió Goya voluntariamente, cuando ya era un viejecito. Poco antes de su muerte hizo un viaje rápido a Madrid para testar y poner en orden todos los particulares de la sucesión. Cuando mis esbirros supieron su vuelta, me preguntaron si me agradaría que lo encerrasen o lo

agarrotasen, no por nada sino para distraerme un poco. Debéis tener en cuenta que en aquellos días, al ver morir a tantas esposas sin dejarme hijos, andaba yo más triste que un entierro de pobre. No obstante, desoí los consejos de aquellos halagadores y en vez de trincar al ancianito, *au lieu de descendre le pauvre vieillard*, le invité a Palacio a cenar conmigo a solas una noche. Le hice pintar mi retrato con todos los atributos reales, que ahora llevo en esta maleta, y me entretuve charlando con él hasta casi la hora del alba. Fue entonces, al despedirse y mientras iba a besarme la mano, cuando súbitamente se incorporó hecho una furia, me tomó por los brazos sacudiéndome como si fuese un pelele y me dijo tuteándome por primera vez en su vida: «¡Tú te crees escogido por Dios mismo para redimir a esta tierra de todos sus demonios! ¡Te equivocas porque tú acaso existas mañana en el infierno, pero este país no ha existido nunca! ¡Es solo un sueño mío, la pesadilla de un sordo sifilítico!».

—¡Qué español resulta todo esto! *Tout ça est ci espagnol!* —exclamó *monsieur* de Descartes—. Es el obvio sentido de la tragedia griega reencarnado al otro lado del Mediterráneo, por un país que no es ni más ni menos que el Finis Terrae de Europa. ¿Qué pensaría Vuestra Católica Majestad al oírlo?

—De momento creí que el viejo se había vuelto loco, aunque sifilítico sí lo era, al decir de los mentideros de la Corte, *d'après les cancans du palais*. Se rumoreaba que contrajo el mal francés, con perdón y sin propósito de ofender, en sus puteras mocedades. Luego, lo cierto es que no volví a acordarme de don Francisco de Goya hasta que a los dos años me trajeron las nuevas de su muerte. Me dolió que hubiese librado el alma en Francia, pues de haber fallecido en Madrid le habría puesto de cuerpo presente debajo de la Puerta de Alcalá, a la luz de las antorchas y velado por mis alabarderos, para que todo el pueblo le rindiese homenaje. Rememoré lo que me dijo aquella noche al despedirse y me asaltó la inesperada sospecha de que acaso no desbarrara y supiese perfectamente de qué hablaba, aunque yo no podía comprenderlo.

—¿No habéis pensado también a veces, ahora que sois espectro como nosotros, que el país sí existe, cuando el frescor del agua de septiembre, apenas tentada con la punta de los dedos en un venero de la alta montaña, os lo evoca inesperadamente con la diáfana claridad de los soles y de los cielos de la infancia, o cuando el dulcísimo sabor de un higo melar, pongamos por caso, os devuelve la memoria de vuestra vida entera, mientras se deslizan la pulpa y los jugos entre el paladar y el canto de la lengua? —preguntaba de

forma bastante académica y pensando en su celebrada *madeleine monsieur* Proust.

—¿Y no creéis, señor —le interrumpía *monsieur* de Descartes, también dirigiéndose a don Fernando VII—, que si os paráis a considerar vuestra propia existencia, vestida ahora con levitón borgoña y calzas abotonadas, aunque puestos a ser seáis solo una sombra, esta existencia de espectro, repito, no os llevará a creer en la del país, precisamente porque la suya también parece un tanto fantasmagórica e irreal?

—Yo nunca probé estos higos melares de que me hablas, que en Palacio los comíamos zafaríes y valencianos —replicaba el Monarca—. Ni tampoco tenté el agua de ningún venero al filo del otoño, porque en El Escorial y en Madrid nos la servían del pozo, para beber y lavarnos. De haber pasado por el trance que me cuentas y en el supuesto de que te comprendiese, solo me habría servido para conjurar alguna circunstancia de mi vida, con su respectivo escenario, todo ello igualmente irreal puesto que nunca volveré a vivirlo. En cuanto a creer que España es fantasmagórica pero verdadera, a imagen de nosotros, los espectros, me parece que jamás podré aceptarlo. Yo mantengo que solo existimos los muertos y nuestro infierno es *mon pays supposé*, que a su vez no es sino el sueño de don Francisco de Goya.

—¿Y qué piensa encontrar Vuestra Majestad en El Sueño de la Razón? —preguntó *monsieur* Proust.

—Quiero que me prueben que estoy loco por creer que no existe un país donde he reinado y, si no lo estoy, que alguien en su supuesto sano juicio acuerde conmigo y me diga que todos nosotros, muertos y vivos, pisamos la pesadilla de otro hombre tendida sobre el vacío, como si fuese la más delgada de las nubes.

—¿Sabía Vuestra Majestad que un descendiente suyo fue escogido por cierto general y dictador, cuyo nombre no recuerdo, para sucederle y reinar en vuestra España después de su muerte?

—Sí, lo sabía y me parece imposible —el espectro de don Fernando VII sacudía la cabeza incrédulamente ante el mayor de sus asombros, al cabo de una vida y una muerte tan ajetreadas como las suyas—. ¿Cómo se podrá reinar sobre la pesadilla de otro hombre? Yo lo ensayé una vez y al cabo solo me quedaron cenizas en las manos y esta maleta, donde llevo una corona, un cetro y un manto de teatro.

El doctor Manuel Valentí Miralles acogió gustosamente a la sombra de Fernando VII en El Sueño de la Razón. No sin celosos recelos por parte del doctor Juan Antonio Torre de la Estigia, tomó al espectro bajo su exclusivo

cuidado y a propósito, aunque siempre con la cortesía debida a la realeza, pareció desentenderse de sus quejas acerca de aquel país virtual. Con sus discretas maneras de avezado psiquiatra, devolvió al difunto Rey al albor de la vida y en un decir amén le tuvo en la consulta, charlando por los codos acerca de su lejanísima infancia. Don Fernando volvió en seguida a la niñez y a El Escorial, evocando aquellos días «de mi dorada inocencia», como los llamaba de forma un tanto cursi, cuando se hallaba lejos de sospechar que en los Pirineos empezase el delirio de don Francisco de Goya, sobre el seno del vacío, y su única preocupación se resumía en el hallazgo del mejor medio para ahorcarle el caniche a su madre, con la esperanza de que muriese del disgusto, puesto que no podía ejecutar a su todopoderoso y bellísimo querido, don Manuel Godoy y Álvarez de Faria. Don Fernando se refirió cálidamente a su primer preceptor, fray Benito Scio, aquel docto escolapio que le enseñaba geografía fantástica en los libros de caballerías y cuyo cadáver fue el primero que viera en la vida. Una tarde de otoño, aborrascada y llena de nubes manieristas, como en los cuadros de El Greco, fray Benito se derrumbó muerto de un insulto de la piamadre, según dijeron después de la autopsia. Don Fernando, que entonces andaría por los siete años, miró aquel cuerpo inmóvil en su sotana, lo llamó dos veces y al comprender que no quería o no podía responderle, limitose a golpear el batintín para que recogiesen los despojos. Poco antes, cuando el calasancio le mostraba las grandezas y misterios de El Escorial para que se avezase en la admiración de sus mayores («una disciplina en la que aprendí muy poco, pues en vida solo llegué a admirar a mi primera mujer, a mi querida la gitanilla y a don Francisco de Goya, naturalmente»), le enseñó aquel extrañísimo tríptico del Bosco, dicho de las delicias terrenales, que había comprado a peso de oro el piadosísimo Felipe II, por otro nombre el Prudente. Según una leyenda escurialense, decantada a través de muchas generaciones de frailes, el Bosco había pintado el rostro de la Razón humana en alguna de aquellas tablas y entre tanto monstruo, sin que nadie acertase a identificarlo. También era fama que el propio Prudente mandó a su confesor en busca de la Razón, retratada y oculta por el pintor en su retablo, en el supuesto de que aún existiese, y que el emisario no regresó nunca. Sonriose el doctor Valentí Miralles, en aquel punto de las confidencias reales, y dijo que el encargado de gestionar el negocio se llamaba fray Antonio Azorín y aún vivía, voluntariamente recluido en El Sueño de la Razón, habiendo sido en tiempos duque de la Trinitat como también lo era ahora el propio doctor Valentí Miralles, para remate de todas las coincidencias.

—¡Coño! ¡Coño! ¡Habrase visto la enjundia del azar! —exclamó el espectro de don Fernando VII, golpeándose un muslo a palmadas—. Este será el mismo Antonio Azorín, duque consorte, que fue consejero de mi abuelo, en paz descanse. Si no halló el verdadero rostro de la Razón, inventó al menos la capa larga y el chambergo de anchas alas como uniforme del verdugo. Cuando volví del destierro y al final de la guerra, le hice venir a mi presencia para agradecerle los servicios prestados al abuelito. Lo tanteé un poco a ver si se avenía a ser parte del Consejo de Castilla; pero se mostró reacio como si no comulgara con mi política. ¡Cuánto me gustaría darle un abrazo!

El doctor Valentí Miralles llamó a fray Antonio Azorín y el espectro de don Fernando VII le dio el abrazo prometido, porque a pesar de su zafia brutalidad podía ser muy afectuoso. Le dijo que al cabo de tantos años, más de siglo y medio para ser precisos, no había envejecido un ápice y seguía tan escueto y amojamado como la vez que se vieron en Palacio. Fray Antonio Azorín se mostró correcto a punto crudo y al pie de la letra, sin faltarle a la sombra del Rey, pero sin mostrar tampoco devoción ni afecto hacia su persona. Se marchó en cuanto pudo del consultorio y luego le dijo a don Jorge Cirarda que si no le flaquease el albedrío o si fuera un poco más joven de sus cuatro siglos cumplidos, se iría de El Sueño de la Razón para no compartirlo con aquel déspota indeseable. Particular este que tal vez sorprenda al lector, al atribuir tan rencorosa dureza a un hombre de la humanidad de fray Antonio; pero que acaso parezca verosímil de tener en cuenta que los rencores políticos son la parte más indeleble de la Historia. Muy ajeno a los verdaderos sentimientos de fray Antonio Azorín, que por lo demás le habrían dejado indiferente de haberlos conocido, el espectro de Fernando VII volvió a evocar aquel Escorial de su adolescencia y entrada en hombría, tan lejano en el tiempo con serlo mucho en el espacio. A su regreso del destierro, donde aprendió a bordar y a bailar el cotillón, el rigodón y el minué, en el castillo de *monsieur* De Talleyrand, antiguo obispo de Autun famoso por su desmedido rijo sacrilego, el Rey fue inmediatamente a El Escorial para ver en qué estado lo dejaran los invasores. Su Majestad Soberana raramente se encolerizaba con nadie, si bien era hombre de largas y frías venganzas, porque ya entonces empezaba a dudar de la legitimidad de todas las creencias y finalidades, aun cuando todavía no hubiese puesto en entredicho la existencia de su tierra nativa. No obstante, aquella tarde se enfureció como un basilisco al comprobar el pillaje y la devastación de la sagrada fábrica por parte del invasor. En aquel monasterio, donde le tocó nacer y velar la agonía de su primera esposa, María Antonia de Nápoles, así como sus malpartos de

aquellos dos hijillos, tan menudos como un par de cominos, el enemigo se había cebado con tanta astucia como codicia. Llorando en sus brazos, que al prior y a todos los monjes quiso estrechar el Rey contra su pecho de pollo, los jerónimos le contaron que en primavera de 1807, un año cabal antes de la invasión y de la guerra, cierto *monsieur* Frederic Quilliet, procedente de París de la Francia y según decía profesor en la Sorbona, que era entonces, a saber, lo que el faro de Alejandría era a los faros en la antigüedad, había llegado a El Escorial avalado por credenciales del mismísimo arzobispo de París y otras dignidades de la Iglesia francesa, que luego resultaron tan falsas como los duros sevillanos. Quilliet se decía inocente viajero, deseoso de escribir un libro sobre el monasterio, que fuese el catálogo más completo de aquella joya de la fe española, a la luz de la Razón universal. Los jerónimos, muy conmovidos por lo de la luz, que en lo tocante a la Razón más parecían francmasones que hombres de la Iglesia, le abrieron sus puertas para acogerle con los brazos abiertos. Dos meses enteros, entre los cuales cayeron la Pascua Florida y la verbena de San Antonio, permaneció aquel erudito en El Escorial, atendiendo los servicios con ejemplar devoción pero hablando también a los monjes de obras aún prohibidas en España, que los jerónimos, hijos ilustrados de sus tiempos, se desperecían por leer. Lo que más les gustaba de aquella literatura clandestina era la profecía de Diderot acerca del triunfo del bien sobre la tierra. ¿Puede uno o debe uno resistirse a la voz de la Razón?, se preguntaba de forma académica el ilustre enciclopedista. No, porque el más puro y el más corrompido la obedecen por igual. Es cierto que les habla un lenguaje muy distinto; pero dejad que todos los hombres sean ilustrados y a todos les hablará el idioma de la virtud. («… *Mais que tous les hommes soient eclairés, et elle leur parlera à tous le langage de la vertu*»). Pero aquellas semanas no se le fueron enteras a Quilliet en rezos y en didácticos discursos sobre la Razón y *L’Encyclopédie,* que ayudado por toda la comunidad hizo un acabado inventario de los tesoros del monasterio y copió el catálogo de sus treinta mil libros y cuatro mil trescientos manuscritos, con la ayuda de unos legos pendolistas. Se fue cuando ya despuntaba el verano y venían las primeras venadillas a lamer la sal en las palmas de los frailes, como en los tapices medievales. Todos los jerónimos salieron a despedirle y a abrazarle, antes de tomar la posta frente al portón. Prometió volver al cabo de un año, con un ejemplar del libro para la biblioteca del monasterio; pero regresó con las manos vacías para llevárselo todo. Para entonces, empezada la guerra y sofocado el levantamiento del 2 de mayo, los franceses habían convertido el Real Sitio en un hospital militar, si bien permitieron a los monjes permanecer

en la santa fábrica, donde desesperaban oyendo las blasfemias de los gangrenados. Grande fue su gozo al recibir la inesperada visita de Frederic Quilliet, con una escolta de infantes de la *Legion de Réserve* y varios coches vacíos. Creyeron venía a protegerles y evitarles mayores males; pero Quilliet, transfigurado ahora como el ángel caído, los mandó apartar a culatazos y empezó el saqueo. Se llevaron ante todo la biblioteca, comprobando cada título en el catálogo copiado por el francés. Aunque después de la guerra, huidos los invasores y su Rey intruso, recobraran la mayor parte de los libros en Madrid, diez mil volúmenes se perdieron para siempre. Entre estos se hallaba el *Índice de las lecturas prohibidas*, en su última edición, y un volumen de insólito nombre, dicho *Sobre el sueño de la Razón*, de cuyo contenido nadie tenía noticia. Robaron también cincuenta cuadros, arrancándolos de sus marcos y atándolos con cuerdas de esparto después de enrollarlos como si fuesen esteras. Todos amanecieron en París, a la caída del tirano, envueltos y apretujados en un tubo de madera carcomida. Por suerte para la comunidad, entre tanta desdicha, *monsieur* Quilliet despreció los Velázquez y los Boscos, diciendo al primero demasiado próximo a la realidad y al segundo excesivamente cercano a los sueños. Los franceses se hicieron con los relicarios guarnecidos de pedrería, arrojando las reliquias al rostro de los frailes, antes de expoliar el sagrario, el Cristo de Cellini y la estatua de plata de San Lorenzo aunque afortunadamente, ¡loado sea el santo en su misericordia!, desestimaron aquel hierro milagroso de sus parrillas como si fuese un Bosco o un Velázquez.

—No sé si me enfureció más el saqueo o la confiada inocencia de aquellos benditos —se reconcomía y agitaba el espectro de Fernando VII—. Les protegí en cuanto pude, aunque yo también me había quedado en cruz y en cuadro, cuando los invasores se llevaron todos mis bienes personales y aun las arañas de Palacio. Los jerónimos, Dios les perdone el candor, siempre me tuvieron por el más grande y virtuoso de los Soberanos, desde el mismísimo Filipo II, fundador de la basílica.

Rascándose y meneando la cabeza, las piernas extendidas y los pies apoyados en el canto de la mesa del doctor Valentí Miralles, porque las primeras lluvias otoñales y pirenaicas, «venidas de Francia, como tantos infortunios», le martirizaban las pantorrillas al espectro, don Fernando VII pasó a contar sus funerales, que la comunidad escurialense quiso plagiaran los del propio Felipe II. Invisible y sin dar crédito a su asombro, el Monarca asistió a aquellas honras tan opulentas y para él tan divertidas en su boato. El sarcófago tenía que ser de madera de una nave que hubiese luchado contra los

herejes. La del cofre del Rey Felipe era de un árbol de las Indias, el del Paraíso, y vino de Lisboa. La del ataúd de don Fernando procedía del astillero de Cádiz donde construyeron *El Argonauta*, un navío que se batió muy bien contra los ingleses en Gibraltar y fue hundido por aquellos luteranos. Tapizaron la caja con seda blanca, idéntica a la que las crónicas de la Orden Jerónima dicen forraba el féretro del Prudente, para cubrirla de terciopelo negro, bordado en oro con una cruz de raso rojo cosida encima. Llevaban las andas ocho títulos principales de la Corte, todos enlutados y con una antorcha en la mano, precediendo al arzobispo, a la Reina viuda y a la hijilla del Deseado. Luego, detrás de la cruz alzada, desfilaron la bandera del obispo, los monjes y los curas, todos en hábitos funerarios. En El Escorial se dijeron treinta mil misas por el alma del Rey y todas las campanas de *mon pays supposé* doblaron a cada hora, durante nueve días, lamentando su tránsito. Aunque para entonces no anduviera aún habituado a la muerte, al espectro de don Fernando le pareció la eternidad más consecuente que la vida. Si la muerte era desaparecerse o aparecerse a capricho, como pudo comprobarlo en los antiguos espejos de El Escorial y abstenerse de la sal y del baile agarrado en viernes, como oscura e inexplicablemente venía a presentirlo, aquel aislamiento tan solitario se hacía no solo llevadero sino muy propicio a un hombre desengañado del mundo por creerlo demasiado parecido a él mismo. La vida, en cambio y a juzgar por sus propios funerales, se le antojaba el mayor de los absurdos: una inmensa hipocresía o una necedad sin límites. Paseando la mirada retrospectiva por aquellas honras y por sus despojos, empalidecidos y abotargados en la caja vestida de terciopelo, comprendía que fue entonces cuando empezó a dudar seriamente de la existencia de su carnavalesco país. Una vez sepultado y dejándose llevar por aquella frivolidad, tan bullanguera en las circunstancias más impensadas, comenzó a hacerse el vándalo arrastrando una cadena sustraída del cobertizo de los jardineros del Real Sitio por los suelos de mármol de la cripta de los Reyes y a dar vivas allí a medianoche, ora al coronel Riego, ora a Juan Martín «el Empecinado», o cualquiera de los hombres o mujeres que hizo matar durante su reinado. Varios años después de aquellas confidencias suyas al doctor Valentí Miralles, cuando Ulysse Personne rememoró su larguísima vida en El Sueño de la Razón, hipnotizado e interrogado por María Amalia de Saint-Cyprien, dijo haber sido lego en El Escorial precisamente en la época en que el espectro de Fernando VII aterraba a los monjes con sus botaratadas. La entera comunidad despertaba sobresaltada por los vítores y el estruendo de los eslabones. Descendía estremecida a la cripta y allí la recibía el más profundo

y recogido silencio, una quietud de remansos eternamente helados en la cumbre del mundo o de cielos de invierno detrás de las Osas, vuelto invisible el Rey y oculta la cadena detrás del sarcófago de don Carlos II. Apenas los monjes se santiguaban, mirándose estremecidos unos a otros y disponíanse a volver a sus lechos de hierro, con edredones de pluma de gallina catalana, para matar el relente de la madrugada antes de los maitines, cuando las carcajadas del espectro, encaramado en el sepulcro de la Emperatriz Isabel, los aterraban con su cloqueo y su encanallado desgarro. A veces añadía voces aflautadas y nasales, como de demonio acatarrado y marica, a aquellas risas tabernarias. «Id y desperdigaros por el mundo, infelices jerónimos. Id en busca de la Razón humana, que el Bosco pintó en su retablo, no para mostrarla sino para esconderla. Id y perseguidla sin tregua y siempre en vano, porque el Bosco solo vio la Razón en sueños, al volverse loco, y ahora yace con él debajo de la tierra». Se había empezado a cansar de aquel juego y del espanto de los frailes, dispuestos a llamar a un jesuita afamado y alemán para que exorcizara la cripta, y pensaba emprender un viaje por España, aunque ya entonces tuviera la certeza de que recorrería el sueño de Goya, cuando sucedió un portento, que Fernando VII y luego Ulysse Personne describían casi con idénticas palabras. Corría un otoño deshojado y frío, mediaba la primera guerra carlista y el espectro volvió a sus voces y a sus risas en el panteón, al cabo de una tregua de tres meses en aquellas bufonadas. De nuevo descendieron los frailes, apelotonados y ateridos, por los peldaños de supuesto mármol de leche y sangre que entre altísimos cirios conducían al real mausoleo. De nuevo oraban en pie, dando diente con diente, mientras don Fernando redoblaba las risotadas y volvía a mandarlos en busca vana de la Razón, cuando Ulysse Personne, el más bello de los legos, volviose como un iluminado hacia el lado del altar, donde la sombra invisible prodigaba su irreverencia, y con su acento de mozo habituado a hablar todas las lenguas con deje extranjero la conminó a callarse, diciéndole que ni siquiera era demonio sino fantasma de algún Monarca fallecido y por lo tanto solo podía y debía ser siervo de los siervos de Dios. Sorprendido y amostazado, dejándose vencer por aquel pique suyo, que a veces desdecía su natural y grosera llaneza, el espectro de don Fernando replicó que él era el último Rey muerto y le arrancaría la lengua de cuajo a cualquier frailecito mamón y barbilampiño, si osaba insultarlo. Lejos de abatirse o acobardarse, ante el silencio expectante de la comunidad, Ulysse Personne le dijo que de ser quien pretendía haber sido, mayores razones le forzaban al silencio o a regresar a los infiernos, pues como Soberano fue el peor de todos y su herencia se reducía a una guerra

civil y al odio o al desprecio de todos sus antiguos súbditos sin distinción de cuna o de creencias. «¡Odiado yo!», rugía ahora el Monarca. «¡Qué sabes tú, insolente criatura, de aquel 24 de marzo de 1808 cuando vine de Aranjuez, Rey por primera vez y después de la dimisión de mi padre, mientras todo el pueblo, sí, todo el pueblo de Madrid me aguardaba en la Puerta de Atocha para aclamarme!». Fue entonces cuando ocurrió el prodigio, que la sombra de don Fernando contaba meneando la cabeza picuda, como si todavía no pudiese darle crédito. Un clamor entusiasta de grandes multitudes interrumpió su litigio con el fraile, para renovada maravilla de todos los Jerónimos. Venía de la parte de la Herrería y diríase la Pascua de gozo de un país entero, huido de debajo de la tierra para celebrar a un tiempo su liberación y la vuelta al edén. Salieron los monjes del mausoleo a todo correr, seguidos por el espectro aún invisible. En los cielos, entre el pueblo del Real Sitio y el monasterio, a la luz de la luna y de las estrellas todavía no barridas por el alba, pasaba el propio don Fernando caballero en un corcel blanco, de marchosa ambladura. El Rey era muy joven en la aparición y no habría doblado el cuarto de siglo, aunque los albores de la vida le subrayaran la fealdad y un gesto de dicha la atemperara, vertiéndole lágrimas de gozo por los carrillos, a cada lado de la ancha sonrisa. Tan remozado y en los abriles se le veía que al mismo don Fernando le costó reconocerse y antes dio en acordarse del caballo que de sí mismo. Los frailes, acostumbrados a su efigie en las monedas donde siempre le acuñaron una cara muy moza, lo identificaron de inmediato y todos ellos cayeron de rodillas, como si fuese el sacramento del altar en mitad del firmamento, salvo Ulysse Personne que permanecía erguido y en pie aunque un tanto tembloroso y desconcertado, como un abedul en la tormenta. Por los cielos y ante los cascos del corcel, surgía una muchedumbre, también nacida y sostenida en los aires por arte de ensalmo. Un gentío de hombres, mujeres y chiquilicuatros, que vitoreaban al Rey con acento de la Plaza de la Cebada y desgastábase para loarlo, se apiñaba a su paso, besábale los estribos y cubríale de flores tempranas. Brazadas de claveles le resbalaban por los hombros, por la silla y por las ancas de la montura, para derramarse en la noche y apagarse en el vacío, al tiempo que se desvanecían las primeras estrellas. El espectro de don Fernando VII recordó inmediatamente que aquel había sido su regreso de Aranjuez, en primavera de 1808, cuando tardó tres horas en llegar a Palacio desde la Puerta de Atocha, porque la multitud le arrancaba a besos los puños de encaje de la camisa y los cañones de las calzas, por no decir nada del betún de las botas. Luego, por otras tres horas sobradas, tuvo que permanecer en el balcón de la Casa Real, saludando con la mano a la plebe enajenada de gozo,

hasta que se fue de mala gana y arrastrando los pies, perdida la voz al cabo de dantos clamores. Meditó con amargura en aquella que luego él mismo llamaría la última alegría de sus dos reinados, cuando volvió a verla y a verse en el firmamento de El Escorial, hasta que la aparición empezó a desvanecerse en el presentimiento del alba. De pronto, en el horizonte aún oscuro y ahora limpio de todo *déjà vu* y de cualquier alucinación, encendiose un resplandor anaranjado sobre un trasfondo de óxido y de oros, que en un puro periquete prendió toda la bóveda celeste y embermejó la fronda, los montes y el monasterio. «¡Es el fin del mundo! ¡Es el fin del mundo!», graznaban los jerónimos o gemían espavoridos y aspaventeros: «¡Es el apocalipsis por el fuego!». Sobre su escandalera volvió a imponerse la voz de Ulysse Personne, que la tenía muy robusta y crecida a pesar de sus aparentes pocos años. «¡No!», dijo. «Es algo llamado la aurora boreal y no pasa de ser un fenómeno del aire. ¡No se dejen asustar vuestras mercedes, reverendos padres!». Fuera lo que fuese, el luminoso prodigio desapareció casi en seguida, fundido en el despunte del amanecer; pero aquella impensada rojez dejó el paisaje pringado de sangre muy tibia, que se escurría entre las losas del patio en delgadísimos regueros o goteaba de las hojas perennes de los robles. Ahora escagarruciado y desconcertadísimo, el espectro de don Fernando se fue a un manantial de la Herrería y se hizo visible ante el caño, para lavarse en el agua fresquísima, porque la sangre se le había secado entre las uñas y la carne.

—Tuve que repasarme los dedos con una ramilla y darme buenas friegas de flor jabonera, ya un tanto enmustiada por el otoño tardío —decíale al doctor Valentí Miralles—, porque tenía la angustiosa sensación de que ni aun muerto podría limpiarme la sangre de las manos ni dejar de oír los vítores imbéciles de mi pueblo. No sé si me explico; pero supongo que tú me comprendes.

Fue aquella mañana en la fuente de la Herrería, («*Fonte frida, fonte frida, / fonte frida y con amor*»), cuando advirtió haber perdido el medallón con el retrato miniado de María Antonia, mientras hacía el salvaje en la cripta de los Reyes, aquel guardapelo que tardaría siglo y medio en recobrar en El Sueño de la Razón, aunque ahora no le cupiese prever tanta ventura a tan largo plazo. No quiso regresar a El Escorial ni siquiera para buscarlo, porque le asqueaban los recuerdos de aquel espejismo al sesgo de la luna, donde la chusma volvía a aclamarle; temía verse de nuevo la sangre seca en las uñas, como si se hubiese arañado el alma, y se aburría al pensar en los jerónimos gritones y dando diente con diente, aunque no hubiese despreciado otro

debate con aquel lego bizarro y jovencito, con cinco dedos en la mano y pelos en el corazón. Al cabo de tanto, tantísimo tiempo, acariciaba a todas horas la reducida imagen de su difunta, sobre aquel pecho suyo que por lo velloso más parecía de mono que de espectro humano; pero introvertido, silencioso y tristón, empezaba a pensar que su mal carecía de remedio pues, descreyendo en la verdadera existencia de su país, tampoco se resignaba a olvidarlo, así fuera virtual o cierto. Fue fray Antonio Azorín, quien sin haberse conciliado con la sombra del Rey al menos aprendió a tolerarla, después de haberle contado don Femando cómo en la guerra civil se encaraba consigo mismo o con su vera efigie pintada por Goya, en el Prado desierto y a la luz del fanal robado al sereno de Vicálvaro, fue fray Antonio, reiteramos para puntualizarlo, el que le sugirió el regreso a El Escorial para enfrentarse con las propias raíces, que siempre es terapéutica muy prescrita y recomendada al alma doliente.

—A El Escorial no quiero volver; pero El Escorial puede venir a mí —repuso de forma extravagante. Fray Antonio Azorín lo miró desconcertado, suponiendo aquella una salida beocia de don Fernando; pero para mayor estupefacción suya, al verle los ojos astutos y cavilosos, comprendió que el Monarca hablaba muy en serio.

El espectro de Fernando VII pidió al doctor Valentí Miralles que María Amalia de Saint-Cyprien conjurara el monasterio, como antes hizo aparecer, sin ni siquiera proponérselo, la alcoba de los Príncipes de Asturias y materializó aquel guardapelo de su difunta, que ahora él acariciaba y besaba sin rubor en presencia del médico, por ser su prenda más preciosa en la eternidad. Un poco sorprendido, el asombro tendiéndole las líneas de aquel rostro anguloso y trazado con cartabón y cortaplumas, el doctor Valentí Miralles le dijo que semejante fenómeno trascendía los límites de lo parapsicológico para incidir en el reino de los milagros mayores. Entre la materialización de un guardapelo y el conjuro de un edificio como El Escorial, también dicho la octava maravilla del mundo por la severidad de sus líneas, no muy distintas en aire y espíritu de los rasgos del propio doctor Valentí Miralles, y por sus amplísimas dimensiones, mediaban las distancias que siempre separarían un prodigio menor y un portento sin precedentes. Protestó el espectro del Rey que él siempre había sido hombre sensato y por lo tanto era consciente ahora de semejantes dificultades. Con todo, argüía, su fe en los poderes de María Amalia de Saint-Cyprien resultaba aun mayor que el propio Escorial, como su afecto hacia aquella muchacha excedía el inspirado por su hija, la Reina Castiza o Isabel II, a la que adoraba cuando la

perdió de niña con su muerte, sin que luego su vida privada de rompe y rasga y de devoradora de hombres, tan poco ejemplar, mitigara su devoción de padre y de espectro. Fijando en el doctor aquellos ojos suyos tan reñidos con su entera apariencia, por no decir nada de su conducta, precisamente por lo clarividentes, añadió de modo razonable que acaso devuelto a El Escorial, donde le dieron a luz, estudió *La Araucana*, aprendió el latín de la misa, vivió el martirio de su noche de bodas con María Antonia, fue después tan dichoso con la primera de sus difuntas, la veló en el calvario de su agonía, intrigó contra sus padres e hizo de espíritu burlón en la cripta, quizá, quizá, añadía acariciándose las vergüenzas, llegase a convencerse de que si el monasterio existía, aunque fuese en una aparición transpuesta, también existiría el país que le daba asiento e Historia. Frunciendo sus delgadas y larguísimas cejas, el doctor Manuel Valentí Miralles dio en replicarle que el llano del prado y el cardenchal, el que en tiempos llamaron Pla del Cabrit o Calva del Cabrito y donde ahora se enfrentaban la abadía y El Sueño de la Razón, no era lo bastante extenso para albergar el monasterio, si en el conjunto tenía la proporción de la obra original. Replicó el espectro, con aquella lógica suya que a veces cortaba como una navaja barbera, precisamente por lo inesperada en un hombre de su lenguaje y de sus maneras, que si El Escorial llegaba a proyectar su imagen a través del espacio, todas las conveniencias sobre medidas y hechuras serían relativas. Tratar de anticiparlas era perder el tiempo y las palabras. El doctor Valentí Miralles tuvo que asentir a tan agudas conclusiones; pero impuso otras por su cuenta, remitiendo la prueba a la voluntad de María Amalia de Saint-Cyprien y precisando que a ella, únicamente a ella, debía solicitársela el espectro de Fernando VII. De entrada negose a acceder María Amalia, como también había rehusado la invocación de la Mujer sin Nombre; pero ahora como entonces dio su tardía aquiescencia para *séance* tan grande a instancias de su marido, a quien los ruegos abyectos del espectro se le hacían indecibles e insoportables y aunque el propio Fernando de Saint-Cyprien le confesara a don Jorge Cirarda que el Monarca muerto estaba loco; pero no alienado como ellos, con firme conciencia de su condición, sino loco de atar o hechizado. A insistencias de María Amalia, realizaron la prueba un sábado por la mañana, en mitad del veranillo de San Martín, bajo un cielo limpio de nubes y tibio de un sol pálido que levantaba pimientos, criadillos y robellones bajo las agujas de pino y el musgo reverdecido de otoño. En pie y ante El Sueño de la Razón, pacientes, médicos, enfermeras y loqueros se enfrentaban silenciosos con los montes y la abadía, al otro cabo de los prados, unos respetuosos y escépticos, dadas las

dimensiones del portento, otros ensimismados y un tanto ausentes, como el doctor Valentí Miralles, la mayor parte ya fascinados por el comportamiento del espectro de Fernando VII, que bullía y bailaba vuelto un manojo de nervios. Súbitamente, con la prontitud que cae el rayo o se encienden las estrellas de invierno, brotó un paisaje dentro del paisaje. Diríase que las montañas se alejaban respetuosas para abrirle espacio a un rincón del Guadarrama, bajo la Machota Chica y la Silla de Felipe II. Don Jorge Cirarda y el doctor Raimon Reixach reconocieron en seguida los bosques de la Herrería, donde tantas tardes de domingo pasearan juntos sus respectivas soledades, más crecidos y densos ahora como si nadie se hubiese aventurado aún en su espesura. Del pueblo del Real Sitio no había sino unas chozas pobrísimas y el monasterio tampoco era, pues aparecía desnudo, salvo de herbazales y algún zarzal chico, el claro que le daría asiento. Con una prontitud, que a *monsieur* Proust le recordaba la destreza de su madre al cambiar las transparencias de su linterna mágica, cuando él era niño, brotaron allí unos hombres, ataviados a la usanza del siglo XVI. Uno, bajo y quebradizo, iba enlutado y la negrura de sus ropas contrastaba con su barba rubia y sus ojos de un azul muy claro, entre el del cielo y el del zafiro. Los demás le seguían como un séquito y se esforzaban en oírle las órdenes, siempre murmuradas en una voz temerosa de su propio timbre. De los chozos salían pardales oscuros, como nacidos de la tierra y no de madre, que observaban hostiles y amedrentados a unos extraños de tanta distinción y señorío. Alguien le recordó al enlutado que aquellos bosques se decían encantados y acaso por esto, en el pasado, abandonaron la fundición, la herrería y el vertedero que aún daba nombre al lugar. El hombre de las pupilas casi transparentes se encogió de hombros; pero no había terminado el respingo debajo de la esclavina, cuando un vendaval ululante, que no alcanzaba a la gente de El Sueño de la Razón, aunque le oyeran los rugidos, azotó el llano y ocultó a los pardillos en sus cabañas. El doctor Raimon Reixach recordó el relato que le hiciera don Jorge Cirarda, según testimonio de fray José de Sigüenza, de aquel torbellino infernal que quiso llevarse a Felipe II y a su gente, mientras el Rey escogía el Real Sitio y el escenario de su monasterio. Tan fuertes eran los rebencazos del huracán que muchos caballeros terminaron prendidos en las copas de los robles, como si de los cielos y no de la tierra los hubieran arrancado. Solo el Monarca Nuestro Señor se mantuvo inamovible e inmutable ante los elementos. Una vez santiguado, alzó los brazos como si a su patrón San Lorenzo suplicase favor en la prueba y la tarde volvió a aquietarse inmediatamente. Casi no habían parado los

vientos, cuando se alzaron los andamios y el monasterio empezó a cobrar cuerpo. Un hormigueo de obreros trabajaba en la llanura, dirigidos por un alarife mayor, de pelo rizoso y rostro muy enjuto y prolongado, siempre seguido por un tropel de ayudantes con brazadas de planos. Las transparencias de la linterna mágica se sucedían cada vez más presurosas, mientras *monsieur* Proust se preguntaba si algún día alguien haría *un très petit film* de su propia obra, aquella *À la recherche du temps perdu*, titánica e interminable, de tal modo que cuanto él evocó o inventó para presentarlo con la más minuciosa lentitud deviniera una película de imágenes, tan rápidas como las aguas de un torrente. En cuanto El Escorial hubo cobrado cuerpo y empaque de piedra, erigieron la cruz de hierro sobre la cúpula y hubo una procesión ante la magna fábrica, seguida de un *Te Deum* en la iglesia, cuyos coros embelesaron a *monsieur* de Descartes. No se habían acallado los últimos ecos de los cánticos en las hondanadas de los montes, cuando se declaró un incendio en el monasterio. Don Jorge Cirarda, quien parecía saberlo todo acerca del testamento en granito del Rey Prudente, le dijo en un susurro al doctor Raimon Reixach que aquel sería el fuego de 1671, empezado en una chimenea de la basílica y corrido luego por todo el edificio, pues él conocía un cuadro de pintor anónimo donde las llamas se asomaban por todas las ventanas, como lo hacían ahora, silbando al igual que serpientes en celo. Pasó el incendio y de nuevo bandadas de obreros acudieron a restaurar el templo de San Lorenzo. Lo lavaron y remozaron, hasta dejarlo como recién coronado por la cruz de hierro. Al punto se detuvo el transcurso, casi centelleante, de las imágenes en una mañana idéntica a la del veranillo de San Martín, en que María Amalia de Saint-Cyprien conjuraba el monasterio. Dio horas una campana y sonaron clarines de alguna tropa alojada en los cuarteles del Real Sitio. Un landó de seis caballos se detuvo ante el monasterio y un caballero calzado con escarpines y vestido con chaleco ajustado, calzas claras y levitón escarlata, descendió del carruaje. Salieron los monjes a recibirle, precedidos por el abad, y aquel desconocido ataviado a la usanza del primer Imperio francés, demasiado servil y atolondrado para resultar devoto convincente, se precipitó a besuquearles las manos, jadeante y suspirando de pío deleite. Tardó largos instantes el doctor Raimon Reixach en recordar dónde había presenciado aquella escena, en algún punto y lugar, por cierto ajeno a El Escorial, de aquel pasado suyo anterior a El Sueño de la Razón. Cuando se la devolvió la memoria, con la presteza de esas palomas que en algunas tarjetas postales llevan cartas de amor a las ventanas de los amantes, o como aquellas golondrinas que en poema sobre el cielo perdido de

don Rafael Alberti, a quien no cabe confundir con don Vicente Aleixandre a pesar de ciertas coincidencias, traen las iniciales de otros enamorados en el pico, le susurró a don Jorge Cirarda haber visto antes lo que ahora contemplaban, cuando Aurelia de Miralpeix le confesó en París que en sueños se casaba con el propio don Jorge Cirarda, a quien ninguno de los dos conocía entonces y juntos tenían una hija, dicha Eulalia o Eulalie. Para mejor información de aquel buen amigo, con el cual había compartido la misma mujer en tan raras y complicadas circunstancias, añadió habérsele anticipado la escena, reducida al tamaño de una cabeza de alfiler sueco, en las pupilas de Aurelia de Miralpeix, mientras le contaba lo soñado y antes de que ella se durmiese. Le interrumpió el mismo don Jorge Cirarda, exclamando en voz alta y haciendo que todos se volviesen a mirarle:

—¡Es Frederic Quilliet! ¡El hombre del levitón rojo es Quilliet! ¡Esta es la primavera de 1807 y acaba de llegar a El Escorial, para catalogar los tesoros que robarán a los monjes!

—¡Detenlo inmediatamente! —le ordenó el espectro de Fernando VII—. ¡Diles a los frailes que lo arrojen del monasterio!

—Nadie puede detener ni reformar la Historia sucedida —puntualizó un poco petulante el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia—. Lo ocurrido pasó y no sucede dos veces —el sol de otoño le destellaba en el puente de oro de sus gafas y en aquel instante de silencio indecible, solo se oía el tictac implacable de su Waterbury de bolsillo.

—Ella sí puede —insistió el fantasma del Rey, señalando a María Amalia, con su larguísimo brazo de orangután—. ¡Ella me devolvió el guardapelo de mi mujer y puede evitar esta infamia! ¡Los monjes ignoran quién es en verdad este hombre!

—Ignorarán sus auténticos propósitos; pero a él le conocen muy bien, porque le esperaban y en este momento les entrega sus credenciales —insistía el doctor Torre de la Estigia—. Podéis comprobarlo con vuestros propios ojos, aunque vos conocéis los hechos mejor que nadie por haberlos oído de los mismos frailes.

—¡María Amalia, por caridad, si no puedes evitar lo que vemos, bórralo al menos como si nunca hubiese sido!

—Señor, si yo no sé cómo hice aparecer El Escorial, menos sabré cómo borrarlo —defendíase María Amalia.

Como un coro griego retrospectivo o como un historiador cuyo cometido redúcese a predecir el pasado, el doctor Torre de la Estigia insistía en la fatalidad irrevocable de cuanto presenciaban, precisamente por acaecido más

de un siglo y medio antes. El Escorial sería expoliado, insistía en un tono que frisaba el sadismo, porque nadie podría alertar a los monjes acerca de la verdadera condición de Frederic Quilliet, un vulgar agente de sus futuros ladrones, que ahora entraba en el Patio de los Reyes prendido del brazo del padre abad, comentando las virtudes universales de la Razón todopoderosa. El espectro de Fernando VII, en las lindes de la locura por el camino de la ira, aullaba que aun peor que el robo era la inhibición a la hora de impedirlo. Ido y exasperado, llegaba a confundirse con el mismísimo Rey Prudente, diciendo que ningún sacrilego gabacho hideputa tenía derecho a llevarse los libros, los relicarios, el Cristo de Cellini y el San Lorenzo de plata del templo que había fundado en una vida y donde naciera en otra. Con una rapidez insospechada en un zambo como él, echó a correr por el prado, seguido por las voces de Juan Antonio Torre de la Estigia, pisoteando estelas de pedos de lobo.

—¡Vuelva, vuelva Vuestra Majestad, que esto no es sino la ilusión de lo ocurrido! ¡Sería tan inútil cerrarle el paso a Quilliet o prevenir a los frailes, como empeñarse en mataros a vos, que ya estáis muerto, acuchillando el retrato que os pintó Goya!

—¡Favor, favor, reverendos padres! —gritaba el espectro de Fernando VII, acezante, sin detener la carrera ni escuchar a Torre de la Estigia—. ¡Prestadme oídos y no deis entrada en El Escorial a este cabrón, a este bandido!

Alcanzó a Quilliet y al abad, todavía del brazo y precedidos por la entera comunidad, cuando se disponían a cruzar el portón dórico. Cortado el aliento, su corazón de sombra redoblándole como un tambor en mitad del pecho, don Fernando se precipitó a prender al francés por los faldones de la levita, al tiempo que él mismo tropezaba y caía en las losas. Se encontró de bruces en el prado, con las manos vacías, porque El Escorial, su paisaje, los monjes y Frederic Quilliet, todo desapareció en aquel instante. Quedó solo lo que siempre fuera, el panorama de aquel valle de los Pirineos, en torno de la abadía, del cardenchal, de los bosques y de El Sueño de la Razón. Frustrado en su intento de impedir la Historia pasada, el espectro del Rey revolvíase en tierra, mesándose los pelos y blasfemando como un poseso. En lo alto, una súbita tramontana empujaba rebaños de nubes, por encima del perfil de los montes y hacia el centro de los cielos, que hasta entonces fueron de un azul tan pulcro. Cayeron las primeras gotas de lluvia, casi gordas como higos chicos, e irisadas por el ámbar del atardecer, que ahora se batía con la borrasca. Las horas de un campanario, acaso las del ángelus, fundiéronse con un trueno en su última badajada. El doctor Manuel Valentí Miralles paseó la

vista por el horizonte y se encogió de hombros, sacudiendo la frente humedecida.

Había terminado el veranillo de San Martín.

Monsieur Proust

Cuando *monsieur* Proust y Ulysse Personne llegaron juntos al velatorio de don Jorge Cirarda, donde ya les aguardaban los espectros de *monsieur* de Descartes y de don Fernando VII, los Saint-Cyprien, fray Antonio y el doctor Raimon Reixach, comprobó fray Antonio Azorín que el reloj de péndola y caja, que horas antes cesara de dar las horas una sola y única vez volvía a repetirlas medio oculto en la penumbra, como si el tiempo saludase o acaso retase en voz alta a quien trató de encontrar sus semillas en la tierra y a quien consumió la vida en su búsqueda, a través de un laberinto de jardines, como fray Antonio imaginaba que sería el muy barroco espíritu de *monsieur* Proust. A su vez, *monsieur* contemplaba a don Jorge Cirarda; pero revivía su propia muerte, en aquella alcoba del 44 de la *rue* Hamelin y en un día señalado en los anales literarios: el 18 de noviembre de 1922. Invisible y de espaldas al espejo de la chimenea apagada, sobre cuya repisa se amontonaban originales y ejemplares impresos de aquella magna novela suya, que la muerte dejaba inédita en su mayor parte, *monsieur* Proust, acabado de fallecer, asistía a su velatorio como en otra época el espectro de don Fernando VII presenció sus funerales, aunque en un estado de espíritu muy distinto al del Monarca, en aquellas circunstancias. Le habían puesto un ramillete de violetas entre las manos cruzadas, junto con el rosario que un amigo le trajo de Jerusalén, pues aunque no fuese católico practicante, cortés y considerado como siempre, previó el detalle en su muy lúcida agonía para confortar a sus amigos creyentes, así como dispuso que una vez muerto, aunque no antes, llamasen al buen *abbé* Mugnier para que rezase un responso por su alma. Detalles como aquellos, se dijo cabeceando muy complacido consigo mismo, reducían la inevitable vulgaridad de un fenómeno tan frívolo como la muerte. Un fotógrafo americano, cuyo nombre no alcanzaba a recordar quien tanto escribió sobre los palimsestos de la memoria, si bien no había olvidado cierta inacabable disquisición suya sobre un nuevo arte de la fotografía, de propósitos afines a los del cubismo de Picasso, expuesta en una velada del Ritz para afable asentimiento de *monsieur* Proust, aunque no hubiese

comprendido casi nada de todo lo expuesto, sacaba ahora unas placas de sus manos larguísimas y ya amarillecidas, como el teclado de un piano antiguo, con las violetas y el rosario de Tierra Santa que era de coral del Mar Rojo y leves hi los de oro, las cuentas sujetas con nudos muy chicos. Por primera vez en muchos años, bien que ahora no supiese a ciencia cierta si al pensar en sí mismo se refería a su espectro invisible y de espaldas al espejo o a aquel cuerpo yerto en la cama, de vaga sonrisa inmóvil, ojeras de un tinte parecido al del vino de Borgoña, barba y melena crecidas y negrísimas, abrían de par en par las ventanas de la alcoba, que él mantuvo siempre cerradas y con las cortinas corridas imaginando a veces haber detenido el tiempo en sus cristales al hacer de los días una noche interminable, para que finalmente entrasen la luz y el aire de la calle. Afuera todo era de oro en un otoño muy tibio, pues hasta el verdín de los tejados y las ramas desnudas de los castaños de Indias se doraban lentamente al sol, como parecían espolvoreadas por un enjambre de mariposas las rosas tardías de los ramos y de las coronas que iban llenando la estancia, donde en vida cualquier fragancia estaba vedada por provocarle el asma. No pudo por menos de sonreírse, como sonreía su rostro muerto en la cama y de cuerpo presente, al pensar en las veces en que volvió al Combray de la infancia, en compañía de algún amigo o de alguna amiga como el conde de La Rochefoucauld o la princesa Bibesco, en ocasiones con Laura Hayman antes de que ella se enfureciese al verse reflejada en la Odette de Crécy de *Du côté de chez Swann* y muchísimo antes de que se reconciliasen, pues para entonces *monsieur* Proust casi no salía de aquella alcoba obsesionado por el afán de concluir su entera novela, ganando por mano a la muerte inminente. En aquellos nostálgicos viajes a Combray, adonde iba en cualquier mañana de primavera para regresar a París por la tarde, él insistía siempre de modo inapelable aunque suplicante en mantener totalmente cerradas las ventanas del carruaje, para que el polen, el polvo o los aromas del campo florido y tan amado no le produjesen un ataque de asma. Así, a través de los cristales, como el pez en la pecera, volvía a ver las lilas, los espinos blancos y rosados, los bancales de violetas de donde acaso procediese el ramillete que tenía en las manos, los lirios del río y la callecita empedrada y en cuesta, donde su tía Léonie vivió años enteros voluntariamente encamada antes de morirse, cuando él era niño y no podía imaginar que un día se encerraría en su alcoba y acostaría en su cama, dispuesto a no levantarse más, salvo en circunstancias inapelables y siempre de noche, hasta dar término a aquella obra maestra que en su creación le iba consumiendo y devorando. Alguien dijo que parecía más muerto que los otros muertos y sobre todo más ausente, para que una mujer

añadiese en seguida: «Yo lo veo tan blanco y tan delgado como de costumbre. Sus piernas son como palillos». Casi no les escuchaba («*méfiez-vous des commérages*»), como si todas aquellas habladurías no se refiriesen a él, del mismo modo que difícilmente podía identificarse con aquel caparazón de hombre, inmóvil en el lecho. Pensó que acaso de forma inconsciente, sin que nadie llegase nunca a reparar en el auténtico motivo de sus actos, inundaban de luz y de flores la estancia mortuoria, como si siempre hubieran sospechado que *monsieur* Proust había fingido el asma desde la niñez, con una tenacidad que sería el único orgullo de un hombre tan sumido en su trabajo y evangélicamente modesto frente al mundo. En vano buscó entonces el rostro de alguien a quien no viera desde hacía mucho tiempo, entre el duelo que llenaba la alcoba, la faz un tanto pensativa y un poco irónica de aquel muchacho español y estudiante de Medicina, Raimon Reixach (*monsieur* Proust tenía a gala recordar cualquier nombre, si no quería olvidarlo), que le visitó en su casa anterior, la del *boulevard* Haussmann, con una esquela de presentación de Robert Proust, el médico y profesor. Por deferencia hacia su hermano, *monsieur* le había invitado a una tacita de café recién filtrado y empezaba a preguntarse si se marcharía antes de medianoche, dejándole trabajar en paz hasta bien entrada la mañana, cuando el mozo le dijo que él, como todos los grandes solitarios, resultaba mucho más interesante cuando hablaba de sí mismo en sus libros que al referirse a los demás. Profundamente intrigado por tan agudo y escéptico talento en alguien que apenas bordeaba la primera juventud, *monsieur* Proust le preguntó qué pensaba del autor al margen de las novelas. El mozo repuso que, a su humilde entender, *monsieur* jamás había sufrido verdadera asma sino la representó magistralmente desde la niñez, para apercibir a largo plazo un aislamiento tapizado de corcho, como lo disfrutaba en aquella alcoba, que le permitiese volver la espalda al mundo y adentrarse hasta el centro de sí mismo, para escribir una novela que fuese la razón de su existencia. Ante el rendido si bien mudo asombro del escritor, añadió que nunca podría culparle de impostura de ser cierta su hipótesis, pues si la Historia no era sino teatro, donde se moría de veras, su papel de inválido hilando ensueños a través del tiempo y de la memoria y al margen de la vida alrededor, resultaba perfectamente lógico. *Monsieur* Proust no quiso asentir entonces, quizá por no saber expresar su admiración ante tanta perspicacia, siendo como era tan deferente con el prójimo y sobre todo con el talento ajeno. Limitose a besar al muchacho en los labios para ponerlo a prueba y Raimon Reixach reaccionó como él lo esperaba, diciéndole que *monsieur* no era ningún invertido; pero quiso crearse aquella fama, a un tiempo tan dudosa

y notoria, para retratar con cumplida justeza a la estela de homosexuales que poblarían su novela. Acaso para confirmar el criterio de Raimon Reixach acerca de su virilidad, otra noche y en aquella misma alcoba, el novelista le presentó a Laura Hayman, con quien *monsieur* Proust ya se había reconciliado, a sabiendas de que aquella distinguidísima cortesana, quien cesó de envejecer en cuanto él la convirtió en su Odette de Crécy, no dejaría de seducirle ni de contarle cómo en tiempos se había acostado con Raimon Reixach, padre, y con el propio *monsieur* Proust, todavía desconocido y casi adolescente, antes de que aprendiese a traducir los sueños y los recuerdos en el lenguaje de las palabras y en frases de complejísima sintaxis, por donde cruzaban largas redes de oraciones subordinadas. Las memorias de Raimon Reixach casi le distrajeron de la presencia del *abbé* Mugnier, recién llegado. Por lo demás, *monsieur l'abbé* era tan menudo y barrigoncito, tan parecido a un elfo de comedia inglesa isabelina, acaso de obra oculta e inédita del propio William Shakespeare, escrita por las vueltas de *La Tempestad* y en el llamado período de serena clarividencia final, casi en vísperas de la muerte del cisne, tan semejante a una suerte de Puck entrado en años y en la edad de la discreción, con sus lentes redondos de duende miope, sus carrillos aún sonrosados, su copete de pelos revueltos en lo alto de la frente seguidos por la vasta calva, que a *monsieur* Proust no le habría sorprendido saberlo perdido entre las piernas de tanto visitante, hasta que el duende ensotanado pudiera asomarse a la luz y respirar a salvo. *Monsieur l'abbé* rezaba ahora por el alma de *monsieur* Marcel y el espectro recordó la última visita de aquel cura, quien, viviendo en la mayor y más santa pobreza, en un piso de la *rue* Méchain donde había tenido por vecino a Lenin exiliado («Era silencioso y cortés, calvo como yo y no mucho más alto»), decíase sardónico ser el apóstol del *faubourg* Saint-Germain, por sus muchas relaciones entre la aristocracia de la sangre y de las artes, en cuyo seno había nacido y al que solo volvía de paso, invitado a sus cenas, reuniones y conciertos, con su sotana raída y sus zapatitos rotos. «*Monsieur l'abbé*», le había preguntado *monsieur* Proust entonces y en aquella misma alcoba, «¿cree usted de veras en la existencia del infierno?». «*Monsieur* Marcel», *monsieur l'Abbé* siempre llamaba al espectro en vida *monsieur* Marcel, como también lo hacía su chofer y criado, Odilon Albaret, quien, al decir de alguien, ahora lloraba desconsoladamente de bruces en la mesa de la cocina, entre un salero de sal Cerebos y una naturaleza muerta de apio trinchado. «*Monsieur* Marcel», repitió sospesando las palabras como si fueran de oro en polvo, «creo en el infierno porque es un dogma de la Iglesia; pero me imagino que allí no hay nadie». *Monsieur* Proust

o, por mejor precisarlo, su espectro, no estaba tan cierto de que el dogma no debiera interpretarse al pie de la letra, con un infierno compartido por los muertos, pero siempre oculto en el interior de cada uno de ellos, al igual que el deseo en la vida. Quizá cupiese también un limbo, anterior a aquel infierno, como el Dante lo sitúa en el primer círculo del suyo y en versos que *monsieur* Proust se recitaba muy conmovido en Venecia, cuando fue allí en la adolescencia y en compañía de su madre, «*Lo buon maestro a me: Tu non dimandi / Che spiriti son questi che tu vedi?*», un limbo que fuera precisamente la ignorancia o la incertidumbre del infierno personal y en el que ya penara su espectro sin saberlo, sumido en aquella indiferencia de observador imperturbable, para quien todo lo externo a su presencia invisible, las preces del *abbé* Mugnier, el llanto de Odilon Albaret sobre la mesa manchada de lejía de la cocina, el abrazo que ahora se daban Léon Daudet y Gabriel Astruc en presencia de sus yertos despojos, cuando él en vida y en treinta y cinco años de enemistad no pudo reconciliarlos, todo, absolutamente todo, se le antojaba tan suyo pero tan lejano como aquel cadáver frente al balcón abierto, o como las imágenes del exilio se distancian poco a poco del desterrado, a su vuelta a la patria. En cambio, no cesaba de preguntarse si Raimon Reixach viviría aún y si, vivo o muerto, volvería a encontrarlo para contarle, a modo de ejemplo entre otras muchas y muy importantes confesiones, que a poco de haber regresado él a España, *monsieur* Proust sufrió el primer *verdadero* ataque de asma, tan impensado como aterrador en quien con tanta y tan dramática destreza había aprendido a fingirlos. Apenas un poco repuesto y en los largos insomnios de una desconcertada convalecencia, comprobó también súbitamente que unas semanas antes él mismo había previsto aquella auténtica aflicción, tantas veces simulada, aunque la anticipaba sin advertirlo. En uno de los cuadernos de *Sodoma y Gomorra*, releyó entonces lo que escribiera casi sin darse cuenta: a fuerza de creerse enfermo, uno termina por enfermar de veras, adelgaza, carece de energías para levantarse de la cama y comienza a padecer una enteritis nerviosa. También a fuerza de pensar tiernamente en los hombres, se transforma en una mujer, proseguía el texto en tinta violeta y luego, a modo de resumen y conclusión: «El anhelo que en un caso altera la salud, en el otro puede mudar el sexo». En aquellos días, para mayor y más asustada estupefacción suya, verificó que otro papel de su reparto personal, el de su homosexualidad, había devenido tan incuestionable como cierto, cuando se sorprendió deseando silenciosamente y sin proponérselo a muchos de los amigos que le visitaban. El asma y la inversión, antes afectadas y ahora

verdaderas, en cualquier caso venían a fundirse y a complementarse, pues si aquella le prohibía el aroma de las princesas y de las flores, percatábase ahora de haberse vedado él mismo las lilas y los espinos blancos y rosados de Combray, de vaga fragancia a miel virgen y de repliegues diminutos, como las dobleces de los órganos sexuales de las mujeres. No obstante, no amedrentaron los ataques de auténtica asma a *monsieur* Marcel, porque siempre tuvo un valor físico a toda prueba y digno del más sufrido de los ascetas, a pesar de su enfermiza y muy turbia condición, ni tampoco le asustó en demasía su novísima naturaleza de invertido porque estaba cierto de que «*tout comprendre c'est tout pardonner*», empezando naturalmente por uno mismo, como en fin de cuentas después le diría *l'abbé* Mugnier que el infierno existe pero se halla vacío, confirmando con su eclesiástica palabra cuanto él sospechaba desde hacía mucho tiempo. El pánico le venía del convencimiento de no ser dueño de sus actos ni de sus convicciones, perdido por lo tanto todo gobierno de su destino. En tales circunstancias, desprovisto de defensas, enfermo de veras y con una voluntad al parecer tan vana como la del insomne pertinaz, cuando cantan los gallos de la madrugada, la muerte podía arrebatarle en cualquier instante, mucho antes de que lograse concluir su novela o tuviera tiempo de corregirla debidamente, podándole todo lo preciso o sumándole adiciones al margen, con unas llamadas en forma de saeta o de asterisco. Para terminar su obra, fuera cual fuese el plazo concedido por la dolencia, hizo una lista de amistades a las que debía recibir inevitablemente, cuando llamasen a su alcoba de auténtico inválido y ordenó a Celeste Albaret, su ama de llaves y la esposa de Odilon, negar el acceso a los demás, en cualquier caso y sin plegarse nunca a sus más urgentes motivos para visitarle. Además, restringió sus salidas de casa, que ya eran muy pocas, y es fama que llegó a pasar años encamado en aquel lecho, manchado de tinta por la parte del dobladillo y cubierto de cuartillas garrapateadas, sirviéndose de un perico a la hora de hacer aguas para no perder el tiempo en el cuarto de baño, mientras dejábase crecer unas barbas hebreas y endrinas, de perfecto profeta menor. Salir, salió una vez muy celebrada en los anales, para ver un sombrerito de nutria con velo de seda, que le dijeron expuesto en un escaparate del *faubourg* e idéntico a los que Laura Hayman, u Odette de Crécy, llevaba a principios de siglo en sus paseos por *l'avenue des* Acacias o por *l'allée des* Myrtes, en el *Bois* de Boulogne, pues es sabido que todo vuelve puntualmente con el paso de los años, en plazos señalados por el tiempo del alma, como *monsieur* lo expuso mejor que nadie. Prescindió entonces de casi todas las cenas en el Ritz, aunque a veces invitase allí a

amigos y devotos literarios, con su habitual prodigalidad rayana en la magnificencia, sin hacer él acto de presencia. De acudir, comparecía muy tarde, sobre las tres o las cuatro de la madrugada, cuando los virtuosos del sexteto parecían dormidos en pie sobre los violines y los tocados de las damas se deshacían como el azúcar en el ajenjo, mientras los caballeros cobraban la palidez verdosa de los exvotos y los espejos se retiraban a descansar con los ojos abiertos. Llegaba entonces *monsieur* Proust, como una alucinación o un esperpento soñado, en una pesadilla compartida por todos los presentes, más descolorido que nadie, de una blancura muy rota y ahora solo comparable a la de su cadáver, o tal vez aún más intensa a la luz de las arañas, el pecho ya muy hinchado por el asma y cubierto por una pelliza forrada de astracán o de merino de dos dientes. Sentábase apoyado en el bastón, respirando trabajosamente, estremecidas las piernas esqueléticas sobre las polainas grises, los ojos encendidos de fiebre en el fondo de las cuencas acardenaladas, y empezaba a hablar de la campanilla del jardín de Combray y de aquel doble tintineo suyo, «*timide, oval et doré*», que anunciaba la visita de Swann a la familia reunida bajo el castaño centenario y en torno de la mesa de hierro. Casi en aquel punto, el del titubeante campanilleo, comenzaba su grande novela y *monsieur* Proust complacíase en evocarle los mínimos detalles de las primeras páginas, mientras en la vida real se iba aproximando a la muerte, sin que nunca pudiese olvidarse del despiadado aunque reverencioso juicio, merecido por su obra a Raimon Reixach, cuando le dijo que «Combray», la primera de las tres partes de *Du côté de chez Swann*, no solo era lo mejor que había leído en su vida sino que también tenía la certeza de no volver a encontrar páginas comparables en toda la literatura, mientras el resto le parecía casi siempre interesante, aunque a veces fuese reiterado y prolijo. Ahora, la obra entera había concluido puntualmente con la palabra «Tiempo» en mayúscula, «*… à des epoques si distantes, entre lesquelles tant de jours sont venus se placer dans le Temps*», aunque en su mayor parte permaneciese aún inédita, y así lamentábalo el espectro de *monsieur* Proust, mientras se llevaban su cuerpo en una caja de caoba con aldabas plateadas, precediendo el duelo camino de la iglesia de Saint-Pierre de Chaillot, en tanto sonaban los clarines de un escuadrón de Caballería, apercibido a rendirle en la calle los honores debidos a un caballero de la *Légion d'Honneur*. De hecho, decíase el espectro de *monsieur*, hubiese podido dedicar toda la eternidad a corregir incesantemente y de memoria su vasta novela, dilatándola en un punto y abreviándola en otro, hasta convertirla en una obra distinta, como él era distinto esta mañana del hombre que se disponían a enterrar. Sorprendíale por

extraña a quien había sido, dicho sea a título de precisión y ejemplo en el discurso menor, su presente indiferencia hacia los seres a quienes su otro yo, el muerto, amó en la tierra, empezando por aquella madre a la que sobreviviera y terminando por su hermano Robert, que a la cabecera del duelo limpiábase ahora una lágrima tímida, oval y casi dorada como la campanilla de Combray, con un dedo del guante. Tan ajeno sentíase a la ceremonia que casi avergonzado de su condición de intruso, aunque invisible, se fue calle abajo sin ni volverse a mirar el piso donde había fallecido y donde quedaban los cuadernos originales de *À la recherche du temps perdu*, «como el reloj en marcha y en la muñeca de un soldado muerto», había dicho poco antes amujerado y ampuloso Jean Cocteau; ni muchísimo menos el cortejo que ahora se ponía en marcha hacia la iglesia. Todavía en el *faubourg* pero ya lejos de la *rue* Hamelin, se valió de un oscuro portón para cobrar apariencia, como un amante impaciente que aprovechase las húmedas tinieblas para abrazarse a sí mismo. Comprobó satisfecho que en aquellas calles ya no le conocía nadie y él andaba muy ligero entre los extraños, casi a saltos de los zapatos lustrosos y puntiagudos, enfundado en el traje oscuro y la camisa de cuello alzado con que iban a enterrarle, como si nunca hubiese padecido los ahogos del asma ni gozado de mejor salud. Al igual que todos los espectros, recién entrados en la eternidad, comprendió instintivamente que le estaba prohibido valsar en viernes o servirse sal en las comidas, sin que tales salvedades le contrariaran en absoluto. En otro particular más delicado, el de su antigua homosexualidad, no conseguía aclararse, pues si unas veces el deseo por los hombres le parecía enterrado con los despojos de su otro yo, en diversas ocasiones sorprendiose admirando las pestañas, el talle o los labios de algún muchacho, con el dulcísimo fervor que un ladrón sacrilego contemplaría las imágenes, que habría robado de no jurarse no volver a tocarlas. Dedujo que aquella sería una deformación literaria, habida cuenta de que tales mozalbetes no le atraían de modo carnal ni incitaban su muy churrigueresca imaginación en todo lo tocante a la sensualidad, limitándose a maravillarse de su belleza, de forma tan casta como algunos hombres permanecen suspensos ante la vívida memoria de una mujer muerta, cuando les parecería una aberración desearla. Se dijo que solo contemplaría a aquellos muchachos con el casi inadvertido propósito de atesorar datos acerca de su aire y compostura para alguna obra futura, donde acaso sus miradas, la dimensión exacta de sus sonrisas o el porte de sus espaldas se convirtiesen en el retrato compuesto de una joven, en la marina nevada de un pisapapeles, o tal vez en un paisaje de abedules y cipreses, bajo la luz de una incierta

primavera, con una carreta de heno al fondo. Casi al mismo tiempo, no pudo por menos de preguntarse cuál sería aquella obra hipotética y cómo iba a escribirla, cuando la concluida llenó su entera vida consciente. Vaciló sin resolver si su espectro, él mismo ahora, sería capaz de crear sin el acicate y el reto del asma. Abogado de sí mismo, alegó que vivo sufriera también interminables períodos de agudos escrúpulos, creyéndose demasiado indocto, harto perezoso o poco versado en el conocimiento de la propia identidad, para aventurarse en una carrera de escritor, cuando en fin de cuentas fue capaz de concluir una creación literaria, que en su vastedad hubiese llenado las vidas de varios hombres, tal vez más dotados y más leídos; pero menos observadores y sobre todo menos perseverantes. En tal punto de sus reflexiones, sintió de nuevo la perentoria necesidad de comunicarse con Raimon Reixach, en el supuesto de que pudiese encontrarlo, puesto que él había penetrado tan profundamente en sus logros y en sus propósitos. Ahora bien, el camino hacia Raimon Reixach era el de España y la ruta de España pasaba históricamente por la *Tour* Saint-Jacques, donde los peregrinos se juntaban para ir a la tumba del apóstol, en los tiempos perdidos de la fe, de los manuscritos iluminados, de las veneras, de las justas y de los últimos milagros. Llegado que hubo el espectro de *monsieur* Proust a aquellas ruinas sagradas, ahora protegidas por una verja y un seto de flores de raspilla o nomeolvides, peinado por la brisa del Sena como en un cuadro de Sisley, no se sorprendió en absoluto al encontrarse allí a Raimon Reixach esperándole. Corrió a abrazarle muy conmovido *monsieur* Marcel; pero en última instancia se limitó a saludarlo por su nombre y a estrecharle la mano, desconcertado por el gesto de asombro que un ciego leería en su rostro y confundido a la vez por el inesperado envejecimiento de Raimon Reixach, quien se había avellanado y revejecido unos treinta años desde la última vez que le vio, año y medio o dos atrás. Titubeando y mirando de reojo a su alrededor, como si súbitamente Raimon Reixach desconociese París o creyera hallarse en la fantasía de otro hombre, le dijo al espectro que esperaba y no esperaba encontrarse allí con él, pues si por un lado una fuerza inapelable y desconocida le había llevado a la *Tour* Saint-Jacques, cuando pensaba dirigirse a un sitio muy distinto y en época muy diferente, por otro vino a leer en la prensa las nuevas del fallecimiento de *monsieur* Proust y de su entierro aquella misma mañana, después de oficiados los servicios fúnebres en la iglesia de Saint-Pierre de Chaillot, a los acordes de la *Pavana para una infanta difunta*, de Maurice Ravel, el del bolero. En voz baja, para que ningún viandante a su alrededor dudase de sus luces, *monsieur* Marcel le confesó no

ser él sino su espectro y haberse celebrado muy ciertamente sus funerales aquella mañana, a los que ahora se alegraba de no haber asistido por partida doble, pues siempre prefirió a César Frank muy por encima de Ravel y en César Frank se inspiró para crear a su compositor Vinteuil, como era bien sabido, en tanto que por otra parte, «*last but not least*» como dirían los ingleses, ninguna ocasión social, incluidos sus propios funerales, valía el precio del encuentro con un inteligente y tan querido amigo como Raimon Reixach. Añadió para concluir que aquella misma fuerza desconocida e inapelable, que llevara a Raimon Reixach a la *Tour*, le condujo también a él a su encuentro, pues tenían que hablar de muchas cosas, «*oh! compagnon de mon âme, compagnon!*», «¡compañero del alma, compañero!». Replicó Raimon Reixach que todo era extrañísimo y su encuentro resultaba el mayor de los enigmas, no por habérsele aparecido el espectro de *monsieur* Proust y ser este ahora su apreciado interlocutor, puesto que él, médico abierto de espíritu y lector de Shakespeare, no ignoraba que cuanto más supiésemos de la muerte más sabríamos de la vida y que más verdades cabían en el cielo y en la tierra de las que pudiese abarcar su ciencia, sino porque según sus cálculos y también según el testimonio de la memoria, *monsieur* Proust había fallecido dos veces. Sonrió *monsieur* Proust, tomando del brazo a Raimon Reixach y le dijo que sus lecturas de Shakespeare probablemente le habían confundido pues si bien el cisne del Avon viene a decir en *Julius Caesar* que el valiente muere una sola vez y el cobarde padece mil muertes, en el supuesto de que *monsieur* Marcel lo recordase con aproximada corrección, el dramaturgo daba un obvio sentido simbólico y ético a la frase, en tanto que él, *monsieur* Proust había librado el alma una sola vez, como todos los muertos de la tierra, «*comme tous les morts du monde*». Raimon Reixach sacudió la cabeza y dijo que no, definitivamente no, «*pas comme tous le morts du monde*», porque él, Raimon Reixach, había leído en 1922 y no mucho después de su regreso a España, cuando vivía con su padre en el barrio de la Ribera barcelonés, la noticia del fallecimiento de *monsieur* Proust en París, de resultas de una pulmonía, así como las nuevas de sus exequias a los acordes de la *Pavana* de Ravel y con honores de caballero de la *Légion d'Honneur*, rendidos por un piquete o por un escuadrón de Caballería, que el detalle no le parecía relevante y de hecho lo había olvidado hasta ahora. Las nuevas le afectaron profundamente, pues había aprendido a considerar a *monsieur* Marcel casi como una transposición de su propio padre y por eso solo quiso contarle su amistad con el maestro a un íntimo amigo, también médico y llamado Jorge Cirarda, a quien conocería muchos años después. Entre tanto, y a medida que

iban apareciendo las ediciones póstumas de los últimos cinco volúmenes de *À la recherche du temps perdu*, Raimon Reixach los adquiría en la Librería Francesa de Barcelona primero y en la de Madrid después, llegando a conocer la obra de *monsieur* Proust como un especialista, a través de varias y muy pacientes lecturas. Aprendió, por ejemplo, el refrán de Combray acerca de las polillas, que las decía los mejores peleteros por servirse siempre de óptimas telas, o la reflexión final del protagonista, Marcel, al cabo de *Le temps retrouvé*, cuando afirma de forma un tanto evidente que si se tratase solo de nuestros corazones, tendría razón el poeta al hablar de los «hilos misteriosos» que la vida cercena, aunque también es cierto que de forma incesante teje otros entre los acontecimientos y entre los seres, doblándolos y entrecruzándolos para espesar la trama, de tal modo que entre el punto más insignificante de nuestro pasado y todos los demás, una riquísima red nos ofrece toda suerte de recuerdos entre los cuales tenemos la opción de escoger. Treinta y dos años después de la muerte de *monsieur* Proust, omitidas para abreviar la Historia de la época y la semblanza privada de Raimon Reixach en aquellos tiempos, tomó el expreso de Barcelona en Madrid, para irse a encerrar voluntariamente en una clínica mental de los Pirineos, por razones que en otra ocasión le expondría detalladamente, pues no carecían de extraño interés y acerca de las cuales le agradaría escuchar el parecer de un observador tan consumado como el espectro de *monsieur* Marcel. No obstante, en cuanto hubo desembarcado en el andén de la calle Aragón, en Barcelona, sintió un injustificado pero irresistible impulso, que, sin apearle del propósito de recluirse en el sanatorio, le obligaba a posponerlo, hasta después de un urgente viaje a París de la Francia, cuya finalidad, a mayor abundamiento de todos los misterios del alma, desconocía en absoluto. Aquella misma mañana solicitó y obtuvo el visado en el consulado francés y al día siguiente, después de un almuerzo de espárragos pericos y de lengua de ternera a la vinagreta, subió al expreso de Cerbère, todavía ignorante de los motivos que le conducían a París; pero con el convencimiento incontrovertible de que no podía ni debía demorar aquel peregrinaje, que acaso le llevaba a la iglesia de un dios desconocido, cuyo nombre, rostro y aun la propia existencia estuvieran vedados al hombre. En Cerbère pasó la aduana, compró *L’Indépendant* de aquel día, que era el 20 de noviembre de 1954, y se durmió a solas en un compartimiento de primera, apenas el tren hubo salido de la estación y empezado a adentrarse en Francia, ya cerrada la noche. Tuvo entonces un sueño, cuyos detalles permanecían vívidos en él al día siguiente, «en el supuesto bastante gratuito de que aquel fuese el día

siguiente», como se lo puntualizaba al espectro de *monsieur* Proust al pie de la *Tour* Saint-Jaques. Vio en la pesadilla a su abuelo muerto, dormido ahora en la solana de Horta, con la faja y la boina puestas, hablando en babilónico o en neosumerio de los siglos XVII o XVI antes de Cristo, como tantas veces lo contemplaría fascinado en su propia niñez y poco antes de la muerte del anciano, cuando entreveraba e imbricaba afirmaciones en catalán de la Terra Alta, con otras en aquella lengua desconocida, para llamarse gran sacerdote del templo de Zimri-Lim, todavía no excavado ni siquiera descubierto en aquel entonces. En el sueño de Raimon Reixach despertaba el abuelo y de forma perentoria le decía haber hablado con Gudea, señor de todas las tierras entre el Tigris y el Éufrates, dueño también de toda la sabiduría depositada en el mundo por los dioses, quien le ordenaba de modo apremiante bajar de aquel tren y volverse a España, antes de que el tiempo le capturara en uno de sus más secretos y prohibidos laberintos. Replicó Raimon Reixach no poder apearse del expreso porque estaba dormido y en sueños hablaba al abuelo, quien por lo demás había muerto en otra época. El viejo enfurecíase entonces, cuando en vida fuera un payés considerado con todo el mundo, a quien ni siquiera los suyos le oyeron levantar la voz o amenazar a nadie, como nunca se humilló ante los ricos ni ensoberbeció frente a los pobres. Aullando como un chacal egipcio, gritó a su nieto que cualquier hombre, aun el más indigno, es responsable de sus sueños y del tiempo en que le tocó vivir. No hay mayor pecado que el de perdonarse los cometidos en una pesadilla, porque dormidos somos nuestro ser más auténtico, sin afeites ni disfraces; o el de trascender el tiempo o el orden de los años en nuestro paso por la tierra, puesto que tal privilegio concierne exclusivamente a los dioses y a los demonios, no a las criaturas nacidas de mujer. Despertó entonces Raimon Reixach para encontrarse el tren detenido en la estación de Limoges. Dos parejas de media edad, pero de apariencia todavía joven, entraron en el compartimiento en un revuelo de bolsos y maletas de piel, con iniciales embutidas que Raimon Reixach no recordaría nunca. Le asombró la indumentaria de aquella gente, en cuanto se despojaron de los abrigos para allanarlos en las redecillas y encima del equipaje, porque parecían vestidos a la usanza de treinta o de treinta y cinco años atrás, como si el tiempo se hubiese detenido en Limoges, a medio camino entre París y los Pirineos, desde los días de la muerte de Lenin y de la Marcha sobre Roma, a cargo de Mussolini y sus *fascisti*, en espera de aquel expreso y de Raimon Reixach. Ellos calzaban botas de media caña y puntera casi cuadrada, abotonadas por encima del tobillo y del calcañar; ellas, zapatitos escotados, de tacones bajos, sujetos con una sola tira

y un botoncillo de azabache. Los caballeros lucían pantalones entallados, de estrechas perneras y chaquetas de muy diminutas solapas, casi cerradas bajo la gola, en tanto que sus parejas, tocadas ellas con unos sombreros en forma de casco, recogidos sobre las orejas, exhibían unos vestidos sin talle, con la falda a media pierna y grandes flores de fieltro y de organdí en la cadera. Instintivamente, con el apresurado desconcierto de quien se embebece escuchando el canto de un canario, preso en su jaula junto a un calendario, y de súbito se encuentra entre extraños y en un baile de disfraces, buscó Raimon Reixach el ejemplar de *L'Indépendant* adquirido en la aduana de Cerbère, que recordaba haberse dejado junto a él y sobre el asiento al dormirse. No pudo encontrarlo en parte alguna, como si la antevíspera, que recogería aquel diario del día de ayer, no hubiese sido o aún tuviera que existir. Diríase que al igual que en estos sueños, donde pasamos de un evento a otro avanzando o retrocediendo entre los años, mientras discurrimos en casas o en estancias distintas, el tiempo había perdido su condición irrevocable y brincaba hacia atrás, como estos altos surtidores que se retiran en mitad de su ascenso, abofeteados por una súbita ráfaga, para devolverle a unas horas de su juventud, regresando a una época pasada pero no necesariamente un *déjà vu*; pues si él mismo en otro tiempo vistió como aquellos señores de las reducidísimas solapas o creyó haber amado a alguna mujer tocada con casco de fieltro, aunque le fuese forzoso reconocer de pasada que su único y verdadero amor era Aurelia, la condesa viuda de Miralpeix, que vivió dos vidas en dos ámbitos temporales distintos, no recordaba haberse encontrado nunca con aquellos desconocidos, en un tren camino de París y a la salida de la estación de Limoges. Entre tanto, para mayor asombro suyo, los cuatro franceses empezaron a hablar entre sí, ignorando su presencia del mismo modo que si él, al igual que *L'Indépendant* de la víspera, tampoco hubiera existido o aún tuviese que ser. Los caballeros comentaban la pelea de Dempsey y de Carpentier, el llamado combate del siglo, sostenida en los Estados Unidos y «en julio del año anterior», como si hubiese ocurrido aquella misma tarde y ellos la presenciaran en Limoges, antes de subirse al expreso. Uno dijo que en el segundo asalto, Carpentier, *le garçon des orchidées à la boutonnière*, pudo haber vencido a Dempsey de no haberse roto una mano golpeándole la durísima cabeza, como luego vino a saberse. Dempsey era un bruto, *une espèce de sauvage*, sin otro mérito que aquella fuerza física suya, capaz de absorber las puñadas más recias sin un pestañeo y de devolverlas con el ímpetu de un batán, proseguía muy convencido aquel caballero de Limoges. Bastaba ver a Carpentier, tan ligero y

sonriente, grácil a pesar de su vigor de su probada entereza, para comprender que en igualdad de condiciones Dempsey no hubiese podido vencerle nunca. Su atento interlocutor replicó con el más convencido, si bien amistoso, desacuerdo. Había una diferencia de peso demasiado notable entre ambos gladiadores, para que la llamada pelea del siglo no resultase desigual y muy predecible, en favor de Dempsey. Carpentier no pasaba de ser un ligero y fuera de su división hallábase tan perdido como el pez en el aire; de tal forma que su suerte habría estado echada, aun de no haberse resquebrajado una mano golpeando aquel peñasco humano de Dempsey. Mientras los dos hidalgos de Limoges, la tierra de la porcelana, debatían los méritos pugilísticos de Carpentier y de Dempsey, sus esposas, porque sin duda lo serían aquellas damas casi cuarentonas, a quienes Raimon Reixach imaginaba desposadas en alguna iglesia de pueblo, quizá entre Saint-Léonard y Saint-Junien, en una breve ceremonia seguida por un interminable banquete de bodas que se prolongaría hasta el fondo de un crepúsculo acardenalado, comentaban una película del año anterior: *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*. Riéndose casi a escondidas, como si hubiese proferido una suerte de particularísima obscenidad, vedada a los varones, una dijo haber leído en cierta revista que el verdadero nombre de Rodolfo Valentino era Rodolfo Alfonso Raffaello Pietro Filiberto Guglielmi di Valentina d’Antonguolla y aunque ella tenía una pésima memoria, que a veces al despertar le impedía acordarse de su propio nombre o le vedaba la evocación de los rostros de sus padres en algunas ocasiones, recordaría siempre cómo se llamaba en realidad Valentino, como si de nuevo viese aquel recital escrito en grandes letras sobre algún muro del alma, que Raimon Reixach juzgó sería el de las lamentaciones más privadas e inconfesables. Su amiga la interrumpió en aquel punto, para precisar que había leído la novela de Vicente Blasco Ibáñez, en la que los americanos inspiraron la película y que el libro era muy superior a lo llevado a la pantalla, a pesar de su éxito. De hecho, acordaron las dos, *le film américain* reduciríase a muy poca cosa, de no haber sido por Valentino y aquellos divinos tangos, que bailaba como si el mundo entero se resumiese en la mujer del chal y del látigo al hombro, que estrechaba en sus brazos. *Oui, oui, je suis d’accord*, aunque me han dicho que *cet homme, Valentino, est un pédéraste qui s’ignore*. No creo una sola palabra, *vous voyez des pédérastes partout*. Llegados a la estación de Austerlitz, se apearon todos, sin que los dos matrimonios hubiesen reparado en la presencia de Raimon Reixach, o se molestaran en reconocerla en el compartimiento. Tal vez ignorándola después de haberla dado por supuesta, como en realidad no advertimos a quienes se

topan con nosotros en una acera muy poblada, o no alcanzamos a reparar en quienes otro día se apiñarán en aquel tramo de calle, al resol estrellado por la misma hora sobre idénticas fachadas, parecidos a nosotros pero distintos porque nada ni nadie se repite igual a sí mismo en el tiempo sin pausa.

¿Nada? ¿Nadie? Ahora vacilaba Raimon Reixach al confesarlo, porque en el propio andén de la estación había comprado *Le Figaro*, para leer que aquella mañana tendrían lugar los funerales y el entierro de *monsieur* Proust, al son de la *Pavana para una infanta difunta* y en el cementerio del Père Lachaise, que Raimon Reixach sabía sucedidos hacía treinta años o más. En aquel desconcierto, mientras creía haber enloquecido de veras, sin que el temor de la demencia le turbara en exceso, una súbita e inexplicable determinación, tan impensada e irrazonable como los repentes que llevan a las bandadas de mirlos a volar desde un jardín al alero de un tejado, o desde el alero a la rama más alta de un pino muy crecido, le condujo a la *Tour* Saint-Jacques desde la *gare* de Austerlitz para encontrarse allí con *monsieur* Proust, también en busca de sí mismo, como de forma inconsciente siempre pensó volver a tropezárselo y ahora, al rememorar y resumirse aquel imprevisto viaje a París, comprendía que ningún otro propósito sino el de cumplir aquella cita con el espectro del escritor le había impulsado a emprenderlo. Lo único que no alcanzaba a entender, prosiguió en tono confidencial mientras *monsieur* Proust, siempre tan atento y además ahora vivamente interesado, le escuchaba absorto, era por qué no le había arrastrado hasta la *Tour* Saint-Jacques el mismo arrebato mágico muchísimo antes, cuando treinta o treinta y dos años atrás supo en España la muerte, ¿la primera muerte?, del novelista. Calló, aunque en aquellos instantes tampoco pudiese olvidarlo, haber escrito el principio de un libro de indefinido género, donde anticipaba con todo detalle el primer año de la guerra civil española. No quiso confesárselo a *monsieur* Proust, pensando que si había vuelto a 1922, la contienda de España aún tardaría mucho tiempo en declararse; pero no pudo por menos de decirse que una suerte de simetría al revés, entre él y *monsieur*, parecía haber gobernado la redacción de aquellas páginas, siempre incompletas sobre el papel y finalmente alcanzadas y excedidas por la verídica Historia. En otras palabras, que fueron las tácitas de Raimon Reixach al resumirse la invertida analogía, si *monsieur* había evocado horas del pasado con una lentitud y una minuciosidad desconocidas hasta la salida de su obra maestra, Raimon Reixach había traducido una parte del porvenir con un esmero parecido al del maestro, por lo demorado y lo laberíntico. De tan oblicuas y ocultas reflexiones le distrajo *monsieur* Proust o, por mejor precisarlo, su espectro,

cuando le dijo haber tardado unos instantes en reconocerle, no por envejecido en los treinta años, que el propio Raimon Reixach decía transcurridos desde que se conocieron en París o desde la primera muerte del propio *monsieur* Proust, siempre según Raimon Reixach, sino por llevar gafas de concha atigrada, más severas y acaso también más apropiadas a la madurez que aquellas de patillas y puente de alambre del pasado, así como por aderezarse el rostro con bigote y perilla peinada, aunque en sus mocedades de estudiante parecía barbilampiño. El espectro de *monsieur* Proust aprovechó la oportunidad para añadir que él mismo solía variarse la apariencia con súbitas barbas, siempre crecidas con la rapidez de los setales en el musgo de los pinos o en la hojarasca del encinar a las primeras lluvias de otoño, de forma tan inesperada que a veces sus amigos más íntimos, los únicos autorizados en la laboriosa soledad de la alcoba, casi no alcanzaban a reconocerlo. Raimon Reixach encogiose de hombros para replicarle que él en realidad nunca tuvo el señalado honor de conocer de veras a *monsieur* Marcel, aunque no recordase ahora si en los tiempos en que le visitaba lucía o no aquellas barbas nazarenas y rabínicas, tan prietas y oscuras, sin una sola hebra plateada. Dio en reiterarlo al menos dos veces, con cierto dejo de cansada tristeza, aunque *monsieur* Proust lo negase con tono de absoluta sinceridad y afirmara que nadie caló con mayor hondura que Raimon Reixach en sus más recónditas intimidades. Fue entonces, acaso para asentir con el espectro o tal vez para mostrarle sus dudas, cuando Raimon Reixach le dijo vacilar aún al preguntarse si *monsieur* Proust vivía o había muerto, aunque él mismo hubiese leído su obituario en un par de ocasiones separadas por más de treinta años en los periódicos. En resumen y suplicando la gentileza de su interlocutor, el gran novelista preguntábase si *monsieur* no fingiría ahora su muerte del mismo modo que antes pretendió padecer el asma periódica y exacerbante, para que el mundo no interrumpiese de forma innecesaria aquella obra, que era el sentido y el propósito de su entera existencia. *Monsieur* Proust lo negó en voz muy baja, por lo apenada que no por lo contrita, confesándole el presentimiento súbitamente sentido entonces de ser del todo incapaz de escribir, lo cual equivalía a la muerte eterna y a la interminable noche del alma, por siempre oscura, para un auténtico creador. Como si tan íntimas y dolorosas confidencias le abochornaran, arrancándole un punto de arrebol a los pálidos pómulos de feldespato nacarado al borde de las barbas, *monsieur* Proust le preguntó atropelladamente si él, Raimon Reixach, no querría engañarle a su vez con la pretensión de haber envejecido treinta años largos, cuando no haría sino unos meses que fue a despedirse de

él en el *boulevard* Haussmann, entonces afeitado a navaja y con lentes de montura de alambre dorado. Aun después de haber pasado por el trauma de la muerte, que es una especie de parto al revés, el espectro de *monsieur* Proust recordaba perfectamente que Raimon Reixach le había contado irse a Barcelona, a visitar a su padre, quien vivía y ejercía en el barrio de la Ribera, un nombre que fascinó a *monsieur* casi tanto como el de Guermantes cuando transformó en este apellido, hoy ilustre en los anales de las Letras, el de la condesa Greffuhle, *née* Elisabeth de Chimay, y le produjo aun mayor embeleso si cabe al añadir Raimon Reixach que unos años antes, por la época en que su padre abrió allí la consulta, las calles más antiguas se aromaban con la fragancia de los magnolios del Parque de la Ciudadela. Raimon Reixach sacudió la cabeza y dijo no fingir su presente madurez ni haber deformado el transcurso del tiempo, convirtiendo unos meses en enteros decenios, aunque el espectro de *monsieur* Proust recordase con tanta claridad su última entrevista. Insistió en hallarse los dos realmente en 1954, a pesar de todas las apariencias y en la necesidad de desbrozarlas para sentar pie en el tiempo que les correspondía, antes de que él, Raimon Reixach, fuese a El Sueño de la Razón, como había sido su propósito original la víspera de su súbito viaje a París, empujado por el más impensado e inevitable de los impulsos. Tuvo que contarle entonces a *monsieur* Proust, cuya curiosidad intelectual aun muerto era infinita, todo lo referente al sanatorio de Manuel Valentí Miralles, duque de la Trinitat, donde solo se recluían quienes voluntariamente quisieron creerse locos, así como describirle el paisaje del lugar y aquel monasterio de San Judas apóstol, donde cualquier piedrecita arrojada a la cisterna del priorato abría siempre ondas concéntricas con el claustro, el jardín y la alberca, como si una fuerza más precisa y elaborada que la de la gravedad universal la atrajese al centro exacto del aljibe. El espectro de *monsieur* Proust le escuchaba con devota atención, una mano en la barbuda quijada y el codo en la palma de la otra, apoyada casi toda su endeble figura en una sola cadera y en actitud un tanto adamada, como solía adoptarla al ensimismarse en vida, desatendido de sus amaneradas trazas. Al cabo se dijo dispuesto a seguirle a El Sueño de la Razón, si verdaderamente estaban en 1954, porque la muerte era para un escritor la demencia absoluta, habida cuenta de que le negaba la capacidad de escribir, quizá por adecuarse únicamente la obra creadora a la vida efímera y ansiosa de inmortalidad, sin quitarle el deseo de traducir sus vivencias de espectro en palabras. Replicó Raimon Reixach, quien a veces parecía muy legítimo heredero de sus mayores, los consecuentes payeses de Horta, que si el espectro de un hombre tan sensible e

inteligente como *monsieur* Proust tenía la certeza de ser aquel su destino en la muerte, la imposibilidad de escribir más parecía una condena que una forma de locura y por lo tanto dudaba mucho de que en El Sueño de la Razón pudiesen curarle aquella impotencia acaso tan irrevocable como el tiempo infinito. *Monsieur* Proust se encogió de hombros resignadamente y dijo que en todo caso no quería perderse la oportunidad de ensayar cualquier remedio adecuado a un muerto, pues una especie de providencia particular casi ponía a su alcance El Sueño de la Razón a través de Raimon Reixach. Cabía en lo posible que su inhibición inconfesable ante la idea de proseguir la obra creadora, *À la recherche de la vie perdue* después de *À la recherche du temps perdu*, fuese individual y no afectase a otros escritores. («¿Se ha preguntado usted, mi joven amigo, pues va a permitirme que siga llamándole *mi joven amigo* aunque • hayan transcurrido estos treinta años de que me habla, lo que estará escribiendo a estas horas, ya aposentado en la vastísima plaza de toros de la eternidad, su don Miguel de Cervantes? ¿Sabía usted que cuando Victor Hugo vivía desterrado en Guernesey asistió a una función de espiritismo, donde se le apareció Cristo para decirle que estaba leyendo *Don Quijote* muy complacido y que Victor Hugo, *à la fin français et très arrogant*, se fue dando un portazo al confesarle Cristo que aún no había tenido la oportunidad de leer ninguna de sus obras, ni siquiera las prohibidas por la Iglesia, como *Les miserables* y *Notre-Dame de Paris*?»). En tal caso, proseguía *monsieur* Marcel, si la incapacidad de escribir era solo suya, del espectro de *monsieur* Proust, tal vez en El Sueño de la Razón podrían repararla. Se fueron aquella misma tarde hacia Cerbère, en el expreso de la anochecida, y cenaron en el vagón restaurante, entre anuncios de agua de Evian y de cerveza de Alsacia, rodeados de gentes vestidas a la usanza de los *roaring twenties* o felices veinte, aunque Raimon Reixach tenía la impresión o acaso el presentimiento de que a medida que avanzaban hacia el Sur iban adentrándose en el porvenir o, por mejor decirlo, en el presente de 1954. Le confió a *monsieur* Proust aquellas íntimas e ilógicas reflexiones suyas, cuando el espectro, a cuya perspicacia no escapaba ninguno de sus gestos, le preguntó qué pensamientos le abstraían. *Monsieur* Marcel le dijo a su vez que Goethe, en su primer viaje a Italia, admirose al ver que las floraciones se anticipaban en los campos, mientras él progresaba hacia el Sur, como si la vida pulsase a un ritmo más apresurado que en Alemania. Raimon Reixach se vio obligado a replicarle que la Historia de aquellos tiempos, desde la primera muerte de *monsieur* Proust hasta aquel año de gracia y de 1954, hacia el cual él, Raimon Reixach, se imaginaba que los dos se dirigían ahora, no estaba compuesta precisamente

de líricas cosechas sino de muy vastas tragedias, que pasó a relatarle cumplidamente. *Monsieur* Marcel sacudía la cabeza apesadumbrado y decía no haber creído aquella cándida falacia, puesta de moda en Francia en agosto de 1914, cuando empezaron a tronar los cañones, según cuyo atolondrado optimismo la Gran Guerra iba a terminar con todas las guerras. Por otra parte, nunca hubiese concebido dramas tan terribles como los expuestos por Raimon Reixach, su joven amigo. Su voz tenía un aire de profunda sinceridad, que subrayaba la frente humillada; pero Raimon Reixach no pudo por menos de advertir que el ritmo de las flores despuntadas en Italia le cautivaba mucho más que los genocidios contemporáneos, como sin duda le habría sucedido a Goethe, de haber vivido en tiempos tan sangrientos. Concluyó para su gobierno, que todos los grandes intelectuales, «los sacerdotes de la palabra» como los llamaba José Asunción Silva en un libro de sus poesías completas, que le prestara en Madrid don Jorge Cirarda, eran perfectos cristianos al permitir que los muertos enterrasen a los muertos, según el precepto evangélico. Se apearon en Perpiñán, por la mañana, después de una noche sin historia en la cual *monsieur* Proust tuvo su primer sueño de muerto. Contó haber vuelto a su infancia y a la casa de Combray, demolida largo tiempo atrás, para ver a su padre en camisa de dormir y con una palmatoria encendida en la mano, subiendo aquella escalera de piedra y de altos peldaños, mientras una mancha de luz amarillenta, estampada en el muro, le seguía titubeante. No hubo más o de haber tenido otras visiones, las había olvidado, aunque aquel sueño se le aparecía aún en la memoria con nitidez incomparable y muy superior a la de cualquier otro. En Perpiñán desayunaron y Raimon Reixach se maravilló al contemplar el buen apetito del espectro de *monsieur* Proust, quien en vida pasara años enteros alimentándose casi exclusivamente de café filtrado, como se lo había dicho Laura Heyman, después de hacer el amor por primera vez en aquel apartamiento suyo de la *rue* de La Pérousse, lleno de crisantemos, de rosarios turcos, de faroles japoneses y de lámparas votivas de porcelana. También en Perpiñán, Raimon Reixach compró un mapa del *arrondissement* de Ar-les-sur-Tech, para dar con el camino más corto a El Sueño de la Razón, a través de la montaña y de la frontera, puesto que *monsieur* Proust carecía de pasaporte para entrar legalmente en España. A pesar de todas las seguridades que le daba el espectro de *monsieur* Marcel, recordando que en vida solo le había visto encamado y apoyado en un cerro de almohadones, tan enemigo de la luz del día como un murciélago, Raimon Reixach temíase a veces que desfalleciera en mitad de los montes, vencido por la larga y empinada marcha, Pirineos arriba y Pirineos abajo, aunque en *À*

la recherche du temps perdu y en la parte referente a su infancia, que el discreto lector recordará como la preferida de Raimon Reixach, *monsieur* Proust hablaba con muy lúcida devoción de sus largos paseos en las tardes de verano y de Combray, que eran muy soleadas con una delgadísima franja violeta en el horizonte, por el lado del castillo de Guermantes y por el lado de la hacienda de Swann. El espectro de *monsieur* Proust le reiteró encarecidamente ser capaz de triscar horas seguidas por aquellos atajos, que se anunciaban y perfilaban en la lejanía flanqueados por madroños y zarzales, porque la muerte le infundía unas renovadas energías parecidas a las de la niñez, cuando su vida entera era una suerte de veloz ascenso cuesta arriba, como el del salmón irisado por la curva destellante de una cascada. A la mañana siguiente tomaron un taxi último modelo, casi recién salido de la fábrica en aquel mismo otoño de 1922 («*c'est le dernier cri, monsieur*», le dijo el chofer a Raimon Reixach al alquilarlo), que les condujo a Les Illas por Le Boulou, a lo largo de un camino bordeado de plátanos deshojados y bajo un cielo color de angélica carlina, donde se desperezaba un otoño de oros revejidos y azules transparentes. En Les Illas, un pueblo de tejas asalmonadas y plaza muy chica, emprendieron a pie el camino de España por laderas de brezales y castaños, siguiendo a veces un musgoso senderuelo y a veces una especie de graderío, que lluvias torrenciales y caprichosas, tal vez en épocas anteriores al crepúsculo de los monstruos, habían labrado en la cuesta de roca viva, mucho antes de los crímenes y de los relojes de los hombres. Admiraron en seguida a Raimon Reixach las fuerzas de *monsieur* Proust, puestas a prueba y evidenciadas con la puntualidad que predijo el espectro, mientras trepaba por los atajos o se escurría de perfil entre los espinares, siempre con una sonrisa de cortés deferencia hacia su compañero, cuando se paraba a aguardarle para que Raimon Reixach moderara el acezo y limpiase los espejuelos de sus anteojos. En verdad, mucho antes de alcanzar aquel punto donde el espinazo de la montaña dividía los dos países, se había habituado ya a sus propios retrasos sobre el paso cada vez más acelerado de la muerte, porque otras impresiones, quizá más desconcertantes pero no menos previsibles y aun previstas por Raimon Reixach, cautivaban su indivisible atención. A medida que iban emboscándose, convencíase con más clara certeza de que el sol mañanero que les alumbraba no era el de noviembre de 1922 sino el del otoño de 1954, cuando aquel súbito arrebato suyo le llevó a la *Tour* Saint-Jacques, en vez de a El Sueño de la Razón, adonde se dirigía ahora con el espectro de *monsieur* Proust por el más inesperado de los caminos. La primera visión del sanatorio, ya en la cuesta española, vino a

confirmarle aquellos presentimientos. En la hondonada y seguido por la vasta perspectiva del llano azulado por la distancia, distinguía el monasterio con su alberca redonda, brillando ahora en la mañana como un espejo, tal como lo había visto en los tres días, ya tan separados por los años, que pasó en aquel lugar con su padre para olvidar penas de amores por Aurelia, la de Miralpeix. No obstante, al otro lado del cardenchal y del praderío, que entre los verdes encenizados de los bosques abría una lista de verdeceledón, justo en el lugar donde Raimon Reixach le dijo a su padre que deberían construir otro edificio para equilibrar el paisaje, alzábase el sanatorio del doctor Valentí Miralles, último duque de la Trinitat. Sonaron las campanas de algún pueblo, cercano aunque oculto por los encinares y Raimon Reixach tuvo la certeza de que no daban horas de 1922 sino de 1954, porque había vuelto al presente trayéndose del pasado al espectro de *monsieur* Marcel. Así lo dijo en voz alta, antes de proseguir el camino de la clínica en su último tramo, y *monsieur* Proust asintió lentamente con la cabeza mientras paseaba la vista por todo el horizonte alrededor, para admitir luego que las conclusiones de Raimon Reixach le parecían muy aceptables, puesto que en cuestiones referentes al tiempo y al espacio todo resultaba muy insólito y al margen de la lógica. Si él, el espectro de *monsieur* Marcel, no se equivocaba, en aquella mañana de 1954 los dos concluían un peregrinaje, arrancado precisamente de la *Tour* Saint-Jacques, que venía a complementar los medievales a Santiago de Compostela. En el siglo XI los fieles empezaron a recorrer aquel mismo sendero, llamado entonces el camino francés a la tumba del apóstol, pues a espaldas suyas Arles-sur-Tech fue punto de cruce de los romeros llegados de París y de los procedentes de la Europa Oriental, en tanto que Raimon Reixach y el espectro de *monsieur* Proust, estaban a punto de alcanzar su propia fuente de indulgencias, que no era sino El Sueño de la Razón. Añadió reflexivo, antes de proseguir la marcha con su buen paso de siempre, que la analogía le parecía tan irrebatible como si un escritor desconocido la hubiese escogido para cerrar un capítulo cualquiera de una novela suya, donde ellos dos, entre otros muchos, fuesen parte de la verídica nómina de los protagonistas.

Ulysse Personne

Solo recordaba su nombre, Ulysse Personne, y decía haber venido a El Sueño de la Razón en busca de la suya, perdida con la memoria. Hubiese podido tener cualquier edad, entre los veinte y los treinta y cinco años, aunque a veces su gesto tomase la resignada delicadeza de la adolescencia, cuando la perla irisada y cruel de la vida no se ha cerrado aún en torno del hombre, como recitaba en voz baja don Jorge Cirarda, citando a don Luis Cernuda, otro poeta de la generación de su amigo don Vicente Aleixandre. En distintas ocasiones, al mirarlo se casaba inevitablemente la expresión de desapego que solía cruzarle el rostro con las canas sueltas que en retorcidos zarcillos le plateaban un poco la rizosa cabeza, para atribuirle tantos abriles como se quisiera, incluidos los de la mismísima Razón, fueran estos cuales fuesen.

—*He's an overaged beatnick!* ¡Es un *beatnick* demasiado maduro! —exclamó al verle una enfermera americana, que trabajaba entonces en El Sueño de la Razón, para añadir seguidamente que aquella suerte de *hippy* y de hombre prematuramente envejecido, que ambas cosas hubiese sido a la vuelta de unos pocos años, era apuesto y tenía un aire de deliciosa inocencia.

Beatnick, o *hippy* como decimos que luego se hubiese dicho, sí lo parecía el muchacho con su poncho astroso y sus botas, que acaso en otro tiempo fueron de un pocero, amén de la cintilla roja para sujetarse la cola de aquella cabellera suya, toda hecha de diminutas caracoletas. El doctor Juan Antonio Torre de la Estigia, que andaba entonces sumido y abstraído en estudios y experiencias de hipnosis y análisis de vidas pasadas, como tratamiento de todas las formas de psicopatía, en seguida sintiose fascinado por aquel caso de amnesia absoluta, que extrañamente parecía provocar la indiferencia del doctor Valentí Miralles. Una tarde, a poco de la llegada de Ulysse Personne y en presencia de todos los pacientes y del personal médico, como era costumbre terapéutica del sanatorio, el doctor Torre de la Estigia le hipnotizó valiéndose de su reloj de bolsillo, que pasaba en preciso movimiento pendular ante los ojos del muchacho, tendido en un diván sin brazos y entre muchos almohadones sueltos.

—Te duermes y vuelves a la primera de las vidas que recuerdas, más allá del tiempo, donde la memoria encuentra su venero —a una señal del doctor Torre de la Estigia, María Amalia de Saint-Cyprien, quien tan sobradamente probara sus dotes de médium, sentose al borde del sofá y tomó entre las suyas una de las manos de Ulysse Personne, ya en trance y con los ojos cerrados—. Veamos, ¿quién eres ahora y dónde te encuentras?

—*Ieu sui Arnaut qu'amas l'aura / e chatz la lebre ab lo bou / e nadi contra suberna* —repuso para desconcierto de casi todo el mundo, en una lengua desconocida.

—¡Está hablando en provenzal! —exclamó *monsieur* Proust—. Creo que recita unos versos de Arnaut Daniel.

—En efecto, habla en provenzal y recita una *tornada* de Arnaut, el poeta del siglo XII a quien Petrarca llamaría luego «gran maestro de amor», en el tercero de sus *Trionfi* -asintió *monsieur* de Descartes, quien parecía haber asimilado todo el saber hasta sus tiempos, a pesar de su pretendida pereza y de aquel aire suyo, entre francés y malayo siempre educado por los jesuitas de La Flèche.

—Dante lo encuentra en el canto XXVI o XXVII del Purgatorio, lo hace hablar en un provenzal perfecto y lo llama «*il miglior fabbro del parlar materno*» —proseguía *monsieur* Proust, admirando al mismísimo *monsieur* de Descartes con su erudición aprendida en la cama y en las treguas del asma.

—*Ieu sui Arnaut qu'amas l'aura / e chatz la lebre ab lo bou / e nadi contra suberna* —repitió Ulysse Personne, siempre con los ojos cerrados.

—¿Qué dice, en el nombre de Dios, qué está diciendo? —preguntaba el doctor Torre de la Estigia, sin ninguna esperanza de que nadie en El Sueño de la Razón pudiese comprenderle.

—Dice ser Arnaut, el que almacena los vientos, caza la liebre con el buey y nada contra corriente —tradujo *monsieur* de Descartes al francés—. Hay un juego de palabras bastante conocido en el primer verso. Según como se oiga o interprete, podría entenderse que amontona los vientos o que ama a una dama llamada Laura.

El doctor Torre de la Estigia le pidió a María Amalia de Saint-Cyprien que preguntase al hipnotizado si era el propio Arnaut Daniel. Replicó el paciente ser solo un juglar, no un trovador y menos uno de estro tan reputado. Él se limitaba a cantar los versos de aquel poeta o de otros como Guirault de Bornelh, Raimbaut d'Aurenga o Jaufré Rudel, príncipe de Blaia, para ganarse unas monedas en el Camino de Santiago que le permitiesen pagar su pan y su yacija. Al oírle hablar del sendero del apóstol, que antes y por la parte de Les

Illas él mismo había recorrido con Raimon Reixach, en busca de El Sueño de la Razón, el espectro de *monsieur* Proust inquirió su verdadero nombre con el asentimiento del doctor Torre de la Estigia, quien favorecía la intervención de todos los pacientes, vivos y muertos, en aquellos interrogatorios. Dijo el muchacho llamarse Ulysse Personne, de los Personne de Ribeirac, que desde antiguo fueron pastores y marineros, aunque a él no le hubiesen tirado mayormente ni los mares ni las ovejas sino la vihuela francesa y la bandurria de Teruel, para acompañar el canto de versos tan delicados del bardo Daniel como aquellos de «*Ges rams floritz de floretas envoutas / cui fan tremolar auzelhons ab lur becs*», «Aquella rama de prietas florecillas / que hacen temblar los pajarillos con sus picos», los que el poeta concluye diciendo que daría todos los bienes del Rey de Dover y del Monarca de Pamplona, así como la ciudad de Jerusalén, por el amor de su dama, aunque él, Ulysse Personne, solo supiese de amores lo que decían las canciones del *trobar ric* puesto que por motivos privados siempre se mantuvo puro, aunque no fuese hombre de la Iglesia.

—¿En tu camino a la tumba del apóstol, creiste alguna vez hallarte en un día aún muy distante de ti mismo?

Ulysse Personne, siempre hipnotizado y vuelto a aquella vida suya del siglo XII, en la que hablaba indistintamente en provenzal o en francés, en lengua de *oc* o de *oíl*, dijo que sí a la ansiosa pregunta de *monsieur* Proust. Pasado el pueblo de Les Illas, «que no es sino un corral de cabreros, con dos casas al lado», subió a un puerto muy hollado por los romeros y vio al otro lado de la cuesta un monasterio de doble espadaña, con una alberca redonda en mitad del claustro y debajo del campanario. Delante del priorato se extendía una lengua de hierba, que no era sino un pradejón en mitad de los montes, a cuyo extremo y al borde del encinar alzábase el espejismo de un extraño palacio, todo blanco y con verjas en los jardines, que una voz interior, acaso la suya en otro siglo, le dijo llamarse El Sueño de la Razón y ser una suerte de loquera para dementes de setecientos o de ochocientos años después, donde él mismo hallaría refugio. No había terminado de meditar ni de comprender tan extrañas revelaciones, cuando la alucinación se desvaneció en el aire de la mañana temprana. Al oír el relato de semejante experiencia, tan parecida a la de su regreso a 1954 desde 1922, aunque lo vivido por Ulysse Personne tuviese lugar en la Edad Media, Raimon Reixach persiguió con la mirada los ojos de *monsieur* Proust; pero se distrajo al tropezar con el gesto y el encaro de fray Antonio Azorín, quien observaba de hito en hito al hipnotizado, como si se esforzara en reconocerlo en las revueltas de la

desmemoria. Entretanto, un poco para sobresalto de Raimon Reixach, *monsieur* Marcel volvía a dirigirse a Ulysse Personne, diciéndole que en realidad él no buscaba indulgencia en el sepulcro del apóstol, como un pecador cualquiera, sino perseguía una reliquia de la cristiandad aun más preciosa que los despojos de Santiago o de cualquiera de los discípulos que vieron al Señor en carne humana.

—Dinos la verdad, hijo mío —insistía *monsieur* Marcel, con aquella voz suya tan suave y tan persuasiva, a veces un poquito aflautada en los finales de frase como la de todos los invertidos—. Dinos cuál era el precioso, el singularísimo objeto de tu peregrinaje.

Resistíase a contestarle Ulysse Personne, como si la respuesta a tal pregunta, que desasosegaba a *monsieur* Proust como todas las relacionadas directa u oblicuamente con el pasado, también le agobiase y embarazara sobremanera a él. Por último admitió no ir en busca del sepulcro del apóstol, por aquellos caminos que en parte serían luego los de El Sueño de la Razón, sino en pos de las semillas del tiempo, que según le dijo el maestro Arnaut Daniel, sin revelarle las fuentes del propio conocimiento, solo hallaría en el fondo del Santo Grial, la mística copa donde Cristo bebió el vino de la última cena. Aquella idea tan inesperada y a la vez tan bella, la de encontrar los gérmenes secos de las horas en el Grial, como si fuesen los posos de la eternidad una vez apurada por Dios mismo, sobrecogió de tal modo a *monsieur* Proust que durante largo rato fue incapaz de proferir palabra. *Monsieur* de Descartes intervino entonces para preguntarle a Ulysse Personne si aquella pureza, que tan celosamente debía preservar, era parte indispensable de su búsqueda. Repuso el muchacho con la cabeza y dijo que en efecto, para expresarse con la debida propiedad, virgen de amores con mujer, hombre o bestia debía mantenerse, aunque no se lo hubiese enseñado así el maestro Arnaut Daniel ni él supiera explicarse las razones de tal intuición, si quería descubrir el Santo Cáliz y las simientes. *Monsieur* Descartes, distraído como todos los sabios y de momento olvidado de que no hablaba con un hombre de la actualidad o de sus propios tiempos, que fueron los de la Guerra de los Treinta Años, sino con otro del siglo XII manifestado a través de la hipnosis, le alabó a Ulysse Personne un designio tan piadoso y tan legítimo; pero precisó que en su peregrinaje debía mantener cuatro reglas áureas, parecidas a las que el propio *monsieur* de Descartes se impuso al inventarse su propia versión del racionalismo en aquella estufa alemana.

—No aceptes como verdades sino aquellas que se evidencien como tales y no puedas poner en duda. Divide las dificultades para vencerlas y las harás

más asequibles, cuanto menores sean sus partes. Conduce los pensamientos con buen orden, desde los más simples a los más complejos, aunque no guarden entre sí una relación natural de precedencia. No vaciles en el camino emprendido, aunque pueda ser el errado. Si te pierdes en una selva del mundo, que aquí pongo por imagen de la noche oscura del alma, no saldrás de su espesura permaneciendo inmóvil o andando en círculos. Debes cruzar en línea recta la fronda y la fraga, aunque no vayas a tu destino, hasta dar con un altozano despejado, que te permita divisarlo y orientarte.

Tardó en responderle el hipnotizado, como si no le escuchase o por el contrario meditara muy profundamente tales consejos. Cuando por último supo replicarle, lo hizo en otra lengua desconocida, que *monsieur* de Descartes se apresuró a traducir ante la impaciencia de los presentes.

—Habla ahora en flamenco antiguo —exclamó maravillado—. Yo lo aprendí un poco cuando vivía en Holanda. Dice ser vecino de Hertogenbosch y maestro carpintero. Igual construye alacenas de doble fondo, donde la abadesa de las descalzas de Brisset ocultó a un amante apuesto pero con bocio, que prepara ataúdes machihembrados y sin un solo clavo, para que los ricos del lugar desciendan a los infiernos como Dios manda, que ensambla una cruz flordelisada para el altar mayor del pueblo.

—¡Interesantísimo! —exaltose el doctor Torre de la Estigia—. Como comprobarán ustedes, el paciente evoca otra reencarnación, en un tiempo distinto. La terapéutica fundada en la transmigración de las almas no tiene nada de nueva. La conocían los antiguos egipcios, los persas, los griegos, los romanos y los chinos. La predicaron grandes artistas e intelectuales de todas épocas, desde Ovidio a Henry Ford, pasando por Nietzsche y por Thoreau. Hasta Napoleón dijo una vez a unos dignatarios de la Iglesia: «Ustedes quieren tratarme como si fuese Louis le Débonnaire. No confundan al hijo con el padre. En mí ven a Carlomagno, porque yo soy Carlomagno» —le interrumpió la voz escéptica y a un tris del tedio del doctor Manuel Valentí Miralles.

—Pídale vuestra merced, *monsieur* de Descartes, cómo se llama y si sabe hablar en francés —dijo el doctor Valentí Miralles y duque de la Trinitat, estudiándose las uñas de una mano y sin prestar atención al fervor de su colega.

Un poco desconcertado, obedeció el espectro de *monsieur* de Descartes y para asombro general Ulysse Personne repuso en perfecto francés, aunque con voz un poco endurecida y como si fuese de un hombre más maduro que el juglar de Ribeirac, haberse olvidado de su nombre pero hablar el francés

como el flamenco. Prosiguió la confesión contándoles que el maestro pintor Hieronymus Van Aken Bosch, o sencillamente Hieronymus Bosch como le gustaba firmarse, hermano suyo en la cofradía de Nuestra Señora de Hertogenbosch, o de Bois-le-Duc, pues así se decía el pueblo en lengua de *oíl*, le había encargado que cepillase unas tablas para un tríptico, que venía soñando sobre la creación del hombre, el jardín del edén y el infierno.

—¿En qué año fue el encargo de las maderas para el retablo? —inquirió de pronto fray Antonio Azorín, sin ocultar la ansiedad de la voz.

—Sería en 1493 o en 1494 —repuso Ulysse Personne—. Las fechas se pierden a veces; pero recuerdo que poco antes habían coronado a Su Majestad Imperial Don Maximiliano I.

—En verdad, la coronación fue en 1493 —asintió *monsieur* de Descartes, aunque nadie le escuchase en aquel punto, pendientes como estaban de las palabras del hipnotizado.

Ulysse Personne dijo que el maestro pintor Hieronymus Bosch le invitó a su casa, la que caía al pie de un chopal en el camino de Breda por Vlijmen, donde el demonio solía aparecerse a los viandantes, en la época del descubrimiento de la imprenta, para decirles que la peor de sus hideputeces («*des tous mes trucs de bâtard*») era hacerles creer que no existía aun cuando le viesen con sus propios ojos. El maestro sirvió a Ulysse Personne un dedalito de vino de Borgoña, que otro cofrade de la hermandad importaba de Francia casi regalado, y unas rebanadas de pan moreno, untadas con *foie-gras* del país que pica y tira un poco a vinagreta. Luego le descubrió el retablo recién concluido en las maderas cepilladas y le pidió su parecer sobre aquel tríptico, que acaso para abreviar llamó *El jardín de las delicias terrenales*. Ulysse Personne profirió un grito de espanto y no pudo por menos de santiguarse al ver monstruosos mejillones entreabiertos, mostrando una mano y un trasero humanos entre las ventallas como si fuesen perlas; frambuesas con alas y antenas de mariposas, así como rabo de rata; amantes negros y blancos, haciéndose mamolas y navegando sobre un pato gigantesco; granadas con brazos y piernas de cristianos sobre un pescado consumido por el tedio y soleándose en un prado; mochuelos del tamaño de los oseznos de Westphalia, surgiendo de un arroyo azulado para que un pervertido en cueros los abrazase amorosamente; mujeres achaparradas, con patas de oca, friendo hombres desnudos en una sartén tan grande como una piedra de molino; cerezas y fresas que aun él, un modestísimo carpintero, sabía eran símbolos de la concupiscencia para los alquimistas, llevadas al cielo por hombres alados o brotando en campos áureos para que una bola de seres *in puribus* se

agrupase vergonzosamente a su alrededor; cuatro ríos semejantes a los del paraíso, que iban a dar a una laguna como de cristal helado, con un huevo enorme en la ribera y un gentío a culo pajarero apretujándose y empujándose para entrar por una quiebra de la cáscara; sodomitas de bruces en tierra, sosteniendo cabeza abajo a otro réprobo con las piernas abiertas al cielo, entre sus pies posada una sirena de cola tan curva como los *croissants* de los reposteros franceses, parecida a las divisas prendidas en el dintel de los burdeles. Mientras la mujer del maestro Hieronymus Bosch, que era muda, sonreíase con avieso secreteo, el pintor le dijo riéndose que no se asustase, pues él no se había vuelto adamista ni satanista, al margen de Nuestra Santa Madre, sino que quiso dejar en el tríptico su propia condena de la alquimia y de la carne.

—Yo recuerdo haber pensado que mucho trabajo se tomaba en denunciar la carne y la alquimia si no le atraían calladamente —murmuró el carpintero a través de Ulysse Personne, evidenciando su buen juicio—. Pero en seguida me distrajo el maestro de tan aventuradas consideraciones, con la más sorprendente de las confidencias.

Todos se apiñaban alrededor del hipnotizado, al igual que las muchedumbres del Bosco cerrando sus corros en torno de una frambuesa diabólica o de un caparazón vacío. Según decía Ulysse Personne, el maestro Hieronymus Bosch contó haber dormido tres días y tres noches, apenas concluido el retablo, que en Hertogenbosch fueron de huracanes, granizadas y trombas de agua ululante y traspasada por una teoría de relámpagos en zigzag. Soñó verse en presencia de un detalle de su tríptico, que por desdicha olvidaría al despertar, aunque dormido lo percibió con la misma claridad que entonces contemplaba al carpintero. En el sueño una voz parecida a la de la conciencia, pero con un timbre y un tono sobrehumanos y muy armoniosos, le dijo hallarse en presencia del verdadero rostro de la Razón, que en virtud de un prodigio inefable había pintado en una de las tablas, aunque estuviese muy oculto en el mundo a los ojos de los hombres. Desde entonces el maestro Hieronymus Bosch repasaba lenta y tediosamente los tres paneles de la pintura, tratando de descubrir aquel menudo y diáfano pormenor sin poder recordarlo. Sabe Dios cuál sería la vera efigie de la Razón, retratada en *El jardín de las delicias terrenales* sin que el propio maestro llegase a advertirlo. Tal vez fuese la ciudad en llamas, de ruinas resplandecientes en lo alto del infiemo. Acaso el pato de brazos humanos que leía un libro en el aljibe del edén, mientras Cristo creaba a Eva en presencia de Adán. Quizá el hombre desnudo y prendido de una llave, que bien pudiera ser la clave de la entera

pintura. Aunque no contase mucho más de medio siglo, el maestro dijo sentirse enfermo y cansado, para emprender su búsqueda en el vasto mundo. Suplicó a Ulysse Personne que hiciese suyo aquel peregrinaje, después de estudiar detenidamente el retablo, de tal modo que tuviese la certeza de reconocer la Razón en cuanto la encontrase. Ulysse disculpose ante el gran artista y le agradeció el honor de la encomienda, diciéndole que por desdicha una romería ocupaba ya sus designios y no podía distraer tiempo en perseguir otro descubrimiento, por más noble que fuese semejante empresa.

—¿Cuál era el objeto de tu propia demanda? ¿Qué perseguías en la tierra y entre los hombres? —le preguntó el doctor Valentí Miralles, último duque de la Trinitat—. ¿Se lo contaste al maestro Hieronymus Bosch?

—No se lo conté ni tampoco voy a hacerlo ahora. Todo hombre tiene derecho a guardar ciertas intimidades, que no conciernen a nadie sino a él —repuso el hipnotizado en tono cortés si bien muy firme.

—¿Cuál fue tu próxima transmigración? ¿Quién fuiste luego, en otra vida pasada? —insistía el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia.

Ulysse Personne resistíase a contestarle. Ladeada la cabeza en el sofá, cerrados los puños y muy enrojecido, como si se esforzara en contener el aliento mientras buscaba el centro de su ser, debatíase y gemía de tal modo que más que hipnotizado se le hubiese dicho presa de un mal sueño. Iba a despertarle el doctor Torre de la Estigia, cuando se interpuso en sus propósitos fray Antonio Azorín, preguntándole a Ulysse Personne si en alguna de sus existencias había conocido a cierto fraile jerónimo, que lo fue en El Escorial, llamado en la Orden Crispiniano de la Santísima Trinidad.

—Yo soy fray Crispiniano de la Santísima Trinidad —replicó Ulysse Personne en perfecto español, aunque fray Antonio Azorín le había hablado en francés—. Nunca hubo otro en los libros de la Orden.

—En tal caso, dime ahora cuándo profesaste.

—Profesé y viví en el monasterio en tiempos de mi señor, que Dios guarde, el Rey Don Filipo II.

—¿Cómo te llamaste en el mundo? —instábale otra vez fray Antonio Azorín, mientras iba asintiendo a cuanto decía Ulysse Personne, como si fuese un relato muy obvio y sabido.

—En el mundo yo no era nadie —repuso Ulysse Personne, resistiéndose a revelar aquella parte de su identidad. Hizo una pausa, fruncido el entrecejo, como si tratara de establecer sus razones antes de proseguir—. No era nadie, como digo, por haber sido católico, hijo de la Madre Iglesia y devoto de la

única religión verdadera, en una tierra como Holanda entregada entonces a la herejía.

—¿Era holandés fray Crispiniano de la Santísima Trinidad? —preguntó fray Antonio Azorín, absorto en su embebecida atención.

—Holandés y del Brabante —repuso Ulysse Personne—. Tierra muy desolada por tantas guerras y por la pena de haber perdido *El jardín de las delicias terrenales*, que para los míos equivalía a verse privados del edén después de haberlo visto en la tierra.

—¿Cómo fueron a perder aquel retablo? —porfiaba fray Antonio.

—Lo compró Su Majestad Don Filipo a precio de oro. Dijo que si en sus imperios no se ponía el sol, tampoco podía faltar el infierno del Bosco, como él lo llamaba.

El espectro de don Fernando VII buscó la mirada de Fernando de Saint-Cyprien, a quien creía más juicioso que el resto por haber sido actor, es decir, bufón del pueblo y sobre todo por haber sido también Ricardo III, un Monarca que le infundía profundo respeto por su pragmático y expeditivo sentido de la justicia, y despotricó un poco acerca de las supersticiones del pasado, como si sus tiempos hubiesen sido más esclarecidos. Rezongaba en vano porque nadie, incluido Fernando de Saint-Cyprien, le prestaba la menor atención, pendientes todos del relato de Ulysse Personne. Este dijo que en El Escorial, Su Majestad Don Filipo II, como nombraba siempre al Rey Prudente de forma arcaizante y un poco pretenciosa, le llamó un día a sus aposentos particulares para mostrarle *El jardín de las delicias terrenales* y preguntarle qué podía contar acerca de aquellos paneles y de su pintor, el Bosco, siendo como era holandés y compatriota suyo. Fray Crispiniano de la Santísima Trinidad, como al parecer se llamaba Ulysse Personne en la Orden Jerónima, repuso ser del Brabante, tierra muy conocida por sus sábanas de hilo y por el maestro Van Aken Bosch, en tiempos cofrade y luego hermano mayor de la Hermandad de Nuestra Señora de Bois-le-Duc, muerto unos ochenta años antes y en España conocido y traducido como el Bosco, por mor de castellanización y afán de abreviatura. Añadió que aun en el Brabante no había sábanas suficientes para secar el llanto de las gentes, cuando Su Majestad Don Filipo compró aquel retablo y se lo llevó a España. Lloraban los hombres más bragados en calles y tabernas, que allí se decoran con ristras de ajos castañetes para ahuyentar a los vampiros de Frisia, que son vegetarianos pero no se abstienen de morder a los muchachitos impúberes y bien parecidos, por puro vicio. Lloraban los infieles de la herejía en sus iglesias y a cada hora doblaron las campanas de aquellos luteranos por los

paneles perdidos, durante tres semanas y media. Lloraban los pescadores de arenques, al zarpar hacia las Hébridas, y sus lágrimas eran tantas en la llantera que, agua en el agua y sal en la sal del océano, trazaban corrientes de un blanco ahumado sobre el gris invernal del Mar del Norte, para confluir todas ante Zelanda, reptar como una inmensa y anfibia serpiente marina entre las islas del golfo y adentrarse en el Brabante por Bergen. En tierra se unían a los múltiples riachuelos y regatos de quienes sollozaban y hacían pucheros en los prados y en las casas, hasta formar una sola riolada muy calma, que deslizábase lentísima por aquellas tierras tan llanas como la palma de la mano, y terminaba por describir una especie de número ocho tendido de lado, desde el mar hasta Alemania, que son las fronteras naturales de la región. En aquel punto, Su Majestad Don Filipo interrumpió a fray Crispiniano de la Santísima Trinidad, para recordarle que el ocho acostado es el signo del infinito en lógica matemática y el monje se maravilló de la sabiduría de aquel Soberano, quien siempre se expresaba en voz baja y tartajosa como si se disculpara por hacerse oír de sus súbditos. Prosiguió el jerónimo, afirmando que aquel río de lágrimas se helaba en otoño, porque siendo tan plácido los primeros fríos lo endurecían como el diamante. Cuantos en primavera o en verano se miraban en la venida, es decir, en su propio llanto rizado y fluido, veían sus imágenes milagrosamente presas en el hielo y allí permanecían estampados los reflejos de burgomaestres de sombrero acampanado, de rameras de escotado corpiño, de pastores protestantes con baberos de organdí, de judíos con tirabuzones y barbas perfumadas, de amanuenses pendolistas de letra gallarda y mayúsculas floridas, de cirujanos sangradores con el estuche de las lancetas suecas, de boticarios con sus tarros de cantáridas o de raíz del moro. Toda la humanidad de las ciudades y de las landas, que tanto sollozara por haber perdido *El jardín de las delicias terrenales*, contemplábase espejada en el hielo como en un larguísimo friso, ilustrado por el propio Bosco. También dijo fray Crispiniano al Monarca que él, católico y devoto, decidió seguir el retablo por los senderos del Mediodía y así, una vez llegado a España, ingresó en la Orden de los Jerónimos para encerrarse en El Escorial lo más cerca posible del tríptico amado. En aquel punto de su historia, Don Filipo preguntó al monje si era cierto que el Bosco había retratado el verdadero rostro de la Razón en una de las tablas, después de verla en el mundo, y que aquellos millares de detalles, todos absurdos y estrafalarios, no cumplían otro designio sino el de ocultar la imagen del Entendimiento humano. Repuso fray Crispiniano de la Santísima Trinidad que la tradición brabanzona hacía del pintor un testigo fidedigno de la Razón en la vida o en

uno de sus sueños, acaso inspirado por el mismísimo San Juan Evangelista, patrón de todos los visionarios. El Rey le pidió que por amor a aquella obra maestra y para bien de los hombres, buscase a la Razón por toda la tierra con el auxilio divino y si la hallaba la trajese a El Escorial, que en fin de cuentas era la octava maravilla del mundo. Fray Crispiniano de la Santísima Trinidad aseveró obedecer siempre al Soberano, como el más sumiso de todos sus súbditos; pero suplicó que le eximiera de aquella orden porque se sabía indigno de cumplirla y también porque habiendo venido de Holanda para profesar junto a *El jardín de las delicias terrenales*, deseaba envejecer y morir cerca del retablo. Don Filipo se avino a los ruegos del monje y dijo que pediría a su propio confesor asumir el encargo, sin aceptarle pretexto alguno para esquivarlo.

—¡Yo era el confesor del Rey! —cortó entonces fray Antonio Azorín a Ulysse Personne—. ¿Acaso no me recuerdas, Crispiniano? Yo era en la Orden el jerónimo Antonio Azorín.

—Sí, sí, te recuerdo muy bien y nunca olvidé haberle advertido al Monarca Nuestro Señor que no te encomendara la búsqueda de la Razón, porque en cuanto dejases el monasterio te seduciría una dama, apostada en un coche delante de El Escorial. Los del Brabante somos todos medio augures y tuve el convencimiento de intuir la verdad, al decírsela al Soberano.

—La dama era mi Lucinda Camila —suspiró fray Antonio Azorín, cerrando los ojos como si se encarase con la amada muerta en el reverso de los párpados—. Pero no me perdió. Se limitó a darme el destino que me había sido asignado, en el libro donde fue escrita la suerte de todos nosotros y en el supuesto de que esta obra exista y no seamos hijos del azar.

—Si fray Antonio Azorín olvidó el encargo del Rey, tú olvidaste otro deber que en tiempos te hubiese parecido mucho más importante —insistía inesperadamente el doctor Manuel Valentí Miralles, dirigiéndose a Ulysse Personne o, por mejor decirlo, a fray Crispiniano de la Santísima Trinidad a través del hipnotizado.

—¡Lo hemos olvidado todo porque el futuro es nuestro! —volvía a exclamar en francés, muy excitado, Ulysse Personne. Cuando el último duque de la Trinitat le preguntó cómo se llamaba entonces, dijo ser el ciudadano Floreal Dubois y haber tomado la Bastille con Camille Desmoulins, a quien describía joven, exaltado y algo tartamudo, como Demóstenes o como Felipe II, una escarapela de hojas de castaño prendida al sombrero, en pie sobre una mesa parada en mitad de los jardines del Palais-Royal, rugiendo a

voz en grito—: «¡Pueblo, la Corte prepara una noche de San Bartolomé de patriotas! ¡Pueblo, a las armas!».

La Bastille, apostillaba Floreal Dubois, pasaba por ser inexpugnable. Ni siquiera el gran Condé, conspicuo talento entre todos los genios militares, pudo tomarla en su tiempo. ¿Cómo la conquistó entonces una turba desarrapada, sucia de polvo y de sangre, al principio sin más armas que dos hachas con las que unos obreros cortaron las cadenas del primer puente, bajo un diluvio de balas? Preguntábase de forma académica el ciudadano, recurriendo a una retórica muy neoclásica y muy propia del siglo XVIII, que es todo él una larga cuestión estilizada y sin respuesta. Se asegurará, proseguía Floreal Dubois por labios de Ulysse Personne y con cierto aire de contenido sarcasmo, que solo el pueblo invencible y sacrosanto era capaz de tan épica hazaña. Señores, ustedes permitirán que me sonría de su ingenuidad y les perdone porque no saben lo que dicen. Yo he visto a este pueblo, cuyo nombre pronuncian de forma tan reverenciosa, seguirnos a Camille Desmoulins y a mí, el ciudadano Floreal Dubois, como un mar rampante y aullante por el puente tendido y Bastille adentro. Lo he visto también cantando de gozo y escupiéndonos obscenidades, que queman la lengua. No, señores míos, el divino arrebato que nos llevó a tomar la Bastille y a destruirla al día siguiente de haberla conquistado no fue sino la Razón. La Razón, repito, cuyos caminos son tan laberínticos e inescrutables como los de Dios mismo. *Monsieur* de Descartes iba a interrumpir la voz de Floreal Dubois, para decirle que había presenciado la ejecución de Camille Desmoulins, aunque él mismo muriera siglo y medio antes, gracias a uno de aquellos *tablaux vivants,* que conjuraba de modo tan diáfano Jean-Louis Pepin Tracas; pero se contuvo cuando el ciudadano comparó la oscuridad y la complejidad de los caminos de la Razón con los de Dios, *le bon Dieu*, que siempre escribe recto en renglones torcidos, porque siendo racionalista y religioso la analogía le pareció muy apropiada. No tuvo demasiado tiempo de admirarla, aunque mentalmente la apuntara en los cuadernos de la memoria, porque ya Floreal Dubois proseguía con su historia en la revolución francesa. Mientras *monsieur* de Descartes volvía a asentir a aquella parte del relato, que también le era conocida gracias a las artes de Jean-Louis Pepin Tracas, contó cómo los revoltosos elevaron a los altares de Notre-Dame a la diosa Razón, que no era sino la estatua de una mujer desnuda con los brazos abiertos al cielo. Al ciudadano Floreal Dubois aquello le pareció bastante infantil; pero votó en la Convención porque el pueblo necesitaba símbolos simples, a la medida de sus gustos y deseos, para ordenar las esperanzas y las creencias. Sí, se opuso al

nuevo culto al Ser Supremo, que decretó Robespierre en su dictadura, porque duplicaba el de la Razón. Habiendo deducido que si sus senderos y los del Supremo Hacedor resultan idénticos por lo intrincados, concluyó el ciudadano que muy parecidos serían también el Creador y la Humana Razón. Robespierre desvirtuó su actitud para perderle y en un muy conocido discurso suyo en la Convención, le atacó señalándole con un dedo todavía amoratado por los panadizos del último invierno. «Dinos, dinos, desgraciado sofista, ¿quién te inspiró la misión de anunciar a Francia la inexistencia de toda deidad? ¿Cuáles son las ventajas de inculcarle al pueblo la fe en un ciego azar, que castiga indistintamente la virtud y el pecado, o en un alma como la de las bestias, reducida a un soplo condenado a apagarse en el umbral de la muerte? Desdichado falsario, ¿qué derecho te asiste a arrancarle a la inocencia el cetro de la Razón para ponerlo en manos del pecado? ¿Por qué cubres la Naturaleza con una mortaja, para hacer más desesperante la desdicha, oscurecer la virtud, rebajar la nobleza del hombre y ungir el crimen? Solo un monstruo, despreciable ante sí mismo y ante los demás, puede creer que la Vida no nos ofrece nada más bello ni más valioso que la nada». En la mismísima Convención, según recordaba el ciudadano Floreal Dubois a través de Ulysse Personne, los diputados le arrancaron de su escaño y le llevaron a rastras insultándole y pateándole a los gritos de «¡Viva Robespierre! ¡Viva el Ser Supremo!» hasta el patíbulo de la Concorde. Allí, entre un redoble de tambores, que no acallaba el vocerío del pueblo enalteciendo al Dios del dictador y denostando al supuesto hereje, el verdugo le arrojó de bruces al tajo de la guillotina, sobre la cesta de mimbres del Garonne que debía recogerle la cabeza. Era una tarde resplandeciente de mayo, de cielo purísimo y libre de nubes, según se apresuraba a puntualizarlo el ciudadano. Esperaba la muerte, esforzándose en comprender por qué le mataban y en morir con más dignidad que Camille Desmoulins, quien ofreció un espectáculo deplorable en el patíbulo, cuando oyó un trueno como un cañonazo seguido por un silencio de almas sobrecogidas, donde se hubiese sentido crecer la hierba. En el instante de soltar la cuchilla, un rayo venido del firmamento transparente dio en el acero, lo detuvo en mitad de su caída, lo clavó a los travesaños laterales y lo volvió de oro tan luciente como cegador. Un coro de gritos de gozo quebró entonces la quietud de la plaza. «*C'est le miracle de la Raison! C'est le miracle de la Raison Rayonnante!*», rugía ahora el pueblo. Las turbas encabezadas por las *tricoteuses*, aquellas viejecitas patrióticas que hacían calceta al pie del cadalso, subieron al tablado, desataron al reo y lo llevaron en hombros y en triunfo a su casa. «*Vive, vive la*

Raison! Vive le citoyen Floreal Dubois!». Por un instante, el redimido pensó que aquello sería la muerte y esta resultaba tan absurda como la propia Historia. Luego recapacitó y se dijo que vivía y el poder político hallábase al alcance de su mano, sin que ninguna de aquellas realidades le plugiese sobremanera. Tres días y tres noches fulgió el oro mágico de la guillotina en el corazón de París. Al cuarto había caído Robespierre y aquella misma cuchilla, vuelta de pronto a su natural condición, le rebanó limpiamente la cabeza, mientras las masas vitoreaban su muerte. Era el final del Terror y para el caso el epílogo de la Revolución, que Robespierre el Incorruptible sintetizara en su más afilada pureza.

—Ulysse Personne —preguntó en aquella pausa el doctor Manuel Valentí Miralles, ante la desazón un poco celosa de su colega Torre de la Estigia, quien había encendido un habano y ahuecaba los gruesos labios fumando impacientemente—. Dinos ahora qué tienen en común el juglar de Ribeirac, el carpintero de Hertogenbosch, el monje de El Escorial y el ciudadano Dubois.

—Yo soy el ciudadano Floreal Dubois y soy Ulysse Personne —dijo impensadamente Ulysse Personne—. Yo he sobrevivido a la Revolución y a la guillotina y he vuelto luego a la fe de mis mayores.

Contó entonces el ciudadano haber dejado Francia, escandalizado de tantos crímenes cometidos en nombre de la Razón, del Ser Supremo o de la Libertad y haberse ido a un país puro y primitivo como España, para profesar de lego en El Escorial, donde dijo llamarse Ulysse, como el santo o el viajero, y se dio el apellido de Personne, pues avergonzábase de haber sido un revolucionario tan célebre como el ciudadano Dubois. En El Escorial fue el único monje receloso de *monsieur* Quilliet, cuando llegó allí para escribir su supuesto libro sobre la Orden, mientras los Jerónimos ilustrados le recibían con los brazos abiertos. No obstante, guardose mucho de vocear sus sospechas, entre otras razones porque era solo un pobrecito lego y aquellos frailes le parecían demasiado avanzados y demasiado ingenuos para sus prístinas creencias de converso. También en El Escorial vivió la guerra, el saqueo de los franceses, la vuelta de Su Majestad Don Fernando VII, por mal nombre el Deseado, quien asentía muy serio y con lento campaneo de su quijaruda cabeza a aquel nuevo capítulo del largo relato. En el monasterio presenció las exequias del Rey y fue testigo litigante de sus groseras chanzas de espectro, así como del prodigio de la luz roja, vuelta luego rastro sangriento entre las losas del patio, con la aparición del Monarca triunfante en su vuelta de Aranjuez en 1808.

—¡A fe que todo esto es cierto! —exclamó el espectro de Fernando VII—. Pero entonces, ¿quién nos habla y quién es este muchacho, que despierto resulta totalmente desmemoriado? Señores, yo me pierdo y aquí vivimos una patraña demasiado increíble para interpretarla cabalmente.

—Yo no sé quién soy. Yo ya no puedo más.

Calló Ulysse Personne después de aquel lamento. Se le hubiese dicho dormido de fatiga, aunque muy sosegado, la rizosa cabellera sujeta por la cintilla debajo de los hombros y derramada en sus cabos por los almohadones sueltos. Al doctor Juan Antonio Torre de la Estigia le recordó a otro paciente suyo, quien al principio de su carrera había entrado en coma en un trance hipnótico, para despertar muy lúcido y despejado dos meses más tarde, afirmando inesperadamente: «Los hombres no son tristes porque mueren sino porque nunca fueron libres». Pero ya Ulysse Personne, u otro extraño a través suyo, volvía a dirigirse a todos los presentes en francés, aunque dijese llamarse Caballero del Bosque, para añadir en seguida: «Nada espero, nada poseo y nada temo». Caballero del Bosque presentó sus señas de identidad como pintor de París, a principios del siglo XX. Inmediatamente *monsieur* Proust, devuelto al mundo de su juventud, de sus primeras obras y de su regreso literario a la infancia, le preguntó si se había cruzado con Braque, con Picasso o con Gris, todos en algún tiempo conocidos suyos. Caballero del Bosque repuso que siendo español y residente en la Butte de Montmartre tuvo cierta amistad con Braque; pero trataba de distanciarse de sus compatriotas artistas, porque a ellos les obsesionaba un muy carpetovetónico y ferviente deseo de inmortalidad, en tanto que él sabíase harto ocupado en su obra para pensar en su dudoso destino personal al crearla. Escuchábale a medias el doctor Raimon Reixach, pues su atención seguía prendida en el recuerdo del juglar que partió en busca de las semillas del tiempo en el fondo del Grial y del maestro carpintero de Bois-le-Duc, también perdido por los senderos del mundo persiguiendo a la Razón de cerca o de lejos. Se preguntó entonces si el Santo Cáliz y la faz oculta no se hallarían en el cruce de ámbitos temporales distintos, a veces tan cercanos y tan diversos como las hojas de un libro unidas por un hilo de oro en la guarda: ámbitos que él mismo había compartido, cuando en París pasó de 1954 a 1922 y luego de 1922 a 1954 en tanto se acercaba a El Sueño de la Razón a través de los Pirineos y en los cuales, unas veces en vida y acaso otra en sueños, Aurelia de Miralpeix había sido amante suya y esposa de don Jorge Cirarda. Como si se hiciese eco lejano de sus pensamientos sobre el tiempo, Caballero del Bosque, como todos empezaban a llamarle en su interior, dijo haber pintado cuadros donde

el tiempo mostrábase siempre en épocas distintas y confrontadas. Sus óleos, dibujos y aguadas solían ser bastante chicos; pero presentaban una perspectiva en profundidad que parecía traspasar la tela, el muro y buena parte del mundo, disminuyendo y alejándose interminablemente. Fernando de Saint-Cyprien recordó entonces a un actor de su compañía, quien durante largos años hizo el papel de Buckingham en *La tragedia de Ricardo III* y a veces, en el tablado, le cruzaba el alma con largos escarabajeos, al recitarle aquello de: «¡Fui el primero en elevarte a la Corona y el último en sufrir tu tiranía! ¡Oh!… ¡Acuérdate de Buckingham en la batalla y muere en el terror de tus pecados!», actor que un domingo por la mañana había visitado una de aquellas exposiciones de Caballero del Bosque, cuyo nombre olvidara Fernando de Saint-Cyprien con el transcurso de los años, y a la vista de todo el mundo entró en un camino real, pintado en un lienzo, y desapareció cuadro adentro por la ficticia lejanía. Volvió a Madrid quince años después y contó a Fernando de Saint-Cyprien su singularísima aventura. Por la senda del óleo había salido casi en las antípodas, en la tierra de los lolos, que linda con la China por el suroeste. Los lolos le vieron aparecer por un espejo sagrado, venerado en una pagoda desde que a través de su luna se desvaneció el Emperador Amarillo, después de convertir aquellas tierras a la fe de Buda. En mitad de una ceremonia, llena de túnicas azafranadas, de pebeteros y de turíbulos, surgió el intérprete de Buckingham a través del vidrio sagrado. Monjes y fieles le exaltaron al poder absoluto, creyéndole una reencarnación del Monarca perdido, y le ofrecieron cincuenta concubinas que a su vez le parieron ciento cincuenta hijos. Reinó feliz y prudentemente en aquel país, hasta invadirlo los chinos comunistas, predicando la fe de Marx según cuyos principios los filósofos se habían empecinado en analizar la Historia, cuando era tiempo sobrado de transformarla. El intérprete de Buckingham huyó entonces, temeroso de que tan nueva perspectiva de la comedia humana exigiese su conversión al marxismo, posibilidad del todo intolerable después de haber sido hacedor de Reyes en el teatro y Emperador en el mundo. Atravesó a pie la India, Pakistán, Afganistán, Irán, Turquía, Grecia, Yugoslavia, Italia y parte de Francia y de España, hasta llegar a Madrid. Otro cómico asumió en el ínterin el papel de Buckingham y como su antiguo intérprete no sabía otro, después de tantos años de recitarlo en escena y de tan larga ausencia, tuvo que aceptar un empleo de acomodador en el Teatro de la Tragedia Nacional. Entre tanto y a través de Ulysse Personne, Caballero del Bosque proseguía con la detallada descripción de sus obras, dedicadas a representar un ondulado desierto en primer término de sus cuadros y en el

más duradero de sus estilos. Arenal repetido, aunque muy miniado, al fondo del lienzo, de tal modo que todo el mundo podía reparar en los tiempos distintos de ambos paisajes, vistos acaso en siglos diferentes. En otra fase de su pintura, dos iglesias con sus respectivos campanarios e idénticos relojes de sol aparecíanse frente al espectador y en el plano más profundo y distante de las telas, evidentemente separadas por épocas muy alejadas, aunque ambos cuadrantes marcasen el mediodía. El tercer período de aquellas perspectivas, al cual dedicó un acabado estudio el conocido crítico de arte Rafael Santos Torroella, ofrecía una minuciosísima versión de Albert Einstein sentado al borde de la mar y mirando las olas, mientras aparecíase Robespierre, siempre Robespierre, pequeñito y tieso, los pómulos muy salidos y los ojos de iluminado, en la hondonada central de la tela. Robespierre en lontananza devino una suerte de idea fija de Caballero del Bosque, quien lo veía en sueños y en ensueños, con su odiosa compostura de redentor ensoberbecido y dispuesto a exterminar a todos los vivos, para imponer al porvenir sus ideales de justicia y las cuatro sílabas de su nombre, como si fuese uno de aquellos pintores hispánicos, contemporáneos de Caballero del Bosque, los Gris o los Picasso, tan hambrientos ellos de ridícula inmortalidad. Cuando Gavrilo Princip asesinó al Archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, en circunstancias descritas por Caballero del Bosque con una propiedad confirmada por don Jorge Cirarda, quien había presenciado el crimen en uno de sus ataques de muerte fingida, como recordará el lector de esta verídica y singular historia, el artista dejó de pintar porque creyó llegada la era en que unos asesinos justicieros acabarían con todos los Robespierre de la tierra, así fuesen carbonarios o conservadores, en una pascua de sangre que exigía su indivisa atención. En verdad, equivocábase de medio a medio y muy dramáticamente, como no le dolían prendas al reconocerlo. La primera guerra mundial barrió del mundo de los vivos, o al menos de sus tronos al Zar de todas las Rusias y al Káiser de Alemania, así como al Emperador de los austríacos quien siempre decía serlo por derecho divino. No obstante, para angustiado asombro de Caballero del Bosque, surgieron otros Robespierres del estado llano, del todo desconocidos antes de la contienda, quienes heredaron y agrandaron su despotismo para promover y tolerar mayores matanzas. Al término de tanta degollina, deshecho el pasado que él conociera, Caballero del Bosque reanudó la pintura en sus especialidades contemporáneas del *collage* y del *montage*, diciéndose que si otros habían arrasado la Historia era justo que los artistas empezasen a reconstruirla, recogiendo y ensamblando sus escombros perdidos por las calles. De aquella

época databan sus telas con clavos, cordones fritos, plumas, daguerrotipos, cristales, pedrezuelas, letreros, pájaros disecados, bozales y discos pegados a la pintura con cola fría, entre recortes de los Masaccio de la Capilla Brancacci, de los paneles del Pisano, de la Concepción del Tintoretto, de las gracias de Baldung, del San Jerónimo de Leonardo, de la Venus de Giorgione, de los puentes en ruinas de Salvatore Rosa, del Francisco I a caballo de Clouet, del Moratín de Goya o del cardenal de Rafael. Todo añadido en sucesivas dimensiones, como si el pintor se apresurara a componer el pasado hecho añicos, antes del estallido del diluvio final.

—Despierta ya, Ulysse Personne —dijo el doctor Manuel Valentí Miralles sacudiendo los dedos ante los ojos, ahora entreabiertos, del hipnotizado—. Tú no has sido sino eres el juglar de Provenza, el carpintero del Brabante, el monje y el lego de El Escorial, el ciudadano Dubois y el pintor del Bosque. No te reencarnaste porque no has muerto. Vivirás mientras busques las simientes del tiempo en el Grial y no llegues a encontrarlas —avivábase Ulysse Personne, hasta sentarse en el diván con las templas en las manos, mientras todos le contemplaban fríos de asombro y sobrecogidos por aquella verdad, que acaso habían presentido instintivamente sin advertirla con el entendimiento—. Olvidaste tus vidas pasadas, como diste el Santo Grial a la desmemoria creyéndolo inalcanzable o inexistente, sin percatarte de que cada hombre debe asumir su pasado o, por decirlo de otro modo, a todos los hombres que en el tiempo ha sido.

—¡Santo Dios! —exclamó el doctor Torre de la Estigia—. ¡Cuando le dijo al Bosco que no podía ir en demanda del rostro de la Razón ya tenía más de tres siglos!

—También le confesó haber aceptado otra búsqueda previa, aunque la había borrado de la memoria, sin reparar en que el Grial y el tiempo no le concederían tregua en su cometido —replicó el duque de Trinitat.

—Por eso no pudo morir en el cadalso —asentía el doctor Torre de la Estigia—. Su tiempo no sería llegado, mientras no diese con sus semillas.

—Yo las busqué dentro de mí mismo, no en el fondo del Cáliz Sagrado, porque solo alcanzaba a comulgar con la estética y la dramática del cristianismo, no con su ortodoxia —terciaba *monsieur* Proust, meditabundo—. Creí haberlas hallado al concluir mi obra; pero aún debía perseguirlas al final de mi vida porque la muerte me sorprendió corrigiéndola. Estoy seguro de que las simientes se encuentran dentro de cada uno de nosotros; pero no sé dónde ni tampoco cuántas existencias nos llevaría desencerrarlas. Ulysse Personne vivió al menos siete y no pudo descubrirlas.

—Cabe que el Santo Grial con las semillas del tiempo y el verdadero rostro de la Razón, que debisteis haber buscado, no sean sino nombres distintos del mismo misterio —le dijo *monsieur* de Descartes a fray Antonio Azorín—. Tal vez juntos, vos y Ulysse Personne, daríais con su reservado amagatorio en el mundo o en el hombre.

—Yo traicioné mi demanda —sacudió la cabeza fray Antonio Azorín—. Acaso por eso vine a coincidir aquí con otros seres, heridos por el tiempo inalcanzable y acogidos todos a El Sueño de la Razón.

A una seña del doctor Manuel Valentí Miralles, María Amalia de Saint-Cyprien descorrió en silencio las cortinas del ventanal. Entonces percatáronse de haber pasado parte de la tarde y la noche entera escuchando a Ulysse Personne, como suspendidos en una hora inmóvil que tirase a eterna. El alba andaba por su filo y ya teñía de un humo blanquecino el valle, el firmamento y el praderío, aún oculto el sol tras los lomos de los montes. Una prieta bandada de pájaros dorados, parecida a un plantel de carlinas visto desde el cielo, posábase muy quieta en las copas de las encinas. Brillaba de tal modo que don Jorge Cirarda y el espectro de Don Fernando VII cerraron instintivamente los párpados, temiendo cegarse. Don Jorge Cirarda pensó en los trigales de Ceret, sacudidos por la tramontana y pintados por Van Gogh. Don Fernando VII evocó en una punzada de dolor el rubio y rizoso empeine de su María Antonia de Nápoles y las lágrimas le arrasaron la mirada y los recuerdos.

—¡Son del mismo oro de la guillotina! —exclamó Ulysse Personne, ahora en pie y señalando a los pájaros a través de los cristales—. ¡El oro de aquella cuchilla, cuando la detuvo el rayo sobre mi cabeza!

Calló porque en aquel instante, como obedeciendo a una voz demasiado intensa o demasiado queda para el oído de los vivos o de los espectros, los pájaros alzaron juntos el vuelo, describieron las curvas de dos ochos tendidos en el aire cada vez más transparente y se fueron horizonte adentro, para transformarse en el sol recién aparecido en lo alto de las cumbres. Como si el aleteo de su oro prodigioso fuese la luz reclamada por los cielos a la tierra de los hombres, presos en el tiempo.

El libro de la luz

El doctor Juan Antonio Torre de la Estigia

Vine a confesarme a este monasterio de San Judas, ahora desierto y ruinoso, porque desde que Ulysse Personne nos reveló su larguísima vida, yo podré llamarme Juan Antonio Torre de la Estigia pero en realidad no sé quién soy. Aunque el monasterio haya sido profanado, expoliado y devastado, después de la ida de los monjes, aunque aquí acamparan gitanos faraónicos, arredilaran ovejas reniles, se amaran amantes impacientes, hurtaran los chapiteles y arrancaran los bajorrelieves con escoplo y alzaprima, después de robados los pobres muebles y las riquísimas lámparas, de modo que no vacilaría en decir portentoso, el confesionario de pino y celosía enrejada se mantiene intacto. Me confieso entre estos muros desnudos, sobre este herbazal donde a veces cruzan las lagartijas, precisamente porque estoy solo y no me escucha nadie. Manuel Valentí Miralles, quien acaso me desprecie, demostró mi error al creer a Ulysse Personne reencarnado diversas veces en el pasado, para probar sin lugar a dudas que su vida fue solo una, bajo muchos nombres, desde los tiempos de Arnaut Daniel hasta los nuestros. Pero no es de Ulysse Personne de quien quisiera hablar, ni de El Sueño de la Razón ni aun de mí mismo, sino de mis escritos, aquellos cuya existencia ignora todo el mundo, incluida mi propia mujer, Laura Silverman, como yo la llamo siempre por puntillosa y cumplida deferencia hacia su belleza de hebrea inglesa, un tanto sombría y un poco metafísica. Redacté aquellos papeles sin designio y casi sin leerlos, en horas de soledad muy perseguida y acaso para olvidarme un poco de El Sueño de la Razón y de mi trabajo en el sanatorio, entre los vivos y entre los espectros, bajo el gobierno científico del duque de la Trinitat. Así tenéis por ejemplo la historia que pergeñé sobre un médico quemado vivo por la Inquisición, en el reinado de Felipe IV. No tenía nombre en mi conseja, como tampoco lo tenéis vos, quienquiera que seáis, pero sí le imaginé una presencia y una prestancia muy distintas de las mías. Si yo salí bajo, ventrudo, calvorota y de labios muy gordos, él era alto, erguido, distinguidísimo y tan reputado antes de cumplir la cuarentena que muchos le predecían un nombramiento en la Corte. Todo quedó en nada, puesto que el

mundo no es sino vanidad de vanidades, cuando cayó en desgracia a la vuelta de un viaje a Francia y precisamente a aquel pueblo de Ribeirac, donde Ulysse Personne conoció al poeta Arnaut Daniel en el siglo XII, aunque por la época en que escribí la fábula aún no había llegado al sanatorio ni yo sabía quién era Arnaut Daniel. Sin reparar excesivamente en la coincidencia, pues su análisis nos llevaría a conclusiones parecidas a las de Freud en las vejeces, cuando creyó que solo el azar motivaba la psique individual y por lo tanto la Historia del hombre, prosigo con mi relato. A mi médico innominado le llamaron desde Ribeirac para que trepanase a una niña, que a veces se creía una paloma y aun volaba en misa por toda la iglesia, para distracción y desconcierto de los fieles y del oficiante, como el órgano tocaba solo cuando a María Amalia de Saint-Cyprien la llevaban al templo los domingos, aunque yo tampoco conociese entonces a María Amalia de Saint-Cyprien, pues escribí aquella narración antes de que ella viniera y antes de que pasase por aquí Blaise Pepin Tracas. Si me permitís la digresión, casi obligada en este punto puesto que luego tendré que volver a los hermanos Pepin Tracas, Blaise y Jean-Louis, Blaise vino a El Sueño de la Razón cuando iba camino de Cerbère en un Daimler viejo, lleno de antigüedades que comprara para su tienda de Londres. Quería saludar y saludó a Manuel Valentí Miralles, porque había servido a unos antepasados suyos, los duques de la Trinitat, cuando aún era demonio y en otro siglo. En cambio, no alcanzó a ver a fray Antonio Azorín, otro de sus antiguos amos, ni tampoco a *monsieur* de Descartes de quien fue guía y criado su hermano Jean-Louis, porque aquel día *monsieur* y fray Antonio habían ido a Barcelona a escuchar una conferencia sobre el ente, que daba don Julián Marías en el curso de verano de la Universidad de Buffalo. Mi médico, que aquí cierro el paréntesis y vuelvo a la época de Felipe IV, regresó a Madrid con una mujer de una belleza de estatua pagana rediviva, a quien llamaba *dona* Guillelma Minerba, mujer que parecía tan muda como los mármoles, pues solo hablaba en provenzal, según precisábalo el marido al presentarla como su cristiana esposa. De *dona* Guillelma se enamoraron perdidamente grandes del Reino, meninos de la Corte, archiveros de Indias, secretarios privados del conde-duque de Olivares, tres teólogos y Lope de Vega. Este, quien había estado en la Invencible con fray Antonio Azorín en la juventud y en la vida real, como muchos años después nos lo contaría fray Antonio, resolvió los amores haciéndose cura, como ya lo fuera en el pasado, cuando otras calenturas le sollamaron el alma e hicieron comprender que en este mundo pintado, todo, incluido el rijo, es la raya en el agua, aunque luego lo olvidase porque la desmemoria es la única arma del

hombre contra la demencia. Los otros enamorados se suicidaron, dejando largas cartas de despedida pringadas con sus lagrimones, donde decían matarse por pasión nunca correspondida y siempre estrellada en el silencio de *dona* Guillelma Minerba. Alguna viuda despechada la denunció entonces por súcubo, es decir, por diablo disfrazado de mujer y al médico, su esposo, por endemoniado. Cuando fueron a prenderles los corchetes, el cirujano solicitó su venia para abrazarla por última vez, antes de que los separaran e ingresasen en prisiones. Concedida la gracia, pues hasta los durísimos esbirros ablandábanse y vacilaban frente a la impávida hermosura de aquella francesa, el doctor estrechó a *dona* Guillelma Minerba contra su pecho y, ante los ojos atónitos del cabo de ronda y de los vergueros, ella se transformó en una brazada de violetas, que poco a poco el doctor fue dejando caer a sus pies. Los químicos del Santo Oficio, cuyo principal cometido era el descubrimiento y la denuncia de los alquimistas, lleváronse las violetas al obrador para analizarlas; pero apenas las extendieran sobre su mesa de nogal, donde hervían matraces y tintineaban finísimas balanzas, las flores, ahora mustias pero aún fragantes, se convirtieron en una bandada de estorninos verdes y morados, que huyeron volando por la ventana abierta hacia el Guadarrama, amoratado por la luz de la sobretarde. Al médico, encerrado en un mutismo parecido al de *dona* Guillelma, no le arrancaron una sola palabra los malos tratos ni las torturas. Condenado a muerte por mago satánico, fue visitado de ocultis por el mismísimo Soberano Don Felipe IV, quien siempre se interesaba en lo extraordinario, dentro de los límites establecidos por la prudencia. A solas con el reo en la mazmorra, el Monarca le dijo que antes del juicio el prestigio de su sapiencia había llegado a los regios oídos y convencido a Su Majestad de la imperiosa necesidad de nombrarle médico de la Corte. «Si no lo hice fue porque en Palacio todo se demora y empantana por culpa mía, pues soy de natural perezoso como es bien sabido y prefiero la caza, no digamos las faldas, a la administración del Estado. Para que te sirva un poco de consuelo en este trance, te confesaré arrepentirme ahora de no haberte elevado a cirujano de la Corte, pues quizá habría alcanzado a protegerte si te hubiese tenido a mi vera». Después le suplicó que no muriera réprobo e inconfeso, admitiendo sus tratos con el demonio para que al menos lo estrangulasen antes de conducirlo al quemadero, o acaso le hiciesen gracia de la vida, con un poco de suerte y muchas aldabas, aunque a decir verdad y visto lo roto que lo dejaron la rueda y las tenazas, no era posible que sobreviviese demasiado tiempo. «Dios no quiso que yo fuese un gran Rey ante la Historia; pero al menos me hizo sincero ante los demás y ante mí

mismo». Insistió el Señor en que debía retractarse, no para evitar el castigo del fuego, ni aun para complacer a su Monarca, sino por simple y pura lógica puesto que el mundo era una farsa, tejida de mentiras, y de aquella época suya no iba a quedar más testimonio que la pintura de Velâzquez y acaso aquella novela tan leída, *Don Quijote de la Mancha*. Como el médico engrillado no respondiera ni se dignase mirar al Soberano y como Su Majestad era indiscreto a fuer de hombre veraz y sin doblez, siguió contándole que si en un tiempo pensó incorporarle a los quirurgos de Palacio no quiso hacerlo únicamente para premiar sus méritos y su ciencia sino también para pedirle en la intimidad una cura contra, aquella extraña forma de lujuria, tan Real y tan suya, que le llevaba a perseguir de forma exclusiva a las mujeres con hábito o con disfraz, en otras palabras, a las monjas y a las comediantas. Casi no había terminado de confesar sus retozos sacrilegos con cierta abadesa de Madrid, «cuyo nombre no voy a decirte, porque soy un caballero y además porque con toda probabilidad debes de saberlo», cuando ya gozaba con la Calderona, sin bombachos pero vestida de campesina para representar *La moza del cántaro* del *Fénix de los ingenios*. Como el reo siguiera sin darle replicato ni asentir con ademán o gesto al ya largo discurso de Don Felipe IV, el Monarca terminó por suplicarle que le recetase una pomada, un ungüento, un bálsamo o un jarabe para curarse el desamor que inesperadamente sentía hacia las mujeres y que le había dejado como la espada de Bernardo, sin que la impotencia física le preocupase mayormente pues la sabía debida al desapego del alma. Aquella indiferencia, la muerte del deseo en un respingo de hombros, le llevaba a la triste y absurda nostalgia de los días del rijo, cuando se sabía macho aunque pecador recalcitrante. De nuevo el condenado le dio la callada por respuesta y el Soberano acabó por admitir que ningún otro propósito, sino el ruego de un remedio para su displicencia carnal, le había llevado a aquella ergástula y que todas sus demandas y limosneos para que confesase y se salvara de las llamas eran torpes disculpas de sus verdaderas intenciones, pues la suerte ajena le dejaba bien frío más por lisa pereza del augusto ánimo que por cínica maldad. Solo entonces se dignó el médico responderle con el desdén que Diógenes, acuclillado en su tonel, pidió a Alejandro que se apartara y no le quitase el sol cuando el Emperador se ofrecía a concederle cualquier gracia. Dijo el preso al Rey que tuviera la bondad de marcharse, antes de que lo sambenitasen y ofreciesen al escarnio público del auto de fe, en la Plaza Mayor y camino del quemadero, para ver cómo se las arreglaba una araña que tejía su tela entre dos barrotes del ventano, sin parar de componer laberintos siempre distintos, que una vez

terminados él le destruía con el pie. Tres le había descompuesto aquella mañana, sin que la araña abdicara de su empeño, urdiendo dibujos en los que unas veces aparecían constelaciones y otros perfiles humanos, donde temblaban el rocío y el solecito de la madrugada. Por la cuarta trama andaba ahora y si los ojos no le engañaban al cirujano, ya no diseñaba rostros ni astros sino escribía en letras muy largas un verso de don Francisco de Quevedo, aquel que reza resonante: «¡Ah de la casa! ¡Nadie me responde!». El Monarca frunció el ceño y amusgó los párpados para reparar en el menudo portento. Al precio de algunos fallidos esfuerzos, terminó por leer el endecasílabo y desde aquel día hasta el de su muerte admiró el buen orden de un universo, donde las arañas citan los sonetos o los poetas los plagian de sus telas. En cualquier caso, el médico innominado e iluminado de mi relato, a quien podríamos dar mi propio nombre, Juan Antonio Torre de la Estigia, para mejor orientaros en esta confesión, murió abrasado e inconfeso aquella misma mañana y Su Majestad, Don Felipe IV, presenció su auto de fe en el balcón real de la Plaza Mayor de la villa, preguntándose contristado quién podría curarle su incapacidad de amar y cuál sería aquella casa vacía donde don Francisco de Quevedo, un hombre nada partidario de su Gobierno, daba voces en vano. En el instante de la muerte, el espíritu del reo salió por sus labios, voló un tanto desconcertado por encima del tostadero, se prendió a una brisa venida de la Sierra, rebotó sin memoria por los tejados de Madrid, prendiose en lo alto de una aguja para contemplar una bandada de vencejos, sintió frío pues el día era aún fresco, aunque ya andase por las vueltas de la verbena de San Antonio de la Florida, y fue a cobijarse en una boardilla por la ventana entreabierta, que daba al Guadarrama florido. En un camastro de aquel desván dormía un estudiante de Medicina en vacaciones, quien tampoco llevaba nombre en aquella crónica imaginaria, aunque también podríamos bautizarle con el mío a falta de otro mejor y propio. Aquel jovencísimo Juan Antonio Torre de la Estigia soñaba con la pasión de su vida, que le llevó a las aulas y a aprender en los libros de Galeno, pasión que yo diría más literaria que científica, pues reducíase a la creación de unos homúnculos que en personajes de palmo o de media vara remedasen perfectamente a dos cristianos, hijos de madre. Soñaba boquiabierto, porque en sueños creíase ya presto al cumplimiento de su designio, cuando el espíritu le entró aterido por las fauces y fue a refugiarse en el fondo del alma. Al despertar, Juan Antonio Torre de la Estigia o Juan Antonio Torre de la Estigia II, como vos gustéis, sintiose un hombre distinto en el mismo mundo. Por primera vez le asaltó y venció la idea de que había nacido en Madrid, sin trascender los límites de la

Villa y Corte en toda su vida, ni siquiera camino de Alcalá de Henares en la silla de postas que salía de la Plaza de la Cebada, como no fuera en alguna gira por la parte de Prado del Rey, de merienda en domingo con unos amigos y unas putas leonesas tañedoras de mandolina y muy inspiradas a la hora de poner música a las letrillas de don Luis de Góngora. De pronto todo aquel mundo, el de los autos de fe en la Plaza Mayor, con el Rey cada vez más pálido y saludando con dos dedos, como si diese su cansada bendición al pueblo; el de la Plaza de la Cebada, con la posta junto a la herboristería olorosa a hinojo reseco y a resina húmeda; el de Prado del Rey, con las mandolinas, las rabizas y las botellas de Valdemorillo; el de las clases de Medicina, donde los estudiantes vociferaban y se batían como si en vez de la sala de autopsias y de partos fuese aquello el juego de pelota; todo, absolutamente todo, se le hizo indecible e insoportable. Reunidos los ahorros que le legaran sus padres y sin despedirse de nadie, pues carecía de próximos parientes, partió para Holanda, que pasaba entonces por el país más civilizado de Europa. En Groninga casó con una viuda adinerada, a quien cuidaba los tulipanes, los abetos azules y un halcón maltés, al que enseñó a hablar como un loro para regocijo de su señora y a decir: «Solo son libres quienes nunca existieron, pues hasta los muertos penan sus culpas en los infiernos», o «Si un monstruo habita al hombre, este monstruo será siempre un muñeco», o «La canalla acude por igual a los funerales y a las ejecuciones. Todo es parte del mismo circo». Adiestrado el halcón, arrancados reflejos casi de cobalto a los pinos azules, cultivados unos tulipanes que se transparentaban al sol como si fuesen de porcelana de Limoges, Juan Antonio Torre de la Estigia anunció a la viuda, su esposa, el propósito de matricularse en la Facultad de Medicina si bien cuidose de ocultarle su último designio, que era la creación de los homúnculos. Su mujer lloró un poco y adujo que siendo ella canosa y menopáusica, no haría sino perderse en las aulas, con aquella tropa de estudiantes revoltosos y mal nacidos, que bebían ríos de cerveza negra en las casas de citas y pringaban la ciudad de minio al doctorarse. Cedió de mala gana ante la mucha insistencia del marido y falleció discretamente cuando él iba a recibirse, legándole entera su muy cuantiosa fortuna. Desde entonces hasta el día de su propia muerte, pocos vieron a Juan Antonio Torre de la Estigia, dentro o fuera de la casa, excepción hecha de sus inmediatos colaboradores siempre escogidos entre gentes de escasas palabras. Emplazó el laboratorio en la sala donde el primer marido de su difunta jugaba a los bolos o fumaba tabaco de la isla Fernandina, contrabandeado por los buques de la trata y allí, al cabo de interminables, exasperantes, frustradas, fallidas,

infructuosas, desesperadas, vacilantes, agotadoras pruebas, produjo sus homúnculos, Jean-Louis y Blaise Pepin Tracas, plagiando nombres y apellidos de dos peluqueros franceses, gemelos, maricas y hugonotes, quienes le rizaban a veces las pelucas con tenacillas, cuando Juan Antonio Torre de la Estigia aún disponía de tiempo para tales ligerezas. Os preguntaréis cómo en el siglo XX bauticé de tal modo a mis homúnculos y por añadidura los hice hermanos a todos, a ellos y a los fígaros de Francia, como en la realidad lo fueron sus homónimos, los diablos servidores de fray Antonio Azorín y de *monsieur* de Descartes en el siglo XVII, sin que yo lo supiese. La verdad es que carezco de explicación plausible ante tanta coincidencia. Huelga expresaros mi asombro, cuando fray Antonio Azorín mencionó por primera vez en El Sueño de la Razón al enano de Adelaida, duquesa de la Trinitat, luego también criado suyo, o cuando *monsieur* de Descartes nombró al demonio que le había recibido, en Suecia y a la hora de la muerte, para conducirle por aquella perspectiva anticipada de la Historia racional y europea. Más tarde, ya asilados voluntariamente *monsieur* de Descartes y fray Antonio Azorín, pasó por el sanatorio, como os dije, el verdadero Blaise Pepin Tracas, abdicada su condición demoníaca y convertido en anticuario laborista; pero no me atreví a contarle tantas coincidencias para que en vez de psiquiatra no me creyese loco de atar. Blaise Pepin Tracas tomó el té y una rebanada de turrón de fruta con nosotros, lamentose por no haber coincidido con fray Antonio Azorín ni con el espectro de *monsieur* de Descartes, pues le habría agradado hablar de su hermano Jean-Louis, aunque no conociese personalmente al ilustre filósofo; alabó la progenie de los duques de la Trinitat, ante la pretendida indiferencia de Manuel Valentí Miralles, quien mirábale con los ojos demasiado abiertos para no sentirse halagado y siguió camino de Londres, en su Daimler, idéntico a otro que en tiempos prestó servicios a Su Graciosa Majestad británica. Cierro este obligado paréntesis sobre su visita y prosigo con la historia de Juan Antonio Torre de la Estigia, aunque poco haya que contar en los amenes de su mismo epílogo. Aquellos homúnculos suyos, que salieron como medidos y de media vara, muy armoniosos los dos en su diminuta compostura, eran también bailarines consumados aunque su hacedor no sabía de dónde pudo venirles la soltura innata para el desplante, la cabriola, el salto y el encaje, por no decir nada del *cake-walk* y el *claqué* zapateado. Solo se ponían de acuerdo a la hora del baile, porque sentados a la turca sobre la mesa de mármol del laboratorio, disputaban constantemente con sus vocecillas chillonas y un tanto parecidas a las del halcón amaestrado, pues por ciencia infusa u oscuro instinto, uno de

ellos, Blaise Pepin Tracas, era racionalista fanático en tanto que su hermano lo creía todo gobernado por el mismo absurdo estrafalario. Juan Antonio Torre de la Estigia no tuvo mucho tiempo para admirarles el litigio, porque a poco de crearlos fallecía de un síncope y su espíritu se olvidaba de ellos. Quizá por inevitable contraste con su vida, tan activa en estudios, viajes, trabajos de jardinería e industrias científicas, en el tercero de mis relatos, aquel espíritu salió holgazán, moroso e irresoluto. Largos años vagó por los tejados de Groninga y luego por las landas de Holanda, asustando patos salvajes, más por pereza que por falta de determinación a la hora de encarnarse. Cuando se cansó de aguardar la vuelta de las cigüeñas en un alero o de divertirse contemplando los fulgores de la nieve iluminada por los faroles de la ronda nocturna, acaso por inconsciente analogía con los matices que arrancaba a los tulipanes, decidió viajar un poco por el vasto mundo, que debía cosechar muchas mieses espirituales y materiales en el nuevo siglo dicho de la Razón. No tardó en asombrarle que esta, llave áurea de una era inmediata donde los hombres volverían al edén perdido en la breve amanecida de la inocencia, coincidiese con los enclaves africanos de las naciones más sabias, entre ellas la tolerante Holanda de las cigüeñas, para la caza, secuestro y herrado de los negros en sus poblados, llevándose luego a los bozales por aquel océano a cuyo cabo estaba el infierno según los cautivos, porque de allí venían los barcos de la trata. Aun en la ignorancia de su desmemoria, el espíritu de Juan Antonio Torre de la Estigia no tardó en decirse que tales abusos establecían serias excepciones a las reglas de oro de la Razón y que en el día de su triunfo absoluto y cercano, los pueblos civilizados se preguntarían carcomidos de remordimientos cómo pudieron entregarse a tan bestial negocio, del mismo modo que en la vida real el gentilísimo fray Antonio Azorín se escandaliza al pensar que en otro siglo fue negrero asociado a Malaparte. En sus vuelos de continente a continente, por encima del Mar Tenebroso o de los Infiernos, aquel en cuyas entrañas decían dormidas las ruinas de otra civilización, anterior a la memoria y al testimonio escrito, donde el Entendimiento tuvo su noble imperio, antes de que la hundiese un cataclismo, pasmó al espíritu el ingenio de los mercaderes en tiempos tan esclarecidos, canjeando los bozales por melaza en Cuba, para transformar la melaza, en ron en Massachussetts y comprar esclavos con el ron en África a los negros dispuestos a capturar y a vender a sus hermanos, al precio de la propia libertad con el ron por añadidura para celebrarla. Poco a poco, aunque no lo hubiese admitido, fue envejeciendo, pues es cosa sabida que a las ánimas invisibles las lija el tiempo como a los vivos, si bien mucho más

despacio, en los ínterin de la metemsicosis, es decir, mientras no se reencarnan. El espíritu que antes iba de mar a mar por puro capricho redujo sus vuelos a Europa y luego dio en limitarlos a Francia, país que le seducía de modo inexplicable acaso por haber sido la cuna de la Razón moderna. Vivió años enteros en lo alto de Notre-Dame, en pie como un esparvel sobre el diablo que medita con la mano en la mejilla de piedra o encaramado en cualquier otra gárgola. Con el paso del tiempo, la gris humedad del París de la guerra franco-prusiana le agrió el humor y las esperanzas de hallar a alguien en quien pudiese encarnarse dignamente, como desespera el soltero avejentado de descubrir en sí propio la disposición de casarse y en el mundo la mujer adecuada a sus días otoñales. Advirtió entonces que los pajarillos, apenas echados plumón y plumas, huían de la ciudad y solo regresaban los domingos por la tarde, para que las niñeras de los jardines del Luxemburgo les echasen mijo y migajas, ante la mirada atenta y sapientísima de *monsieur* Seurat, el pintor de *La Grande-Jatte*. En pos de los pájaros parisienses por intrigada curiosidad y no por vehemente deseo, llegó al pueblo de Illiers, por la parte de Chartres, donde el tren paraba dos minutos entre un cementerio triangular y un viejo viaducto, todo cicatrizado de musgo por las juntas de las piedras ciclópeas, para luego seguir camino hacia La Rachepelière y Méréglise, por donde cruza el Thironne sembrado de nenúfares. Contemplaba el espíritu aquella estación, tan bien dispuesta aunque minúscula, con sus dependencias simétricas y confrontadas a ambos lados de los rieles, cuando del tren recién llegado de París descendió una pareja y en aquel instante preciso y precioso, con los tilos desnudos de la *avenue* de la Gare por únicos testigos, el destino del ánima pura emprendió un viraje de posibles consecuencias trascendentales para la historia de la literatura. El caballero salido del vagón no carecía de nobleza en su porte corpulento, su frente despejada y su barba oscura de casi enrojecidos reflejos; pero su aparente hidalguía diríase más propia de Italia y de otra época que de la Tercera República. Irónicamente, como luego lo supo el espíritu errabundo, era natural de Illiers e hijo de unos abaceros de la *place* de Marché, habiéndose doctorado en Medicina y descubierto *le cordon sanitaire*, para honor de la villa. Su esposa, muy morena y casi tan alta como él, tenía un aire de hebrea melancólica o de odalisca del Gran Turco, con lírica disposición para la *qasida* encabalgada y elegiaca. El alma perdida prendose de ella, con amor irrevocable, desde el menudo botín abrochado, que tentaba el estribo con graciosa delicadeza, hasta la frente blanquísima sobre los cielos de Illiers. En la estación, un mozo quitose la gorra al verlos y después de saludarles muy

respetuoso les tomó las maletas. También él era alto, como luego observó suelen serlo los hombres de aquel recodo de la vega del Loire; pero, aunque bien parecido, tenía la mirada entre transparente y soñolienta de los idiotas y del Thironne dormido entre sus ninfeas. Seguidos por aquel muchacho, mudo y sin nombre en mi historia, aunque podríamos llamarlo de cualquier modo, por ejemplo Jean-Antoine Tour de Styx, a título de referencia y pese a no ser este apellido muy propio de campesino oligofrénico, la pareja subió por la *avenue* de la Gare, dobló por la *rue* Florent y luego por la *rue* de la Place hasta detenerse ante una casa con jardincillo de adelfas y de plátanos salvajes, que les aguardaba con la puerta abierta en la *rue* de Saint-Esprit. Allí se despidió Jean-Antoine Tour de Styx, siempre sonriente y descubriéndose de nuevo. El caballero quiso darle unas monedas; pero sacudió la cabeza con obstinada decisión, como si el privilegio de ayudar a tal señor fuese el pago más honroso de sus servicios. Cedió el doctor ante tan repetidas negativas; pero le impuso allí mismo, en mitad del jardincillo, una presurosa revisión médica. Le hizo mostrarle la lengua, le volvió los párpados para verle el borde del ojo desnudo, le auscultó el pecho, siempre los dos en pie, y le dijo que estaba tan sano como si fuese de hierro. Despidiose Jean-Antoine Tour de Styx con muchas reverencias y el matrimonio entró en la casa. En el comedor encontraron la chimenea encendida, pues entraba el otoño y el tiempo era bastante frío, aunque el día amaneció templado y el barómetro en el muro indicaba una tarde nublada. En la mesa, una nota debajo de una tetera con rosas pintadas decía: «Estamos en la pañería. Puse el lechón en el horno y nos veremos a la hora de la cena». Debajo habían firmado «Elisabeth y Jules», quienes resultaron ser cuñados de la esposa con aire de esclava poetisa, aquella de la cual tan perdidamente se enamorara el espíritu vagabundo. En una alcoba del segundo piso, el matrimonio deshizo su equipaje después de abrir el doctor las ventanas y sus postigos de madera recién barnizada, mientras manifestaba que no había aire más diáfano y saludable que el de Illiers, en todo el Loiret y en todo el Loire et Chere, aunque a su esposa semejante alabanza parecíale desmedida y poco científica. El ánima vio junto al alféizar una jofaina blanca, sobre un trípode de curvas patas y una jarra vacía. A un lado de la cama, llameaba la chimenea si bien la amada, que sería muy friolera como según el proverbio suelen serlo las mujeres de corazón apasionado, dijo que aquella noche necesitarían botellas de agua «hirviente y muy hirviente» en el lecho. Sobre la repisa daba horas tintineantes un reloj debajo de una campana de vidrio, tan grande y bien aherrojado al pie de bronce que el doctor se vio en el deber de precisar que en tiempo de sus

difuntos padres y una vez al año, pasado el Pentecostés, venía un relojero de Chartres, para levantar el fanal y darle cuerda cumplida. Cuando descendieron al comedor habían llegado Jules y Elisabeth, con una criada canosa y ceñuda a quien llamaban Ernestine. Todo fue entonces besos y abrazos, como si los parientes no viniesen de París en guerra sino de Cochinchina, si bien Elisabeth manifestó con resignada tristura que su salud seguía como siempre y solo probaría un vasito de agua de Vichy y una *madeleine* de Blois, «de aquellas que se esponjan en el té, como las flores de papel japonesas». Más no cenó y una vez despachada la pierna de cordero asado que sirvió Ernestine, rica en ajo y con tiernísimos espárragos, después de que Jules hubo preparado y servido el café, prometiéndoles postres de crema de queso y fresones para aquel verano, cuando Francia volviese a vivir en paz, fumados que fueran dos habanos por el doctor y el tendero, junto al fuego ya muy recogido y casi tirando a rescoldos, pasaron todos a sus alcobas deseándose las buenas noches. El espíritu enamorado siguió al matrimonio de París y hasta el amanecer estuvo pendido de una viga, como un murciélago, contemplando a la amada dormida de perfil en su almohadón de pluma, mientras el esposo roncaba brutalmente a su lado. La noche siguiente, de luna llena sobre Illiers, no quiso castigarse con el espectáculo de aquel intruso, pues transgresor era el esposo en el mundo de sus amores aunque la Iglesia lo avalase, soñando entre ronquidos floreados junto a su adorada. A tumbos por el pueblo desierto, que parecía un laberinto de alabastro por donde cruzaban a veces silbidos de trenes distantes, el ánima dio por azar con la casita de Jean-Antoine Tour de Styx, quien al igual que Juan Antonio Torre de la Estigia, en otro siglo ya muy lejano, dormía con la ventana abierta en invierno y en estío, de permitírselo los vientos que a veces vienen revueltos desde los mismísimos Vosgos, atropellándose Loire abajo como si el río fuese un embudo. Huelga añadiros que el espíritu en pena cruzó el vano y entrose por la boca abierta de Jean-Antoine Tour de Styx, como era inevitable. Aquí concluirían su historia y mi relato, si el epílogo no corriese a cuenta del cretino del pueblo. Ya se sabe, «*life is but a walking shadow… It is a tale told by an idiot, full of sound and fury, signifying nothing*». Desnudo como dormía cada noche y siempre traspuesto, aunque ahora sonámbulo, salió a la calle vacía y se encaminó hacia la *place* du Marché, tan silenciosos sus pasos por el empedrado como cruza el tiempo por los cielos. Descalzo, en cueros y todo blanco de luna, habitado ahora por el espíritu que fuera de los Torre de la Estigia, Jean-Antoine Tour de Styx detúvose un instante frente a la casa de la *rue* de Saint-Esprit, para empujar la puerta que Ernestine dejó entornada, pues en aquellos

confiados tiempos, aun en plena guerra con Bismarck, los pueblos de Francia no conocían más crímenes que los pasionales. Sin turbarse ni titubear, tan rectamente conducido por aquel hipnótico instinto a través de las tinieblas, como antes por la penumbra de las calles, ascendió al segundo piso, entrose en la alcoba del matrimonio de París y se detuvo muy inmóvil, los ojos dormidos y abiertos, entre la jofaina y el reloj. Un destino hasta entonces no escrito en ninguna parte, pero tan irrevocable como el de la piedra que cae o el de la luz que amanece, empezó a cumplirse como estaba medido y dispuesto. Llevada por el mismo impulso que condujo a Jean-Antoine Tour de Styx hasta los pies de su cama, la esposa del doctor retiró la colcha, la frazada y las sábanas, para levantarse a su vez tan sonámbula y sigilosa que el marido, ignorante de todo, no cesó de roncar ni de deleitarse en un sueño privado, donde vuelto a la niñez iba de gira con sus padres a las fuentes del Loire y allí, cuando se disponía a orinarse en medio de una alta junquera, se topaba inesperadamente con un hombre muy alto, de ojos saltones y entallado chaleco blanco, una orquídea en el ojal, quien le decía ser su hijo y el hijo que honraría su nombre en el mundo después de su muerte, de tal modo que cuando llevase setenta y ocho o setenta y nueve años bajo una losa del cementerio del Père Lachaise, se narraría detalladamente aquel sueño suyo en un libro, no por haber pertenecido a la Academia de Medicina ni por haber descubierto un monumento a Pasteur en Chartres, como andando el tiempo lo descubriría, sino por haber sido padre del hijo, a quien en su día, hecho él hombre, debía concebir. Entre tanto, cubierta con su larguísimo camisón, de muchos encajes por la parte del pecho, la esposa salió de su dormitorio de la mano de Jean-Antoine Tour de Styx. Juntos abandonaron la casa y descendieron por la *rue* des Trois Lavoirs, dejando a su derecha las ruinas del castillo de los señores de Illiers, esparcidas y acostadas en la hierba recién despuntada; cruzaron el Loire por la pasarela de Tansonville y por el *chemin* de Halage, la *rue* des Vierges y el *pré* Catalan, todo despoblado a aquellas horas, y llegaron a las márgenes del Thironne, tan cándido y brillante en la noche luminosa como un arroyo polar. Mágicamente, en mitad de aquel riachuelo y en pleno setiembre, abriose un nenúfar del tamaño de un tálamo, que la luna parecía volver de alabastro con las hojas extendidas de orilla a orilla. Siempre prendidos de la mano, la esposa del doctor y Jean-Antoine Tour de Styx entraron en la ninfea, que sin volcarse ni hundirse mecíase suavemente bajo el peso de sus pasos de puntillas; despojose ella de la camisa recamada, caída ahora a un lado del lirio, y sin que sus propios besos y quejidos llegaran a despertarles hicieron el amor en medio de aquella flor y

bajo la luna absorta. Nunca recordaron haberse amado y antes de la alborada habían vuelto a sus casas, siempre dormidos en la noche vacía, arrastrando ella el camisón, prendido de los dedos por un pico de la cola, entre los chapiteles quebrados del castillo que el tiempo, no los hombres, esparció por aquel prado de la *rue* des Lavoirs, donde aún florecían tardíos almendros, como si Riesen un reparto de cartas vueltas piedra en la tierra. Olvidaron, como digo, su aventura, al igual que si nunca la hubiesen vivido, aunque a la mañana siguiente la taciturna Ernestine trajo nuevas extraordinarias del mercado. Todo Illiers se hacía lenguas de un nenúfar solitario y muy tardío, que amaneció en el Thironne y extendíase sobre el agua del arroyo, hasta bordearle las mismas márgenes. Con el pueblo entero, el doctor y su esposa fueron a presenciar el portento, que viejas campesinas, en una comarca de antiquísimas tradiciones y gentes de larga memoria, atribuían al propio Magas, el alquimista de Chartres esculpido en el pórtico de la catedral. Frente a aquella ninfea, tan bella como monstruosa, la esposa sonámbula e inconsciente de su adulterio no alcanzó a revivir memorias de su reciente aventura; pero el doctor recordó bruscamente el chaleco del hombre ojeroso, que se le apareció y le dijo ser su hijo, aunque él soñase haber vuelto a ser niño, porque flor y jubón compartían la misma blancura, un tanto mate y casi amarillecida. Dos semanas más tarde, la mujer del doctor supo estar embarazada y el 10 de julio de 1871, después de la guerra con Prusia, de la *débâcle*, del sitio y las hambres de París, de la rebelión de la *Commune*, de la vuelta de Thiers y de los fusilamientos de los *communards*, dio a luz a su hijo Marcel en la *rue* La Fontaine de Auteuil. Aquí podría concluir mi confesión y deciros que a vos os corresponde imaginar y decidir si los tres relatos inéditos de mis mocedades fueron fantasiosos o nacen de pasadas reencarnaciones mías. En otras palabras, si di en escribirlos porque en otro tiempo fui los dos Juan Antonio Torre de la Estigia y Jean-Antoine Tour de Styx, como luego creí que Ulysse Personne se había encarnado en el juglar de Ribeirac, el carpintero de Bois-le-Duc, el Jerónimo de El Escorial, el revolucionario Floreal Dubois y Caballero del Bosque. También dejo a vuestra discreción el deducir si el niño parido en Auteuil, el pueblo del hipódromo, era hijo del doctor o de Jean-Antoine Tour de Styx, siendo aquel académico de la Medicina únicamente su padre putativo, porque en mi historia no se aclaraba el extremo. Solo puedo añadiros que muchos años después, cuando el espectro de *monsieur* Proust llegó a El Sueño de la Razón con el doctor Raimon Reixach, me turbó y sorprendió la actitud de los dos respecto a mi esposa, Laura Silverman. En los almuerzos y en las cenas del sanatorio, donde

las camareras cuidaban siempre de no servir sal a ningún espectro, el doctor Reixach y *monsieur* Proust sentábanse ante mi mujer y no cesaban de contemplarla, enmudecidos y extáticos, de forma tan manifiesta como exasperante para mí. Unas veces la observaban de tal modo suspensos que se hubiese dicho a Laura una imagen pintada en el muro y no un ser vivo. En otras ocasiones, *monsieur* Proust parecía desazonado por su presencia y buscaba los ojos de mi esposa como reprochándole silenciosamente la osadía de haberse cruzado con él o con su sombra espectral, en aquella casa. Un día sí y otro no, sorprendía un destello de lujuria en el encaro del doctor Raimon Reixach, cuando ponía los cinco sentidos en Laura para devorarle los gestos y beberle las palabras. Casi sosegábame entonces porque la embelesada atención que ella incitaba en el médico respondía al menos, aunque fuese circunstancialmente, a una causa real y concreta: un deseo carnal, intermitente pero sin duda intensísimo, que encendía el oro del iris de Raimon Reixach en sus fijas pupilas. En la primavera anticipada de aquel año, que cubrió el cardenchal de tempranas biznagas floridas, me topé una mañana en los jardines de El Sueño de la Razón con una escena inolvidable y tan clara todavía a la memoria como lo fue a la mirada al presenciarla. Mi mujer se mecía muy despacio en un columpio colgado de un roble, mientras el espectro de *monsieur* Marcel le hablaba sentado en un sillón chino, de mimbres y altísimo respaldo, como aquellos de tapetitos en los brazos donde el viejo Mao Tse-tung recibía apoltronado a los comunistas franceses. Raimon Reixach recreábase contemplándolos calladamente, un codo en el césped apenas reverdecido y en los labios la sombra de una sonrisa, copiando sin saberlo y tendido en tierra el gesto y la postura del poeta don Vicente Aleixandre, como aparece en aquella fotografía de sus contemplativas mocedades reproducida en la antología de don Gerardo Diego. Confuso y atribulado, me creí un intruso en un cuadro de otra época, como si por manifiesto e incomprensible azar hubiese entrado vivo en un lienzo de Manet con aquel trío por modelos y protagonistas. En aquel instante me percaté de que un secreto tal vez inefable e impensable, aunque no por ello menos verdadero, unía a Laura con el espectro de *monsieur* Proust y con Raimon Reixach, separándola con ellos de todos nosotros y sobre todo de mí mismo, su único y legítimo marido. Discretamente, desandando mis pasos de espaldas y sin volverme, como según dicen los jesuitas solían leer el oficio de la Virgen, me alejé de aquella escena en apariencia tan insignificante; pero en realidad tan representativa de un misterio siempre oculto, como las muestras maestras del arte lo son de la sensibilidad de su tiempo. También sin

declarárselo a nadie ni alcanzar a impedirlo, empecé a distanciarme de mi esposa. Desde los tiempos en que la conocí en aquella *coffee-house* de Londres, donde servían pastel de cereza y pétalos de rosa de Alejandría al pie de la Torre y junto al tajo donde decapitaron a Ana Bolena, sentí ciertos reparos a la hora de acostarme con ella, pensando cuán groseramente aparejada con su blanca, silenciosa y un tanto triste belleza andaba mi propia fealdad. Aquellas dudas y dificultades, cuya insensatez no dejaba de serme evidente, convirtiéronse en remordimientos, donde me retraía y refugiaba de espaldas a mí mismo. En su callada disposición, mi mujer parecía abundar en mi aislamiento y acogíame con aquella leve sonrisa suya, en la cual creí advertir entonces un toque sardónico. Poco a poco dejamos de hablarnos, cada uno sumido en su almario, como si no hallásemos las palabras apropiadas para reconocernos, al cabo de tantos años de matrimonio. No me sorprendió que por aquellos días el doctor Raimon Reixach y el espectro de *monsieur* Proust solicitasen una larga y privada entrevista conmigo, porque en cierto modo siempre supuse un desenlace parecido para nuestras cuitas, aunque no llegara a anticiparle los precisos términos. Llanamente, sin recurrir a tantos circunloquios, palimsestos de matices ni entramados de oraciones subordinadas con los que articulaba el lenguaje de sus libros y su habla de espectro, *monsieur* Proust se dijo fascinado ante Laura porque en ella veía la reencarnación de aquella madre, cuyo beso de buenas noches esperaba sobrecogido de impaciencia en Combray antes de dormirse, mientras oía el susurro de las voces venidas del jardín, donde sus padres y su abuela conversaban con Charles Swann y él aprendía la medida del dolor humano, en la incertidumbre de la espera y del insomnio, cada vez más temeroso de que *madame* Proust le hubiera olvidado hasta la mañana siguiente y en el supuesto de que la noche no fuese interminable como la muerte. La misma madre, «ahora tan claramente evocada en *madame* Torre de la Estigia», en cuya casa probó aquella *madeleine* de Blois mojada en té que debía rescatarle y devolverle su entero pasado, desde los cálidos abismos de la memoria involuntaria, incluidas las noches de verano en Combray cuya angustia abría el primer volumen de su larga crónica novelada. La misma madre, sí, ahora transparentada en Laura, que se le apareció gigantesca y cubierta de velos negros («*Je vois une lumière toute noire*», fueron las últimas palabras de Victor Hugo en otra época), no para desearle las buenas noches con un beso sino para aterrarlo en el último instante de su agonía, en aquel piso de la *rue* Hamelin, antes de que *monsieur* Proust se percatara de que la muerte es casi tan insensata como la vida, con la prohibición del baile agarrado en viernes y

la propia incapacidad de escribir, que aún esperaba pudiesen curarle en El Sueño de la Razón, como únicas variantes. Le interrumpió entonces Raimon Reixach, a quien *monsieur* Proust llamaba «*mon jeune ami*» aunque por los días en que llegaron juntos al sanatorio ya le caneaba toda la cabeza diciéndole y diciéndome, con todos los respetos debidos a *monsieur* Marcel, que quien revivía en mi mujer no era *madame* Proust sino Laura Hayman, la *cocotte* literata y británica como la *milady* de *Los tres mosqueteros*, que inspiró el personaje de Odette de Crécy en *À la recherche du temps perdu*. Valga la verdad clínica del caso y el respeto debido a todo el mundo, Raimon Reixach la reconocía en Laura Silverman porque en su primera vida, la de Laura Hayman, no fue una extraña para él. El propio *monsieur* Proust se la había presentado en su casa del *boulevard* Haussman y Raimon Reixach devino su amante obediente, como antes lo fuera su padre, en aquel apartamiento de la *rue* de La Pérouse, lleno de crisantemos, lámparas indias, rosarios turcos, faroles japoneses y pebeteros de Indochina, hasta que la misma Laura le presentó a Aurelia de Miralpeix. Con su habitual cortesía, pero sacudiendo la cabeza, *monsieur* Proust afirmaba haber conocido a Laura Hayman mejor que Raimon Reixach, en todos los sentidos incluido el carnal, puesto que se encargó de seducirlo y robarle la inocencia a los dieciséis o diecisiete años, sin que la experiencia despertase en él emociones tan complejas ni tan intensas como la del conjuro del pasado a través de la *madeleine* en el té, aunque su afecto y su devoción hacia Laura Hayman, «la dama de rosa» a quien vio por primera vez de niño, cuando ella, aún muy joven, era la querida de su tío abuelo, confinaban con los lindes del amor. Como si en modo alguno le concerniera, aunque ya nos lo había contado a Manuel Valentí Miralles y a mí, añadió que después de enemistarse primero y luego reconciliarse con él por verse reflejada en Odette de Crécy, Laura Hayman dejó de envejecer hasta el día de su muerte. Raimon Reixach podría ignorar que su madre, *madame* Proust, se asomaba a los ojos y trascendía en los gestos de *madame* Torre de la Estigia, puesto que no la había conocido; pero no podía atribuirle a mi mujer ningún parecido con Laura Hayman, porque *monsieur* Proust, entre todos los hombres vivos y muertos, era el más idóneo para identificar a aquella *cocotte* a quien recreó e inmortalizó como Pigmalión a Galatea. En tal punto del pleito, creí mi deber terciar y decirles que acaso ambos tuviesen razón, si bien cada uno se la negaba al otro, y quizá las dos, *madame* Proust y Laura Hayman, se habían reencarnado o trataban de reencarnarse en mi mujer, pujando y empujándose en ella sus espíritus, que tan distintos fueron en previas vidas. (Huelga confesaros que no conté nunca a

monsieur Proust aquel relato mío sobre su madre, la ninfea del tamaño del Thironne y Jean-Antoine Tour de Styx, como tampoco le revelé mi propia sospecha de haber sido yo el cretino de Illiers, que en la fábula hizo el amor dormido con *madame* Proust). La terapia por el reconocimiento de la reencarnación, en la cual creía firmemente aunque hubiese errado al querer aplicársela a Ulysse Personne, suponía el trasiego de un solo espíritu entre dos cuerpos, separados por el tiempo. Quizá fuese aquel nuestro desacierto, desde el propio punto de partida, pues cabía en lo posible que no solo un alma sino varias confluyesen en algunos seres, desde el pasado más próximo o desde los tiempos más lejanos, por razones que acaso nunca llegaríamos a esclarecer. De forma casi académica, pues en tanto hablaba y ellos me escuchaban con creciente interés, iba afirmándome en la posible verdad de cuanto les decía, les pregunté si el sentimiento inadvertido de que en nuestro interior pugnaban por emerger diversos muertos no sería el principio inconsciente del teatro: el origen de la tragedia y del otro sentimiento, el trágico de la vida, si me permitían aquella simbiosis de Nietzsche y de Unamuno. Merecería la pena consultarlo con un actor profesional, como Fernando de Saint-Cyprien, quien tantas veces había sido Ricardo III y a través del cual materializó María Amalia la batalla de Bosworth, para terminar ofreciéndole la corona de oro chapado, con perlas en los florones y un rubí parecido al ojo de un cíclope, como si fuese Richmond y no Ricardo de Gloucester, en fin de cuentas. *Monsieur* Proust me atajó en aquel punto, muy encendidos sus grandes ojos oscuros de espectro, diciéndome no saber dónde se hallaban las fuentes del drama, en el pasado o en el infierno, que aparece como una espiral de teatros abiertos, cada uno para un solo espectador, en un libro que estaba leyendo y de cuyo autor no quería acordarse, por miedo de haberle influido demasiado con su propia creencia en la niñez de unas salas de platea y unos palcos, donde cada persona presenciase la función aislada de las demás, como en una linterna mágica, creencia que describía con su habitual prolijidad en *À l'ombre des jeunes filles en fleurs*. Fuesen cuales fuesen los orígenes de la tragedia, él concebía ahora otra posible novela, más larga aún que *À la recherche du temps perdu*, donde cada personaje viniese determinado por un mínimo de otros dos, en él reencarnados, que a su vez nos llevaran a otros muertos reaparecidos en ellos y así sucesivamente, remontando el tiempo perdido hasta el mismísimo amanecer de la humanidad y no solo hasta el despunte doloroso de la propia conciencia individual, como él lo había hecho en *Du côté de chez Swann*, al empezar su amplísima novela en las noches de la niñez («*Longtemps je me suis couché de bonne heure*»), atando cuanto

desatara la muerte y siempre al margen de la Historia, que no es sino la crónica de todo lo desaparecido y una pesadilla de la cual el escritor tiene el deber de despertar, como se lo había dicho James Joyce la única vez que se vieron, para ceñirse a la literatura, pura síntesis de vida tan real y tan cierta como la que observa el biólogo en el portaobjetos de su microscopio. Luego, se encogió de hombros y pareció perder instantáneamente su ardentía y su entusiasmo, alegando de nuevo su falta de fuerzas, en su condición de espectro, para acometer una empresa que tan plausible le parecía desde un punto de vista teórico. Aquí podría yo concluir mi confesión, con el relato de mis relatos y sin esclarecer si en Laura Silverman revivía *madame* Proust, Laura Hayman o ambas a la vez. Añadiré de paso, aunque huelgue acotarlo, que *monsieur* Proust no escribió nunca la novela sugerida por mis teorías sobre la múltiple transmigración. Tanto *monsieur* Marcel como Raimon Reixach parecieron desentenderse de mi mujer, después de revelarme sus calladas convicciones, sin volver a observarla con devoción o con lascivia al menos en presencia mía. No puedo omitiros sin embargo, aunque pertenezca a mi intimidad conyugal, la mudanza o por mejor decirlo las diversas transformaciones acaecidas en mi esposa desde entonces. Su reserva habitual, tan acentuada en aquellos días, dio paso a una callada ironía, hecha de tenues sonrisas y de largas miradas que barrían las estancias, para volver luego a su interior quizá sin memoria de lo visto, como si atesorase un secreto demasiado grande o demasiado sarcástico para compartirlo con nadie. Mirándome de aquel modo, para mí tan desconcertante por lo inesperado después de tanto desapego, me dijo una mañana haber soñado que nos amábamos en el centro de una flor, parecida a un lecho redondo y abierta en mitad de un río deslumbrante, como *madame* Proust y Jean-Antoine Tour de Styx hacían el amor en aquella fábula inédita, que ella no había leído nunca. No me avergüenza admitir mi asombro en tales circunstancias, pues acaso no quepa mayor turbación que la del científico al toparse con la prueba impensada de sus deducciones. En cualquier caso y siempre a cuenta de cuanto os venía diciendo, aún no había empezado a reconocer a *madame* Proust en mi esposa, cuando ella, siempre tan desprovista de imaginación erótica en todos los años de nuestro matrimonio y también antes, cuando la conocí junto al tajo de la torre, empezó a revelar de improviso un deleite y sobre todo un refinamiento en el amor, más propios de una cortesana con inclinaciones decadentes que de una mujer honrada. No os ocultaré que aquellos fueron días muy dichosos, olvidadas las inhibiciones nacidas de mi propia fealdad, a la hora de desearla y de poseerla, pues por primera vez era

yo quien me sabía perseguido y amado como si fuésemos Titania y aquel campesino con cabeza de asno en *El sueño de una noche de verano*. Luego cobré celos, al preguntarme si era a mí o al recuerdo de otro a quien Laura prodigaba sus caricias en nuestra alcoba. Una noche, rendido por los raptos donde la sospecha a un tiempo me consumía y avivaba la lujuria, me pidió antes de dormirnos que me esforzase en compartir sus sueños, privándome de toda idea o memoria para abandonarme a su voluntad. Recuerdo haberme traspuesto y creer que despertaba en el *Bois* de Boulogne y en otros tiempos, los primeros de la Tercera República francesa, aunque solo hubiese visto aquel lugar una vez y en un invierno helado, a través del recuerdo de viejas lecturas de *Du côté de chez Swann*, donde *monsieur* Proust hace una cálida evocación de sus soleadas avenidas en las primaveras de la infancia. Me vi en una victoria de capota caída, vestido a una usanza tal vez propia del Segundo Imperio y sentado junto a mi mujer, negligentemente reclinada en el respaldo curvo de aquel coche abierto, como *madame* de Crécy en la novela de *monsieur* Marcel, cubierta a la vez con un sombrero de largos velos prendidos a ramilletes de violetas silvestres y apoyada la palma blanquísima en el puño de un parasol lila. Supe en seguida que aquel no era mi sueño sino el suyo y yo devenía un convidado de piedra en tales ámbitos, siempre al paso alrededor del lago por la *Avenue des Acacias* y la *Allée de la Reine Marguerite*, cruzándonos con caballeros en breaks, en calesas, en carretelas, inclusive en algún tílburi o en algún lando, probablemente ya desplazados por el tiempo. Todos tenían palabras, halagos, cumplidos o salidas sonrientes y a veces subidas de tono para mi mujer y a todos respondía con sonrisas de carísima horizontal, vuelta Laura Silverman Laura Hayman, mientras me consumían los celos aunque permaneciese inmóvil y ensimismado, en mi condición de estricto espectador de un mundo ajeno. Un featón se detuvo junto a nosotros y a una orden de mi esposa, paró también nuestra victoria. Desde el otro carruaje, un hombre se inclinó a besarle la mano y empezaron a hablarse en inglés y en voz baja: él entre susurros de galán muy seguro de sí mismo y muy habituado a la obediencia en lances de amor; ella en un tono no desprovisto de respeto llamándole «*Your Highness*» o «*Your Grace*», pues era el Príncipe de Gales, el futuro Eduardo VII, como no tardé en reconocerlo por el rostro rubicundo y la perilla recortada. Cuchicheábanse sonrientes y me pareció que hasta los gorriones demoraban el vuelo para escucharles, como si más que un sueño la escena fuese un Bayeu o un Watteau, cien años después de su época. De un minúsculo estuche, que guardaba en el bolsillo del chaleco, sacó un anillo de zafiros casi transparentes y lo deslizó en un dedo de

mi esposa, para recoger en el cuenco rayado y carnoso de su propia diestra la *blanche main* de Laura, tan cándida como la de la Reina de la voz de sirena en el poema de Villon que nos recitaba *monsieur* de Descartes al contarnos su vida de espectro, blanca y un sí es no es temblorosa por sentirse ella muy conmovida mientras el Príncipe volvía a besársela, entornados los ojos y avasallado por los recuerdos. En aquel momento me despertaron la luz ya muy alta de un domingo y mi mujer llamándome por mi nombre. En silencio y en la palma abierta de la mano, Laura me mostraba el anillo soñado, el de zafiros, tan real ahora como ciertos espejismos de paisajes nunca vistos se asoman a veces en los daguerrotipos, detrás de una familia de la Primera República española o de los amaneceres de la Restauración. De improviso, antes de que ni ella ni yo hubiésemos atinado a hablarnos, la sortija transformose en un pájaro azul, del mismo clarísimo matiz de la piedra, que aleteando sin titubeos salió por la ventana entreabierta y en vuelo muy alto fue a perderse por encima de las montañas, acaso camino del *Bois* de Boulogne por la entrada de la Porte Dauphine, como *dona* Guillelma Minerba mudose en una brazada de violetas y las violetas en estorninos, en mi historia. Creo que podría concluir definitivamente mi confesión con aquel prodigio, que Laura y yo mantuvimos secreto hasta el punto de no comentarlo nunca entre nosotros, mientras poco a poco volvíamos a distanciarnos. No obstante quisiera deciros que si ahora no sé a ciencia cierta quién es mi mujer, en justa retribución me imagino saber quién sois vos, aunque el más refinado de vuestros ardides sea el de hacernos creer que no existís, como sarcásticamente se lo decíais a los viandantes del camino de Breda, cuando allí los asustabais con vuestras apariciones en los días de Gutenberg. Tal vez por eso, porque sé que nunca admitiréis vuestra existencia ni por lo tanto vais a responderme, vine a confiar en vos en este priorato abandonado de San Judas y bajo su doble espadaña, pues en vos, el eterno vencido y el eterno traidor, aquel cuyas plumas encendidas cayeron al paraíso antes de la creación del hombre, como decía don Rafael Alberti en uno de sus poemarios, veía la primera rebeldía del absurdo ante la Razón, de cuyo sueño soy solo un celador y curandero. De desatino en desatino y puesto que nunca condescenderéis a contestarme, permitidme indagar si todas nuestras semblanzas, la de Maria Fortuny de Santa Clotilde, la de los Saint-Cyprien, la de don Jorge Cirarda, la de los espectros de Fernando VII, de *monsieur* de Descartes y de *monsieur* Proust, la de fray Antonio Azorín, la de Raimon Reixach, la de Ulysse Personne y la mía propia, naturalmente, no estarán contenidas en aquel libro, por cierto llamado *Sobre el sueño de la Razón*, perdido en el saqueo de El Escorial

durante la contienda con los franceses. Dejadme que os pregunte a la vez, de modo no menos absurdo pero más consecuente, si Raimon Reixach no habría llegado a este día y a este instante, los de mi confesión y vuestro silencio en las ruinas de San Judas, de haber proseguido su crónica anticipada de España, la escrita en tinta violácea durante el Bienio Negro, en parte puntualmente cumplida en la guerra civil aunque siempre incompleta y luego también extraviada. En otras palabras, que acaso os recuerden las de James Joyce, cuando dijo querer despertar de la pesadilla de la Historia, ¿no seremos nosotros el reparto de una fábula todavía no escrita, o desaparecida en el pasado, personajes de una literatura de anteayer o de mañana, al margen de la Historia que quizá no sea sino vuestro sueño más descabellado, el interminable delirio de Satán, aunque pase por ser el verídico testimonio de un tiempo por siempre perdido como *Sobre el sueño de la Razón* en la francesada?

Marià Fortuny de Santa Clotilde

Entre todos los huéspedes de El Sueño de la Razón, Marià Fortuny de Santa Clotilde era el único que, llegado por su pie y libre voluntad, también se había ido por designio propio para casarse, ya tripón y con entradas, con la Primavera que, naturalmente, era una perenne joven de muy clásico trapío. En el velatorio de don Jorge Cirarda, el doctor Manuel Valentí Miralles sorprendiose distraído y pensando en Marià Fortuny de Santa Clotilde, cuando su esposa, Esperanza, duquesa de la Trinitat, le dijo o susurró alguna confidencia que no pudo alcanzar. Marià Fortuny de Santa Clotilde, el último de los acogidos en El Sueño de la Razón y el primero en marcharse, llegó al sanatorio una tarde dormida al sol en el prado de las cardenchas, empujado por una pesadilla, que suspendió y casi sobrecogió al doctor Manuel Valentí Miralles, en el supuesto de que hombre tan frío fuese susceptible al espanto, porque coincidía con otra suya entre los domingos de Piñata y de Cuasimodo, así como en el adviento de los años bisiestos. A los dos, a Manuel Valentí Miralles y a Marià Fortuny de Santa Clotilde, se les aparecía el Ángel del Paraíso en sueños, en la mano la espada llameante, encorvada como una gumía por la parte de la hoja encendida. Aquel espíritu celeste decíale entonces a Manuel Valentí Miralles que nunca entraría en la gloria, por descender de la estirpe monstruosa de un hermano del duque de la Trinitat con cuya viuda había casado fray Antonio Azorín, después de traspasarle el alma y el corazón con una estaca aguzada. Vampiro salió también el hermano, aunque unido a una cristiana de la familia Creu Encesa, a quien se guardaba de morder por quererla sobremanera, si bien era dado a dentellear mozas del partido y seminaristas, en cuyas filas hacía verdaderos estragos en sus noches de devaneo. Manuel Valentí Miralles litigaba serena y respetuosamente con el ángel en sus sueños, recordándole la cristiana doctrina del libre albedrío como la aprobaron en el Concilio de Trento y arguyendo que el vampirismo de sus mayores se había diluido hasta desvanecerse con el paso de las generaciones y el trasiego de las sangres en el tiempo, al igual que la hemofilia de los regios descendientes de la Reina Victoria, aquella cuyas iniciales, V. R. por *Victoria*

Regina, inmortalizó a pistoletazos Sherlock Holmes en la campana de su chimenea. Antes de que el duque y doctor despertase con terribles jaquecas, derivadas del soñado debate, el ángel sacudía la cabeza en la pesadilla y reiteraba que la hemofilia era una desdicha y no un pecado, de tal modo que aquel hemorrágico Zarevich Alejo, cuya muerte había presenciado don Jorge Cirarda en la catalepsia, hallábase en la gloria como mártir inocente. El vampirismo resultaba harina de otro costal, por ser maldad venida de los infiernos en sus orígenes y no humana desdicha; nunca se lavaba del todo en las conciencias, aunque lo hiciese en las sangres, y prohibía la gracia a los descendientes del nefardo, sin que en tan inevitable justicia mediase determinismo calvinista. También a Marià Fortuny de Santa Clotilde solía aparecérsele el Ángel del Paraíso, anunciándole que nunca vería los huertos del Edén por pertenecer a un linaje de verdugos. Menos cultivado y dialéctico que el doctor Valentí Miralles, Marià Fortuny de Santa Clotilde solo acertaba a balbucir quejas y gemidos en aquel punto de la reiteradísima pesadilla, casi hipnotizado en sueños por la espada encendida. Despierto, nunca pudo deducir a qué verdugo se referiría el Ángel, pues muerta su madre, la Santa Clotilde, al traerle al mundo, no conoció de niño otros parientes que su padre y su tío Salvador, quienes resultaron víctimas y no sayones si uno echaba las cuentas del caso. De la niñez y en el aspecto humano, siempre a solas con su padre y sus preceptores en la finca Els Vencills, evocaba alguna que otra distraída caricia de quien le concibiera y las visitas de una señora, cohibida y sonriente, que en invierno llegaba envuelta en un abrigo con cuello de rizoso astracán, todo apretujado en menudos caracolillos, pisando la nieve con altas botas de cuero, a las que llamaba katiuskas. Otras memorias acaso más claras, porque de aquella dama había olvidado inclusive el nombre, eran las de su tío Salvador. Unos diez años más joven que su padre, iba a Els Vencills muy de tarde en tarde y siempre para encerrarse con su hermano en la biblioteca y sostener allí largas disputas a gritos, que atemorizaban al niño y le hacían pensar en un mar muy revuelto, de donde brotaban leones, unicornios y llamas como lenguas de fuego. Luego íbase el tío Salvador dando un portazo y Josefa, la anciana ama de llaves, la de la eterna esclavina y el cuello de encajes con un camafeo, decía que aquel hombre era un Caín y acabaría por consumir «al pobre señor», «*al senyor, pobret*». Marià Fortuny de Santa Clotilde recordaba a Josefa con toda claridad, refiriéndose siempre a su padre como «*el senyor, pobret*», como si aludiese a Nuestro Señor Jesucristo, aunque ella le había visto nacer y crecer en la casa. Las otras memorias orillaban a la gente y ceñíanse a lugares, cuyos nombres le devolvían a veces

un preciso recuerdo, todo de ámbar o de oro viejo, como *monsieur* Proust le enseñó a percatarlo en El Sueño de la Razón. A Marià Fortuny de Santa Clotilde le bastaba decirse Els Vencills, para ver de nuevo los prados y los manzanos, tan extendidos desde la verja hasta el portón emparrado, que a veces, cuando niño, había llegado a creerse que en el patrimonio de los Fortuny no se ponía nunca el sol, como en las tierras de Felipe II. En la finca, después de un invierno de largas nevadas y miles de liebres de ojos rosados, le sorprendió la guerra en el verano de 1936, como un trueno en mitad de la más soleada de las amanecidas. Antes de agosto habían huido el capataz y el administrador, mientras Josefa pasaba los días orando y apuñándose el pecho en la capilla del predio, de rodillas en las losas que sellaban el sueño de cinco generaciones de Fortunys. Un domingo por la mañana, cuatro descamisados vinieron por su padre, en un Ford desvencijado y con las siglas de la CNT y de la FAI. Él parecía aguardarles en la biblioteca, donde tan porfiadas polémicas sostuvo con el tío Salvador, repantigado en una butaca, las piernas extendidas y los pies en un escabel de cuero, bebiendo el coñac de un copón mientras fumábase un habano. Un hombre de muy anchas espaldas y ojos verdes, que procedía como si fuese el responsable de aquel grupo, le dijo a su padre que nadie puede ser propietario impunemente. Con acentuada deferencia, replicó el señor Fortuny que la frase le parecía un plagio de Saint-Just y en su versión original afirmaba la imposibilidad de ser Rey, no propietario, sin culpas muy ciertas derivadas de tal condición. Encogiose de hombros el hombre de los ojos verdes y le pidió entonces que les acompañase, sin perder tiempo en citas inútiles. Su padre apuró el coñac de la tulipa, le hizo otra de sus distraídas caricias, esta vez una suerte de mamola muy suave, y se fue para no volver dejando a Marià Fortuny de Santa Clotilde en brazos de la vieja Josefa, que sollozaba como una arrepentida. Quien regresó a Els Vencills a los dos días fue su tío Salvador, en otro coche destartalado y con otros hombres armados y vestidos de mono por escolta. Muy conmovido, el tío Salvador le estrechó contra su pecho y replicó a la gritería de Josefa, quien le decía Caín y asesino, que los patrulleros se obstinaban en deshonrar la revolución pero los verdaderos libertarios harían justicia en ellos después de ganar la guerra. Marià Fortuny de Santa Clotilde vivió la contienda en casa de su tío Salvador y de una mujer, con aire de sirvienta, a quien él llamaba su compañera. Al niño le sorprendió la voluntaria pobreza de un Fortuny, como aquel único hermano de su padre, sin que el asombro le llevase a la nostalgia de la pasada opulencia. La casa de Salvador no era sino un minúsculo piso en Sants, entre el Velódromo y la calle de los

Caballeros, con unos fogones de baldosas rojas y un hornillo de carbón, donde cocinaba la compañera. No llegaron a darle una cama, aunque el tío se la prometiera varias veces y pasó la guerra durmiendo en un colchón posado en unas sillas. El lecho de la pareja era de pino y según le dijeron comprado de lance, con la mesa de la cocina, deslucida y descarnada a fuerza de lavados de lejía, y un armario carcomido de goznes chillones. El único dispendio en aquellas estrecheces íbase en libros, apilados en los suelos después de subirse por los tabiques y por las paredes maestras. Al cabo de tres años, antes de la caída de la ciudad y cuando los libros amenazaban con defenestrarles en cualquier descuido, desfilaron por la casa dirigentes anarquistas muy notorios y señalados, suplicando al tío Salvador que huyese a Francia con ellos, pues su renombre iba a costarle la cabeza si se obstinaba en quedarse en Barcelona. Aunque fuese un Fortuny, argüían, y aun sin arte ni parte en la muerte de su hermano, le harían responsable de aquel crimen y de cuantos más quisieran atribuirle, porque la justicia del vencedor en una guerra civil suele ser muy imaginativa. Sacudiendo la cabeza y sin razonar su actitud, después de despedir a los visitantes con el puño cerrado, el tío Salvador se negó a evadirse. Aun en su niñez y en medio de tanto desconcierto, Marià Fortuny de Santa Clotilde comprendió que su tío no tenía otra opción sino la de proceder como su padre, en el verano de tres años antes. Con él, siempre sumisa y siempre silenciosa, permaneció aquella compañera suya, tan discreta y taciturna que el niño no tardaría en olvidarse de sus ojos humillados. Los prendieron juntos y la familia de un viejo mecánico, domiciliada en la escalera y apercibida, acogió a Marià Fortuny de Santa Clotilde, entre quejas y llantos que súbitamente le recordaron los de Josefa, desaparecida o extraviada en aquel purgatorio. Al tío Salvador y a su reticente compañera los fusilaron al año siguiente, como luego se lo repetiría muchas veces Marià Fortuny de Santa Clotilde, maravillado de aquella desapegada indiferencia suya ante los dramas de una infancia, que más que propia le parecía el recuerdo de una película amarillenta y ajena, antes de que la experiencia y el paso del tiempo le inclinasen a creer que en este mundo ilusorio todo tiende al olvido y acaso la desmemoria sea su única razón de ser. Por entonces, una larga y costosa dolencia en la mujer del mecánico vino a consumir los ahorros de unas vidas muy trabajadas y obligó a aquella familia a entregarle a la Casa de Caridad, cuando ya amanecían los años del tiroliro y del tifus exantemático. En la Casa de Caridad le raparon, calzaron con botas de larga lengua, vistieron de luto y enseñaron doctrina cristiana en una novísima reedición del catecismo del doctor Sardà Salvany, donde se dice ser pecado

mortal cualquier forma de liberalismo. Una vez instruido le emplearon en el Servicio de Pompas Fúnebres, porque tiraba a espigadito y salía de lo más apropiado, tan hierático y erguido el muchacho, en las carrozas de los entierros de lujo: los que exigen caballos marchosos y gente de buen ver en el pescante. De la Casa de Caridad fue a sacarlo el letrado Eduardo Vivancos, entonces aún muy joven, después de pasarle tarjeta y presentarse en el locutorio, en ceñuda presencia del confesor de los chicos de la Funeraria, aunque poco a poco fue ablandándosele el gesto al cura irascible y terminó dando gracias a Dios, en su providencia, por las impensadas mercedes que traía aquel jurisconsulto. El señor Vivancos le dijo que él, Marià Fortuny de Santa Clotilde, era el único heredero de una cuantiosa fortuna en pastos, vides y manzanares, así como de una casa, Els Vencills o Los Vencejos, ahora apropiada por un antiguo secretario del gobernador Correa Veglison, quien tendría que desalojarla tarde o temprano porque en fin de cuentas Marià Fortuny de Santa Clotilde era hijo de un caído por Dios y por la Patria. Para asombro del clérigo y del letrado y después de asegurarles que aquello era muy cierto y él lo recordaba perfectamente, Marià Fortuny de Santa Clotilde añadió que si el antiguo secretario de aquel poncio quería arrebatarle el patrimonio, no iba a disputárselo porque su tío Salvador le había enseñado que las cosas no son de quien son, sino de quien las necesita. Solo cedió después de mucho resistirse, por simple y escueta deferencia, pues no quiso contrariar al abogado y al confesor, tan interesados en el rescate de sus bienes, según decía uno por estricta justicia y para cumplir la voluntad del cielo al parecer del otro. Vencido el intruso en un largo pleito, Marià Fortuny de Santa Clotilde regresó a Els Vencills, una casa reducida ahora al tejado con goteras y los muros cubiertos de hiedra trepadora. Conservó el solar y la avenida de manzanos entre el portón y la verja; pero vendió las viñas y los pastos para no convertirse en un *gentleman farmer*. En realidad, ignoraba cómo disponer aquella nueva vida suya, pues no le tentaba ninguna empresa y creíase demasiado joven para desmadejarse en la holganza. Su suerte, unas veces torcida por catástrofes y otras enderezada por bonanzas igualmente repentinas, como años después le contaría Raimon Reixach que procedía la Historia según Karl Marx, volvió a virar de modo imprevisto, cuando una tarde, mientras trataba con un anticuario para devolver a Els Vencills el empaque y la dignidad propios de otros tiempos, se le ocurrió la idea de adquirir una tienda de antigüedades y una galería de arte adjunta. Espoleado por impensada impaciencia y en un local de la calle de la Paja, no lejos de la iglesia del Pino, las abrió unidas después de contratar a unos expertos en

aquellas complejas materias, peritos quienes siempre le fueron leales y en seguida le instruyeron en las interioridades de tales negocios. En la galería y andando el tiempo expuso *collages* y *montages* de Caballero del Bosque, dicho sea a modo de información de quienes hayan leído el discurso mayor de esta historia, cuando el mundo y Marià Fortuny de Santa Clotilde le creían muerto o desaparecido en la vejez, como la sombra en las sombras, ignorando que vivía en la India bajo su auténtica identidad de Ulysse Personne. Por la tienda de antigüedades pasó varias veces Blaise Pepin Tracas, en sus viajes a España y en busca de bargueños de la Terra Alta, que puestos de moda vendía a buen precio a los patricios de Somerset y de Gloucester, ducado que fuera de Ricardo III. Una tarde compareció el enano muy orondo y sonriente, seguido de un mozo que llevaba a cuestas una tabla envuelta en papel de embalaje. Blaise Pepin le mandó dejarla en los suelos del almacén, le despidió con una generosa propina y ante la curiosidad un tanto desconcertada de Marià Fortuny de Santa Clotilde, diose a descubrir aquella madera que resultó ser una copia fidelísima de *La Primavera* del maestro Sandro Botticelli, a tamaño natural y cubierta de una tenue pátina como de barniz duro y un poco aceitunado. Blaise Pepin Tracas acababa de comprársela a otro anticuario de la calle de Perot lo Lladre e iba a llevarla a Londres, para hacer donación de tan magnífica réplica al Círculo Laborista, partido al cual se hallaba afiliado en su versión política de centro izquierda, como no puede ni debe olvidarse. Blaise Pepin Tracas, quien solo pretendía halagarse el orgullo mostrándole a Marià Fortuny de Santa Clotilde aquella obra de arte, adquirida a pocos pasos de su tienda, terminó por vendérsela a precio de compra ante su pronta y ansiosa insistencia, pues inesperadamente desesperaba por poseer *La Primavera* aunque no alcanzara a explicarse las razones de sus ansias. Desde entonces y en puesto de honor, exhibida en un caballete en mitad del almacén, la tabla pasó a presidir y a simbolizar el doble negocio de las antigüedades y de la sala de arte como de forma más oblicua y misteriosa parecía gobernar la propia vida de Marià Fortuny de Santa Clotilde. En las noches de verano, que en la umbría y estrechísima calle de la Paja son de un frescor silencioso y un punto salino, dormía a veces en un sofá y al pie de la copia de Botticelli. Desvelado e inquieto, mucho antes del alba, vistiose una madrugada para recorrer las aceras milenarias y vacías, en busca del sueño y del sosiego. Llegado que fuera a la plaza del Pino, le sorprendió encontrarse con un grupo de jóvenes, descamisados en sillas de enea y en torno de un botijo, que hacían corro y tertulia al pie de la iglesia. Horas enteras los observó Marià Fortuny de Santa Clotilde, sin que ellos advirtieran o pretendiesen reparar en su

presencia. Uno era encogido y delgadísimo, con aire de tranquila tristura en la cabeza inclinada y en los ojos entornados. Otro, como de unos veinte años, tenía mirada de alucinado o de poseso, en un cráneo diminuto, puntiagudo y sin mentón. A dos de ellos aprendió a reconocerlos como hermanos por las voces, aunque no guardasen otro parecido, pues el más alto salió quijarudo, carilargo y ojeroso en tanto que su pareja resultaba mucho más bajo, entradito en carnes y acaso tuerto pues llevaba un ojo cubierto con un parche. El último guardaba largos silencios y prendía en la lengua cuando hablaba en catalán; pero todos le escuchaban con deferente respeto como si le atribuyesen una inadvertida superioridad, que pronto sería manifiesta. Mirándole se preguntaba Marià Fortuny de Santa Clotilde dónde le habría visto, pues sus ojos renegridos y muy abiertos, con las pupilas fijas en mitad del blanco y casi destellantes a la luz de una luna llena, que arrojaba clarores y sombras al bies sobre la plaza, distaban de serle desconocidos. Lo más desconcertante acerca de aquellos muchachos, todos más jóvenes que Marià Fortuny de Santa Clotilde, no era el entallado de sus pantalones ni tampoco el menudo cuello de sus camisas, propios del pasado, sino cierto aire de sus gestos y ademanes que definitivamente evocaba otras épocas, como la amarillez de unas fotografías nos devuelve el sabor y el aroma de una era anterior a la nuestra, aunque su tema, pongamos por caso una mujer o un bosque desvestidos, sea indiferente o pueda ser propio de cualquier tiempo. Varias veces, en aquel verano interminable y calcinado, volvió a contemplar a los contertulios abstraídos en comentarios sobre la guerra de Cuba, el Gobierno Silvela, la política fiscal de Villaverde, el *Chat Noir* de París y *Els Quatre Gats* de Barcelona. Siempre se habían desentendido de Marià Fortuny de Santa Clotilde hasta una madrugada, casi a la hora del alba, cuando se dio a estornudar en mitad de la plaza presa de un violento catarro de estío. El mozalbete de ojos azabachados, a quien sentado acrecentaban la robustez de los brazos y espaldas, si bien puesto en pie parecía acortarse, le preguntó si no iba a poner coto al resfriado. Como si se hubiese roto un encantorio, todos se presentaron entonces a Marià Fortuny de Santa Clotilde. Los hermanos de idénticas voces eran Ángel y Mateo Fernández de Soto. Ángel, el de las grandes quijadas y el enjuto rostro, que parecía labrado a cuchillo en madera; Mateo, el del ojo cubierto y la sardónica sonrisa, con recias manos de escultor, duras como la piedra. Carles Casagemas se decía el de la cara picuda y el mirar extraviado, de orate, bajo la revuelta cabellera. Aquel tan delgado, con la cabeza inclinada sobre un hombro y las cejas como acentos circunflejos, se llamó a sí mismo Joan Vidal Ventosa. A Marià Fortuny de

Santa Clotilde le agradó su aire de instintiva reserva, porque concertaba con su aspecto un tanto escéptico y vulnerable, desde los párpados caídos hasta los hombros estrechos e inclinados hacia adelante. La mayor y más impensada sorpresa se la dio el joven de la mirada oscurísima, aquel a quien los restantes trataban con instintivo miramiento, al ofrecérsele como Pablo Ruiz Picasso. Marià Fortuny de Santa Clotilde manifestó desconcertado que el nombre establecía una extraña coincidencia, especialmente en el segundo y muy insólito apellido, entre un muchacho de tan pocos años y el celebrado pintor, que ya era octogenario. Riéndose replicó el mozo que la coincidencia era solo aparente, pues reducíase a dos aspectos de la misma identidad, aunque se hiciese difícil explicarlo y aun más arduo comprenderlo. Él, con su aire de chisgarabís y aquella cabeza suya un poco entre el genio y el borrego, era el anciano y famosísimo Pablo Ruiz Picasso, del mismo modo que el Picasso conocido por el mundo entero no dejaba de ser el chiquilicuatro de la plaza del Pino. Mientras sus compañeros asentían con tácitos gestos, muy acordes al hacerle portavoz de los cuatro, Pablo Ruiz Picasso le contó que algunos de ellos, como los hermanos Fernández de Soto y Casagemas, ya habían muerto largo tiempo atrás. Ángel pereció en Barcelona, al principio de la contienda civil; Mateo, en México, en el destierro y en la posguerra, en tanto que Casagemas se había matado por amor a principios de siglo. Él, Picasso, y Vidal Ventosa eran ahora ancianos de avanzada edad y gozaban de envidiable salud, al margen de los inevitables alifafes de sus años. A las sombras de los cinco compañeros, vivos y difuntos, conjurábalos aquel rincón de la vieja Barcelona, al pie de la casa donde Vidal Ventosa había vivido con sus padres y ellos hicieron tertulia en verano de 1900, pues es sabido que ciertos lugares atraen los espíritus de los hombres que allí se juntaron en el pasado, por razones inexplicables o del todo ajenas al racionalismo. Con la alborada y mientras Marià Fortuny de Santa Clotilde escuchaba atónito a un Picasso, devuelto a los dieciocho o a los diecinueve años por la magia inédita de la plaza del Pino, los cinco espectros se desvanecieron en la luz como si hubiesen compuesto un sueño destinado al olvido. Volvió a encontrarlos a la noche siguiente, siempre descamisados en sus sillas de enea, bebiendo agua de aquel botijo que entonces descubrió mezclada con Anís del Mono. Todos parecían esperarle y le recibieron con agrado, al igual que si fuese un contertulio de su misma condición fantasmagórica, preguntando solícitos cómo andaba el catarro pertinaz. El resfrío había mejorado; pero Casagemas adivinó las penas de amores no correspondidos que le asolaban el alma, pidiéndole mil perdones en su intromisión, por haber sufrido dolores análogos

en el último año de su vida, cuando le postró la impotencia en mitad del fervor más arrebatado por una modelo. Picasso, un tanto misógino a pesar de su extrema juventud, le aconsejo echar en saco roto su querer si le atormentaba en demasía, porque el mundo estaba lleno de mujeres y donde una se iba, nacía otra. Muy cohibido pero incapaz de negarle su cuarto al pregonero en tan insólita si bien solicita compañía. Marià Fortuny de Santa Clotilde les confesó haberse prendado de la Primavera de Botticelli, en la tabla que le vendiera Blaise Pepin Tracas. Quiso precisar y preciso no referirse a la copia entera, que naturalmente llevaba el mismo nombre, ni tampoco a la figura rectora de aquella composición donde Botticelli representaba a Venus sobre un fondo de mirtos, sino a la dama coronada y cubierta de flores que avanza hacia el espectador, desde el colmado naranjal de todas las delicias. Avergonzose en seguida de haber confiado tantos detalles a unos artistas, quienes debían conocer el cuadro mejor que él mismo, aunque todavía estuviesen en agraz y apenas salidos de la adolescencia. Luego se maldijo por no haber sido más reticente, pensando que los espectros le tomarían por loco o se mofarían abiertamente de su amor por una mujer, pintada en un lienzo del siglo XV. Le desconcertó primero y confortó luego la atención dedicada a tales intimidades, seguidas con un lento cabeceo de asentimiento por parte de Casagemas y con el más conmovido interés de sus cuatro compañeros. Después de un largo y respetuoso silencio, murmuró Picasso que el amor por la pintura en cualquiera de sus aspectos es la más duradera de las tormentas del alma. Él lo sabía mejor que nadie, pues poseyéndole desde la edad en que los otros niños juegan al trompo y a los bolos, le absorbería y arrebataría hasta el día de su muerte. No veía otra solución sino aprender a vivir con tan singular y sublime apoderamiento del espíritu, como uno se habitúa a llevar una cruz cuando no puede abandonarla. Marià Fortuny de Santa Clotilde se mostraba de acuerdo, convencido de que su rapto sería incurable e iba a incrustársele en mitad del espíritu, cuando Ángel Fernández de Soto se echó a reír de tal modo que el rostro de talla románica, volviosele de cera blanda, distendida por las carcajadas. Golpeando amistosamente la espalda del enamorado de la Primavera, le dijo que sus males podían resolverse, o mitigarse al menos por una noche, si iban todos de putas pues para aquellos solaces no había ciudad comparable a Barcelona. Con un taimado destello en los ojos saltones, añadió que él, Marià Fortuny de Santa Clotilde, anticuario y dueño de una sala de arte, debía invitarlos a mujeres pues sus medios le permitían el dispendio y obligaban al agasajo. Mateo Fernández de Soto reíase del desparpajo de su hermano y tanto se

carcajeó que le vino un lloro súbito, aunque muy breve, y tuvo que alzarse delicadamente el parche con dos dedos, para recoger las lágrimas prendidas en las puntas de las pestañas. Joan Vidal Ventosa sacudía la cabecita y decíale a Ángel Fernández de Soto que siempre sería un golfo, vivo o muerto, pues ni siquiera su naturaleza de espectro le mitigaba las hambres de rijo. Desde el fondo de sus pesarosas reflexiones, Picasso y Casagemas revivieron inmediatamente al oír lo del puterío, celebrándolo con extremosos aspavientos. Desconcertado por tan insólito absurdo, descender a los burdeles con una escolta de cinco aparecidos, tres muertos y dos espíritus mozos de un par de ancianos vivos, Marià Fortuny de Santa Clotilde se dejó llevar por aquella tropa. Ramblas abajo, llegaron a Casa la Encarna, encarecidamente recomendada al anticuario por Casagemas. Frente a la puerta y ante la respetuosa curiosidad de unos marineros americanos muy bebidos, Casagemas y Ángel Fernández de Soto se enzarzaron en una disputa, que habría terminado a trompazos por ser los dos bastante pulguillas, de no haberlos separado y reconciliado Picasso y Mateo Fernández de Soto. Argüía su hermano que el de la Encarna era un prostíbulo despeluznante e indigno de un señor como Marià Fortuny de Santa Clotilde, quien tendría un concepto deplorable de la juventud de sus tiempos, es decir, los de las mocedades de los cinco caballeritos en el paso de un siglo al otro. Replicaba Casagemas, ido de ira, que las casas de la España de Franco no eran como las de la Restauración, cuando en Barcelona las había inclusive servidas por carniceras, con los chulos tocando el violín a la puerta de la alcoba, porque en este maldito país nunca hubo auténtico progreso cultural y la inteligencia creadora resultaba un privilegio de allende los Pirineos. Tal era una triste e incuestionable realidad histórica, a la cual los espíritus de dos posrománticos muertos, como Ángel Fernández de Soto y él mismo, no se habituarían nunca por doloroso que le resultase confesárselo. No obstante, y dentro de las limitaciones de un tiempo tan angosto como el presente, Casagemas creía aquella una mancebía muy respetable con la cual sentíase especialmente identificado, puesto que allí, tantísimos años después de volarse el cráneo para segar de un solo tiro la vida y la impotencia que le afligía, una pupila de la Encarna le hizo descubrir aquel verano que muerto desenvainaba como un semental. Venció Casagemas en el debate y entraron en el lupanar, encogiéndose de hombros despectivamente Ángel Fernández de Soto; pero volvieron a salir en seguida porque aquella noche sus preferidas estaban de vacaciones en Benidorm e inclusive Casagemas reconoció la zafiedad de las restantes. Fueron entonces a Casa la Rita, por consejo triunfante de Ángel

Fernández de Soto y con mucho entusiasmo de Picasso, quien recomendaba el lugar con cálidos encomios a Marià Fortuny de Santa Clotilde. Entre tanto, Mateo Fernández de Soto le preguntaba qué fuera de Caballero del Bosque, la segunda de cuyas exposiciones retrospectivas había visto anunciada para el próximo otoño, en el escaparate de su galería, al pasar una noche por la calle de la Paja. A principios de siglo, Mateo le había conocido bastante en París, aunque solía esquivar a los españoles por creerlos demasiado hambrientos de lujuria y de inmortalidad. Fernández de Soto quedose un poco defraudado, cuando Marià Fortuny de Santa Clotilde le dijo perdido el rastro de Caballero del Bosque largo tiempo atrás y ser su retrospectiva un compuesto de obras procedentes de colecciones particulares. Luego, en Casa la Rita, Marià Fortuny de Santa Clotilde gozó a una muchacha de unos treinta años muy cimbreños, sin cesar de representarse a la Primavera de Botticelli en el fondo del alma, donde el dolor de sus desdichados amores se convertía en un desierto ondulado e interminable. Antes de vestirse, viéndole tan señor, ella le confesó practicar el puterío solo en verano para ayudarse, pues vivía de una beca que en setiembre la devolvería a la Universidad de Düsseldorf, donde trabajaba en una tesis acerca de la aproximación estructuralista, que no temática, a los poemas de Peter Kürten, el llamado vampiro de aquella ciudad, un sádico asesino guillotinado en 1931. Al comentar tan extraña vida con los espectros, mientras tomaban todos un aguardiente con guinda en el Arco del Teatro, volvió a dispararse Casagemas contra la inconsistencia de los tiempos actuales. En el mismo burdel, dos o tres días antes, le tocó acostarse con otra mujer quien, acaso movida por un comentario de Casagemas acerca de la luna resplandeciente sobre la iglesia del Santo Espíritu, inquirió si no le parecía sorprendente que el monstruo de Frankenstein y el vampiro moderno hubiesen nacido juntos, concebidos en la democrática Ginebra por Mary Shelley y el doctor John Polidori respectivamente, cuando pasaban allí unas vacaciones con Lord Byron. Más enfurecido que admirado ante esta nueva especie de prostitutas, preguntábase Casagemas qué extrañísima afinidad casaría las coimas con los monstruos y qué mundo era este, donde cualquier maturranga de lupanar se doctoraba en Düsseldorf. Él echaba de menos tiempos más consecuentes, como el de su juventud antes del pistoletazo de París, cuando las putas no eran presuntuosas marisabidillas y todas contaban enternecedoras historias, llegadas al alma por vía cordial, acerca de una infancia muy pobre en el hogar de un cabrero y una violación infamante a cuenta de un novio gañán o del propio padre pastor, con la inevitable huida a la gran ciudad y un niño como un querube, sal de la sangre de la madre

perdida, atendido por una bisabuelita que siempre vivía en el callejón de la rectoría y a la sombra bienhechora del ábside de la iglesia. En aquel punto de la conseja, Picasso rompió a reír muy solazado por la indignación de Casagemas. Sus bruscos cambios de humor, desde el más sombrío ensimismamiento hasta las atronadoras carcajadas, confundían sobremanera a Marià Fortuny de Santa Clotilde; pero llegado que fuera el otoño y desbandada o desaparecida la tertulia con los primeros fríos, recordó muchas veces aquellas risas cuando echaba de menos a los espectros y preguntábase cómo reaccionarían ahora Vidal Ventosa y Picasso, con estupor o con admiración, si supiesen que las sombras de ellos mismos cuando mozos juntábanse en verano con los espíritus de Casagemas y los Fernández de Soto, al pie de la iglesia del Pino, tan renombrada desde la Edad Media por sus prodigios. También una tarde de aquel octubre, cuando repasaba albaranes o atendía la correspondencia, le anunciaron la visita de dos caballeros desconocidos, quienes insistían en verle por motivos tan reservados y particulares que no querían exponérselos a su secretaria. Los recibió Marià Fortuny de Santa Clotilde, preguntándose con un punto de malestar dónde había visto o cuándo había soñado a uno de los dos visitantes, en tanto que el otro le era del todo extraño. El primero debió de haber sido fortachón, aunque los años le abrumaron la espalda y emblanquecieron el pelo, enfermos o menguados por la edad sus ojos casi ocultos por unos quevedos tintos o ahumados. Su acompañante, también setentón si bien menos carcomido, era alto, aguileño y aún apuesto y pretencioso, con un chaleco rojo y unos botines grises que Marià Fortuny de Santa Clotilde creía anticuados desde los tiempos cuando él vino al mundo. Al cabo de un largo y embarazoso silencio, el de los quevedos echose casi de pechos sobre la mesa, tentándole los hombros y las mejillas mientras le decía «¡hijo mío!, ¡hijo mío!» y preguntábale si para su mal, el del viejo, no alcanzaba a reconocerlo. Antes de que Marià Fortuny de Santa Clotilde pudiese replicar, el corcovado arrancó por los laberínticos caminos de una interminable confesión, muchas veces interrumpida por los suspiros y los pucheros, donde admitió ser el hombre de los ojos verdes y las anchas espaldas, huido a Francia y de Francia a Chile, en 1939 y a la caída de Barcelona en la guerra civil, sin más bienes que la ropa puesta y gracias a los desvelos y buenos oficios de don Pablo Neruda, el vate de *España en el corazón*. En Chile, prosiguió, se había enriquecido y llegó a tener una empresa constructora de casitas muy lindas en tierras de Viña del Mar y de Valparaíso, aunque siempre dedicó parte de su fortuna a las obras de caridad y muy especialmente a un chocolate de los niños pobres, que sostenía en

Santiago. Llegó a ser tan conocido que el presidente Pinochet, ahora dilecto amigo suyo, le honró con una distinción parecida a la Cruz del Mérito Civil española, impuesta por el propio general, aunque tanta y tan inmerecida bonanza no acallase sus remordimientos por la muerte del padre de Marià Fortuny de Santa Clotilde, un crimen por el cual venía a suplicar su perdón al cabo de los años, en el supuesto de que hubiese indulgencia para semejante delito. Le atajó entonces el del chaleco bermejo, con otras confidencias no menos extraordinarias, que el anticuario vuelto confesor escuchaba suspenso. En Sants y en tiempos anteriores a la guerra civil, era un prestamista despiadado si bien devoto, que a Dios gracias y aunque pecador no desesperaba de alcanzar los cielos sin merecerlos. Creyéndose perdido en aquella tormenta, solicitó el auxilio del tío Salvador, quien lo ocultó en la masía de un payés amigo, detrás de las lomas de Sant Pere Màrtir, limitándose a replicarle, cuando le juraba no volver a prestar con intereses usurarios, que cumpliese con su conciencia como él, el tío Salvador, lo hacía con la suya. Regresó a Barcelona en enero de 1939, a los pocos días de liberada o caída la ciudad, que de ambos modos podía decirse según el punto de vista político del orador sobre aquella guerra fratricida, en ecuánime concepto del hombre del chaleco rojo, quien a las pocas horas de su vuelta denunciaba al tío Salvador y a su compañera. Cuando en su inocencia preguntó Marià Fortuny de Santa Clotilde por qué, en nombre de Dios, pagaba de aquel modo la vida adeudada a su pariente, repuso el prestamista que las bondades debidas al prójimo se convierten en imperdonables ofensas; siendo así de torcida la condición humana y no habiendo en la tierra mayor bien que la vida, su salvación suele exigir la muerte de quien nos la redime. De ahí que el tío Salvador y la compañera también aguardasen serenamente su prendimiento, como lo celebraron los dos viejos al contárselo Marià Fortuny de Santa Clotilde, porque el sino exige su puntual ejecución tanto en las víctimas como en los verdugos. Fusilado su redentor, el prestamista volvió a la usura, muy lucrativa en una época de tantas hambres, juntando en poco tiempo una respetable fortuna entre las ganancias del logro y las conseguidas en el mercado negro, donde hizo su agosto con todo trato: desde el del láudano hasta el de las medias sin costura. Sin embargo, la conciencia no le concedía tregua, aunque confesó su culpa y se la absolvieron, pues temía que se apareciesen a la vuelta de cualquier esquina los fantasmas fusilados del tío Salvador y de su compañera, señalándole con sus índices sangrientos. Fugándose de la ciudad, aunque se sabía incapaz de huir de sí mismo, creyó evadirse de su acoso en otro mundo, lo más alejado posible de Barcelona. Fue a parar a Santiago de

Chile, donde amasó respetable riqueza, invertidos sus dineros en la bolsa primero y luego en una financiera, que le valió el ingreso en círculos muy cerrados de la oligarquía local, a pesar de los rumores acerca de sus orígenes en España. Circunstancialmente había conocido al hombre de los ojos verdes en Valparaíso; pero no intimaron lo suficiente para confesarse sus reconcomios y remordimientos, hasta coincidir por muy sabio azar en unos ejercicios espirituales de la Obra de Dios en Santiago. Desde entonces eran de tal modo inseparables que ninguno de los dos sabía a ciencia cierta de quién fue la idea de regresar a España, para suplicar la indulgencia de Marià Fortuny de Santa Clotilde después de contarle sus cuitas y sus culpas. Marià Fortuny de Santa Clotilde los perdonó sin reparar demasiado en sus razones para absolverlos, pues la tragedia de su infancia le parecía una película en blanco y negro, tijereteada y casi vivida por extraños, como ya se dijo en otro lugar de este relato. Muy conmovidos y llorosos, los viejos le besaron las manos e invitaron a cenar con ellos en una casa alquilada en las cercanías de Sant Cugat, donde pasarían un par de meses antes de su vuelta a Santiago. Aceptó el convite, apalabrado para el sábado siguiente, sin preguntarse sus motivos en aquel caso, quizá rendido a los designios del destino comentado por el piadoso prestamista de los botines. Aquella misma noche padeció por primera vez la pesadilla, tantas veces repetida, donde se le aparecía el Ángel del Paraíso con la espada ardiente para anunciarle que no entraría en la gloria por ser de un linaje de verdugos, sin permitirle replicar que su familia no era de sayones sino de conocidas víctimas. Tres días después, muy turbado por aquellos sueños, cenó con los viejos contritos en Sant Cugat, servidos por una camarera también entrada en años, cuyas miradas de soberano desprecio a sus anfitriones le hicieron comprender que ambos eran maricas, si bien aquellos amores, cuyo origen no dejaba de afectarle oblicuamente, estarían mitigados y convertidos en puras formas platónicas por la mucha edad de los amantes. No habría pasado ni otra semana, cuando el Ángel del Paraíso le ordenó en sueños despertar e ir en seguida a casa de los ancianos, para ver cómo se cumplía la justicia de los cielos en otros verdugos. Calzados a toda prisa zapatos sin calcetines, un impermeable sobre el pijama porque las madrugadas eran frías en un otoño muy avanzado, llegó a Sant Cugat antes de que clareara por la parte del mar, conduciendo a todo correr la camioneta por calles y carreteras vacías. A la luz un tanto titubeante de la media luna y de las estrellas, acababa de distinguir la casa alquilada al fondo del camino asfaltado que le precedía, cuando en mitad de los cielos apareciose un meteorito del tamaño de un peñasco, picudo y tan rojo como si fuese de

luminoso cinabrio, atado con un bramante escarlata cuyo cabo se perdía cielos arriba, al igual que si una mano invisible lo sostuviese y sospesase desde la cúpula del firmamento. Aún no diera crédito con los ojos a tan insólita aparición, cuando brotó en los cielos aquel Ángel del Paraíso que tantas veces vio antes en sueños. Despierto y mirándolo pasar entre los tejados de Sant Cugat y las estrellas, Marià Fortuny de Santa Clotilde le encontró cierto parecido con el joven Vidal Ventosa, aunque el mensajero del Señor fuese más recio de hombros y menos pensativo en el gesto. El Ángel del Edén ni siquiera debió reparar en el vehículo detenido a la vera de los campos y detrás del monasterio pues cruzó la noche con la frente muy alta y blandiendo la espada encendida, que llameaba por la hoja como un cometa. Llegado al bramante, que suspendía el aerolito sobre la casa donde vivían en pecado mortal el hombre de los ojos verdes y el usurero de Sants, lo cortó de un solo tajo muy seguro, desapareciéndose en seguida por los aires, mientras aquella roja roca de los cielos caía sobre la torre y la aplastaba, entre un estrépito de tejas y muros derruidos, todo desventrado en una explosión de vidrios, astillas y cañizos. Dando diente con diente en su espanto, huyó Marià Fortuny de Santa Clotilde a todo correr en su camioneta, por las curvas de Vallvidrera. Aún temblaba al día siguiente, después de una noche en blanco, cuando la prensa de la tarde trajo las nuevas de la caída de un aerolito sobre una vivienda en Sant Cugat, aplastando a dos súbditos chilenos que amanecieron abrazados en un bajorrelieve de sangre. Nada se contaba allí del bramante, que debió de desvanecerse con la aurora como en su luz se funden los trasgos. Preguntose entonces angustiadísimo si no sería culpable de la muerte de aquellos hombres, habiéndola querido sin saberlo y en venganza por la de su padre y la de su tío, de tal modo que el Ángel del Paraíso, su fiscal anticipado, limitaríase a cumplir su inconsciente designio al cortar el estambre del peñasco. Creyéndose víctima de la llamada ansiedad desplazada o retrospectiva de los freudianos, sabe Dios por cuánto tiempo y quizá por el resto de su vida, incapaz de contarles sus cuitas a sus íntimos, los espectros, como lo hubiese hecho en verano, desesperaba temeroso de perder el juicio, cuando recordó que Blaise Pepin Tracas le hablara de un sanatorio, llamado El Sueño de la Razón, donde convivían los fantasmas con los vivos y aun con un antiguo amo del propio Tracas, contemporáneo de Cenantes, todos recluidos allí por voluntad propia. Se fue a los dos días, de nuevo en la camioneta del almacén de antigüedades, apenas cerrada en la galería una exposición de Miquel Capalleras, donde doce cuadros, correspondientes a doce hojas de un calendario, reproducían ejemplos soberanos de la pintura

occidental, desde Altamira en enero hasta Altamira en diciembre, a través de Giotto, Van Eyck, Velázquez, Goya, Pissarro, Picasso y los relojes blandos de Dalí, donde el tiempo se acomodaba en el tiempo, como la mano se desliza en el guante. Un poco para asombro de sus empleados, de quienes se despidió atropelladamente prometiéndoles su vuelta en breves días, Marià Fortuny de Santa Clotilde llevose la réplica de *La Primavera*, sin saber exactamente por qué; pero diciéndose que si los siglos se transformaban en arte, como lo había probado Capalleras en su calendario, tal vez sus remordimientos dejarían de ser suyos cuando alguien los recogiese en un cuadro o en un libro, en el supuesto de que fuesen historiables. En El Sueño de la Razón, muy atentos y afables, los doctores Manuel Valentí Miralles y Juan Antonio Torre de la Estigia escucharon el relato de sus cuitas, desde su infancia en Els Vencills hasta la tragedia de Sant Cugat, a través de sus tratos con Blaise Pepin Tracas, sus amores con la botticelliana Primavera, sus tertulias en la Plaza del Pino con las sombras de los vivos y de los muertos y su descenso a los burdeles, acompañado de tan insólita tropa. El doctor Torre de la Estigia pidió su consentimiento para someterlo a la hipnosis, pues acaso aquel desasosiego suyo por la muerte del hombre de los ojos verdes y del usurero se retrotrajera a algún mal, cometido en otra vida. Marià Fortuny de Santa Clotilde dijo aceptar de buena gana cualquier terapéutica y agradeció la deferencia de tan ilustres psiquiatres, al permitirle exhibir *La Primavera* en la sala de estar de El Sueño de la Razón, durante su estancia en el sanatorio. También le pareció advertir cierto escepticismo en el doctor Valentí Miralles, cuando su colega reiteraba la posibilidad de una reencarnación, gravada por las culpas de otra existencia, aunque Blaise Pepin Tracas le había contado que el doctor y duque Manuel Valentí Miralles parecía la muy viva imagen de otro amo suyo, tres siglos antes, quien tuvo la desgracia de volverse vampiro y al cual había ayudado a destruir, pinchándole el corazón con una estaca. Por la noche y a la hora de la cena, los doctores le presentaron a sus esposas y a los pacientes, todos muy afables y cordiales, aunque Marià Fortuny de Santa Clotilde empezaba a preguntarse si tendría audacia para relatar su descenso a los infiernos y su fornicio con la puta estructuralista y especializada en los poemas líricos del monstruo de Düsseldorf, como el doctor Valentí Miralles le aconsejaba hacerlo con su entero pasado y en presencia de todos en la sobremesa. Temía cohibirse y atorarse, en los descarnados pormenores, sabiéndose escuchado por tan altas damas como las señoras Torre de la Estigia y Valentí Miralles o por una jovencita tan delicada como María Amalia de Saint-Cyprien, por no decir nada de ilustres aparecidos como

monsieur de Descartes y *monsieur* Proust, cuyos nombres bastaban para vencerle, y por el espectro de Su Majestad Don Fernando VII, si bien el Rey le desazonaba menos por lo llano y lo feo, así como por haberle confesado de entrada hallarse allí por no creer muerto en la existencia de un país, donde suponía haber reinado vivo. Trance aquel, el del Señor y Soberano, que Marià Fortuny de Santa Clotilde alcanzaba perfectamente porque del repaso de su vida también desprendía la conclusión de ser víctima y actor de una farsa muy trágica, entre real y pintada. El doctor Valentí Miralles disculpó la ausencia de Ulysse Personne, cuya penúltima identidad, como Caballero del Bosque, le reveló al contarle Marià Fortuny de Santa Clotilde haber expuesto algunas obras de aquel artista desaparecido, procedentes de colecciones privadas. Era el caso que una vez establecidas sus señas personales, a través de las aparentes encarnaciones, Ulysse Personne había concluido que el Santo Grial no se hallaba en el mundo sino en el interior del hombre y solo recogiéndose y adentrándose en el espíritu, como quien llega al centro de sí mismo y allí descubre un espejo que debe traspasar para aprender su verdadero nombre, hallaría el Cáliz y desvelaría su eterno misterio. Cada tarde, para mejor sumirse en las meditaciones, Ulysse Personne subía al monte y entre las ruinas de un castillo roído por el tiempo y aventado por los huracanes, sentábase en tierra con las piernas cruzadas y se abstraía de tal modo que sin percatarlo se levantaba en el aire y ascendía por encima del espinazo de la sierra, quedando finalmente suspendido y siempre sentado con los ojos cerrados, entre las nubes de invierno y las carlinas. A veces cuervos, que serían de los cielos, le llevaban un tentempié o una merienda fría si en el éxtasis se le olvidaba la hora de la cena en El Sueño de la Razón. Dos pájaros extendían con los picos un mantel a cuadros y con flecos en el aire y frente al iluminado, mantel que abríase en el vacío como en una mesa, mientras otra pareja le traía un pan de libreta, un tarro de miel, una sobrasada o un chorizo adobado con mucho pimentón, como si talmente fuese San Antonio Abad, el eremita. Aun abstraído y en pos del Grial alma adentro, Ulysse Personne cortaba el pan o los embutidos y juntábase un emparedado con companage, o ungía una rebanada de pan con miel de romero. Por lo común, los fríos de la anochecida le devolvían el uso de los sentidos, prendidas las últimas estrellas, y entonces descendía suavemente a tierra, como si unos hilos invisibles aunque parecidos a los de las marionetas le bajasen hasta los vestigios del castillo, mientras mesa y viático fundíanse en las tinieblas. Aquella noche llegó Ulysse Personne cuando Marià Fortuny de Santa Clotilde terminaba el relato de sus desventuras, con el viraje del destino y de la camioneta que le

llevó por la plaza de la Catedral y la Vía Layetana hacia los caminos de El Sueño de la Razón. Entró, decimos, Ulysse Personne con los ojos aún entelados por el éxtasis suspenso de la tarde, oloroso a enebros invernales y a espliego de sahumerio, disculpando su demora con buenas si bien un tanto distraídas maneras. No obstante, y apenas viera a Marià Fortuny de Santa Clotilde, clavose pasmado en tierra y señalándole con el brazo y el dedo le gritó: «*Sanson! Sanson! Qu'est-ce que tu racontes? Qu'est-ce qui tu fais ici-bas?*». «¡Sansón! ¡Sansón! ¿Qué estás contando? ¿Qué haces en este mundo?». Todos vieron entonces a Marià Fortuny de Santa Clotilde levantarse de un brinco, para caer de bruces ante Ulysse Personne y abrazarle las piernas sollozando y gritando: «*Vive! Vive la Raison Rayonnante!*». Ulysse Personne les dijo que aquel hombre era el verdugo de París en el terror robespierrano y el mismo que iba a ejecutarle en la *place* de la Concorde, cuando él pasaba por ser el ciudadano Floreal Dubois, y aunque ahora costara creerlo al verle tan tripón y con entradas. Sí, señores, el mismo verdugo, el boche endurecidísimo que también se prendió entonces de sus pies en el cadalso, produciéndole una tortícolis que iba a durarle tres días hasta que decapitaron a Robespierre, porque Ulysse Personne se hallaba ya de rodillas en el tajo, cuando el rayo venido de los cielos más limpios, que mucho lo eran entonces los de París, hirió y volvió de oro el acero de la cuchilla y el pueblo todo, incluido Sansón, vino a dar vivas a la Razón. Muy excitado y nervioso, el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia, quien siendo un distinguido científico soñara a *monsieur* Proust concebido en un nenúfar y creyese en el libro profético y perdido en la francesada, volviose desafiante hacia el doctor Manuel Valentí Miralles. En su encaro destellaba el honor profesional reivindicado, pues si pudo errar al creer a Ulysse Personne víctima de una variada metempsicosis, acertaba ahora con Marià Fortuny de Santa Clotilde, quien en otra vida fue Sansón y en esta lo había olvidado hasta aquella misma noche. El doctor Valentí Miralles asintió con un gesto a su mirada y luego pidió a Ulysse Personne que absolviera a su fallido verdugo, mientras preguntábase quién podría redimirle a él de aquel sueño suyo donde el Ángel le prohibía el Paraíso por descender de vampiros. Enternecidamente, Ulysse Personne levantó a Marià Fortuny de Santa Clotilde, lo abrazó y dijo haberle perdonado de corazón, pidiéndole que le acompañase en la búsqueda del Santo Grial por las sendas del alma, puesto que una secreta providencia volvía a reunirlos de forma tan inesperada. Solo en aquel punto, ya más sereno y enjugando los anteojos entelados por las lágrimas, replicó Marià Fortuny de Santa Clotilde no poder seguirle en pos del Grial, por haberse impuesto el

amoroso deber de encontrar a una esposa idéntica a la Primavera de Sandro Botticelli, casi a los quinientos años de pintada aquella obra maestra y portentosa, si bien se limitaba a aguardarla, sin perseguirla en el mundo ni en el espíritu. Entablose entonces una muy vívida discusión entre los pacientes, acerca de si el anticuario debía emprender la búsqueda del Grial con Ulysse Personne, para ser digno del Paraíso, o renunciar al peregrinaje por el amor, del cual acaso fuese símbolo literario aquella misma santa reliquia, a juicio de *monsieur* Proust. Solo María Amalia de Saint-Cyprien embebecíase y callaba, observada por su marido, como si su reino fuese de otro mundo y allí se hallara la única respuesta a tan recio dilema. Tres días después (tres días como los transcurridos entre la caída del rayo de la Concorde y el final del fulgor de la guillotina al decapitar a Robespierre, como esperamos no deje de meditarlo el precavido lector), Marià Fortuny de Santa Clotilde anunció su vuelta a la calle de la Paja, creyéndose sanado y redimido por la absolución de Ulysse Personne, al cabo de tres noches sin soñar con el Ángel del Paraíso y haber dormido muy regaladamente. Don Jorge Cirarda le encargó traerse de visita al sanatorio a los aparecidos de la plaza del Pino, el próximo verano, pues tanto el doctor Raimon Reixach como él mismo ardían en deseos de conocer a Picasso joven. Fray Antonio Azorín le dio encarecidos saludos para Blaise Pepin Tracas, si se detenía en el almacén de antigüedades cuando volviese a España en viaje de negocios. Fernando de Saint-Cyprien le contó la aventura de aquel actor, entrado en un cuadro de Caballero del Bosque, como llamábase Ulysse Personne a principios de siglo y luego salido en la tierra de los lolos, para preguntarle si algo semejante había ocurrido en la exposición de la calle de la Paja. Muy intrigado por la historia, Marià Fortuny de Santa Clotilde dijo que nada extraordinario sucedió en su galería, aunque la exhibición resultase muy alabada. Para callado escándalo suyo, la sombra de Fernando VII se ofreció a venderle aquel medallón suyo, con guardapelo y retrato miniado de su difunta María Antonia, porque iba algo corto de dinero y quería hacerle un buen regalo a una enfermera de la cual andaba enamorado. Marià Fortuny de Santa Clotilde se negó a cerrar el trato, discreta pero terminantemente. La víspera de su partida, El Sueño de la Razón dio una cena en su honor y en la sobremesa todos pasaron a la sala de estar, donde ahora yacía de cuerpo presente don Jorge Cirarda y callaba el reloj de péndola y caja. Aún no habían terminado de servir el café, mientras afuera un súbito vendaval estremecía los cedros y rizaba el arroyo, cuando Laura Silverman, quien manteníase un poco alejada del grupo reunido en torno de Marià Fortuny de Santa Clotilde, en tanto conversaba con María Amalia de Saint-

Cyprien, exclamó en voz lo bastante alta para que todos se volviesen al oírle el asombro o el espanto: «¡Oh, santo Dios! ¡Miradla ahora!». Un halo de luz dorada, del mismo fulgor entre oro batido y oro de Tíbar que tenía la guillotina herida por el rayo, según diría luego Ulysse Personne, desprendíase de una María Amalia muy erguida y con las palmas en las rodillas, como si posase sentada para una hierática talla de madera. «¿No veis, no veis la tabla?», exclamó Fernando de Saint-Cyprien siguiendo los ojos de su mujer a través de la estancia. Otra aureola del mismo resplandor brotaba de la figura de la Primavera, coronada y cubierta de flores, sobre el fondo de mirtos y naranjos, mientras Venus la contemplaba con cándido asombro y *monsieur* Proust decíase aquellos versos de Poliziano, que probablemente inspiraron a Botticelli el tema de su cuadro: «*Ma fatta Amor la sua bella vendetta…*», muy admirado, *monsieur* Proust se entiende, del parecido de Venus con Simmonetta Vespucci, la amante de Giuliano de Medici, cuya súbita y reciente muerte daba a todos los protagonistas del cuadro aquella compostura tan solemne, que no desdecían las mismísimas Gracias. Se puso en pie María Amalia de Saint-Cyprien, siempre envuelta en la luz de oro, con la frente muy alta y el aire ausente como aquella noche en que recogió la corona de Ricardo III para ofrecérsela a su futuro esposo, al pie de los espinos. Avanzó a pasos muy lentos, todos iguales, hacia la tabla ahora apoyada en el ángulo de dos muros, hasta detenerse frente a la imagen de la Primavera; tan próximas una y otra, la mujer pintada y la viva, que sus fulgores venían a confundirse, como si un sol de invierno se topara con aquel espejo eterno, que Ulysse Personne creía a veces perdido en el centro del hombre. María Amalia de Saint-Cyprien tendió la mano a la Primavera, como ofreciéndola abierta y destellante en la aureola, mientras Marià Fortuny de Santa Clotilde, recogido en su butaca, escuchaba el incesante martilleo del corazón en mitad del pecho. Despacio, muy despacio, con el circunspecto talante de quien dispónese a tentar un arroyo truchero con el pie, antes de aventurarse a cruzarlo, la Primavera desprendiose de la pintura, cobrando vida y derramando un rastro de flores por los suelos, en tanto abandonaba la diestra tiernísima y recién creada en la palma de María Amalia. Venida a la vida, después de quinientos años en el reino platónico de las artes, avanzaba titubeante pero sonriente, como si fuese al altar de sus desposorios. En el silencio de aquella sala, donde callaban todos sobrecogidos, apagábase el dorado resplandor de las dos mujeres, al tiempo que se detenían ante Marià Fortuny de Santa Clotilde y la imagen de la Primavera, ahora tan sutil y adelgazada, restablecíase en la tabla como si fuese su sombra iluminada y luminosa. El doctor Manuel Valentí

Miralles pensó que a partir de entonces la Primavera en el mundo menstruaría, viviría, tal vez tuviese hijos y un día desaparecería como toda carne concebida, para que acaso su espíritu volviese a El Sueño de la Razón, donde veríase en aquella tabla de la que vino, casi tan imperecedera como en el original de los Uffizi que aún conservaba el barniz del maestro. «*Guardad ben! Ben son, ben son la Primavera! Come degnasti d'accedere al monte? Non sapei tu che qui è l'uom felice?*». Por primera vez levantó entonces la frente Marià Fortuny de Santa Clotilde, paseando la mirada a su alrededor para implorar una traducción. «Esto es del Purgatorio de Dante», dijo *monsieur* de Descartes en francés. «Procede del canto XXX, si no me equivoco o en cualquier caso uno de los últimos antes del ascenso a los cielos». Dijo: «Mírame bien, pues en verdad, sí, en verdad soy la Primavera», aunque Dante puso los versos en labios de Beatriz. Y luego: «¿Cómo osaste venir al monte? ¿No sabías que aquí el hombre es feliz?». Por un instante, que luego no recordaría nunca, Marià Fortuny de Santa Clotilde pensó replicarle a la amada haberla reconocido en seguida, pues la adoraba desde el día en que Blaise Pepin Tracas llevó aquella tabla a su tienda, aunque ignorase si los hombres eran dichosos en El Sueño de la Razón o no se atrevían a volver al mundo, por fundado temor de sus muchos laberintos. Nada dijo de todo aquello en defensa propia, pues cayó de rodillas a los pies de la Primavera y tomando entre los dedos el borde del velo que la cubría, lo besó transido mientras citaba milagrosamente al Dante, aun sin saber una palabra de italiano. «*Donna, donna, perchè si lo stempre?*», «Señora, señora, ¿por qué me avergonzáis de este modo?». Pero ya la Primavera tomaba su cabeza entre las palmas abiertas, como si fuese una de aquellas testas decapitadas que Sansón mostraba al pueblo en la Concorde y Marià Fortuny de Santa Clotilde cerraba los ojos, absuelto y deslumbrado por la hermosura de aquel instante, donde venía a culminar su entera vida de hospiciano y de anticuario.

El fuego

El primer rayo de sol prendió fuego a El Sueño de la Razón

A vista de pájaro o a vista de Dios, como un novelista no debe mirar nunca su novela para no ser un Tolstoy un día, contemplemos el valle, el priorato, el cardenchal y el sanatorio. La mañana amaneció nublada y de haberse mantenido las nubes hasta la noche, en uno de estos cielos de mica o de mármol que a veces se extienden semanas enteras, de confín a confín de los montes y sobre las ruinas del castillo, donde Ulysse Personne se eleva en los aires y los cuervos le tienden manteles, hasta que los escoba a todos el vendaval, nuestra historia no concluiría así o al menos no terminaría en este día.

Es tarde ahora para darle otro final, en el supuesto de que hubiésemos pensado en un epílogo distinto. La humareda, cada vez más oscurecida mientras se esclarece la madrugada, sale por ventanos y ventanas súbitamente abiertos y asciende por el aire inmóvil en una sola e interminable columna salomónica. Los espectros de los frailes del monasterio de San Judas, algunos acaso tan antiguos como los tiempos de aquel Arnaut Daniel, maestro de Ulysse Personne, que amasaba la brisa y cazaba la liebre con el buey, aunque todos vistan el mismo sayal de estambre y solo sean visibles a nuestros ojos, vuelan despavoridos como los trasgos de Goya, despertados de su largo sueño por el incendio del sanatorio. Sosiéganse un poco y detienen su revoloteo sobre los árboles, cuando huyen los médicos y los pacientes de El Sueño de la Razón, tosiendo y tropezándose.

Miradlos aquí, en mitad del prado, componiendo juntos el reparto de esta verídica historia, sin héroes, sin mártires y sin alegorías, como la vida misma. Siempre a vista de pájaro, como ya resolvimos que el novelista no debe contemplar nunca su novela, aunque merezca la pena recordarlo para no ser un Tolstoy un día, observémoslos ahora, diminutos y apiñados bajo el revuelo de los frailes atónitos y curiosos. Todos se hallan ahí, enmudecidos frente al fuego, todos menos Marià Fortuny de Santa Clotilde, a quien ya vimos irse de

El Sueño de la Razón, para casar o tal vez amancebarse con la Primavera, que este particular no lo esclarece el libro.

Mirad, sí, mirad a los doctores Torre de la Estigia y Valentí Miralles, con sus esposas la duquesa de la Trinitat y Laura Silverman; a Fernando y a María Amalia de Saint-Cyprien; a los espectros de don Fernando VII, de *monsieur* de Descartes y de *monsieur* Proust, quienes siempre tienden a agruparse involuntariamente en virtud de su condición natural de aparecidos; a fray Antonio Azorín y al doctor Raimon Reixach, viejos huéspedes de esta clínica que vieron el principio y verán el final, como en muy distinto contexto vino a decirlo don William Faulkner, quien nada tiene que ver con nuestro relato, a propósito de una raza de esclavos; a Ulysse Personne, con su cabellera de caracolillos y su cinta roja, acaso el más sereno junto con el doctor Manuel Valentí Miralles porque una vez dio la vida por perdida y fue a salvársela un relámpago absurdo. ¿Están todos aquí, todos? No, falta don Jorge Cirarda, aquel médico cataléptico de las visiones e invertido casi platónico, que abrió este libro por su primera página.

El primer rayo de sol prendió fuego a El Sueño de la Razón.

¿Es posible que todo termine así, en un incendio tan descabellado y tan imprevisto como el relámpago que detuvo la guillotina en París? ¿Todo, absolutamente todo, incluidas las premoniciones de don Jorge Cirarda, en su muerte fingida, donde presenció el crimen de Sarajevo y la matanza del Zar y familia, aunque luego y por vía de las confidencias del Ángel del Paraíso supiésemos que el Zarevich Alejo estaba en los cielos; incluido el Rey y Señor Don Felipe II, aquel cuyo trono era una desvencijada silla de madera, que habrían desechado los pinches de palacio: el mismo don Felipe o Filipo, por sobrenombre el Prudente, que encargó a fray Antonio Azorín la búsqueda del rostro de la Razón y en cuyo monasterio de El Escorial había profesado Ulysse Personne, bajo el nombre de fray Crispiniano de la Santísima Trinidad, para saberse cerca de *El jardín de las delicias terrenales*; incluida aquella historia novelada y anticipada de la contienda civil española en su primer año de fuego, donde el doctor Raimon Reixach decía conocer a don Jorge Cirarda, como lo conocería a su debido tiempo, el mismo don Jorge Cirarda quien casó en una vida tangencial o paralela con la condesa Aurelia de Miralpeix, amante perdida del doctor Raimon Reixach en otro plano de nuestro relato: aquel mismo doctor Reixach quien hizo morir a los dos, a él y a don Jorge Cirarda, en un bombardeo de su manuscrito, para apuntar luego su desacuerdo con tal pormenor, salvando así y por anticipado las vidas de ambos en la guerra del porvenir; incluido el medallón con guardapelo y

retrato de María Antonia de Nápoles, que María Amalia de Saint-Cyprien materializó en la falda de Laura Silverman, para muy conmovida emoción del espectro de don Fernando VII, aunque andando el tiempo pretendiera vendérselo a Marià Fortuny de Santa Clotilde, para hacerle un buen regalo a una enfermera por la que bebía los vientos; incluida la corona de Ricardo III, con su rubí parecido al ojo de un cíclope y sus perlas en las almenas, heredada por Fernando de Saint-Cyprien, en circunstancias detalladas en otro lugar de esta obra; incluidos los pechitos desnudos que la Reina Cristina de Suecia ofrecía amorosamente al escandalizado *monsieur* de Descartes, puestos a barajar otras realezas, por no decir nada de aquella tinta violeta como la mirada de la Soberana, con que *monsieur* Proust escribía en sus cuadernos cuando le visitó Raimon Reixach; incluidos por remate y contera los sueños compartidos del doctor Torre de la Estigia y de su esposa, Laura Silverman, quien acaso fuese Odette de Crécy o tal vez fuera *madame* Proust?

El primer rayo de sol prendió fuego a El Sueño de la Razón.

Pero volvamos atrás, a la noche que precede este epílogo y la amanecida. Habían dejado el sanatorio el servicio y las enfermeras; pero los médicos, sus esposas y todos los pacientes velaban a don Jorge Cirarda. Fray Antonio Azorín rezó un breve responso *in pectore*, aunque después del incesto de sus hijos y de la destrucción de aquel lejanísimo vampiro, señor de la Trinitat, no se creía parte del clero desde hacía siglos. Luego sorprendiose pensando en la muerte de Adelaida de la Trinitat y en Curzio Malaparte, quien una vez le dijo, modificando levemente a Shakespeare, que los dioses que nos sueñan en este siglo fueron enloquecidos por sus propias pesadillas. Para distraerse de semejantes reflexiones, que en Torre dei Marmi le parecieron muy ciertas, aunque ahora y en presencia de don Jorge Cirarda muerto se le antojaban irrelevantes e irreverentes, esforzose en advertir de nuevo el silencio del reloj de péndola y caja, parado en un punto que nunca pudo distinguir junto a *La Primavera* sin la otra Primavera, de Sandro o Alessandro di Botticello o Botticelli.

—*Monsieur* Marcel —dijo fray Antonio Azorín, volviéndose hacia *monsieur* Proust que acaecía hallarse a su lado—. ¿Podría decirme en qué hora vivimos?

—*Mon père* —repuso *monsieur* Marcel, siempre tan deferente con los clérigos, aunque él fuese un conocido librepensador—. Yo nunca usé reloj ni vivo ni muerto; pero gustosamente le averiguaré la hora preguntándosela a alguien, porque desde aquí no veo muy bien *l’horloge à pois*.

La pidió en vano porque todos los relojes habían vuelto a detenerse mucho antes de medianoche y por lo demás nadie pudo poner el suyo en marcha, fuera cual fuese entonces la hora, como si un puntualísimo designio les hubiese partido al bies la rueda de Santa Catalina o segado el muelle en mitad de la espiral. Súbitamente recordó entonces Raimon Reixach a aquel abuelo suyo, payés de la Terra Alta, quien a veces le hablaba en sumerio y decíase gran sacerdote del palacio de Zimri-Lim, contándole en catalán empedrado de aragonesismos cómo en cierta ocasión, siendo aún mozo y fachendoso, fue a Barcelona y levantó a una puta de excelente palmito en un café de las Ramblas. Cuando se ofreció a obsequiarla, por haberle servido como a un gran señor, le suplicó que la llevase al Liceo aquella noche para ver al célebre Calonge, que excepcionalmente actuaba allí entre dos óperas. Luego, contó al abuelo, quien nunca oyera semejante nombre en Horta, que el gran Calonge era el mejor ilusionista del mundo. Antes limpiabotas de la plaza Real y ahora dueño de una tienda de magia en la calle del Mico, había actuado en presencia de Alejandro III, aquel Zar de todas las Rusias que era el hombre más fuerte del Imperio y casi el más corpulento. El mismo que en un banquete, después de escuchar respetuosamente al embajador austríaco cuando referíase a tres Cuerpos de Ejército, que su país pondría en pie de guerra con solo un silbo, retorció un tenedor entre los dedos hasta convertirlo en un nudo de ciego y lo arrojó al plato de aquel diplomático extranjero, diciéndole: «¡Esto es lo que haré con sus tres Cuerpos de Ejército y ahora métase el tenedor donde le quepa!», si bien ante la magia blanca de Calonge se conmovía aquel déspota y aún daba saltitos de gozo como una criatura. En el Liceo, adonde el abuelo llevó a su amiga por el precio de dos butacas en el gallinero del cuarto piso, la función debía empezar a las diez de la noche pero a las once aún no había comparecido el gran Calonge. Al principio, aquella demora no le importó al labrador de Horta, embebecido y deslumbrado por tantas luces, joyas y escotes; pero cuando por último hizo acto de presencia el ilusionista, un hombre casi insignificante ante las candilejas y al borde del foso de la orquesta, aquel público tan escogido parecía el de un circo de aldea, por lo irritable e impaciente. El gran Calonge dijo no comprender la mala acogida, pues su puntualidad era manifiesta, como podían comprobarlo en sus propios relojes que señalaban las diez de la noche. En su desconcierto y sin explicarse qué fuera de la última hora transcurrida, el respetable tuvo que darle la razón, hasta que el prestidigitador batió palmas y aconsejó observar los relojes más detenidamente, porque en verdad eran las once y no las diez de la noche. Al doctor Reixach la historia del abuelo le recordó la aventura de

don Jorge Cirarda, cuando entre 1939 y 1945 vivió en otra esfera del tiempo cincuenta y nueve años, casó con Aurelia de Miralpeix, tuvo por hija a Eulalie Cirarda y por nieta a Giovanna Cantieri, mientras en el priorato pasaban seis años, en los cuales nadie se percató de su ausencia y él creyó vivir un solo instante de éxtasis inefable. Al evocar tales ejemplos de tiempo suspendido en el espacio, o de relojes detenidos en el Liceo y en San Judas, se preguntó qué hilos invisibles, aunque acaso análogos a los que enlazaron punto por punto la guerra civil con la guerra anticipada en su libro, vendrían a unirles a ellos, los vivos, con don Jorge Cirarda y con el gran Calonge.

—Aunque los relojes se detuvieron, pronto será de día —dijo Esperanza, duquesa de la Trinitat—. Llevaremos unas once horas de velatorio.

—Yo no estaría tan seguro de todo ello, señora —replicó Ulysse Personne, al lado del ventanal y mirando los cielos que aprendió a leer para orientarse, en sus muchos siglos de peregrinaje—. Todos los astros parecen fijos en la noche, como si el sol hubiese desaparecido.

—Los cirios arden pero no se consumen —añadió Fernando de Saint-Cyprien, paseando la mirada desde las llamas a los candelabros, desde los candelabros a don Jorge Cirarda, con aquella rosa en el ojal que había sido un telegrama de don Vicente Aleixandre—. También deben de llevar horas encendidos y se diría que acaban de prenderlos.

—Terminaréis por hacerme creer que estamos todos locos de veras. Todos, los vivos y los muertos. ¡Qué carajo! —rezongaba el espectro de don Fernando VII—. El tiempo no se para en el mundo de los hombres, solo en el de los cuadros.

—¿Solo en el de los cuadros? —preguntó súbitamente el doctor Valentí Miralles, levantando aquella cabeza suya, de rasgos casi alighierianos o dantescos, que unas veces se hubiese creído burilada en marfil y otras tallada en mármol, mientras trataba de recordar dónde había leído algo semejante y por qué mostraba tanto interés en averiguarlo.

—¡Sí, señor, y así me consta por habérmelo explicado don Francisco de Goya! —replicó el Rey, como si quisiera defender por anticipado el nombre de Goya de toda crítica y de toda duda—. Fue a mi vuelta a Madrid, después de la guerra con los franceses, mientras me mostraba *Los fusilamientos del 3 de mayo*, un cuadro que se brindó a ofrecerme para celebrar mi retorno. «Pinté a estos hombres, que van a morir y a estos otros a punto de fusilarlos, como si fuesen mi testamento pues estaba convencido de que me agarrotaríais a vuestra vuelta. No por haber colaborado con el invasor, que de verdad no colaboré, sino porque vos, señor, sois un miserable. Luego comprendí no

haberlos pintado para testar y menos para salvar el pellejo, sino para detener el tiempo en un testimonio de la Historia que nos sobreviva a los dos». Dije comprenderle muy bien, pues aun en vida no era ningún estúpido, y le pregunté por qué me trataba como si él fuese mi gracioso, insultándome injustamente. Repuso que el bufón no era él sino yo y como tal quisiera pintarme, disfrazado de Rey con corona, cetro y manto de armiño. La idea me pareció ingeniosísima y así nació aquel cuadro mío que ahora está en el Prado.

—En teoría al menos, el tiempo se detiene en toda pintura —dijo *monsieur* de Descartes acariciándose el mentón de malayo, puesto en pie y muy meditabundo—. Tal vez todos nosotros, las sombras, los vivos y aun este pobre Cirarda, perdido en un tiempo de nadie, no seamos sino modelos posando para el cuadro de un pintor desconocido.

—*Au lieu d'un chef-d'œuvre inconnu, le chef-d'œuvre d'un peintre inconnu*. En lugar de la obra maestra desconocida, la obra maestra de un artista desconocido —corroboró *monsieur* Proust.

—Señores —juzgó prudente y preciso interrumpirles el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia—, estoy de acuerdo con ustedes en que el arte suspende el tiempo en los cuadros. Pero la pintura se expresa siempre en dos dimensiones y carece de pasado, más allá del instante que eterniza, en tanto que nosotros convergimos en El Sueño de la Razón para averiguar quiénes somos, contándonos quiénes fuimos.

—Esto es cierto, al menos en cuanto se refiere a nosotros, los pacientes voluntarios —resumió *monsieur* de Descartes—, porque ustedes, nuestros jueces y doctores, no tienen necesidad de confesarse.

—En cualquier caso, todos compartimos pasados distintos —insistía el doctor Torre de la Estigia—, al igual que los personajes de los libros, aunque el tiempo se haya detenido aquí y ahora, precisamente como en una pintura.

—¿Adónde vas a parar? —preguntó el doctor Manuel Valentí Miralles.

—Quisiera saberlo con certeza, porque solo cuento con una hipótesis que me he planteado otras muchas veces —reparó en que todo el mundo, incluido el duque de la Trinitat, le escuchaba atentamente y la soberbia le escarabajeó la sangre. Al pensar en don Jorge Cirarda, de cuerpo presente y con la rosa en el ojal que había sido un telegrama, se interrumpió un tanto avergonzado.

—Prosigue —le ordenó el doctor Valentí Miralles sin advertirlo.

—Me he preguntado en otras ocasiones, como vuelvo a preguntármelo ahora, si no seremos todos personajes de aquel libro, también llamado *Sobre el sueño de la Razón* y desaparecido en la guerra con el francés. Una obra

donde acaso se anticipaban nuestros destinos, como el doctor Reixach predijo el primer año de otro conflicto, si bien su propia profecía estaría naturalmente incluida en el volumen de El Escorial.

—Es una suposición muy verosímil, aunque no podamos probarla —afirmó *monsieur* de Descartes, quien, casi perdida la fe en la Razón, estaba dispuesto a meditar cualquier extravagancia, e inclusive pensó a veces en escribir un *Discurso del absurdo,* si volvía a recalar en otra *poêle* como aquella de Baviera, aunque temía que *monsieur* Proust estuviese en lo cierto y el trabajo de creación intelectual hubiera sido vedado a los espectros.

—¿Cuál sería el final de la obra? —preguntó María Amalia de Saint-Cyprien, que tantas maravillas había obrado como médium involuntaria en El Sueño de la Razón; pero ahora sentíase desconcertada y ciega en aquella noche de apariencia interminable.

—Exactamente, ¿cuál sería el epílogo, que acaso estamos viviendo? —instó Fernando de Saint-Cyprien, recordando de improviso a doña María Guerrero, la grande, cuando le aconsejó no olvidar nunca que el mundo era oropel y lentejuelas, porque solo existía el teatro en la tierra.

—¿Epílogo? —repitió el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia, como si Fernando de Saint-Cyprien acabase de inventar la palabra—. El libro no tendría epílogo porque el autor debió de olvidarse de nosotros. Por eso el tiempo se detuvo y la noche se hizo interminable.

—Entonces… entonces, si fuimos eternamente abandonados en El Sueño de la Razón, estamos en el infierno —bisbisó el espectro de don Fernando VII, casi atorándose en los murmullos.

—Vuestra Majestad puede interpretarlo como mejor le plazca —replicó el doctor Torre de la Estigia.

No obstante, nosotros sabemos que esto no es cierto. Yo podría esquivar a los protagonistas de *Sobre el sueño de la Razón*; pero nunca olvidarlos. Soy aquel mismo Sandro Vasari a quien Giovanna Cantieri, la nieta de don Jorge Cirarda en otra vida, iba a visitar a Perpignan para consultarle ciertos extremos sobre la versión cinematográfica de su novela *El ingenioso hidalgo y poeta Federico García Lorca asciende a los infiernos,* cuando se mató estrellándose contra un ciprés de ramas abiertas, como acaso usted lo recuerde todavía, *oh, hypocrite lecteur!* En realidad, comprendo y comparto los temores del doctor Torre de la Estigia y de don Fernando VII, porque en un tiempo mi mujer y yo también creímos reducida nuestra existencia al sueño de R., como usted puede comprobarlo en *El Valle de los Caídos*. Un año después le cedí voluntariamente el original de *El ingenioso hidalgo y poeta*,

todo mío desde la cruz a la fecha, para que lo editase bajo su firma por razones que prefiero omitir. En justa correspondencia, haré mío su nombre como si fuese mi seudónimo y publicaré con su apellido este libro, cuyo epílogo contemplamos los dos a vista de Yasnaya Polyana y cuyo título es idéntico al del libro perdido y nunca devuelto a El Escorial, después de la guerra de la independencia. Habrá advertido usted algunos rasgos míos, todos notorios y reiterados en las tres novelas: verbigracia, la repetida aparición de don Fernando VII, al que la Historia con mayúscula se esfuerza en olvidar por pudor, aunque exija espacio propio en mi obra y en el arte de Goya, apareciéndose muerto después de aparecerse vivo; verbigracia el tema del tiempo suspendido en un cuadro, una observación que Goya pudo muy bien haber hecho y probablemente hizo, pues carecemos de motivos para dudar de la palabra del Rey en este punto; verbigracia, el pleito con la Historia, la pesadilla de James Joyce como irlandés, con la cual me debato por hombre para liberarme. En cierto modo, todo el reparto del libro, con inclusión de Marià Fortuny de Santa Clotilde, quien ahora vive en la calle de la Paja con la Primavera, tan empequeñecido por la distancia de nuestra perspectiva, no es sino un coro de fugitivos de la Historia con mayúscula, acogidos todos a El Sueño de la Razón e inmovilizados en el tiempo, pero nunca barridos hacia la desmemoria aunque así lo afirme el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia. A decir verdad, el libro debe de haber concluido, aunque nosotros no lo hayamos percatado, pues de lo contrario no podríamos detenerlo en este punto. Se cumplieron todos los destinos y a partir de ahora los protagonistas no harían sino envejecer y plagiarse. ¿Estaría de acuerdo conmigo en que nuestro penoso deber es volvernos de espaldas a El Sueño de la Razón y regresar a la Historia?

HYPOCRITE LECTEUR.— No, señor, distan de haberse cumplido todos los destinos porque Ulysse Personne no colmará el suyo, hasta que muera o encuentre las semillas del tiempo, en la tierra o en el alma. Espero no pretenda detener su suerte, como el tiempo, en un libro supuestamente terminado.

SANDRO VASARI.— Yo no pretendía tal cosa, aunque tampoco creo que la suerte de un personaje literario exija una infinidad de circunstancias, que la hagan interminable. Ulysse Personne, de los Personne de Ribeirac, se llama Nadie y es solo una alegoría del peregrino eterno en búsqueda del Santo Grial, en los años de viajes y aprendizajes.

HYPOCRITE LECTEUR.— No es ninguna alegoría. Es un ser tan cierto como su propia virginidad, al cabo de ocho siglos de metamorfosis a través de la Historia o tan innegable como el hecho de que no haya encontrado el Grial, después de tan larga romería. En otra esfera, también es parte de una tradición literaria de nuestros días. La de la búsqueda o para el caso su cara opuesta, la espera, que en la novela contemporánea coincide con la contemplación en vez de la acción, a partir de la obra de Proust. ¿Reparó usted en que su *monsieur* Marcel se convierte en una versión moderna de Ulysse Personne, cuando se encierra en su alcoba para irse espíritu adentro en pos del tiempo perdido?

SANDRO VASARI.— El libro carece de un eje central, pues le falta un verdadero protagonista. No lo es *monsieur* Proust, ni lo es Ulysse Personne, tampoco Fernando de Saint-Cyprien ni *monsieur* de Descartes, aunque uno de ellos pueda representar la crisis del poder absoluto, en el gran teatro del mundo, y el otro el drama solipsista del racionalismo. Dos temas muy míos, como acaso usted también lo haya advertido.

HYPOCRITE LECTEUR.— Lo sé muy bien. El centro de la obra no es un hombre ni un grupo de hombres, sino El Sueño de la Razón. En otras palabras, un punto en el espacio donde convergen todos los destinos individuales, como vino a decirlo el doctor Torre de la Estigia. Abrimos el libro con don Jorge Cirarda de cuerpo presente en la sala de estar del sanatorio y vamos a cerrarlo con el mismo don Jorge Cirarda en su catafalco y rodeado de los otros personajes inmóviles. A propósito, ¿por qué le hizo morir antes de empezar el relato?

SANDRO VASARI.— Dejo la respuesta a su discreción. En fin de cuentas, vivimos según dicen la hora del lector. Le daré una clave, probablemente falsa. ¿No cabría en lo posible que quisiera silenciarlo, *hors de combat et hors de jeu*, para que no le asalten visiones de otros crímenes aun más trascendentales que los de Sarajevo y Ecaterineburgo, Catalinaburgo o Caterineburgo? ¿Recuerda usted lo que escribió Henry Miller, unos veinte años antes de su muerte? Dijo que temblaban los fundamentos de la política, del arte y de la moral. Después de dos guerras mundiales, apercibíamos la tercera porque el nuestro era el tiempo de los asesinos y nadie debía llamarse a engaño, al juzgarlo. Más extraordinaria que las premoniciones de don Jorge Cirarda, me parece la realidad incuestionable e increíble de que todas estas catástrofes empiecen con los pistoletazos de un estudiantillo en Sarajevo.

HYPOCRITE LECTEUR.— John Dos Passos dijo que todo hombre es capaz de todo crimen.

SANDRO VASARI.— En verdad, no es cierto. Le cité aquella frase una vez a R. y me la desmintió con dos ejemplos. Gavrilo Princip mató al Archiduque Francisco Fernando y a su morganática consorte con cuatro pistoletazos a los sesos y a las partes, equitativamente distribuidos. Cuando Napoleón tomó el mando de sus ejércitos en España, por la época en que su gente extraviaba *Sobre el sueño de la Razón* en el saqueo de El Escorial, paró en una casona destartalada de Astorga camino de Madrid. Los vientos de otoño, que debían de ser bastante nacionalistas, abrían y cerraban la ventana rota de su improvisado despacho. Por orden suya, que era deseo imperial, encargaron al herrero del lugar el remiendo del quicio partido. Mazo en mano, como el as de bastos, aquel hombre que de noche ayudaba a las partidas de guerrilleros, permanecía a solas y embobecido ante el dueño de Europa. Napoleón dábale la espalda y repasaba papeles. Después de una pausa interminable, una de estas treguas teatrales que los ingleses dicen preñadas de significado mudo, impacientose el déspota. De un brinco se puso en pie, tomó el martillo y reparó los batientes en un santiamén. Evidentemente el herrero de Astorga fue incapaz de realizar un magnicidio, que para él hubiese sido más fácil que el doble crimen de Sarajevo para Princip, como don Jorge Cirarda podría confirmarlo. Si aquel obrero hubiese sido el estudiante sendo, habría descalabrado a Napoleón y acaso toda la Historia contemporánea fuera muy distinta, aunque quepa considerar la hipotética y aterradora posibilidad de que aun en tal caso Gavrilo Princip hubiera asesinado a Francisco Fernando y a su mujer, en julio de 1914. La Historia, siempre con mayúscula, se reitera para afirmarse de forma incomprensible. Por cierto, como R. vino a recordármelo, nunca llegó a averiguarse si la policía servia anduvo mezclada en el atentado, como en la época pareció sospecharse. Lo más importante no es el reparto de la conjura, sino el hecho de que nuestros tiempos empiezan con los pistoletazos de un terrorista. Al parecer este es todavía su sino sangriento.

HYPOCRITE LECTEUR.— También el de este libro, que en cierto modo comienza a su vez en Sarajevo. Usted no pudo librarse de la Historia ni despertó de su pesadilla. Por otra parte, si Marià Fortuny de Santa Clotilde fue el verdugo Sansón en otra vida, tal vez Princip era el herrero de Astorga en el siglo XIX, aunque hubiese nacido menos osado en

aquella existencia. Acaso la Historia no se plagie ni se reitere sino dependa sencillamente del azar.

SANDRO VASARI.— Usted no puede creerlo, de veras.

HYPOCRITE LECTEUR.— ¿Por qué no?

SANDRO VASARI.— Porque en este caso, no recordaría el destino de aquel verdugo reencarnado en Marià Fortuny de Santa Clotilde, a quien otros homicidas le arrebataron el pasado asesinándole los parientes. Si vivimos la hora del lector, dentro de la incertidumbre del tiempo de los asesinos, lógico será preguntarse quién es este lector. En otras palabras, quién será usted, aunque la cuestión indirecta le parezca académica.

HYPOCRITE LECTEUR.— ¿Por qué iba a parecérmelo?

SANDRO VASARI.— Porque usted, *oh, hypocrite!* no es sino Manuel Valentí Miralles, doctor en Medicina y duque de la Trinitat. Es mi *alter ego* como yo soy el de R., o él es también el mío, en el libro que firmo con su nombre, al igual que si fuese mi seudónimo.

HYPOCRITE LECTEUR.— Admitamos que lo sea, *for the sake of the argument*, como dirían los norteamericanos, y en el supuesto de que lo fuera a través de los mares y de las lenguas, ¿qué haríamos los dos aquí, en espera de que el amanecer incendie El Sueño de la Razón?

SANDRO VASARI.— A decir verdad, ignoro qué papel me corresponde a mí en este epílogo, posiblemente demasiado extenso para una novela de país subdesarrollado, entre la Obra de Dios y el golpe de Estado. A usted, si verdaderamente es Manuel Valentí Miralles, duque de la Trinitat, le atañe el deber de reencarnarse en otro de mis libros cuyo tema no puedo ni me atrevo a predecir. Digamos una historia de amor, del todo distinta de la Historia de nuestros tiempos, donde Princip no dispara contra el Archiduque en Sarajevo, porque se enamora de su esposa, Sofía Chotek; mantiene con ella relaciones ilícitas y juntos fundan una dinastía bastarda y consentida por Francisco Fernando, que andando el tiempo hereda la corona del Imperio Austro-húngaro.

HYPOCRITE LECTEUR.— ¿Por qué debería yo ayudarle a escribir libros en vano? ¿Cómo iba a transformarme en otras criaturas de sus sueños? ¿Cuál es mi deuda con usted, al cabo de *Sobre el sueño de la Razón*? Ni siquiera pudo dedicarme una entera entrada, como a Raimon Reixach y a Torre de la Estigia, colegas míos a quienes insinúa que desprecio o compadezco. ¿Qué pasado y qué señas de identidad me concede en su obra, aparte de hacerme descender de los Trinitat y atribuirme sangre de

vampiros, todo lo cual acaso sea cierto y me impida la entrada en el paraíso?

SANDRO VASARI.— Su sitio no está en el paraíso sino en aquellas fábulas mías, donde reaparecerá, aunque ninguno de los dos sepamos aún bajo qué formas. Usted es en síntesis mi razón de ser y nuestros destinos son inseparables.

HYPOCRITE LECTEUR.— ¿Cómo iban a serlo? ¿Qué sabe usted, Vasari, de las leyes inéditas que rigen las reencarnaciones? ¿Acaso no comprende que aún me desconoce y por eso no pudo trazar mi semblanza a través del tiempo, reduciéndola a unas notas tal vez verídicas aunque innecesarias? Escúcheme ahora con atención, porque voy a revelarle mi identidad anterior, la que tuve en el mundo antes de convertirme en el doctor Manuel Valentí Miralles, fundador del Sueño de la Razón en su libro. En la tierra y en la Historia, yo era Gavrilo Princip, el asesino de Francisco Fernando y de Sofía Chotek. El mismo Gavrilo Princip cuyos botines dejaron huellas todavía visibles, en el cruce de las calles Rodolfo y Francisco José, porque el calor de aquel verano había reblandecido el asfalto en el lugar del magnicidio. Recientemente estuve una vez allí con Esperanza y en el silencio contemplamos el testimonio de mis pasos en otra vida, unos instantes antes de los cuatro pistoletazos que abrirían la era de los asesinos. Desde la niñez, tuve confusa conciencia de que un destino trágico y otro inexplicable me aguardaban en el tiempo y aun fuera del tiempo. Voy a contarle unos detalles que ignora casi todo el mundo y debieran probarle mi identidad como Gavrilo Princip. Siete años antes de mi crimen, mi hermano Jovo quiso ingresarme en la Escuela Militar de Sarajevo, donde ofrecían instrucción, uniforme y comida a los muchachos de buena presencia, para convertirlos en suboficiales del Ejército austríaco. La víspera de mi entrada en la academia, Jovo me llevó a la tienda de un conocido suyo a comprarme mis primeras camisas nuevas. El camisero, un paisano nuestro de Bosansko Grahovo, dijo enfurecido que un bosnio no podía servir en las tropas del invasor sin deshonrarse para siempre. Mi hermano terminó por asentir avergonzado, sin que yo comprendiese a las claras lo ocurrido y al día siguiente me matriculaba en la Escuela de Comercio. También por consejo del camisero me alojó en la pensión de la viuda Ilic, antes de regresar al pueblo. La viuda tenía un hijo único y un poco mayor que yo, Danilo, de unos quince años recién cumplidos. Murió fusilado en la cárcel de Sarajevo, después del atentado, mientras me iba consumiendo

la tuberculosis en la fortaleza de Theresienstadt, donde yo cumplía condena a trabajos forzosos. Fue Danilo quien hizo de mí un nacionalista, porque antes de conocerle no había aprendido a pensar ni a sentir: solo a leer y a deletrear sin faltas de ortografía en la escuela de la aldea. No me negará usted que las coincidencias no sean excesivas, si no les suponemos un designio secreto.

SANDRO VASARI.— Confieso mi asombro ante semejante revelación. Si la literatura es una especie de *séance* de aparecidos de la Historia, debidamente metamorfoseados, será preciso revisar todos sus modernos presupuestos formales, a la hora de estudiarle la nómina. Si usted es Manuel Valentí Miralles y antes ha sido Gavrilo Princip, cabe preguntarse si Leon Tolstoy, pongo por caso, no moriría en la estación de Astapovo para convertirse en Leopold Bloom o en *monsieur* de Charlus.

HYPOCRITE LECTEUR.— Yo no sé quién pudieron haber sido *monsieur* de Charlus y Leopold Bloom. Solo me refiero a mis únicas vidas, que todas las demás, en el mundo o en los libros, me son ajenas. No sé si sabrá usted que me había enamorado de una estudiante de Magisterio en Sarajevo. Se llamaba Yelena Jetzdimirovic y la amaba apasionadamente, aunque nunca pudimos vernos a solas. La víspera del atentado, convencido de que la policía o el pueblo me despedazaría en la calle, le mandé mi última carta suplicando su perdón por un delito inevitable. Recuerdo haberle escrito, con un sentimentalismo que entonces creí justificado por las circunstancias, aunque muy ajeno a mi prosa espartana: «Tal vez un día volvamos a encontrarnos entre las páginas de un libro, Yelena mía, como estas flores muertas en otro siglo y todavía fragantes».

SANDRO VASARI.— Yelena Jetzdimirovic aún vivía en Sarajevo hace unos años, cuando la entrevistaron dos periodistas para la *Domenica del Corriere*. Creo recordar que había terminado la carrera de maestra y luego fue la primera licenciada en Biología por la Universidad de Belgrado. Con el tiempo casó con cierto industrial, dicho Milesic o Mivesic, de quien enviudó después de darle dos hijos, ahora uno médico y el otro abogado. Yo tampoco comprendería por qué recuerdo todos estos detalles, si usted no me hubiese revelado ser Gavrilo Princip.

HYPOCRITE LECTEUR.— Esperanza, mi mujer, es Yelena Jetzdimirovic, como Picasso octogenario en Vaugenargues era el Picasso mozo, que en verano se reunía con Marià Fortuny de Santa Clotilde, en la plaza del Pino. Lo descubrí cuando mi esposa y yo fuimos juntos a Sarajevo hace un par de

años y nos paramos a contemplar mis huellas, en el cruce del crimen. «Volvemos a encontrarnos, entre las páginas de un libro, como aquellas flores muertas de las que me hablabas», me dijo Esperanza respondiendo por fin a aquella carta mía del 27 de junio de 1914.

SANDRO VASARI.— Si esto fuese cierto, como yo no debo dudarlo, ¿por qué no admitir también la posibilidad de que ambos revivan en otra de mis obras? Sería tan lógico como consecuente y probablemente obedeceríamos todos así a unas leyes muy ciertas, aunque todavía no formuladas: las que someten la vida y la literatura a un mismo dictado, para identificarlas de forma perenne e irrebatible.

HYPOCRITE LECTEUR.— Si nos reencarnamos en otra de sus novelas, no lo haremos como Gavrilo Princip y Yerena Jetzdimirovic, ni como los duques de la Trinitat, ni menos aún como su *Hypocrite Lecteur* y consorte. Tal vez nos transformemos en Francisco Fernando y Sofía Chotek, *en route* hacia Sarajevo para morir bajo las balas de un estudiantino un domingo cualquiera. En todo caso, la Historia ha vencido y no pudo despertar de su pesadilla. Yo no existiría sin aquel asesinato y usted no habría escrito *Sobre el sueño de la Razón*. Como Gavrilo Princip he determinado la entera crónica del mundo contemporáneo, tan trágica y tan superflua, desde aquella Gran Guerra que iba a acabar con todas las guerras hasta su propio libro. Y es llegada la hora de que abreviemos el diálogo, porque está a punto de amanecer y debo cumplir hasta el final mi papel de Manuel Valentí Miralles, duque de la Trinitat y doctor en Medicina. No podemos suspender el tiempo eternamente, ni siquiera en una fábula.

El primer rayo de sol prendió fuego a El Sueño de la Razon.

Mientras arden la alfombra, las cortinas, los visillos. *La Primavera* de Botticelli y hasta el reloj de péndola por la parte de la caja, vuelvo a contemplarlos a todos, médicos, esposas, pacientes, espectros, afanándose en disputarles a las llamas el cuerpo muerto de don Jorge Cirarda, como si fuese su entera herencia o su honor en la tierra. Sus esfuerzos resultan vanos y por más que perseveren son incapaces de levantar, o aun de mover, este caparazón humano, *this mortal coil*, que pesa ahora como si toda la gravedad del planeta, aquella fuerza telúrica a cuyos muchos y casi siempre olvidados beneficios ha levantado una estela de mármol rosa una universidad americana, convergiera en estos despojos. Luego les ahuyenta el humazo, rotos los ánimos y las uñas en los cantos del ataúd, que parece sujeto al suelo con

tuercas y tornillos de rosca golosa. Helos aquí tosiendo y desviviéndose por respirar, en el prado y ante el monasterio desierto, como los vimos al principio de este epílogo, antes de que laberintos en forma de diálogos nos condujesen a aquel punto de la amanecida. Ennegrecida y jadeante, Esperanza de Valentí Miralles se desploma de rodillas al pie de las cardenchas y solloza calladamente sin pucheros ni gemidos como lloraba Yelena Jetzdimirovic aquel lunes, 29 de junio de 1914, cuando el cartero llamó dos veces para entregarle la última carta de Gavrilo Princip, la fechada, rubricada y echada al correo el sábado anterior, donde decíale que iba a matar al Archiduque Francisco Fernando y a su esposa. A su lado, Ulysse Personne mira los cielos y piensa en aquella Isla del Roble, Oak Island, perdida ante Nueva Escocia, de cuyos misterios le habló Marià Fortuny de Santa Clotilde, como antes se los refiriera Blaise Pepin Tracas en el almacén de antigüedades. En la playa desierta hay un pozo abierto por el hombre, que en Nueva Escocia llaman del Dinero. A cada tres metros en el descenso a aquella hoya, se halla una plataforma de troncos de roble, unidos con masilla y fibra de coco. A veintisiete metros de la boca, aparece una inscripción en una lápida, que no ha sido descifrada. A cien metros, el pozo se inunda hasta la tercera plataforma, cuando sube la marea, a través de dos túneles y de un complicado sistema de drenaje, que llega hasta el mar a unos doscientos metros de tanto misterio. En el fondo del ingenioso abismo, donde creen oculto un tesoro de los piratas antillanos, las joyas de la Corona francesa, o las obras inéditas de sir Francis Bacon, pregúntase Ulysse Personne si no estará escondido el Santo Grial. No un Grial metafísico, como el que persigue ahora en sus solitarias meditaciones, sino el único y verdadero cáliz de Cristo en su última cena, cuya búsqueda emprendió en Ribeirac tantos siglos atrás. Los frailes invisibles y curiosos, todos parados en los aires, le contemplan atentamente y acaso le vean el alma, si bien el prior, cruzado de brazos y de bruces en el vacío, como se lee a Rimbaud en la playa, («*A noir, E blanc, I rouge, U vert, O bleu*»), observa ahora al doctor Torre de la Estigia, acezante y tiznado, preguntándose por qué se confesaría a solas en San Judas, como un sefardita ante el Muro de las Lamentaciones. Pero ya a todos les suspende y sobresalta la extraordinaria aparición de don Jorge Cirarda. Su espectro sale por su pie de El Sueño de la Razón en llamas, indemne al incendio como una salamandra, mirando a su alrededor parpadeante y asombradísimo, al igual que si hubiese despertado en casa ajena o tal vez en sitio aun más impensado, el centro de una plaza de toros en la suerte de rejones, el andamio de Miguel Ángel cuando pintaba su penúltima sibila en la Sixtina, la jarcia de la Niña en

la madrugada del descubrimiento de América a cuenta de Juan Rodríguez Bermejo o Rodrigo de Triana, luego musulmán converso, mientras don Jorge soñaba dormir en su propia cama. Pero ya todos acuden a él, le abrazan los hombres, le besan las mujeres y entre tanto gozo por la venida de su aparición, acaso el doctor Raimon Reixach sea el más conmovido, porque en tiempos amaron y compartieron a Aurelia de Miralpeix. Los otros fantasmas, los ya avezados a la muerte, le aconsejan e ilustran a su entrada en la eternidad que casi vino a coincidir con su salida de El Sueño de la Razón.

—Guárdate del baile agarrado, que nos fue prohibido aunque nadie sepa por qué. El mismo *monsieur* de Descartes, con ser tan sabio, parece ignorarlo. En cualquier caso, el baile el viernes nos produce un herpe picante, peor que la tiña —avísale don Fernando VII.

—Así es —asiente *monsieur* de Descartes—. Inspirad y respirad profundamente, señor Cirarda, que estos ejercicios son indispensables para acomodaros a la inmortalidad de los difuntos. A mí me lo enseñó Jean-Louis Pepin Tracas, cuando fallecí en Suecia.

—Respirad, respirad, mi buen amigo, que yo también empecé a gustar los aires de la muerte, después de tantos años de ser y fingirme asmático, para completar mi obra al margen del mundo —confiésale *monsieur* Proust—. En la eternidad os será negado cualquier trabajo de creación intelectual; pero aprenderéis a apreciar todo instante de vuestra vida pasada, aun el más insignificante, como un tiempo más precioso que la misma inmortalidad.

Aún confuso y desconcertado, asiente con la cabeza don Jorge Cirarda, como quien empieza a aprender un idioma extraño y empedrado de consonantes, en tierra extranjera. Confiésase para sus adentros no alcanzar a las claras lo que le dice *monsieur* Proust, puesto que ahora todo es presente para él y la memoria se le antoja casi superflua. A modo de ensayo, quiere esforzarse en concretarla en un recuerdo y solo le viene a mientes el de Su Majestad don Alfonso XIII, merendando jamón serrano, aceitunas negras y unos dedalitos de jerez en el Palacio de Oriente. En seguida le distrae el aroma de una rosa, que descubre prendida al ojal de la solapa, sin saber quién le adornó de tal modo, pasando en seguida de la rosa a la reminiscencia de don Vicente Aleixandre, el día en que él, don Jorge Cirarda, le cedió los versos con los cuales inventara el surrealismo sin saberlo. Largas cadenas que surgen de los lutos, de lo que nunca existe, atan los aires como una vena, como un grito, como un reloj que se para cuando se estrangula algún cuello descuidado. (Como yo, Sandro Vasari, cedí a R. el original de su último libro y ahora me apropio su nombre y apellido para firmar este). De inmediato un

avión de Icona, revoloteando sobre el incendio que por el momento olvidó todo el mundo, le devuelve al presente y don Jorge Cirarda lo señala con el índice a los vivos y a los muertos. Todos alzan la cabeza para contemplarlo abstraídos y Ulysse Personne se pregunta si no irá a estrellarse en las ruinas descortezadas de aquel castillo, donde él se refugia en sus meditaciones, tanto desciende en giros cada vez más breves sobre El Sueño de la Razón en llamas. Antes de que pueda expresar sus temores, aquel rayo de sol que prendió fuego al sanatorio desaparece tras las nubes cerradas y se enturbia el horizonte de la amanecida. Un relámpago invisible debe de zigzaguear a espaldas de los montes desiertos, pues suena un trueno ahogado, que se repite y se pierde roquedales adentro. La lluvia, empezada en una mollizna y vuelta diluvio casi en seguida, que no predijo la víspera el hombre del tiempo como bien lo recuerda el doctor Torre de la Estigia, muy atento a sus partes por causa de un ligero si bien pertinaz lumbago, arrecia ahora cada vez más prieta. Sorprendentemente, aunque acaso su pasividad no debiera ser por completo inesperada, en virtud de razones que omito por mor de abreviatura, nadie huye del prado para cobijarse debajo de los árboles o entre los muros del priorato. Todos permanecen inmóviles junto al cardenchal, mientras se desvanece la avioneta en la tormenta. El oraje les cala las ropas y pringa el cabello sobre la frente. Les rocía los rostros con un llanto aparente, que desdicen sus gestos impasibles, vueltos los vivos y los muertos réplicas de estatuas bajo el diluvio. Imágenes que se diría talladas en carne viva, la mirada fija en El Sueño de la Razón y transida de asombrado desconcierto. El aguacero trae fragancias a lavándula y a tomillares, templada por el aroma de las dehesas y de los prados embebidos, donde pasta el carnero y rojean los manzanos. Crúzanse en los aires, huida la bandada de frailes invisibles para guarecerse en unas cuevas de roca viva, con el olor a viejísimos toneles de los robledos sembrados de setales, de la hierbabuena de las márgenes y del brezal acardenalado. El perfume de la tierra mojada, que pronto beberá los charcales entre un laberinto de raíces, tierra propicia al ciprés y al zarzal pero también al avellano y a la biznaga, termina por asumir y confundir aquellas fragancias en una vaharina a mundo recién creado, bajo la primera de todas las lluvias, que a *monsieur* Proust le devuelve intacta la memoria del Combray de su infancia, después de los aguaceros de Pascua Florida, mientras el espectro de don Fernando VII le dice ahora al espectro de don Jorge Cirarda:

—Álzate el cuello de la chaqueta y protégete la garganta, como mejor puedas, que los catarros de los muertos a veces duran siglos como casi todas

sus dolencias. En vida, a mí me pegó un chancro la Pepa de Málaga y no se me curó hasta el año de la Segunda República.

La crónica no consigna si don Jorge Cirarda atina a obedecerle o no, porque la crónica se adelgaza y no puede perderse en pormenores. La lluvia escampa de improviso, con la misma inesperada premura que había empezado o que el único rayo de sol incendió el sanatorio. No regresa la avioneta de Icona; pero sí vuelven los frailes invisibles, en sus curiosos revoloteos, sacudiéndose los hábitos que humedeció la tempestad antes de cobijarse en las cavernas. La tormenta extinguió el fuego, aunque hilos de humo suban todavía de El Sueño de la Razón, tiznados los muros por las llamas, devorados los alféizares, hecho añicos en los suelos el amplio vidrio del ventanal, cubierta de ampollas la laca del portón. Manuel Valentí Miralles sécase los ojos con su pañuelo y emprende el camino de la casa quemada, a través del prado, seguido por todos sus compañeros. Recuerda o remeda a uno de aquellos visionarios, más seguros de su propósito que de sí mismos, pues en su fuero íntimo debían creerse incapaces de componer un soneto con estrambote o de resistir la tortura, al igual que la mayoría de los hombres, quienes un día pusiéronse en marcha en cualquiera de los cinco continentes o tal vez inclusive en la Atlántida sumergida al sur de Cabo Verde, para fundar civilizaciones. Solo el doctor Juan Antonio Torre de la Estigia parece vacilar unos instantes, como si en vano se hubiese propuesto decirle: «¿Tú sabes con certeza a dónde nos llevas? ¿Estás seguro de encontrar lo que buscas en las cenizas de El Sueño de la Razón?», aunque en seguida le acompañe en silencio, cabizbajo y contenida la retórica de tan académicas preguntas. En la sala de estar ahora devastada, los monjes del priorato se acodan en el vano del ventanal vacío, como si fuese la baranda del gallinero de un teatro. Manuel Valentí Miralles se detiene ante *La Primavera* abrasada, sus escombros socarrados y partidos al pie del muro donde pendía. Si bien las llamas devoraron a Venus, a las tres Gracias, a Mercurio, a Cupido, a Céfiro, a Flora y a la propia Primavera, reaparecida en la tabla después de encarnarse su imagen anterior al conjuro de María Amalia de Saint-Cy-prien, dos naranjas del jardín de la diosa, también descritas por el Poliziano antes de que Botticelli compusiese su alegoría, permanecen al extremo de un tizón aún prendido. Manuel Valentí Miralles toma el madero con la mano, saca un cigarro de una pitillera de plata repujada con el rostro de Gavrilo Princip, que Esperanza le regaló en Sarajevo, y lo prende con las naranjas del mítico huerto. Mientras fuma calladamente, contemplando acaso de hito en hito a los frailes del ventanal, como si fuese el único capaz de percibirlos, don Jorge

Cirarda se esfuerza por no mirar el montón de cascotes donde ardieron hasta desvanecerse su féretro y su cuerpo, mientras el fuego les derrumbaba encima el cielo raso, la araña de cristales y los candelabros retorcidos. La mirada titubeante viene a cruzársele con la del espectro de Fernando VII, quien sacude la cabeza para aconsejarle que evite el vértigo inseparable de ciertos recuerdos de su vida perdida. No llega a responderle don Jorge Cirarda, porque ya el doctor Valentí Miralles aplasta el cigarro en el suelo y con la puntera del mismo zapato tienta primero y escarba después los sollamados escombros del cañizo del techo y de *La Primavera*. Entre tanta ruina, que en el epílogo del epílogo se me antoja aún más desamparada, aparécese un libro en cuarto menor y con cubiertas de piel de ternero, torrado y ennegrecido aunque en el lomo y en letras de un oro viejísimo campa todavía el título: *Sobre el sueño de la Razón*.

—Es el ejemplar de El Escorial —asiente fray Antonio Azorín, cuando el duque de la Trinitat le consulta con la mirada—. No lo había visto en cuatro siglos; pero tampoco pude olvidarlo.

—Sí, sí, es el mismo que obraba en la biblioteca del monasterio, aunque yo nunca llegué a leerlo —insiste Ulysse Personne—. *Dieu soit loué!*

Bajo las miradas muy juntas de todos los presentes, también ante la manifiesta curiosidad de los espectros de los frailes, que ahora se empinan en la ventana, Manuel Valentí Miralles abre aquella obra de hojas consumidas por el tiempo y por el fuego, que crujiendo se le quiebran entre las palmas, mientras prodigiosa pero acaso inevitablemente *Sobre el sueño de la Razón* se va convirtiendo en *El sueño de Sarajevo*. Frontispicio, portadilla y *nihil obstat* permanecen casi intactos, si bien algo oscurecidos y detrás de la licencia lee un lema en lengua británica, al que los años oscurecieron la autoría. Despacio, muy despacio, en voz recogida pero muy clara, que casi no parece suya ni desde luego mía, lo va traduciendo:

—*History, Stephen said, is a nightmare from which I am trying to awake*. La Historia, dijo Stephen, es una pesadilla de la cual trato de despertarme.